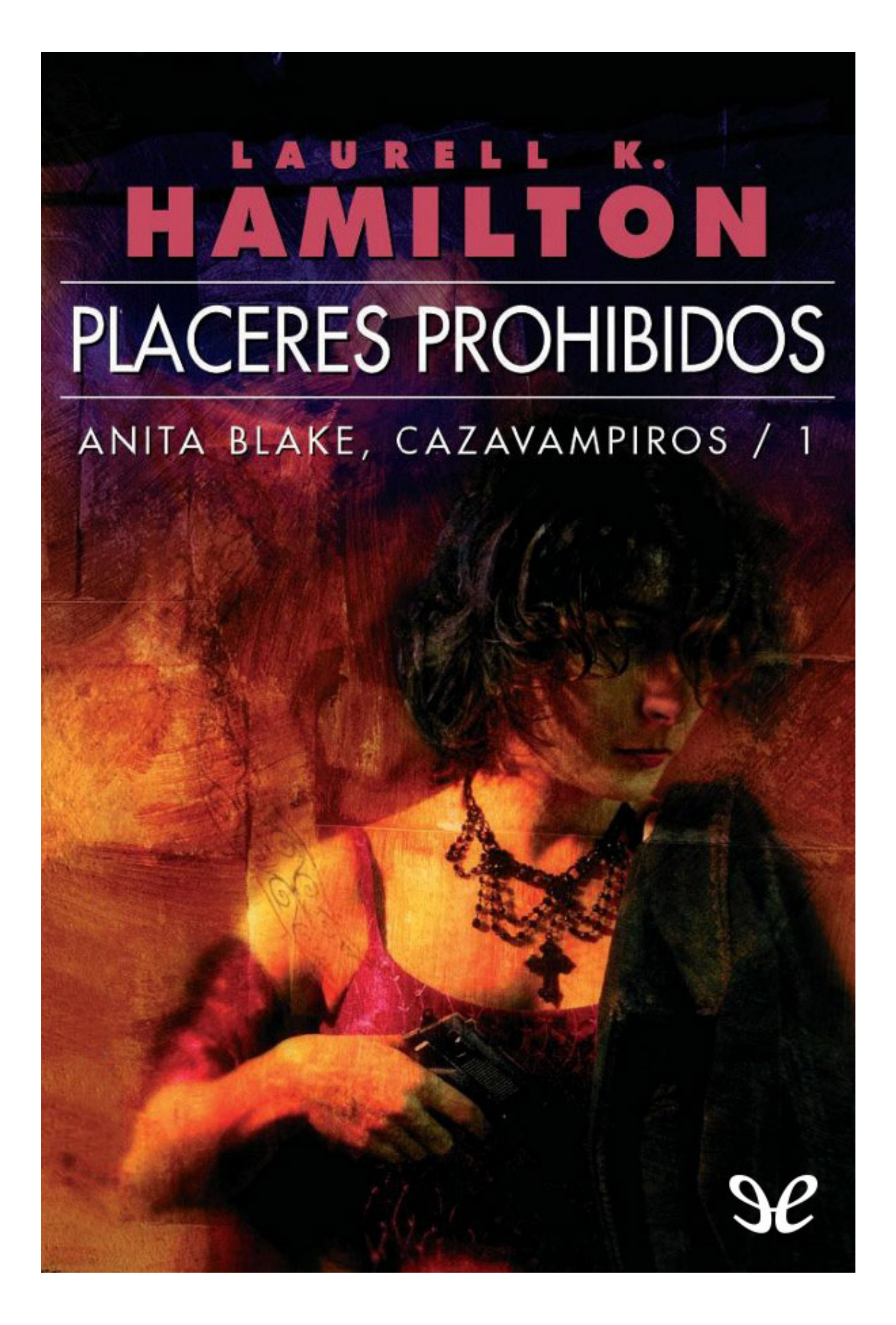

LAURELL K.
HAMILTON
PLACERES PROHIBIDOS
ANITA BLAKE, CAZAVAMPIROS / 1

De complexión menuda y lengua afilada, Anita Blake no es alguien a quien convenga subestimar: levanta muertos para ganarse el sustento, y la policía de San Luis recurre a ella cuando necesita asesoría en casos que involucran lo sobrenatural; está curtida en mil batallas y tiene licencia para matar vampiros. No siente simpatía alguna por ellos pero, contra todo pronóstico, se descubre investigando una serie de asesinatos… precisamente de vampiros.

Laurell K. Hamilton irrumpió en la temática vampírica con una propuesta tan original como contundente. Abraza sin complejos convenciones de diversos géneros y utiliza su imaginería en ambientes cercanos y familiares, en los que pone en marcha mecanismos narrativos de una eficacia endiablada. Desde su publicación original, el éxito que ha cosechado la serie la ha convertido en un verdadero icono cultural y en el referente obligado de una nueva categoría editorial.



Laurell K. Hamilton

# Placeres Prohibidos

## Anita Blake, cazavampiros - 1

**ePub r1.1**
**Titivillus** 18.04.15

Título original: *Guilty Pleasures*
Laurell K. Hamilton, 1993
Traducción: Carolina Broner y Natalia Cervera
Ilustración de portada: Alejandro Terán

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



# PRESENTACIÓN

*Érase una vez…*

*… una chica que cazaba vampiros… No, esa no. Esta no es rubia (aunque sí lleva estaca y crucifijo, además de una pistola y unos cuchillos); ni vive en la Boca del Infierno, aunque pudiera parecerlo; ni va al instituto, sino que es una chica trabajadora que empezó a matar vampiros unos años antes. De su gusto en hombres no vamos a discutir, más que nada porque no nos daría tiempo.*

*Como íbamos diciendo: Érase una vez una chica que cazaba vampiros… Bueno, no exactamente. Ahí está una, tan tranquila, dedicándose a levantar muertos (que para eso es reanimadora, y para eso le pagan), y un día mata a unos cuantos vampiros y de pronto empiezan a llamarla Ejecutora. Qué melodramático.*

*Y no es como si la Muerte no anduviese por ahí haciendo su trabajo (trabajo que le encanta, por otra parte) y no lo hiciera bien; al contrario… Pero lo de que una chica joven y en apariencia poca cosa se enfrente a los vampiros, y que no sólo salga con vida sino que se lleve a unos cuantos por delante, debe de ser que da morbo.*

*Bienvenidos a San Luis. Humanos, vampiros, cambiaformas de todas las especies y colores, zombis, algules y alguna cosita más… Tenemos de todo: el Distrito, el Circo de los Malditos, la Iglesia de la Vida Eterna (literalmente y delante de tus ojos: nada de fe ciega, nada de esperas y nada que no se sepa; si quieres saber qué se siente al estar muerto, pregúntaselo a un feligrés con colmillitos), unos estupendos cementerios llenos de animación, clubes de lo más* in, *morbo y* glamour. *¿Quién da más?*

*Pues Laurell K. Hamilton. Nos muestra un mundo donde los nomuertos, sean vampiros, cambiaformas, zombis o cualquier otra cosa, no sólo conviven con los humanos, sino que no se ocultan: el dueño del bar donde tomas el café puede ser un vampiro; tu vecino de la puerta de enfrente se convierte en rata de vez en cuando, y nunca sabes cómo*

*acabará esa herencia que acabas de recibir, porque a saber si alguien levanta de la tumba al tío Jorge y resulta que, en su testamento, donde dice digo quiso decir Diego…*

*Hamilton nos muestra ese universo a través de una protagonista sin complejos, que ve la realidad tal como es, no se hace ilusiones y siempre va bien armada. Que sabe que el mundo no es justo, ni la vida, fácil, y tiene cicatrices para demostrarlo. Que duerme con pingüinos de peluche por el día y levanta muertos por la noche. Que mata vampiros, pero también se relaciona con ellos. Que sabe que ver la vida en blanco y negro es un lujo que no se puede permitir; aunque le gustaría. Que sabe que no hay garantías.*

*Hace años que en la red se oye hablar de esta serie. Si ponéis «Anita Blake» en Google y le dais al botoncito de buscar, os saldrán prácticamente tres cuartos de millón de páginas… Y ahora se entiende por qué. Es una lectura ágil y fascinante, llena de ritmo y de detalles, con un sentido del humor negro y crudo y, sobre todo, escrita con desparpajo y sin complejos de ninguna clase.*

*Pasen y vean: comienza el espectáculo.*

*MARISA CUESTA*
*Gijón, a 18 de mayo de 2006*

*Para Gary W. Hamilton, mi marido, que se leyó este libro a pesar de no gustarle nada relacionado con el terror.*

*A Carlos Nassau y Gary Chehowski por darme a conocer el extenso mundo de las armas. A Ricia Mainhardt, mi agente, por creer en mí. A Deborah Millitello por el entusiasmo desbordante, que supera ampliamente sus obligaciones. A M. C. Summer, nuevo amigo y valioso crítico. A Mary-Dale Amison, por su buen ojo para los detalles que se nos escapan a los demás. Y a todos los miembros del grupo Alternate Historians que llegaron demasiado tarde para comentar este libro: Janni Lee Simmer, Marella Sands y Robert K. Sheaf. Gracias por la tarta, Bob. Y a todos los que asistieron a mi lectura de la decimocuarta Archon.*

# UNO

Willie McCoy ya era un capullo antes de morir, y la muerte no lo había cambiado. Lo tenía sentado delante, con una chaqueta deportiva de cuadros que cantaba como una almeja, y pantalones de poliéster verde fosforito. Su pelo negro, corto y peinado hacia atrás con gomina, enmarcaba una cara delgada y triangular. Siempre me había recordado a los personajes secundarios de las películas de gángsters, esos tipos que venden información, hacen recados y son desechables.

Claro que, como Willie estaba muerto, lo de ser desechable ya no contaba. Pero seguía vendiendo información y haciendo recados. No, morir no lo había cambiado demasiado. De todas formas, por si las moscas, evité mirarlo directamente a los ojos; es lo que se suele hacer cuando se trata con vampiros. Si antes era un saco de mierda estándar, ahora era un saco de mierda que había regresado de entre los muertos, y esa categoría me resultaba nueva.

Estábamos sentados en mi despacho, con el aire acondicionado como sonido de fondo. Las paredes azul celeste que Bert, mi jefe, consideraba relajantes, le daban un aire frío a la habitación.

—¿Te molesta que fume? —Preguntó.

—Sí —dije—. Mucho.

—Joder, ya veo que no me vas a poner las cosas fáciles.

Lo miré a la cara un instante. Seguía teniendo los ojos marrones. Me pilló, y bajé la vista a la mesa.

Willie se rió con un sonido breve y jadeante. Tampoco le había cambiado la risa.

—Eh, te doy miedo. Mola.

—No es miedo; es precaución.

—No te molestes en negarlo; puedo olerlo casi como si me rozara la cara, la mente… Me tienes miedo porque soy un vampiro.

Me encogí de hombros; ¿qué podía decirle? ¿Cómo mentirle a

alguien que huele el miedo?

—¿A qué has venido, Willie?

—Uf, me muero por un cigarro. —Le empezó a temblar un lado de la boca.

—No sabía que los vampiros tuvieran tics.

Se llevó la mano casi hasta los labios y me sonrió enseñando los colmillos.

—Hay cosas que no cambian.

Tuve ganas de preguntarle: «¿Y qué cambia? ¿Qué se siente al estar muerto?». Conocía a más vampiros, pero Willie era el primero al que había tratado antes y después de la conversión. Se me hacía raro.

—¿Qué quieres?

—Contratar tus servicios. Y pagarlos, claro.

Lo miré evitando los ojos. La luz le centelleó en el alfiler de corbata; era de oro auténtico. Antes, Willie no tenía cosas así. No le iba nada mal para estar muerto.

—Me dedico a levantar muertos. Eres un vampiro, Willie, ¿para qué quieres un zombi?

—No. —Sacudió la cabeza con dos movimientos rápidos hacia los lados—; nada de vudú. Quiero que investigues unos asesinatos.

—No soy detective privada.

—Ya, pero tenéis una en la agencia.

—Puedes contratar directamente a la señora Sims. No me necesitas de intermediaria.

—Pero ella no sabe de vampiros tanto como tú. —De nuevo aquella inquietante sacudida de cabeza.

—Al grano, Willie. —Suspiré y le eché una ojeada al reloj de la pared—. Tengo que largarme dentro de quince minutos. No me gusta hacer esperar a los clientes cuando están solos en el cementerio; suelen ponerse nerviosos.

Se rió. A pesar de los colmillos, algo en aquella risa burlona me resultó tranquilizador. Aunque bien pensado, los vampiros deberían tener una risa profunda y melodiosa.

—No me extraña. No me extraña nada. —Su semblante se volvió adusto de golpe, como si el dibujante le hubiera borrado la risa.

Sentí el miedo como un puñetazo en la boca del estómago. Los vampiros podían cambiar de expresión como si pulsaran un

interruptor. Si Willie era capaz de hacer algo así, ¿qué más trucos escondería en la manga?

—¿Sabes lo de los asesinatos de vampiros en el Distrito?

Lo había planteado como una pregunta, así que respondí.

—Estoy al tanto. —Habían hecho una carnicería con cuatro vampiros en la nueva zona de marcha; aparecieron con el corazón arrancado y la cabeza cortada.

—¿Aún trabajas con la poli?

—Sigo ayudando a la nueva brigada especial.

—Ah, sí, la Santa Compaña —dijo, volviendo a reír—. Con un presupuesto de pena y personal insuficiente, claro.

—Acabas de describir la mayor parte de las brigadas policiales de esta ciudad.

—Ya, pero a los polis les pasa lo mismo que a ti, Anita. ¿Qué coño os importa que haya un vampiro más o menos? Ninguna ley nueva va a cambiar eso.

Sólo habían pasado dos años desde el caso de Addison contra Clark. Aquel juicio nos había cambiado la forma de ver en qué consistía la vida y en qué no consistía la muerte. En los Estados Unidos se había legalizado el vampirismo. El nuestro era uno de los pocos países que reconocían los derechos de los nomuertos. En las fronteras las pasaban canutas tratando de impedir la inmigración de vampiros extranjeros en… Bueno, en bandadas.

Los tribunales estaban debatiendo toda clase de minucias. ¿Los herederos tenían que devolver las herencias? ¿Se podía considerar viudo al cónyuge de un nomuerto? ¿Era asesinato matar a un vampiro? Si hasta había un movimiento a favor del sufragio vampírico… Ah, los tiempos cambian.

Contemplé al vampiro que tenía delante y me encogí de hombros. ¿De verdad me daba igual que hubiera un vampiro menos? Quizá.

—Si crees que pienso así, ¿por qué recurres a mí?

—Porque eres la mejor, y necesitamos al mejor.

Hasta entonces no había hablado en plural.

—¿Para quién trabajas?

—No te preocupes por eso —dijo con una sonrisa reservada y misteriosa, como si estuviera ocultando algo importante—. Queremos que alguien que conozca la vida nocturna investigue los

asesinatos, y estamos dispuestos a pagar muy bien.

—Ya le di mi opinión a la policía cuando vi los cadáveres.

—¿Y tu opinión era…? —Se inclinó hacia delante en la silla y apoyó sus manos menudas en la mesa. Tenía las uñas pálidas, casi blancas, sin sangre.

—Presenté un informe completo a la policía. —Levanté la vista y lo miré casi directamente a los ojos.

—¿Ni siquiera me vas a decir eso?

—No tengo autorización para comentar asuntos policiales contigo.

—Les dije que no aceptarías.

—¿Aceptar qué? No me has dicho absolutamente nada.

—Queremos que investigues los asesinatos de vampiros y que averigües quién, o qué, lo está haciendo. Estamos dispuestos a triplicar tu tarifa habitual.

Sacudí la cabeza. Aquello explicaba por qué había concertado la entrevista el cerdo avaricioso de Bert. Sabía de sobra qué pensaba de los vampiros, pero el contrato me obligaba, como mínimo, a recibir a cualquier cliente que le hubiera pagado una señal, y mi jefe era capaz de todo por dinero. El problema era que esperaba lo mismo de sus empleados. Bert y yo íbamos a tener una charla muy, muy pronto.

—La policía se está ocupando del caso —dije, levantándome—, y ya le presto tanta ayuda como puedo. En cierto modo, ya estoy trabajando en el caso; os podéis ahorrar el dinero.

Se quedó sentado mirándome, muy quieto. No era la inmovilidad exánime de los que llevan mucho tiempo muertos, pero casi daba el pego.

El miedo me subió por el espinazo y me llegó a la garganta. Reprimí el impulso de sacar el crucifijo que llevaba debajo de la blusa y echar a Willie del despacho. No sé por qué, pero me parecía poco profesional expulsar a un cliente con un objeto sagrado. Me quedé de pie esperando a que se moviera.

—¿Por qué no quieres aceptar el caso?

—Tengo otros clientes a los que atender. Siento no poder hacer nada por ti.

—Será que no quieres.

—Como prefieras. —Rodeé la mesa para acompañarlo a la

puerta.

Se desplazó con una agilidad que no había tenido nunca, pero lo vi y me aparté de la mano que tendía hacia mí.

—No soy otra mariboba a la que puedas embaucar con tus trucos.

—Me has visto moverme.

—Te he oído. No llevas tanto tiempo muerto. Vampiro o no, te queda mucho por aprender.

Me miraba con el ceño fruncido y la mano aún medio tendida.

—Puede ser, pero ningún humano habría podido apartarse así. —Dio un paso en mi dirección hasta casi rozarme con la chaqueta. Frente a frente teníamos casi la misma estatura: ambos éramos bajos. Los ojos le quedaban al mismo nivel que los míos. Me obligué a mantener la mirada fija en su hombro.

Tuve que hacer acopio de valor para no apartarme de él. Pero qué leches; vivo o muerto, era Willie McCoy. No pensaba darle aquella satisfacción.

—No eres más humana que yo —dijo.

Me dirigí a la puerta. No me había apartado de él; me había alejado para abrir. Intenté convencer al sudor que me recorría la espalda de que no era lo mismo. Pero la sensación de frío que tenía en el estómago tampoco se dejaba engañar.

—Me tengo que ir, en serio. Muchas gracias por haber recurrido a Reanimators, Inc. —Le dediqué mi mejor sonrisa profesional, tan vacía de significado como una bombilla, pero igual de deslumbrante.

—¿Y por qué no quieres trabajar para nosotros? —Preguntó deteniéndose en el umbral—. Tendré que dar alguna explicación cuando vuelva.

No estaba segura, pero me pareció que en su voz había algo parecido al temor. ¿Tendría problemas por haber fracasado? Aunque sabía que era una estupidez, me dio pena. Vale, era un nomuerto, pero me estaba mirando fijamente y seguía siendo Willie, el de las chaquetas ridículas y las manitas nerviosas.

—Diles, sean quienes sean, que tengo por norma no trabajar para vampiros.

—¿Y no te saltarías esa norma por nada? —Otra vez aquella manía de hacer que las afirmaciones parecieran preguntas.

—Por nada del mundo.

Le noté un destello en la cara, como si asomara el antiguo Willie. Casi parecía triste.

—Siento que hayas dicho eso, Anita. No les gustan las negativas.

—Pues a mi no me gustan las amenazas. Y estás abusando de mi hospitalidad.

—No es ninguna amenaza, Anita. Es la verdad. —Se arregló la corbata, se ajustó el nuevo alfiler de oro, irguió los hombros y salió.

Cuando se marchó, cerré la puerta y me apoyé en ella. Me temblaban las rodillas. Pero no era un buen momento para quedarme allí sin hacer nada. La señora Grundick ya debía de haber llegado al cementerio. Estaría allí de pie, con su pequeño bolso negro y sus hijos adultos, esperando a que le devolviera a su marido de entre los muertos. Había dejado dos testamentos muy distintos; era un misterio. Le quedaban dos opciones: pasarse años pagando minutas de abogados y costas judiciales, o revivir provisionalmente a Albert Grundick y preguntarle.

En el coche tenía todo lo necesario, hasta los gallos. Me saqué el crucifijo de plata de debajo de la blusa y lo dejé colgar a la vista. Tengo varias pistolas y sé usarlas. Guardo una Browning de 9 mm en el cajón de la mesa. Pesa más o menos un kilo, con balas de plata y todo. La plata no mata a los vampiros, pero tiene un efecto disuasorio muy útil: les provoca heridas que se curan muy despacio, a una velocidad casi propia de los humanos. Me sequé el sudor de las manos en la falda y salí.

Craig, nuestro secretario de noche, tecleaba frenéticamente ante el ordenador. Abrió mucho los ojos cuando crucé la espesa moqueta. Puede que fuera por la cruz, que colgaba de la larga cadena; puede que por la pistolera que llevaba a la espalda, con el arma a la vista. No mencionó ninguna de las dos cosas. Así me gusta.

Me puse la chaqueta de pana. No ocultaba el bulto de la pistola, pero daba igual. No creía que los Grundick ni sus abogados se fijaran.

# DOS

Aquella mañana vi salir el sol mientras volvía a casa. Odio el amanecer. Significa que me he pasado con el horario y he trabajado toda la puta noche. San Luis tiene más árboles en los márgenes de las carreteras que ninguna otra ciudad por la que haya conducido. Casi estaba dispuesta a reconocer que, bañados por los primeros rayos del alba, los árboles eran bonitos. Casi. Mi piso tiene siempre un aspecto tan luminoso y alegre al sol de la mañana que resulta deprimente. Las paredes son del mismo color de helado de vainilla que las de cualquier otro piso que haya visto. La moqueta es de un gris pasable, muchísimo mejor que la típica marrón caca de perro.

Es un piso espacioso, con un dormitorio. Tiene vistas al parque de al lado, dicen, pero es como si tuviera vistas a Marte. Por mí, no harían falta ventanas; me las apaño con unas cortinas tupidas que convierten el día más luminoso en una agradable penumbra.

Encendí la radio para ahogar el ruido de mis vecinos de hábitos diurnos. El sueño se apoderó de mí con la suave música de Chopin. Y muy poco después sonó el teléfono.

Me quedé tumbada un instante, odiándome por no haber conectado el contestador. Si no hacía caso, con un poco de suerte… Al quinto timbrazo me di por vencida.

—¿Sí?

—Oh, lo siento. ¿Te he despertado?

Era una voz de mujer que no me sonaba de nada. Como pretendiera venderme algo, se iba a enterar.

—¿Quién es? —pregunté, parpadeando para enfocar el reloj de la mesilla. Eran las ocho. Había dormido casi dos horas. Alegría.

—Soy Mónica Vespucci —dijo, como si aquello lo explicara todo. Pues no.

—¿Sí? —Intenté decirlo con tono amable, para animarla a continuar, pero creo que me salió algo parecido a un gruñido.

—Oh, vaya. Soy la Mónica que trabaja con Catherine Maison.

Me acurruqué, con el auricular en la mano, y traté de pensar. No se me da muy bien cuando sólo he dormido dos horas. El nombre de Catherine sí que me sonaba: era el de una buena amiga. Es posible que me hubiera mencionado a aquella mujer, pero no habría podido identificarla aunque me fuera la vida en ello.

—Claro, Mónica, sí. ¿Qué quieres? —Mi voz me sonó desagradable hasta a mí—. Y lo siento si tengo la voz rara, pero es que he estado trabajando hasta las seis.

—¿Sólo has dormido dos horas? Dios mío. Me querrás matar.

Me abstuve de contestar. No soy tan maleducada.

—¿Querías algo, Mónica?

—Sí, claro. Estoy organizando la despedida de soltera de Catherine, pero es una fiesta sorpresa. Ya sabes que se casa el mes que viene.

Hice un gesto de asentimiento.

—Iré a la boda —murmuré al recordar que no podía verme.

—Claro, lo sé. Los vestidos de las damas de honor son preciosos, ¿no crees?

A decir verdad, lo último en lo que me apetecía gastarme ciento veinte dólares era un vestido largo de color rosa con mangas de farol, pero era la boda de Catherine.

—¿Qué pasa con la fiesta?

—Oh, me estoy yendo por las ramas, ¿verdad? Y tú muerta de sueño…

Pensé en pegarle un grito para ver si conseguía que abreviara. No: probablemente, se echaría a llorar.

—Por favor, Mónica. ¿Qué quieres?

—Bueno, ya sé que te aviso con poco tiempo; es que estaba liadísima. Hace una semana que quería llamarte, pero entre una cosa y otra, me he despistado y…

Me lo creía.

—Continúa.

—La fiesta será esta noche. Como Catherine dice que no bebes, he pensado que podrías conducir.

Me quedé recostada un momento, intentando decidir hasta qué punto cabrearme y si serviría de algo. Quizá, si hubiera estado más despierta, no habría dicho lo que pensaba.

—¿No te parece que, si querías que condujera, tendrías que haberme avisado un poco antes?

—Lo sé, y te pido mil disculpas. Últimamente ando muy despistada. Catherine dice que sueles librar el viernes o el sábado por la noche. ¿No tendrás libre el viernes de esta semana?

Pues sí, aquel día libraba, aunque no me apetecía nada dedicárselo a la cabeza hueca con la que estaba hablando.

—Sí; tengo la noche libre.

—¡Estupendo! Te daré la dirección; puedes recogernos después del trabajo. ¿Te viene bien?

—Vale. —No me iba bien, pero ¿qué iba a decir?

—¿Tienes para apuntar?

—Has dicho que trabajas con Catherine, ¿no? —En realidad, estaba empezando a acordarme de Mónica.

—Sí, claro.

—Ya sé dónde está la oficina. No me hace falta la dirección.

—Ah, claro, qué tonta soy. Entonces, te esperamos sobre las cinco. Arréglate, pero no te pongas tacones. Puede que vayamos a bailar.

—De acuerdo, hasta luego. —Odio bailar.

—Hasta la tarde.

El teléfono quedó mudo. Conecté el contestador automático y acto seguido me hice un ovillo bajo las sábanas. Mónica era compañera de trabajo de Catherine, y eso significaba que era abogada. Era una idea inquietante. Quizá fuera una de esas personas que sólo son organizadas en el trabajo. No, ni de coña.

Entonces, cuando ya era demasiado tarde, se me ocurrió que podía haber rechazado la invitación. Arg. Pues sí que andaba bien de reflejos. Bueno, tampoco iba a ser tan terrible ver a unas desconocidas ponerse como una cuba. Vamos, que con un poco de suerte, alguna me vomitaría en el coche.

Cuando conseguí volver a dormirme, tuve unos sueños muy raros sobre una mujer a la que no conocía, una tarta de coco y el funeral de Willie McCoy.

# TRES

Mónica Vespucci llevaba una chapa con la inscripción LOS VAMPIROS TAMBIÉN SON PERSONAS. No era un comienzo muy prometedor para la velada. Llevaba una blusa blanca de seda, con cuello alto y volantes que le resaltaba el bronceado de salón de belleza. Tenía el pelo corto y con peinado de estilista, y su maquillaje era perfecto.

La chapa debería haberme dado una pista sobre el tipo de despedida de soltera que había organizado. Pero hay días en los que, simplemente, estoy lela.

Yo llevaba vaqueros negros, botas de caña alta y una blusa granate. Me había arreglado el pelo para que combinara con el atuendo; los rizos negros me caían justo por encima de los hombros. El color marrón oscuro, casi negro, de los ojos me hace juego con el pelo. La piel, demasiado pálida, germánica, contrasta con el moreno latino de todo lo demás. Un ex, muy ex, me describió en una ocasión como una muñequita de porcelana. Creo que lo dijo como un cumplido, pero yo no lo interpreté así. Es uno de los muchos motivos por los que no salgo a menudo con hombres.

Me había puesto una blusa de manga larga, para ocultar la funda del cuchillo que llevaba en la muñeca derecha y las cicatrices que tengo en el brazo izquierdo. Había dejado la pistola en el maletero. No creía que la despedida fuera a desmadrarse tanto.

—Siento mucho haberlo organizado todo en el último momento, Catherine —dijo Mónica—. Por eso somos sólo tres. Las demás habían hecho planes.

—Qué curioso que la gente tenga planes un viernes por la noche —dije.

Mónica se quedó mirándome sin saber si bromeaba o no.

Catherine me lanzó una mirada de advertencia. Les dediqué a ambas mi mejor sonrisa inocente. Mónica me la devolvió; Catherine

no se dejó enredar.

Mónica echó a andar calle abajo, alegre como unas castañuelas borrachas. Y sólo se había tomado dos copas durante la cena. Mala señal.

—Sé amable —susurró Catherine.

—¿Y ahora qué he hecho?

—Anita… —me dijo con una voz que sonaba como la de mi padre cuando yo volvía a casa demasiado tarde.

—No se te ve muy animada esta noche —dije con un suspiro.

—Pues tengo la intención de animarme mucho —repuso alzando los brazos.

Iba todavía con el traje de oficina, lleno de arrugas. El viento le agitaba el pelo largo y cobrizo. Nunca he sabido si Catherine estaría más guapa si se cortara el pelo para que se le viera bien la cara, o si es el pelo lo que la hace tan atractiva.

—Si tengo que renunciar a una de mis pocas noches libres —añadió—, tengo intención de divertirme… un huevo. —Pronunció las dos últimas palabras como con rabia. Me quedé mirándola.

—No pensarás ponerte ciega de alcohol, ¿verdad?

—Tal vez —dijo. Parecía muy ufana.

Catherine sabía que yo no aprobaba o, mejor dicho, no comprendía que la gente bebiera. A mí no me hacía gracia desinhibirme; si quería desmadrarme, quería controlar hasta qué punto.

Habíamos dejado el coche a dos manzanas, en un aparcamiento. El que tiene alrededor una valla de hierro forjado. No había muchos sitios para aparcar cerca del río; las estrechas calles adoquinadas y las aceras anticuadas del casco antiguo estaban pensadas para caballos, no para automóviles. Una tormenta de verano que había empezado y terminado mientras cenábamos había refrescado las calles. Las primeras estrellas brillaban por encima de nosotras como diamantes cosidos a un paño de terciopelo.

—¡Más deprisa, tortugas! —gritó Mónica.

Catherine me miró y sonrió. Antes de que me diera cuenta, había echado a correr hacia Mónica.

—Oh, por el amor de Dios —murmuré. Quizá, si hubiera bebido en la cena, yo también habría echado a correr, aunque tenía serias dudas.

—No seas quejica —me gritó Catherine.

¿Quejica? Les di alcance caminando. Mónica se reía como una tonta. No sé por qué, pero no me esperaba otra cosa. Catherine y ella reían, apoyadas la una en la otra. Sospeché que se reían de mí.

Mónica se calmó lo suficiente para fingir un susurro teatral.

—¿Sabéis qué hay al doblar la esquina?

La verdad era que lo sabía. El último asesinato de un vampiro había sucedido a sólo cuatro manzanas de allí. Estábamos en la zona que los vampiros llamaban *el Distrito*. Los humanos la llamaban *la Orilla* o *Villasangre*, según quisieran ser neutros o desagradables.

—El Placeres Prohibidos —dije.

—Vaya, has estropeado la sorpresa.

—¿Qué es el Placeres Prohibidos? —preguntó Catherine.

—Ah, estupendo, no se ha estropeado tanto —dijo Mónica con una risita. Se cogió del brazo de Catherine—. Te va a encantar, te lo prometo.

Tal vez le encantaría a Catherine; a mí, seguro que no, pero las seguí y doblé la esquina. El letrero era una espiral de neón rojo sangre. No se me escapó el simbolismo.

Subimos los tres amplios escalones y vimos a un vampiro delante de la puerta abierta. Llevaba el pelo negro muy corto, y tenía los ojos pequeños y claros. Los anchos hombros amenazaban con romperle la camiseta negra y ceñida. ¿No era un poco absurdo dedicarse a hacer pesas después de morir?

Desde el propio umbral era capaz de oír el murmullo de voces, risas y música. El rumor de muchas personas reunidas en un espacio pequeño y decididas a pasárselo bien.

El vampiro estaba junto a la puerta, muy quieto. Había algo vivo en él, una sensación de movimiento, a falta de un término mejor. Como mucho, llevaría unos veinte años muerto. En la oscuridad parecía casi humano, incluso a mis ojos. Aquella noche ya se había saciado; se le veía la piel sana y con buen color, y tenía las mejillas casi sonrosadas. Es lo que hace una ración de sangre fresca.

—Oh, palpad estos músculos —dijo Mónica apretándole el brazo.

Él sonrió, mostrando los colmillos. Catherine jadeó. La sonrisa del vampiro se ensanchó.

—Buzz y yo somos viejos amigos, ¿verdad, Buzz?

¿Buzz? No me podía creer que un vampiro se llamara Zumbido. Sin embargo, él asintió.

—Adelante, Mónica. Tenéis una mesa reservada.

¿Una mesa? ¿Qué enchufe tenía Mónica? El Placeres Prohibidos era el local por excelencia de la movida del Distrito, y nunca admitía reservas.

En la puerta había un gran cartel en el que ponía: NO SE PERMITEN CRUCES, CRUCIFIJOS NI OTROS ARTÍCULOS SAGRADOS EN EL INTERIOR. Lo leí y pasé de largo. No tenía ninguna intención de desprenderme de mi crucifijo.

—Anita, es un verdadero placer contar con tu presencia —dijo una voz grave y melodiosa que flotó a nuestro alrededor.

Era la voz de Jean-Claude, propietario del local y maestro vampiro. Tenía el aspecto que se supone que debe tener un vampiro, con el pelo suavemente ondulado que se enredaba en el cuello alto de encaje de una camisa antigua. El encaje le caía también sobre las manos, pálidas y de largos dedos. Llevaba la camisa abierta y mostraba el pecho lampiño y esbelto, enmarcado por más encaje. A prácticamente cualquier hombre le habría quedado fatal una camisa como aquella, pero el vampiro la hacía parecer de lo más masculina.

—¿Os conocéis? —Mónica parecía sorprendida.

—Desde luego —dijo Jean-Claude—. La señorita Blake y yo hemos coincidido en otras ocasiones.

—He ayudado a la policía en algunos casos que han ocurrido en la Orilla.

—Es su experta en vampiros. —Jean-Claude hizo que la última palabra sonara suave, cálida y vagamente obscena.

Mónica soltó una risita. Catherine miraba fijamente a Jean-Claude con ingenuidad y los ojos muy abiertos. Le toqué el brazo, y ella se sobresaltó como si despertara de un sueño.

—Un consejo importante para tu seguridad: no mires nunca a un vampiro a los ojos. —No me molesté en susurrar; él me habría oído de todos modos.

Ella asintió, y hubo un asomo de miedo en su expresión.

—Jamás le haría daño a una joven tan encantadora. —Jean-Claude tomó la mano de Catherine y se la llevó a los labios. Apenas

la rozó, pero Catherine sé sonrojó.

También le besó la mano a Mónica. Luego me miró y se echó a reír.

—No te preocupes, mi pequeña reanimadora. No voy a tocarte; sería hacer trampa.

Se acercó a mí. Lo miré fijamente al pecho y vi la cicatriz de una quemadura, casi oculta por el encaje. Tenía forma de cruz. ¿Cuántos decenios habrían transcurrido desde que le pusieron una cruz en el pecho?

—Por el mismo motivo, llevar una cruz te daría una ventaja injusta.

¿Qué podía decirle? En cierto modo, tenía razón.

Era una lástima que no bastara con la forma de la cruz para hacerle daño a un vampiro; si así fuera, Jean-Claude habría tenido serios problemas. Por desgracia, tenía que ser una cruz bendecida y respaldada por la fe. Ver a un ateo blandir una cruz ante un vampiro era un espectáculo patético.

—Anita —pronunció mi nombre como un susurro que me erizó la piel—, ¿qué pretendes?

Tenía una voz increíblemente relajante. Estaba deseando levantar la vista y ver la cara que acompañaba a aquellas palabras. A Jean-Claude lo intrigaban mi inmunidad parcial a sus trucos y la quemadura en forma de cruz de mi brazo. Le parecía una cicatriz muy divertida. Cada vez que nos veíamos, él hacía lo posible por hechizarme, y yo hacía lo imposible por resistirme. Hasta aquel momento había ganado yo.

—Nunca te habías opuesto a que llevara una cruz.

—Porque venías por asuntos policiales; esta vez es distinto.

Lo miré al pecho y me pregunté si el encaje sería tan suave como parecía; probablemente no.

—¿Tan poco confías en tus habilidades, mi pequeña reanimadora? ¿De verdad crees que toda tu resistencia ante mí radica en el trozo de plata que llevas al cuello?

No lo creía, pero sabía que algo contribuía. Jean-Claude afirmaba tener doscientos cinco años, y un vampiro adquiere mucho poder en dos siglos. Me estaba llamando cobarde veladamente. Y de eso nada.

Levanté los brazos para desabrocharme la cadena. Él se apartó y

me volvió la espalda. La cruz me inundó las manos de un resplandor plateado. Una humana rubia apareció junto a mí; me entregó un resguardo y cogió el colgante. Qué monos, hasta tenían una consigna para objetos sagrados.

Me sentí repentinamente desnuda sin el crucifijo. Dormía y me duchaba con él.

—El espectáculo de esta noche te resultará irresistible, Anita —dijo Jean-Claude, acercándose de nuevo—. Te van a hechizar.

—Más quisieras —contesté. Pero es difícil hacerse la dura con alguien a quien se mira al pecho. Para imponer un poco hay que mirar a la otra persona a los ojos, y en aquella situación era impensable.

Él rió. Era un sonido tangible, como la caricia de las pieles: cálido y con un levísimo deje de muerte.

—Te va a encantar, te lo prometo —dijo Mónica, cogiéndome del brazo.

—Sí —dijo Jean-Claude—. Será una noche verdaderamente inolvidable.

—¿Es una amenaza?

Volvió a reír, con aquel sonido cálido y siniestro.

—Este es un lugar dedicado al placer, no a la violencia.

—Venga, que el espectáculo está a punto de empezar —dijo Mónica, tironeándome del brazo.

—¿El espectáculo? —preguntó Catherine.

No tuve más remedio que sonreír.

—Bienvenida al único local de *boys* vampíricos, Catherine.

—Estás de guasa.

—Por mis niños —dije.

No sé por qué, volví a mirar a la puerta. Jean-Claude estaba inmóvil, sin proyectar ninguna sensación, casi como si no estuviera allí. Hasta que de pronto se movió: se llevó una mano pálida a los labios y me lanzó un beso a través de la sala. Empezaba el espectáculo.

# CUATRO

Nuestra mesa estaba pegada al escenario. Por el local fluían el alcohol y las risas, y se oían gritos de temor fingido cuando los vampiros que trabajaban de camareros pasaban entre las mesas. Había un trasfondo de miedo, parecido al que se siente en las montañas rusas y en las películas de terror. Miedo sin riesgos.

Se apagaron las luces, y sonaron gritos altos y estridentes por todo el salón. Miedo real durante un instante. La voz de Jean-Claude surgió de la oscuridad.

—Bienvenidas al Placeres Prohibidos. Estamos a vuestro servicio. Estamos aquí para hacer realidad vuestras fantasías más perversas. —Su voz era como un suave susurro a altas horas de la noche. Hay que joderse; el tío era bueno—. ¿Te has preguntado alguna vez cómo sería sentir mi respiración en la piel? Mis labios en el cuello. El roce de unos dientes, su dureza… El dolor dulce e intenso del pinchazo de los colmillos. Tu corazón latiendo frenéticamente contra mi pecho. Tu sangre fluyendo por mis venas. Compartirte conmigo. Darme vida. Saber que sería incapaz de vivir sin ti, sin vosotras, sin ninguna de vosotras.

Puede que fuera por la intimidad de la penumbra; en cualquier caso, sentía como si me hablara a mí y sólo a mí. Yo era su elegida, su favorita. Pero no; no era así. En realidad, todas las mujeres sentían lo mismo. Todas éramos su elegida. Y puede que en ello hubiera más verdad que en ninguna otra cosa.

—Nuestro primer caballero de esta noche comparte vuestra fantasía. Quería saber qué se siente con el más dulce de los besos, y se os adelantó para poder revelaros que es maravilloso. —Dejó que el silencio llenara la oscuridad hasta que los latidos de mi corazón me sonaron demasiado fuertes—. Esta noche tenemos con nosotros a Phillip.

—¡Phillip! —susurró Mónica. Todo el público contuvo la

respiración.

—Phillip, Phillip… —Se empezó a oír en un suave murmullo, que se elevó a nuestro alrededor en la oscuridad como una plegaria.

Las luces se encendieron paulatinamente, como al final de una película. Había un hombre de pie en el centro del escenario. Una camiseta blanca le ceñía el torso; no era muy musculoso, pero tenía lo suyo. Lo bueno, si breve… Una chupa de cuero negro, unos vaqueros ajustados y unas botas completaban el atuendo. La melena castaña le llegaba por los hombros. Un guaperas de los que una se cruza por la calle, vamos.

La silenciosa penumbra se llenó de música. El hombre movía levemente las caderas siguiendo el ritmo. Empezó a despojarse de la chaqueta de cuero casi a cámara lenta. La suave música empezó a acelerarse, con un compás que su cuerpo compartía y seguía con cada movimiento. La chaqueta cayó al escenario. Phillip se quedó un instante mirando al público, dejándonos ver lo que había que ver. Tenía cicatrices en el interior de los dos codos, hasta el punto de que la piel había formado bultos blancos.

Tragué saliva. No sabía muy bien qué iba a pasar, pero estaba segura de que no me gustaría.

Se apartó el pelo de la cara con las dos manos. Recorrió el borde del escenario contoneándose, se detuvo cerca de nuestra mesa y se quedó mirándonos. Su cuello parecía el de un yonqui.

Tuve que apartar la vista. Todas esas marcas de mordiscos, y de cicatrices pequeñas y nítidas… Levanté la vista y vi que Catherine miraba hacia el suelo. Mónica estaba echada hacia delante en la silla, con los labios entreabiertos.

Phillip se agarró la camiseta y dio un tirón. La tela se desgarró y le dejó el tórax al descubierto. Exclamaciones entre el público. Varias mujeres gritaron su nombre. Él sonrió. Tenía una sonrisa deslumbrante, tan sexy que hacía la boca agua.

Tenía cicatrices en el pecho suave y lampiño: blancas, rosadas, recientes y antiguas. Me quedé mirándolo con la boca abierta.

—¡Dios mío! —susurró Catherine.

—Es fantástico, ¿verdad? —preguntó Mónica.

La miré. El cuello alto de la blusa se le había bajado un poco, y se veían dos pinchazos, bastante antiguos, casi cicatrizados. Virgen santa.

La música estalló con repentina violencia. Phillip bailaba, se contoneaba y giraba, poniendo toda la fuerza del cuerpo en cada movimiento. Encima de la clavícula izquierda tenía una masa blanca de cicatrices de aspecto salvaje y brutal. Se me hizo un nudo en el estómago. Un vampiro le había atravesado la clavícula, desgarrando, como un perro con un trozo de carne. Lo sabía porque yo tenía una cicatriz parecida. Tenía muchas cicatrices parecidas.

Los billetes de dólar empezaron a brotar de las manos como setas después de la lluvia. Mónica hacía ondear el dinero como una bandera. Yo no quería que Phillip se nos acercara a la mesa. Tuve que pegarme a Mónica para que me oyera por encima del ruido.

—Mónica, por favor, no lo atraigas.

En el momento en que ella se volvió para mirarme supe que ya era demasiado tarde. Phillip y sus cicatrices estaban en el escenario, observándonos. Alcé la vista hacia sus ojos, muy humanos.

Podía ver cómo latía el pulso en el cuello de Mónica. Se lamió los labios; tenía los ojos muy abiertos. Le metió el dinero en la parte delantera de los pantalones.

Las manos de Mónica recorrieron las marcas de Phillip como mariposas inquietas. Le apoyó la cara en el estómago y empezó a besarle las cicatrices, dejando un rastro de pintalabios rojo. Él se arrodilló mientras ella lo besaba y la obligó a subir por su pecho, cada vez más arriba.

Mónica le puso los labios en la cara. Él se apartó el pelo, adelantándose a sus deseos. Mónica le lamió la marca de mordedura más reciente con su lengua pequeña y rosada, como la de un gato. La oí emitir un gemido. Lo mordió y cerró la boca alrededor de la herida. Phillip se sacudió por el dolor, o más bien por la sorpresa. Ella apretó las mandíbulas y puso la garganta a trabajar. Le estaba succionando la herida.

Miré a Catherine, al otro lado de la mesa. Los estaba observando completamente estupefacta.

El público había enloquecido; gritaba y agitaba el dinero. Phillip se apartó de Mónica y avanzó hacia otra mesa. Mónica se desplomó hacia delante, con la cabeza en las rodillas y los brazos laxos a los lados.

¿Se había desmayado? Alargué un brazo para tocarla y me di cuenta de que no me apetecía. La agarré suavemente por el hombro.

Se movió y giró la cabeza para mirarme. En sus ojos se reflejaba la plenitud relajada que sólo daba el sexo. Tenía los labios pálidos, ya casi sin carmín. No se había desmayado; estaba disfrutando de la intensidad de la experiencia.

Aparté la mano y me la froté en el pantalón; la tenía pringada de sudor.

Phillip había vuelto al escenario. Había dejado de bailar. Simplemente estaba allí de pie. Mónica le había dejado una marca pequeña y redonda en el cuello.

Sentí los primeros indicios de la presencia de una mente antigua que flotaba sobre el público.

—¿Qué pasa? —preguntó Catherine.

—Tranquila —dijo Mónica. Estaba erguida en la silla, todavía con los ojos entrecerrados. Se lamió los labios y se estiró, levantando los brazos por encima de la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Catherine volviéndose hacia mí.

—Un vampiro —dije.

Le vi un destello de miedo en la cara, pero no duró mucho. Observé cómo desaparecía el temor bajo el peso de la mente del vampiro. Se volvió lentamente para mirar a Phillip, que seguía esperando en el escenario. Catherine no corría peligro. Aquella hipnosis colectiva no era personal ni permanente.

El vampiro no tenía tantos años como Jean-Claude, ni era tan bueno. Me quedé clavada en el asiento, mientras sentía la presión y el fluir de más de cien años de poder, pero no era suficiente. Noté cómo se movía entre las mesas. Se tomaba muchas molestias para procurar que los pobres humanos no lo viéramos llegar. Pretendía que tuviéramos la impresión de que aparecía ante nosotros como por arte de magia.

La oportunidad de sorprender a un vampiro no se presenta con frecuencia. Me volví para mirarlo caminar hacia el escenario. Todos los rostros humanos estaban en trance, expectantes y mirando ciegamente al frente. El vampiro era alto; tenía los pómulos muy marcados y un cuerpo sublime, escultural. Era demasiado masculino para ser guapo y demasiado perfecto para ser real.

Avanzaba ataviado con el atuendo arquetípico de los vampiros: esmoquin negro y guantes blancos. Se detuvo cerca de mí y se quedó mirándome. Tenía al público en el bolsillo, indefenso y

expectante. Pero allí estaba yo, observándolo fijamente, aunque sin mirarlo a los ojos.

Se le tensó el cuerpo por la sorpresa. No hay nada como incomodar a un vampiro de cien años para subirle la moral a una chica.

Miré más allá y vi a Jean-Claude. Me estaba observando. Lo saludé con el vaso. Él me devolvió el saludo con una inclinación de cabeza.

El vampiro alto estaba junto a Phillip, que tenía la mirada tan perdida como el resto de los humanos. El hechizo, o lo que fuera, se desvaneció. Con un pensamiento, el vampiro despertó al público, y todos se sobresaltaron. Magia. La voz de Jean-Claude interrumpió el silencio.

—Os presento a Robert. Démosle la bienvenida a nuestro escenario.

La multitud enloqueció entre aplausos y gritos. Catherine aplaudía, como todos los demás. Al parecer, estaba impresionada.

La música volvió a cambiar; latía y vibraba en el aire, tan alta que casi hacía daño. Robert el vampiro empezó a bailar. Se movía con una violencia estudiada, al ritmo de la música. Lanzó los guantes blancos al público, y uno aterrizó a mis pies. Lo dejé allí.

—Cógelo —dijo Mónica.

Negué con la cabeza. Una mujer de la mesa de al lado se inclinó hacia mí.

—¿No lo quieres? —preguntó. El aliento le apestaba a whisky.

Volví a sacudir la cabeza.

Se levantó, supongo que para coger el guante, pero Mónica la ganó por la mano, y la tía se volvió a sentar con aspecto abatido.

El vampiro se había descubierto el torso y mostraba una cantidad considerable de piel tersa. Se dejó caer en el suelo del escenario y empezó a hacer flexiones, apoyándose sólo en las yemas de los dedos. El público había enloquecido. A mí no me impresionó. Sabía que, si quisiera, podría levantar un coche a pulso. ¿Qué son unas flexiones comparadas con algo así?

Empezó a bailar alrededor de Phillip, que se volvió hacia él con los brazos extendidos, ligeramente encogido, como si se preparase para un ataque inminente. Se empezaron a rodear mutuamente. La música bajó, hasta volverse un tenue contrapunto de los

movimientos del escenario.

El vampiro empezó a acercarse a Phillip, quien se apartó como si intentara escapar. Pero el vampiro apareció súbitamente ante él y le bloqueó la huida.

Yo tampoco lo había visto moverse. Simplemente, el vampiro había aparecido frente a él. El miedo me arrebató todo el aire del cuerpo con un estallido helado. No había notado el engaño, pero había sucedido.

Jean-Claude estaba dos mesas más allá. Levantó una mano pálida en señal de saludo hacia mí. El muy cabrón se me había metido en la mente, y yo no me había dado cuenta. El público contuvo la respiración, y volví a mirar al escenario.

Los dos estaban arrodillados. El vampiro había inmovilizado a Phillip sujetándole el brazo a la espalda; con la otra mano le agarraba la melena y lo obligaba a doblar el cuello en un ángulo doloroso.

Los ojos de Phillip, muy abiertos, reflejaban terror. El vampiro no lo había hipnotizado. ¡No estaba hipnotizado! Permanecía consciente y estaba asustado. Dios mío. Respiraba con dificultad, y su pecho subía y bajaba en rápidos jadeos.

El vampiro miró al público y siseó, y sus colmillos relucieron bajo los focos. El siseo convirtió su hermoso rostro en algo bestial. Su apetito atravesó la multitud. Era un deseo tan intenso que sentí retortijones.

No; no quería compartir la sensación con él. Me clavé las uñas en la palma de la mano y me concentré. La sensación se desvaneció. El dolor ayudaba. Abrí los dedos, que me temblaban, y encontré cuatro semicírculos que se llenaron de sangre lentamente. El deseo latía a mí alrededor y se apoderaba del público, pero de mí no. De mí, no.

Me apreté una servilleta contra la mano e intenté pasar desapercibida. El vampiro echó la cabeza hacia atrás.

—No —susurré.

El vampiro atacó: clavó los dientes en la carne de Phillip, cuyo grito resonó en el local. La música cesó bruscamente. Todos se quedaron paralizados. Se habría oído caer un alfiler.

El silencio se llenó de sonidos de succión, tenues y húmedos. Phillip empezó a gemir. Una y otra vez, sonidos guturales de

impotencia.

Miré al público. Todo el mundo estaba con el vampiro, compartía su deseo y su necesidad, sentía cómo comía. Puede que también compartiera el terror de Phillip. Era difícil saberlo. Yo me mantenía al margen, cosa que me alegraba lo indecible.

El vampiro se incorporó y dejó caer a Phillip, inerte, en el escenario. Me puse en pie sin querer. La espalda cubierta de cicatrices del hombre se convulsionó con un profundo estertor, como si estuviera resistiéndose a morir. Y puede que así fuera.

Estaba vivo. Volví a sentarme. Me temblaban las rodillas. Tenía las manos empapadas de sudor, y me escocían las marcas de las uñas. Estaba vivo y le había gustado. Si alguien me lo hubiera dicho, lo habría llamado mentiroso. No me lo podía creer.

Un adicto a las mordeduras de vampiro. Cosas veredes…

—¿Quién quiere un beso? —susurró Jean-Claude.

Durante un instante no se movió nadie; después se alzaron aquí y allá manos que sostenían dinero. No muchas, pero bastantes. Casi todos parecían confundidos, como si acabaran de despertar de una pesadilla. Mónica tenía un billete en la mano levantada.

Phillip seguía tendido donde lo habían dejado, y su pecho subía y bajaba.

Robert el vampiro se acercó a Mónica. Ella le metió el dinero en el pantalón. Robert le apretó la boca, llena de sangre y colmillos, contra los labios. Fue un morreo de esos con mucho movimiento de lengua. Se probaban mutuamente el sabor.

El vampiro se apartó de Mónica. Ella lo sujetó por la nuca e intentó volver a atraerlo hacia sí, pero él se separó y se volvió hacia mí. Yo sacudí la cabeza y le mostré las manos vacías. No hay pasta, tíos.

Intentó agarrarme, rápido como una serpiente. No tuve tiempo de pensar. Cuando mi silla cayó al suelo, yo ya estaba de pie, fuera de su alcance. Ningún humano normal lo habría visto acercarse. Como se suele decir, se había descubierto el pastel.

Se empezó a oír un murmullo entre el público, que trataba de entender qué había pasado. Tranquilos, amigos, sólo es la simpática reanimadora del barrio; no hay nada que temer. El vampiro seguía mirándome.

De repente, Jean-Claude estaba junto a mí, y yo no lo había

visto acercarse.

—¿Estás bien, Anita?

Su voz ofrecía cosas que las palabras ni siquiera insinuaban. Promesas susurradas en habitaciones oscuras bajo sábanas de seda. Me subyugó e hizo que se me tambaleara la mente, como a un borracho sediento, y me gustó. De pronto, un pitido agudo me atravesó el cerebro, ahuyentó al vampiro y lo mantuvo a raya.

Me había sonado el busca. Parpadeé y me apoyé en la mesa. Él tendió la mano para sostenerme.

—No me toques —dije.

—Desde luego —contestó sonriendo.

Pulsé el botón del busca para silenciarlo. Menos mal que me lo había colgado del cinturón en vez de guardármelo en el bolso. De lo contrario, quizá no lo hubiera oído. Llamé desde el teléfono de la barra. La policía me necesitaba en el cementerio de Hillcrest. Tenía que trabajar en mi noche libre. Me alegraba. En serio.

Me ofrecí a llevar a Catherine a casa, pero prefirió quedarse. Hay que reconocer que los vampiros son fascinantes. Va todo en el mismo paquete, igual que beber sangre y trabajar de noche. Allá ella.

Les prometí que volvería a recogerlas. Después recuperé mi cruz en la consigna de objetos sagrados y me la colgué por dentro de la blusa. Jean-Claude estaba junto a la puerta.

—Ya casi te tenía, mi pequeña reanimadora.

Lo miré a la cara y bajé la vista rápidamente.

—«Casi» no cuenta, cabrón chupasangres.

Jean-Claude echó la cabeza hacia atrás y se rió. Su risa me persiguió en la noche como una caricia de terciopelo en la espalda.

# CINCO

El ataúd estaba de lado en el suelo, con la cicatriz blanca de un zarpazo en el barniz oscuro. El forro azul celeste, de imitación de seda, estaba desgarrado y arrancado en parte. Se veía claramente la huella sangrienta de una mano que casi podía haber sido humana. Lo único que quedaba del cadáver era un traje marrón hecho jirones, una falange roída y un fragmento de cuero cabelludo. Era rubio.

Había otro cadáver a poco más de un metro, con la ropa destrozada. Tenía la caja torácica abierta, y las costillas, partidas como palillos. Casi todos los órganos internos habían desaparecido, y el cuerpo parecía un tronco hueco. Sólo tenía intacta la cara. Los ojos claros, increíblemente abiertos, estaban dirigidos a las estrellas de la noche de verano.

Me alegré de que estuviéramos a oscuras. No tengo mala visión nocturna, pero la oscuridad atenúa los colores, y toda la sangre era negra. El cadáver del hombre se confundía con las sombras de los árboles. No tendría que verlo de nuevo, salvo que me acercara, y no pensaba repetir; ya había medido las marcas de los mordiscos con la cinta métrica y le había registrado todo el cuerpo con los guantes de plástico, en busca de pistas. No había ninguna.

Podía hacer lo que quisiera en la escena del crimen; ya la habían grabado y fotografiado desde todos los ángulos posibles. Yo siempre era la última «experta» a la que llamaban. La ambulancia esperaba para llevarse los cadáveres en cuanto terminase.

Ya casi estaba. Tenía claro que aquello era obra de algules, demonios necrófagos. Soy la leche: había reducido la lista de sospechosos a un tipo determinado de nomuertos. Aunque eso también lo podría haber deducido cualquier forense.

Estaba empezando a sudar, por culpa del mono que me había puesto para protegerme la ropa. Lo había comprado para matar

vampiros, pero desde hacía un tiempo lo usaba también en las escenas de los crímenes. Me había manchado las rodillas y las perneras, a causa de la gran cantidad de sangre que cubría la hierba. Gracias a Dios, no tenía que ver aquello a plena luz del día.

No sé por qué es peor ver cosas así a la luz del día, pero suelo tener pesadillas sobre los lugares que inspecciono de día. La sangre siempre es demasiado roja, pardusca y espesa. La noche lo amortigua todo y hace que parezca menos real, cosa que agradezco.

Me bajé la cremallera del mono y lo dejé abierto, sin quitármelo. Noté un viento sorprendentemente fresco y olor a lluvia. Se aproximaba otra tormenta.

Habían tendido cinta policial amarilla alrededor de los troncos de los árboles y la habían pasado por encima de los arbustos. Un bucle rodeaba los pies de piedra de un ángel. La cinta se movía y crujía por efecto del viento, cada vez más fuerte. El sargento Rudolf Storr la levantó para pasar y avanzó hacia mí.

Medía dos metros y tenía la constitución de un luchador profesional. Caminaba con movimientos bruscos y a grandes zancadas. Su pelo negro, muy corto, le dejaba las orejas al descubierto. Dolph era el jefe de la Santa Compaña, la brigada policial de creación más reciente. Su denominación oficial era *Brigada Regional de Investigación Preternatural*, es decir, BRIP. Se ocupaba de todos los delitos relacionados con lo sobrenatural, y para Dolph no había significado precisamente un ascenso. Willie McCoy tenía razón; la brigada era sólo un intento poco entusiasta de acallar a la prensa y a los liberales.

Dolph había cabreado a alguien; de lo contrario, no lo habrían destinado allí. Pero, por su forma de ser, estaba decidido a hacerlo lo mejor posible. Era como una fuerza de la naturaleza. No necesitaba levantar la voz; su sola presencia bastaba para que se hicieran las cosas.

—¿Y bien? —dijo, siempre tan locuaz.

—Ha sido un ataque de algules.

—¿Y…?

—En este cementerio no hay algules —dije encogiendo los hombros.

Se quedó mirándome con cara de póker. Se le daba bien; no le gustaba influir en los suyos.

—Pero dices que es cosa de algules.

—Sí, pero han venido de otro sitio.

—¿Y qué?

—Que nunca he oído hablar de algules que se alejen tanto de su cementerio. —Lo miré fijamente, intentando averiguar si entendía qué le estaba diciendo.

—Háblame de los algules, Anita. —Había sacado su inseparable libretita y tenía el boli preparado.

—Este cementerio sigue siendo tierra sagrada. Por regla general, las infestaciones de algules se dan en cementerios muy antiguos, o en sitios en los que se han practicado determinados ritos satánicos o de vudú. Es como si el mal fuera desgastando la bendición hasta que la tierra deja de ser sagrada. Cuando ocurre eso, los algules se trasladan a ese cementerio, o salen de la tumba. No se sabe muy bien cómo va la cosa.

—Espera un momento, ¿es que nadie lo sabe?

—Más o menos.

—Explícate —dijo sacudiendo la cabeza mientras miraba con el ceño fruncido las notas que había tomado.

—A ver: a los vampiros los convierten otros vampiros; a los zombis los levantan los reanimadores y los sacerdotes vudú; los algules, por lo que sabemos, salen de la tumba ellos solitos. Según algunas teorías, los malos malísimos se convierten en algules. Yo no me lo creo. Durante una época se dijo que las personas mordidas por un ser sobrenatural, como un cambiaformas, un vampiro o lo que sea, se convertían en algules. Pero yo he visto cementerios enteros vacíos, con todos los cadáveres convertidos en algules. Es imposible que todos fueran atacados en vida por seres sobrenaturales.

—Vale; no sabemos de dónde salen los algules. ¿Qué sabemos de ellos?

—Para empezar, no se pudren, como los zombis. Conservan la forma; en eso se parecen a los vampiros. Son más inteligentes que un perro, pero tampoco mucho más. Son cobardes y no atacan a las personas a menos que estén heridas o inconscientes.

—Pues no han tenido problemas para atacar al guarda.

—Puede que estuviera inconsciente.

—¿Cómo?

—Igual lo golpeó una persona.

—¿Lo crees probable?

—No; los algules no colaboran con los humanos ni con ningún otro ser. Los zombis obedecen órdenes; los vampiros tienen voluntad propia; los algules son como manadas de animales, quizá como los lobos, pero más peligrosos. Serían incapaces de entender el concepto de colaboración. Para ellos, todo el que no es un algul es comida o una amenaza.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido aquí?

—Dolph, estos algules han recorrido un buen trecho para venir hasta aquí; no hay ningún otro cementerio en varios kilómetros a la redonda. Los algules no hacen esas cosas, así que tal vez, y sólo tal vez, atacaron al guarda cuando fue a ahuyentarlos. Deberían haber huido de él, pero parece que no.

—¿Podría ser que algo, o alguien, haya amañado las cosas para que parezca un ataque de algules?

—Quizá, aunque lo dudo. Fuera quien fuera, devoró a ese hombre. Un humano podría hacerlo, pero no podría descuartizar el cuerpo de ese modo; los humanos no tienen tanta fuerza.

—¿Y un vampiro?

—Los vampiros no comen carne.

—¿Un zombi?

—Podría ser. Se han dado casos aislados de zombis que han enloquecido y se han puesto a atacar a las personas. Parece que sienten un deseo irrefrenable de comer carne. Si no la consiguen, se empiezan a descomponer.

—Creía que los zombis se descomponían siempre.

—Los zombis que comen carne duran mucho más de lo normal. Hay una que sigue pareciendo humana después de tres años.

—¿La dejan ir por ahí comiendo personas?

—Le dan carne cruda —dije con una sonrisa—. Creo que en el artículo ponía que su plato favorito era el cordero.

—¿El artículo?

—Todos los oficios tienen su gaceta, Dolph.

—¿Cómo se llama?

—*El Reanimador*, ¿cómo si no? —dije, encogiéndome de hombros.

—Claro —respondió sonriendo—. ¿Qué posibilidades hay de que

sea obra de zombis?

—Pocas. Los zombis nunca van en manadas, a menos que se les ordene.

—¿Ni siquiera los zombis antropófagos? —preguntó, consultando sus notas.

—Sólo hay tres casos documentados, y en los tres eran cazadores solitarios.

—Así que han sido zombis antropófagos o algules de algún tipo nuevo. ¿Eso es todo?

—Sí —confirmé.

—De acuerdo. Gracias y perdón por haberte molestado en tu noche libre. —Cerró la libreta y me miró casi sonriendo—. El secretario me ha dicho que estabas en una despedida de soltera. —Arqueó las cejas—. ¿En un local de *boys*?

—No me des la vara, Dolph.

—Por nada del mundo.

—Vaaale —dije—. Si no quieres nada más, me largo.

—De momento, es todo. Llámame si se te ocurre algo.

—De acuerdo —dije. Regresé a mi coche. Metí los guantes de plástico manchados de sangre en la bolsa de basura del maletero. No sabía qué hacer con el mono; al final, lo doblé y lo coloqué encima de la bolsa. Se podía usar una vez más.

—Ten cuidado esta noche, Anita —me gritó Dolph—. No vayan a contagiarte algo.

Lo miré con odio.

—¡Te queremos! —gritaron al unísono los hombres, a modo de despedida.

—Que os den.

—De haber sabido que te gustaba ver hombres desnudos —dijo uno—, habríamos montado un numerito.

—Como si tuvieras algo que exhibir, Zerbrowski.

Risas. Alguien lo cogió por el cuello.

—Te ha vacilado, tío… No insistas; siempre te gana por la mano.

Subí al coche con las carcajadas masculinas de fondo. Alguien se ofreció a ser mi esclavo sexual. Probablemente fue Zerbrowski.

# SEIS

Llegué al Placeres Prohibidos poco después de la medianoche. Jean-Claude estaba al pie de los escalones, apoyado en la pared, completamente inmóvil. No pude ver si respiraba. El viento le agitaba el encaje de la camisa, y un rizo de pelo negro surcaba la tersa palidez de su mejilla.

—Hueles a sangre ajena, *ma petite*.

—Nadie que conocieras —le dije con una sonrisa encantadora.

—¿Has matado a algún vampiro, mi pequeña reanimadora? —La voz, baja y sombría, llena de rabia contenida, me recorrió la piel como un viento frío.

—No —susurré con la voz enronquecida. No lo había oído hablar nunca de aquel modo.

—Te llaman la Ejecutora, ¿lo sabías?

—Sí —dije. No había hecho nada amenazador, pero en aquel momento no habría pasado junto a él ni loca. Por mí, como si tapiaban la puerta.

—¿Cuántas muertes tienes en tu haber?

No me gustaba el cariz que tomaba aquella conversación; tenía pinta de acabar mal. Conocía a un vampiro capaz de detectar las mentiras por el olfato. No sabía muy bien de qué iba Jean-Claude, pero no tenía intención de mentirle.

—Catorce —contesté.

—Y tú nos llamas asesinos.

Me quedé mirándolo sin saber qué pretendía que dijera.

Buzz el vampiro bajó las escaleras. Miró a Jean-Claude; luego, a mí, y se apostó junto a la puerta con los enormes brazos cruzados ante el pecho.

—¿Ha estado bien el descanso? —le preguntó Jean-Claude.

—Sí, gracias, amo.

—Buzz —dijo Jean-Claude sonriendo—, te tengo dicho que no

me llames amo.

—Sí, am… Jean-Claude.

El vampiro emitió aquella risa suya, fantástica y casi palpable.

—Vamos, Anita, dentro se está más caliente.

En la acera estábamos a casi treinta grados. No sabía de qué coño me estaba hablando. Y ya puestos, tampoco sabía de qué habíamos estado hablando durante aquel rato.

Jean-Claude subió los escalones, y lo vi desaparecer en el interior. Me quedé mirando la puerta sin ganas de entrar. Algo marchaba mal, pero no sabía qué.

—¿Vas a pasar? —preguntó Buzz.

—¿Sería mucho abusar pedirte que entraras y les dijeras a Mónica y a la pelirroja que salgan?

Sonrió mostrando los colmillos. Lo de mostrar los colmillos es típico de los muertos recientes. Les encanta impresionar a la gente.

—No puedo abandonar mi puesto. Acabo de tomarme un descanso.

—Sabía que dirías algo así.

Volvió a sonreír. Entré en la penumbra del local y me encontré a la chica de la consigna esperando. Le entregué el crucifijo, y ella me dio un resguardo. No era un intercambio justo. No vi a Jean-Claude por ninguna parte.

Catherine estaba en el escenario. De pie, inmóvil y con los ojos muy abiertos, tenía la expresión inocente y desvalida, como de niña, característica de los que duermen; su larga melena cobriza relucía bajo los focos. Sabía reconocer un estado de trance en cuanto lo veía.

—Catherine. —Susurré su nombre y corrí hacia ella. Mónica estaba sentada en nuestra mesa y me miraba mientras me acercaba. Me dedicó una sonrisa cínica y desagradable.

Ya casi estaba en el escenario cuando un vampiro apareció detrás de Catherine. No salió de detrás del telón; sencillamente, apareció detrás de ella. Entonces comprendí qué veían los humanos: magia.

El vampiro me miró. Su pelo parecía de seda dorada; su piel, de marfil, y sus ojos eran como piscinas de ensueño. Cerré los ojos y sacudí la cabeza. No podía ser cierto; no existe nadie tan guapo. Su voz me sonó casi vulgar después de haberle visto la cara.

—Llámala —me ordenó.

Abrí los ojos y vi que el público me observaba. Miré la cara inexpresiva de Catherine y supe qué iba a ocurrir, pero tenía que intentarlo como cualquier cliente incauto.

—Catherine, Catherine, ¿me oyes?

No se movió; tenía la respiración muy débil. Estaba viva; pero ¿hasta qué punto? El vampiro la había sumido en un trance muy profundo. Aquello quería decir que podría llamarla en cualquier momento, desde cualquier lugar, y que ella acudiría obediente. Desde aquel mismo momento, la vida de Catherine le pertenecía. Podría hacer con ella cuanto quisiera.

—¡Catherine, por favor! —grité. Pero no había nada que hacer; el daño era irreversible. Mierda, ¡no debería haberla dejado allí!

El vampiro le tocó el hombro. Ella parpadeó y miró a su alrededor, sorprendida y asustada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con una risita nerviosa.

—Ahora estás en mi poder, preciosidad —dijo el vampiro, besándole una mano.

Ella volvió a reír, sin comprender que él le había dicho la pura verdad. El vampiro la acompañó al borde del escenario, y dos camareros la ayudaron a volver a su asiento.

—Estoy mareada —dijo.

—Has estado muy bien —dijo Mónica, dándole unas palmaditas en la mano.

—¿Qué he hecho?

—Después te cuento. El espectáculo no ha terminado aún. —Me miró fijamente al decir estas últimas palabras.

Yo ya sabía que tendría problemas. El vampiro del escenario me estaba mirando, y notaba el peso de su mirada en la piel. Sentía las pulsaciones de su voluntad, su poder, su personalidad o lo que fuera. Las sentía como si fueran ráfagas de viento. Me ponían la piel de gallina.

—Me llamo Aubrey —dijo el vampiro—. ¿Y tú?

La boca se me había secado de repente, pero mi nombre carecía de importancia. Podía decírselo.

—Anita.

—Anita. Precioso.

Las rodillas se negaban a sostenerme, y me senté en la silla.

Mónica me miraba expectante, con los ojos muy abiertos.

—Ven, Anita, sube conmigo al escenario. —No tenía ni de lejos el puntazo seductor de la voz de Jean-Claude. Le faltaba textura, pero jamás había sentido nada parecido a la mente que había detrás de la voz. Era antigua, antiquísima. Su poder me dolía en los huesos.

—Ven.

Yo negué con la cabeza, una y otra vez. No era capaz de hacer nada más. No lograba articular palabra ni pensar con coherencia, pero tenía muy claro que no podía levantarme de la silla. Si me acercaba a él, me tendría en su poder, igual que a Catherine. El sudor me empapaba la espalda.

—¡Ven a mí, ahora!

Estaba de pie y no recordaba haberme levantado. Dios mío.

—¡No! —grité, y me clavé las uñas en la palma de la mano. Me desgarré la piel y agradecí el dolor. Podía respirar de nuevo.

Su mente retrocedió como la marea. Me sentí aturdida y vacía, y me apoyé en la mesa. Uno de los vampiros que trabajaban de camareros estaba junto a mí.

—No te resistas. Se enfada cuando se le resisten.

—¡Si no me resisto, me dominará! —contesté, apartándolo de un empujón.

El camarero parecía casi humano; era un muerto reciente. El miedo se le reflejaba en la cara.

—Sólo subiré al escenario si no me obligas —le dije a la cosa.

Mónica contuvo la respiración, pero no le hice caso. No había nada que me importara, excepto sobrevivir a los minutos siguientes.

—Sube como quieras, pero sube —dijo el vampiro.

Me aparté de la mesa y comprobé que podía ponerme en pie sin caerme. Un punto para mí. También podía andar. Dos puntos para mí. Clavé la mirada en el suelo duro y brillante. Si me concentraba en caminar, no me pasaría nada. Ante mis ojos apareció el primer escalón. Levanté la vista.

Aubrey estaba de pie en el centro del escenario. No intentaba llamarme y permanecía inmóvil. Era como si no estuviera allí, como si fuera un vacío terrible. Sentía su inmovilidad como un pálpito en la cabeza. Si él hubiera querido, yo ni lo habría visto.

—Ven. —No era una voz, sino un sonido en mi mente—. Ven a

mí.

Intenté retroceder, pero no pude. El pulso me palpitaba en el cuello. No podía respirar. ¡Me estaba asfixiando! Me detuve y noté cómo me envolvía la fuerza de su mente.

—¡No te resistas! —exclamó en mi cabeza.

Alguien gritaba sin emitir ningún sonido. Era yo. Si dejaba de resistirme, todo sería muy fácil, como ahogarse tras abandonar el esfuerzo de mantenerse a flote. Una muerte apacible. No. No.

—No. —Mi voz me sonó extraña incluso a mí.

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

—No —repetí, y entonces lo miré a la cara. Me enfrenté a su mirada, a todo el peso de los siglos que asomaba detrás de aquellos ojos. Fuera lo que fuera, el poder que me convertía en reanimadora y me ayudaba a levantar muertos estaba allí en aquel momento. Lo miré a los ojos y me quedé quieta.

—En ese caso —dijo sonriendo lentamente—, iré yo hacia ti.

—No, por favor, por favor —dije. No podía retroceder. Su mente me tenía presa; era como acero cubierto de terciopelo. Me costaba horrores no avanzar, no correr a su encuentro.

Se detuvo cuando nuestros cuerpos estuvieron a punto de tocarse. Tenía los ojos de un marrón homogéneo y perfecto, sin fondo, infinito. Aparté la mirada. El sudor me corría por la frente.

—Hueles a miedo, Anita. —Me recorrió el contorno de la mejilla con una mano fría. Empecé a temblar de forma incontrolable. Me acarició los rizos con los dedos—. ¿Cómo puedes enfrentarte a mí de este modo?

Sentí su aliento, cálido como la seda, recorrerme la mejilla y llegar hasta el cuello, aún más caliente y cercano. Emitió un suspiro profundo y tembloroso, y su deseo me estremeció la piel. Se me formó un nudo en el estómago. Siseó en dirección al público, y se oyeron chillidos de terror. Iba a hacerlo.

El pánico me sacudió como una descarga de adrenalina cegadora, y me aparté de él. Caí de bruces en el escenario y me alejé a gatas.

Un brazo me agarró por la cintura y me levantó. Grité mientras daba un golpe hacia atrás con el codo. El codazo dio en el blanco, y lo oí expulsar el aire, pero el brazo me sujetó con más fuerza. Apretó y apretó; me estaba aplastando.

Me estiré la manga para desgarrar la tela. Él me arrojó al suelo, boca arriba, y se agachó sobre mí con la cara desfigurada por el hambre. Enseñó los dientes, y los colmillos relucieron.

Alguien, un camarero, había subido al escenario, y el vampiro le lanzó un bufido. Le caía un reguero de saliva por la barbilla; no quedaba nada humano en él.

Se abalanzó sobre mí en un arrebato de hambre. Apreté el cuchillo de plata hacia su corazón, y un hilo de sangre le recorrió el pecho. Gruñó, y le rechinaron los colmillos como a un perro encadenado. Grité.

El terror había anulado su poder sobre mí; ya no sentía nada, excepto miedo. El vampiro atacó y se clavó la punta del cuchillo. Me empezó a caer sangre en la mano y en la blusa. Su sangre.

De repente, Jean-Claude estaba allí.

—Suéltala, Aubrey.

El vampiro emitió un gruñido grave y profundo, un sonido animal.

—¡Quítamelo de encima o lo mato! —exclamé con voz débil y aguda por el miedo; parecía una niña.

El vampiro echó la cabeza hacia atrás y se cortó los labios con los colmillos.

—¡Quítamelo de encima!

Jean-Claude empezó a hablar en francés, en voz baja. Aunque yo no podía entenderlo, su voz era aterciopelada y tranquilizadora. Se arrodilló junto a nosotros y siguió hablando. El otro vampiro gruñó, alargó la mano y lo agarró de la muñeca. Jean-Claude dejó escapar un gemido, aparentemente de dolor.

¿Tendría que matarlo? ¿Podría clavarle el cuchillo del todo antes de que me destrozara la garganta? ¿Sería muy rápido? La mente parecía funcionarme a una velocidad increíble, y me daba la impresión de que tenía todo el tiempo del mundo para decidirme a actuar.

Noté que el peso del vampiro se trasladaba a mis piernas.

—¿Puedo levantarme? —preguntó con voz ronca, pero tranquila. Volvía a tener una cara humana, agradable y hermosa, pero se había roto la quimera. Lo había visto sin máscara, y la imagen se me había quedado grabada para siempre.

—Apártate de mí, despacio.

Sonrió, extendiendo los labios lenta y confiadamente. Se apartó de mí con lentitud humana. Jean-Claude le hizo un gesto, y él retrocedió hasta situarse cerca del telón.

—¿Cómo estás, *ma petite*?

—No sé —dije agitando la cabeza mientras miraba el cuchillo lleno de sangre.

—No quería que ocurriera esto. —Me ayudó a sentarme, y se lo permití. La sala estaba en silencio. El público sabía que algo había salido mal. Había visto la verdad oculta tras la máscara, y muchas caras estaban pálidas y asustadas.

La manga derecha me colgaba, desgarrada, de donde me la había arrancado para coger el cuchillo.

—Guarda eso, por favor —dijo Jean-Claude.

Lo miré y por primera vez le vi los ojos sin sentir nada. Nada, salvo vacío.

—Te doy mi palabra de honor de que saldrás de aquí sana y salva. Guarda el cuchillo.

Me temblaban tanto las manos que necesité tres intentos para meter el cuchillo en la funda. Jean-Claude me sonrió con los labios apretados.

—Vamos a bajar del escenario —dijo, y me ayudó a ponerme en pie. Si no me hubiera sostenido, me habría caído al suelo. Me agarró con fuerza la mano izquierda, y el encaje de su manga me rozó la piel. De suave no tenía nada.

Jean-Claude le tendió la otra mano a Aubrey.

—No temas —me susurró cuando traté de apartarme—, te protegeré. Lo prometo.

No sé por qué, pero lo creí; quizá porque no tenía a nadie más en quien creer. Nos arrastró a Aubrey y a mí a proscenio.

—Esperamos que hayan disfrutado de nuestra modesta representación —dijo con una voz sensual que acarició al público—. Ha sido muy realista, ¿verdad?

El público se agitó incómodo; las caras mostraban miedo.

Jean-Claude sonrió y le soltó la mano a Aubrey. Me desabrochó el puño y me subió la manga, para dejar al descubierto la quemadura. La marca oscura de la cruz resaltaba en la piel. El público seguía callado, sin comprender. Jean-Claude se apartó el encaje del pecho y mostró su quemadura en forma de cruz.

Hubo un momento de estupefacción y silencio; después estallaron los aplausos. A nuestro alrededor rugían los gritos y los silbidos. Me habían tomado por vampira, y creían que todo había sido un número. Miré la cara sonriente de Jean-Claude y las dos quemaduras; en su pecho, en mi brazo.

Jean-Claude tiró de mí hacia abajo para que me agachara, y me obligó a saludar al público.

—Tenemos que hablar, Anita —susurró cuando el aplauso empezó a decaer por fin—. La vida de tu amiga Catherine depende de lo que hagas.

—Maté a los monstruos que me dejaron esta cicatriz —dije, mirándolo a los ojos.

Me dedicó una amplia sonrisa sin mostrar apenas los colmillos.

—Qué encantadora coincidencia. Yo también.

# SIETE

Jean-Claude nos llevó entre bastidores. Otro bailarín vampiro esperaba para salir a escena. Iba vestido de gladiador, con su peto de metal y su espada corta.

—Cualquiera sostiene el espectáculo después de vuestro número. Mierda. —Apartó el telón bruscamente y salió a escena dando grandes zancadas.

Catherine se acercó; estaba tan pálida que las pecas le resaltaban como manchas de tinta. ¿Estaría yo igual de pálida? No, mi tono de piel no daba para tanto.

—Dios mío, ¿cómo estás? —preguntó.

Pasé con cuidado por encima de un montón de cables que serpenteaban por el suelo y me apoyé en la pared. Empecé a recordar cómo se respiraba.

—Bien —mentí.

—¿Qué ha pasado, Anita? ¿Qué ha ocurrido en el escenario? Tú tienes de vampira tanto como yo.

Aubrey emitió un siseo apagado a su espalda, y los colmillos le hicieron brotar sangre de los labios. Una risa silenciosa le hacía temblar los hombros.

—¿Anita? —insistió Catherine, cogiéndome del brazo.

La abracé, y me devolvió el abrazo. No iba a permitir que muriera de aquel modo. Ni hablar. Se apartó y me miró a la cara.

—Dime qué pasa.

—¿Podemos hablar en mi despacho? —preguntó Jean-Claude.

—No hace falta que venga Catherine.

—Creo que debería venir —dijo Aubrey acercándose. Parecía brillar en la penumbra—. Esto la concierne… íntimamente. —Se lamió los labios ensangrentados con su lengua de gato.

—No. Ella se queda al margen, a toda costa.

—¿Al margen de qué? ¿De qué va esto?

—¿Crees que irá a la policía? —preguntó Jean-Claude.

—¿A la policía? ¿Por qué? —preguntó Catherine, subiendo cada vez más la voz.

—¿Y qué pasa si va?

—Que morirá —contestó Jean-Claude.

—¿Perdón? —Dijo Catherine, que estaba recuperando los colores a fuerza de enfado—. ¿Me estás amenazando?

—Irá a la policía —dije.

—Tú decides.

—Lo siento, Catherine, pero sería mejor para todos que olvidaras lo que ha pasado.

—¡Ya basta! Nos vamos ahora mismo —sentenció Catherine. Me cogió del brazo, y yo no me resistí.

—Mírame, Catherine —dijo Aubrey a sus espaldas.

Ella se quedó rígida. Me clavó los dedos en la mano, y noté una tensión increíble que le atravesaba los músculos; se estaba resistiendo. Dios mío, ayúdala. Pero Catherine no tenía poderes mágicos ni crucifijos, y la fuerza de voluntad no bastaba contra alguien como Aubrey.

Dejó caer la mano que me apretaba el brazo, y los dedos se le quedaron inertes. Exhaló un suspiro largo y trémulo y se quedó mirando algo que quedaba un poco por encima de mi cabeza, algo que yo no podía ver.

—Lo siento, Catherine —susurré.

—Aubrey puede hacer que no recuerde nada de esta noche. Creerá que ha bebido demasiado, pero eso no resolvería el problema.

—Lo sé. Lo único que puede romper el control es la muerte de Aubrey.

—Ella se habrá convertido en polvo antes de que eso ocurra.

Miré a Aubrey y pasé la vista por la mancha de sangre de su camisa. Le sonreí aposta.

—Esta herida insignificante ha sido cuestión de suerte —dijo Aubrey—, nada más. No te confíes.

Confiarme; eso sí que tenía gracia. Me costó contener la risa.

—Capto la amenaza, Jean-Claude. O hago lo que queréis, o Aubrey termina lo que ha empezado con Catherine.

—Has entendido muy bien la situación, *ma petite*.

—Deja de llamarme así. ¿Qué queréis de mí exactamente?

—Creo que ya te lo explicó Willie McCoy.

—¿Queréis contratarme a mí para que investigue los asesinatos de vampiros?

—Sí.

—Esto —dije, señalando con un gesto la cara inexpresiva de Catherine— no era necesario. Podríais haberme pegado o amenazado con matarme; podríais haberme ofrecido dinero… Podríais haber hecho muchas cosas antes que esto.

—Todo eso habría llevado tiempo —dijo con una sonrisa forzada —. Y seamos sinceros: te habrías negado de todos modos.

—Puede ser.

—De esta manera, no tienes elección.

No iba muy desencaminado.

—Vale, acepto el caso. ¿Satisfecho?

—Mucho —dijo Jean-Claude, en voz muy baja—. ¿Qué hacemos con tu amiga?

—Quiero que se vaya a casa en taxi. Y quiero alguna garantía de que Colmillo Largo no la va a matar de todos modos.

Aubrey rió con un siseo histérico. Se partía de risa.

—Colmillo Largo, me gusta ese nombre.

—Te doy mi palabra de que nadie le hará daño si nos ayudas —dijo Jean-Claude después de mirar al otro vampiro.

—No te ofendas, pero no me basta con eso.

—Dudas de mi palabra. —Su voz sonó airada, aunque era baja y cálida.

—No, pero tú no controlas a Aubrey. A no ser que seas su amo, no puedes hacerte responsable de su comportamiento.

Las carcajadas de Aubrey se habían convertido en risitas. No había oído nunca a un vampiro reírse de aquel modo, y no era un sonido agradable.

—A mí no me controla nadie, mocosa. —La risa se apagó del todo, y el vampiro se enderezó—. Soy mi propio amo.

—Venga, hombre. Si tuvieras más de quinientos años y fueras maestro vampiro, me habrías usado de trapo para fregar el escenario. Pero tal como ha ido la cosa… —Extendí las manos con las palmas hacia arriba—. Tendrás todos los años que quieras, pero tú no eres tu propio amo.

—¿Cómo te atreves? —preguntó con un gruñido ronco y la cara oscurecida por la cólera.

—Piensa, Aubrey. Te ha calculado la edad con un error de menos de cincuenta años. No eres maestro vampiro, y se ha dado cuenta. La necesitamos.

—Lo que necesita es una lección de humildad —dijo, avanzando hacia mí mientras abría y cerraba los puños con el cuerpo tenso por la furia contenida.

—Nikolaos espera que se la llevemos —dijo Jean-Claude, interponiéndose entre nosotros—. Ilesa.

Aubrey vaciló. Gruñó y cerró la mandíbula bruscamente; los dientes emitieron un chasquido sordo y colérico.

Se miraron. Podía sentir cómo se enfrentaban sus voluntades a través del aire, como un viento distante. Se me erizó el vello de la nuca. Fue Aubrey quien apartó la vista con un parpadeo furioso.

—Tendré paciencia, mi amo —dijo, resaltando mucho el *mi* para dejar claro que Jean-Claude no era su amo.

Tragué saliva un par de veces, y me pareció que se oía en toda la habitación. Si querían asustarme, estaban haciendo un trabajo cojonudo.

—¿Quién es Nikolaos?

—No nos corresponde a nosotros contestar a esa pregunta —dijo Jean-Claude. Su cara estaba tranquila y hermosa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Vamos a llevar a tu amiga en taxi adonde nadie pueda hacerle daño —dijo, esbozando una sonrisa con cuidado de no mostrar los colmillos.

—¿Y qué pasa con Mónica?

Allí sonrió de oreja a oreja, haciendo gala de sus colmillos.

—¿Te preocupa su seguridad? —Parecía encontrarlo divertido.

De repente encajaron las fichas: la despedida de soltera improvisada, que sólo estuviéramos nosotras tres…

—Tenía el encargo de traernos a Catherine y a mí.

Asintió con un solo movimiento de cabeza.

Me moría de ganas de partirle la cara a Mónica. Y cuanto más lo pensaba, mejor idea me parecía. Como por arte de magia, la reina de Roma entreabrió el telón y se nos acercó. Le sonreí con toda mi mala leche. Ella vaciló, pasando la vista de Jean-Claude a mí.

—¿Va todo según lo previsto?

Avancé hacia ella. Jean-Claude me cogió del brazo.

—No le hagas daño, Anita. Está bajo nuestra protección.

—Te prometo que esta noche no le voy a tocar un pelo. Sólo quiero decirle una cosilla.

Me soltó el brazo lentamente, como si no estuviera seguro de que fuera buena idea. Me acerqué a Mónica hasta que nuestros cuerpos estuvieron a punto de rozarse.

—Como le pase algo a Catherine —le susurré—, te mato.

—Me harán regresar, y seré una de ellos. —Lo dijo con una mueca arrogante, muy segura de sus protectores.

Sentí que mi cabeza se movía un poco a la derecha y otro poco a la izquierda, con un movimiento lento y preciso.

—Te arrancaré el corazón —dije. Seguía sonriendo. Era como si no pudiera parar—. Lo quemaré y tiraré las cenizas al río. *¿Capisci?*

Tragó saliva visiblemente. El bronceado de salón de belleza se le había puesto verdoso. Asintió, mirándome como si fuera el hombre del saco.

Creo que se lo creyó. De puta madre. No me hace gracia malgastar una buena amenaza.

# OCHO

Me quedé mirando el taxi de Catherine hasta que dobló la esquina. No se volvió ni hizo ningún gesto de despedida; tampoco había dicho nada. Despertaría al día siguiente con recuerdos muy vagos. Sólo una noche de juerga con las amigas.

Me habría gustado pensar que el peligro había pasado y mi amiga estaba a salvo, pero sabía que no era así. El ambiente apestaba a lluvia. La luz de las farolas brillaba junto a la acera. El aire estaba tan cargado que era casi irrespirable. San Luis en verano. Una pasada.

—¿Nos vamos? —preguntó Jean-Claude.

Su camisa blanca relucía en la oscuridad. Si lo molestaba la humedad, no se notaba. Aubrey estaba entre las sombras, en los escalones de la puerta. La única luz que lo iluminaba era el neón rojo sangre del rótulo. Me sonrió con la cara teñida de rojo y el cuerpo perdido en la penumbra.

—Un pelín exagerado, Aubrey —dije.

—¿A qué te refieres? —La sonrisa le vaciló.

—Pareces un Drácula de serie B.

Se deslizó escaleras abajo, con la naturalidad perfecta que sólo confieren los siglos. La luz de la farola lo iluminó; tenía una mueca tensa y los puños apretados.

Jean-Claude le cortó el paso y le habló en voz baja con un susurro tranquilizador. Aubrey se volvió, con una sacudida brusca, y empezó a caminar calle arriba. Jean-Claude me miró.

—Si sigues provocándolo, llegará un momento en que no podré detenerlo. Y te matará.

—Yo creía que tu misión era llevarme con vida ante… Nikolaos.

—Así es, pero no pienso morir por defenderte —dijo con el ceño fruncido—. ¿Entendido?

—Ahora sí.

—Bien. ¿Nos vamos? —Indicó con un gesto la dirección que había tomado Aubrey.

—¿A pie?

—No está lejos —dijo tendiéndome la mano.

La miré y negué con la cabeza.

—Es necesario, Anita. De lo contrario, no te lo pediría.

—¿Qué falta hace?

—La policía no tiene por qué enterarse de lo que ocurra esta noche. Cógeme de la mano y finge que eres una humana encandilada con su amante vampiro. Eso explicará la sangre que tienes en la blusa. También explicará adónde nos dirigimos y por qué.

Seguía tendiéndome la mano, pálida y esbelta. No había ningún temblor en los dedos, ningún movimiento; parecía capaz de quedarse allí ofreciéndome la mano eternamente. Y puede que así fuera.

Le cogí la mano, me apretó el dorso con los dedos, largos, y echamos a andar. Le notaba la mano totalmente quieta. Podía sentir su pulso en la piel; los latidos empezaron a acelerarse hasta igualar el ritmo de los míos. Sentía el flujo de su sangre como un segundo corazón.

—¿Has comido esta noche? —pregunté en voz baja.

—¿No lo notas?

—Contigo nunca lo sé. —Con el rabillo del ojo, vi que sonreía.

—Me siento halagado.

—No me has contestado.

—No —dijo.

—¿No me has contestado o no has comido?

Volvió la cabeza hacia mí mientras andábamos. Tenía el labio perlado de sudor.

—¿Tú qué crees, *ma petite*? —dijo con el más suave de los susurros.

Intenté soltar la mano y apartarme, aunque sabía que era una estupidez y que no funcionaría. Cerró la mano en torno a la mía y la apretó hasta que contuve la respiración. Ni siquiera se estaba esforzando.

—No te resistas, Anita. —Se pasó la lengua por el labio superior —. La resistencia me resulta… excitante.

—¿Por qué no has comido?

—Me lo ordenaron.

—¿Por qué?

No me contestó. Empezó a caer una llovizna ligera y refrescante.

—¿Por qué? —repetí.

—No lo sé. —La voz casi se perdió en el rumor de la lluvia. Si se hubiera tratado de cualquier otro, habría pensado que estaba asustado.

Era un hotel alto y estrecho, con fachada de ladrillo. Fuera había un cartel de neón azul en el que ponía LIBRE. No había ningún otro letrero. Nada que indicara cómo se llamaba el sitio, ni siquiera qué era. Simplemente LIBRE.

Las gotas de lluvia brillaban en el pelo de Jean-Claude como diamantes negros. Yo tenía la blusa pegada al cuerpo. La sangre había empezado a desaparecer. El agua fría es lo mejor para limpiar las manchas de sangre recientes.

Un coche de policía dobló la esquina. Me puse tensa. Jean-Claude me apretó contra sí. Le apoyé la mano en el pecho para impedir que nuestros cuerpos se tocaran. Sentí latir su corazón bajo la mano.

El coche patrulla circulaba muy despacio. Empezó a escrutar las sombras con un reflector. La policía peinaba el Distrito periódicamente. No es bueno para el turismo que los turistas mueran a manos de nuestra principal atracción.

Jean-Claude me sujetó por la barbilla y me obligó a mirarlo. Intenté apartarme, pero me clavó los dedos.

—¡No te resistas!

—¡No quiero mirarte a los ojos!

—Te doy mi palabra de que no trataré de hechizarte. Esta noche me puedes mirar a los ojos sin peligro; te lo prometo. —Miró al coche patrulla que seguía avanzando hacia nosotros—. Si la policía interfiere en esto, no me hago responsable de lo que le ocurra a tu amiga.

Me obligué a quedarme relajada en sus brazos y dejé que mi cuerpo se amoldara al suyo. El corazón me latía con fuerza, como si hubiera estado corriendo. Entonces me di cuenta de que no era mi

corazón el que oía. El pulso de Jean-Claude me recorría el cuerpo. Podía oírlo, sentirlo, casi palparlo. Lo miré a la cara. Tenía los ojos del azul más oscuro que hubiera visto nunca, perfectos como el cielo a medianoche. Eran oscuros y vivos, pero no me atrapaban ni me tentaban a perderme en ellos. Sólo eran ojos.

—Te lo prometo —susurró inclinando la cara hacia mí.

Iba a besarme. Yo no quería. Pero tampoco quería que la policía nos detuviera y nos interrogara. No quería tener que dar explicaciones sobre las manchas de sangre y la blusa rota. Sus labios vacilaron sobre los míos. Su corazón me retumbaba en la cabeza; su pulso se aceleraba cada vez más, y mi respiración temblaba al ritmo de su deseo.

Tenía los labios de seda, y una lengua rápida y húmeda. Al intentar apartarme descubrí que me había puesto la mano en la nuca y me apretaba la boca contra la suya.

El reflector de la policía nos iluminó. Me relajé contra Jean-Claude y dejé que me besara. Nuestras bocas se fundieron. Mi lengua tropezó con sus colmillos, lisos y duros. Me aparté, y él me lo permitió. Me apretó la cara contra su pecho mientras me sujetaba con un brazo que parecía de acero. Estaba temblando, y no era por la lluvia.

Tenía la respiración entrecortada y el corazón le saltaba bajo la piel, contra mi mejilla. La aspereza de su cicatriz me rozaba la cara.

Su ansia se derramó sobre mí en una violenta y cálida oleada. Había estado ocultándomela hasta aquel momento.

—¡Jean-Claude! —dije, sin esforzarme por enmascarar el miedo.

—Calla —dijo. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Emitió un fuerte suspiro y me soltó tan bruscamente que me tambaleé.

Se separó de mí y se apoyó en un coche aparcado. Levantó la cabeza y dejó que la lluvia le empapara la cara. Todavía podía sentir los latidos de su corazón. Nunca había sido tan consciente de mi propio pulso, del fluir de la sangre en mis venas. Me estremecí bajo la cálida lluvia.

El coche patrulla se había esfumado en la oscuridad de la calle. Al cabo de unos cinco minutos, Jean-Claude se enderezó. Ya no podía sentir su pulso. El mío era lento y regular. Lo que hubiera ocurrido ya había terminado. Pasó de largo junto a mí y se volvió para llamarme.

—Ven. Nikolaos nos espera.

Lo seguí, y cruzamos la puerta. No intentó cogerme de la mano. De hecho, se mantuvo apartado de mí, y crucé tras él un vestíbulo pequeño y cuadrado. Había un hombre detrás del mostrador. Levantó la vista de la revista que estaba leyendo, pasó de Jean-Claude y me miró con ojos libidinosos.

Lo miré con mala baba. Se encogió de hombros y volvió a la revista. Jean-Claude subió corriendo las escaleras sin esperarme. Ni siquiera volvió la vista atrás. Quizá pudiera oír mis pasos a su espalda, o quizá le diera igual que lo siguiera o no.

Supongo que ya no fingíamos ser amantes. Mira tú. Casi habría jurado que el maestro vampiro no era dueño de sus actos cuando estaba conmigo.

Había un pasillo largo con puertas a los lados, y Jean-Claude estaba cruzando una de ellas. Me acerqué sin darme ninguna prisa. Por mí, que esperaran.

En la habitación había una cama, una mesilla con una lámpara, y tres vampiros: Aubrey, Jean-Claude y una desconocida. Aubrey estaba en el rincón más alejado, cerca de la ventana. Me sonrió. Jean-Claude se quedó junto a la puerta. La vampira estaba recostada en la cama. Parecía una vampira como Dios manda: pelo liso, negro y por los hombros; vestido largo y negro, y botas altas negras con tacones de diez centímetros.

—Mírame a los ojos —dijo.

La miré sin pensarlo, y después bajé la vista al suelo. Ella rió, y su risa transmitía la misma sensación que la de Jean-Claude. Era un sonido palpable.

—Cierra la puerta, Aubrey —dijo. Pronunciaba la erre con un acento que no pude identificar.

Aubrey me rozó al cerrar la puerta. Se quedó detrás de mí, donde no podía verlo. Me moví hasta quedar de espaldas a la única pared vacía y poder verlos a todos; como si fuera a servirme de algo.

—¿Todavía tienes miedo? —preguntó Aubrey.

—¿Todavía sangras? —pregunté yo.

—Ya veremos quién sangra cuando termine la noche —dijo cruzando los brazos ante la mancha de su camisa.

—Aubrey, no seas infantil —dijo la vampira de la cama. Se puso

en pie, y sus tacones resonaron en el suelo mientras caminaba a mi alrededor. Me esforcé por contener el impulso de volverme para mantenerla a la vista. Ella rió de nuevo, como si se hubiera dado cuenta.

—¿Quieres que te garantice la seguridad de tu amiga? —preguntó. Había vuelto a tumbarse con elegancia sobre la cama. La habitación sobria y destartalada parecía tener un aspecto aún peor en contraste con la vampira y sus botas de cuero de doscientos dólares.

—No —dije.

—Eso es lo que habías pedido, Anita —dijo Jean-Claude.

—Dije que quería que me la garantizara el amo de Aubrey.

—Estás hablando con mi ama, mocosa.

—No.

La habitación quedó en silencio de repente. Pude oír algo que se movía dentro de la pared. Tuve que levantar la vista para asegurarme de que los vampiros seguían allí. Estaban todos petrificados, como estatuas, sin dar ninguna sensación de movimiento, de respiración ni de vida. Todos tenían muchos años, pero ninguno los suficientes para ser Nikolaos.

—Soy Nikolaos —dijo la vampira con una voz apremiante que resonó por la habitación. Quería creerla, pero no había manera.

—No —dije—, tú no eres el ama de Aubrey. —Me arriesgué a mirarla a los ojos. Eran negros, y se ensancharon por la sorpresa cuando se encontraron con los míos—. Tienes muchos años y eres muy buena, pero no tienes ni la edad ni la fuerza suficientes para ser el ama de Aubrey.

—Os dije que se daría cuenta —intervino Jean-Claude.

—¡Silencio!

—Se ha acabado la farsa, Theresa. Lo sabe.

—Porque se lo has dicho.

—Diles cómo te has dado cuenta, Anita.

—Algo no encajaba. —Me encogí de hombros—. No tiene los años suficientes. Aubrey emite más poder que ella; no puede ser su ama.

—¿Insistes en hablar con nuestra ama? —preguntó la mujer.

—Insisto en que se me garantice la seguridad de mi amiga. —Recorrí la habitación con la mirada, observándolos a todos—. Y me

estoy empezando a cansar de jueguecitos estúpidos.

De repente, Aubrey estaba avanzando hacia mí. El mundo se ralentizó. No había tiempo para tener miedo. Intenté retroceder, consciente de que no podía ir a ninguna parte. Jean-Claude se lanzó sobre él con las manos extendidas, pero no iba a llegar a tiempo.

La mano de Aubrey surgió de la nada y me golpeó el hombro. El golpe me dejó sin aire y me hizo salir despedida hacia atrás. Me di de espaldas contra la pared; un instante después chocó mi cabeza, con fuerza. El mundo se volvió gris. Caí pegada a la pared. No podía respirar. Veía destellos blancos sobre el fondo gris, y el mundo se empezó a volver negro. Caí al suelo. No me dolió; no me dolía nada. Me esforcé por respirar hasta que me ardió el pecho, y la oscuridad se lo llevó todo.

# NUEVE

Voces que flotaban en la oscuridad. Sueños.

—No deberíamos haberla movido.

—¿Es que querías desobedecer a Nikolaos?

—He ayudado a traerla, ¿no? —Era la voz de un hombre.

—Sí —dijo una mujer.

Me quedé tumbada con los ojos cerrados. No estaba soñando. Recordé la mano de Aubrey surgiendo de la nada. Había sido un golpe con la mano abierta. Si hubiera cerrado el puño… Pero no. Estaba viva.

—Anita, ¿estás despierta?

Abrí los ojos, y la luz me atravesó la cabeza como un cuchillo. Los cerré de nuevo para evitar la luz y el dolor, pero este persistió. Volví la cabeza, y fue un error; el dolor me provocaba náuseas. Era como si el cráneo intentara desencajarse. Levanté las manos para taparme los ojos y solté un gemido.

—Anita, ¿cómo estás?

¿Por qué hay gente que tiene la manía de preguntar eso cuando es obvio que la respuesta es «Fatal»? Intenté susurrar, sin saber cómo me sentaría.

—De puta madre. —No fue tan terrible.

—¿Qué? —dijo la mujer.

—Creo que está siendo sarcástica —dijo Jean-Claude, aliviado—. No puede estar muy malherida si bromea.

Yo no estaba tan segura. Sentía oleadas de náuseas que iban de la cabeza al estómago, no al revés. Me daba que tenía conmoción cerebral, pero no tenía ni idea de si era grave.

—¿Puedes moverte, Anita?

—No —susurré.

—Te lo preguntaré de otro modo. Si te ayudo, ¿podrás sentarte?

Tragué saliva, esforzándome por respirar en medio del dolor y

las náuseas.

—No sé.

Unas manos me cogieron por las axilas. Sentí que el cráneo se me iba hacia delante mientras me incorporaban. Contuve la respiración y tragué saliva.

—Voy a vomitar.

Me puse a cuatro patas. Me moví demasiado deprisa, y el dolor fue como un torbellino de luz y oscuridad. Tenía arcadas; el vómito me ardía en la garganta, y sentía que me iba a estallar la cabeza.

Jean-Claude me sostuvo por la cintura y me puso una mano fría en la frente, sujetándome la caja ósea. Su voz me arropaba como una sábana suave sobre la piel. Me estaba susurrando algo en francés. No entendía ni una palabra, ni falta que me hacía. Su voz me arrullaba y se llevaba parte del dolor.

Me acunó contra su pecho, y yo estaba demasiado débil para resistirme. Hasta entonces había sentido un dolor generalizado que me reverberaba en toda la cabeza, pero ahora se había atenuado y se había vuelto punzante. Me seguía sintiendo fatal al girar la cabeza; era como si se me partiera, pero el dolor era distinto, más soportable.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó. Me secó la cara y la boca con un paño húmedo.

—Sí. —No entendía cómo había desaparecido el dolor.

—¿Qué has hecho, Jean-Claude? —preguntó Theresa.

—Nikolaos quiere que esté consciente y en condiciones para esta visita. Ya la habéis visto. Necesita un hospital, no más torturas.

—Y por eso la has ayudado. —La vampira sonaba divertida—. A Nikolaos no le va a hacer gracia.

Sentí que Jean-Claude se encogía de hombros.

—He hecho lo que había que hacer.

Ya podía abrir los ojos del todo sin sentir que se intensificaba el dolor. Estábamos en una mazmorra; no cabía otra palabra para describir aquel lugar. Una habitación de unos seis metros por seis con muros de piedra de los gordos. Unos escalones conducían a una puerta de madera que tenía un ventanuco con barrotes. Si hasta había cadenas y antorchas en las paredes. Sólo faltaban un potro y un verdugo con capucha negra, a ser posible con brazos grandes y musculosos y un tatuaje de AMOR DE MADRE, para completar el

cuadro.

Me sentía mejor, muchísimo mejor. No era normal que me recuperara tan deprisa. Me habían zurrado en otras ocasiones, y el dolor no desaparecía así como así.

—¿Puedes sentarte sin ayuda? —preguntó Jean-Claude.

Sorprendentemente, la respuesta era «Sí». Me senté con la espalda apoyada en la pared. El dolor seguía presente, pero cada vez más débil. Jean-Claude cogió un cubo que estaba junto a las escaleras y derramó el agua. Había un desagüe muy moderno en mitad del suelo.

—No cabe duda de que te recuperas pronto —dijo Theresa, que me miraba con los brazos en jarras. En su tono había diversión y otra cosa que no podía definir.

—Ya casi no tengo náuseas ni dolor. ¿Cómo es posible?

—A mí no me mires; pregúntaselo a Jean-Claude. —Theresa frunció los labios—. Es obra suya.

—Tú no habrías podido hacerlo —dijo Jean-Claude con un deje de exasperación en la voz.

—Yo no lo habría hecho en ningún caso —repuso ella. Se había puesto pálida.

—¿De qué habláis? —pregunté.

Jean-Claude se volvió hacia mí, su rostro hermoso e inescrutable. Clavó sus ojos oscuros en los míos. Seguían siendo sólo ojos.

—Venga, maestro vampiro, díselo. Verás cómo te lo agradece.

Jean-Claude siguió mirándome, observando mi cara.

—Estás malherida. Tienes conmoción cerebral. Pero Nikolaos no quiere que te llevemos al hospital hasta que haya terminado esta… entrevista. Tenía miedo de que te murieras o te quedaras… incapacitada. —No le había notado nunca la voz tan insegura—. De modo que he compartido mi fuerza vital contigo.

Empecé a sacudir la cabeza. Grave error. Me apreté las manos contra la frente.

—No entiendo.

—No sé cómo explicártelo —dijo con un gesto de impotencia.

—Oh, permíteme —dijo Theresa—. Ha dado el primer paso para convertirte en su sierva.

—No. —Todavía me costaba pensar con claridad, pero sabía que

no era cierto—. No ha tratado de engañarme con la mente ni con los ojos. No me ha mordido.

—No me refiero a una de esas criaturas patéticas que obedecen nuestros deseos después de unos cuantos mordiscos. Me refiero a una sierva permanente, alguien a quien nunca se hiere ni se muerde. Alguien que envejece casi tan lentamente como nosotros.

Yo seguía sin entenderlo, y se me debía de notar en la cara.

—Te he quitado el dolor —explicó Jean-Claude— y te he dado parte de mi… resistencia.

—¿Estás sintiendo mi dolor, entonces?

—No; el dolor ha desaparecido. Digamos que te he vuelto un poco más fuerte.

Puede que fuera demasiado complicado, pero lo cierto era que yo seguía sin enterarme de nada.

—No lo entiendo.

—Mira: ha compartido contigo algo que nosotros consideramos un gran don, algo que sólo les damos a las personas que demuestran ser imprescindibles.

—¿Eso significa que estoy en tu poder? —le pregunté a Jean-Claude, mirándolo fijamente.

—Todo lo contrario —dijo Theresa—. Ahora eres inmune a su mirada, a su voz, a su mente… Sólo estarás a su servicio de forma voluntaria, nada más. Ya ves lo que ha hecho.

La miré a los ojos, y sólo eran ojos. Ella asintió.

—Ahora empiezas a entender. Como reanimadora, ya eras parcialmente inmune a nuestra mirada. Ahora lo eres casi por completo. —Soltó una carcajada demencial—. Nikolaos os aniquilará a los dos.

Dicho aquello, subió las escaleras taconeando con fuerza contra la piedra y dejó la puerta abierta a su paso.

Jean-Claude se me había acercado. Tenía una expresión inescrutable.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté.

Se limitó a mirarme. El pelo se le había secado en rizos desordenados alrededor de la cara. Seguía siendo increíblemente guapo, pero el pelo lo hacía parecer más real.

—¿Por qué?

Entonces sonrió, y le vi líneas de cansancio alrededor de los

ojos.

—Si hubieras muerto, nuestra ama nos habría castigado. Aubrey ya está pagando caro su… desliz.

Se volvió y empezó a subir las escaleras. Se movía como un gato, con elegancia y fluidez, como si no tuviera huesos. Se detuvo al llegar a la puerta y me miró.

—Vendrán a buscarte cuando Nikolaos decida que es el momento. —Cerró la puerta, y oí cómo echaba la llave y pasaba el cerrojo. Su voz me llegó flotando entre los barrotes, densa, casi burbujeante por la risa—: Y, a lo mejor, porque me caes bien.

Su risa tenía un filo amargo.

# DIEZ

Tenía que comprobar si la puerta estaba cerrada. La sacudí y hurgué en la cerradura, como si supiera forzarla. Miré si había algún barrote suelto, aunque de todas formas no habría cabido por el estrecho ventanuco.

Comprobé la puerta porque no podía evitarlo. Era un acto reflejo, como el de sacudir la tapa del maletero después de haberse dejado las llaves dentro. He estado en el lado incorrecto de muchas puertas cerradas. Nunca he conseguido abrir ninguna al comprobarla, pero alguna vez tendrá que ser la primera. Si es que llego a ella con vida, claro. Tachad esto último; no quiero ser ceniza.

Un sonido me devolvió a la celda y a sus paredes húmedas y pringosas: una rata corría junto a la pared opuesta, y otra se asomó por el borde de los escalones, moviendo los bigotes. Supongo que no hay calabozos sin ratas, pero no me habría importado prescindir de ellas.

Otra cosa se acercó por el borde de los escalones; a la luz de las antorchas me pareció un perro. Pero no. Una rata del tamaño de un pastor alemán se incorporó sobre sus delgadas patas traseras. Se quedó mirándome, con las enormes patas delanteras dobladas cerca del pecho peludo. No me quitaba de encima aquellos ojos negros, enormes y saltones. Separó los labios para mostrar unos dientes amarillentos. Cada incisivo era un puñal romo de quince centímetros.

—¡Jean-Claude! —grité.

El aire se llenó de chillidos que resonaban como si llegaran a través de un túnel. Me refugié en el otro extremo de las escaleras, y entonces lo vi. En la pared había un túnel, casi de la altura de un hombre, del que salían las ratas, en oleadas espesas y peludas, chillando y lanzando mordiscos al aire. Empezaban a cubrir todo el

suelo.

—¡Jean-Claude! —Golpeé la puerta y tiré de los barrotes; todo lo que ya había hecho antes. Era inútil: no había manera de salir. Pateé la puerta y volví a gritar—. ¡Joder!

El sonido rebotó en los muros de piedra y casi tapó el ruido de los miles de patas que arañaban el suelo.

—No vendrán a por ti antes de que terminemos.

Me quedé paralizada, con las manos aún en la puerta. Me volví despacio: la voz procedía del interior. El suelo se retorcía y temblaba, lleno de cuerpecitos peludos. Los chillidos, el roce sordo del pelaje y el golpeteo de miles de patas diminutas llenaban la estancia. Había miles, miles.

Cuatro ratas gigantes se alzaban como montañas en medio de la marea peluda, y una de ellas me contemplaba con ojos negros como botones. Aquella mirada no tenía nada de ratuno. No había visto ningún hombre rata hasta entonces, pero estaba segura de que eso era precisamente lo que tenía delante.

Una figura se incorporó con las patas medio dobladas. Tenía la estatura de un hombre, con la cara enjuta, de roedor. Una cola grande y pelada se le curvaba como una cuerda gruesa de carne alrededor de las patas flexionadas. Era un macho, sin lugar a dudas. Extendió una pata.

—Ven con nosotros, humana —dijo con voz pastosa, casi peluda, y con un deje de gañido. Pronunciaba las palabras con precisión, pero no modulaba bien. Los labios de rata no están hechos para hablar.

No pensaba bajar las escaleras, ni de coña. Tenía el corazón en la garganta. Conozco a un tipo que sobrevivió a un ataque de hombres lobo; estuvo a punto de morir, pero no se convirtió. Pero también conozco a otro al que le bastó un arañazo para convertirse en hombre tigre. Lo más probable era que, si me arañaban, al cabo de un mes tuviera la cara peluda, los ojos completamente negros y colmillos amarillentos. Virgen santa.

—Baja, humana. Ven a jugar.

Tragué saliva. Fue como si intentara tragarme el corazón.

—Pues como que no.

—Podemos subir a buscarte —dijo con una risa que era casi un siseo. Avanzó entre las ratas menores, que le abrieron paso

apartándose frenéticamente, apelotonándose para evitar su contacto. Se quedó al pie de los escalones, mirándome. Tenía el pelaje marrón, con mechas del color de la miel—. No creo que te guste que te obliguemos a bajar.

Tragué saliva. Lo creía. Fui a coger el cuchillo y descubrí que la funda estaba vacía. Como era de suponer, los vampiros me lo habían quitado. Mierda.

—Baja, humana; ven a jugar.

—Tendréis que subir a buscarme.

Se pasó la cola entre los dedos, acariciándola. Después bajó una mano por el pelo del abdomen hasta alcanzar la entrepierna. Lo miré fijamente a la cara, y se rió.

—Cogedla.

Dos ratas del tamaño de perros avanzaron hacia las escaleras. Una rata pequeña rodó bajo las patas de las grandes. Emitió un chillido agudo y lastimero; después, nada. Se retorció hasta que las otras ratas la cubrieron, y al momento se oyeron crujir sus huesecitos. No desperdiciaban nada.

Me apreté contra la puerta como si esperase atravesarla. Las dos ratas se dirigieron a la escalera; tenían el pelo lustroso y estaban bien alimentadas. No tenían ojos de animal; su expresión era humana, inteligente.

—Un momento, un momento.

Las ratas vacilaron.

—¿Sí? —dijo el hombre rata.

—¿Qué queréis? —acerté a decir.

—Nikolaos nos ha pedido que te hagamos compañía.

—Eso no responde a mi pregunta. ¿Qué queréis que haga? ¿Qué queréis de mí?

Los labios se apartaron de los dientes amarillentos. Parecía un gesto de amenaza, pero creo que era una sonrisa.

—Ven con nosotros, humana. Tócanos; deja que te toquemos. Te enseñaremos los placeres del pelo y los dientes. —Se pasó las manos por el pelo de los muslos, cosa que atrajo mi atención a lo que tenía entre las patas. Aparté la vista y sentí calor en la cara. Me estaba sonrojando. ¡Mierda!

—¿Pretendes impresionarme con eso? —pregunté, y la voz me sonó casi firme.

—¡Traedla! —gruñó tras quedarse pasmado un instante.

Cojonudo, Anita, putéalo. Insinúale que no está bien dotado.

—Esta noche nos vamos a divertir, estoy seguro. —Su risa sibilante me recorrió la piel en oleadas de frío.

Las ratas gigantes subieron; los músculos se les tensaban bajo el pelaje mientras sus bigotes, gruesos como alambres, se retorcían con furia. Apreté más la espalda contra la puerta y empecé a resbalar pegada a la madera.

—No, por favor. —Odié que me saliera una voz aguda y asustada.

—Qué pronto te rindes; qué pena —dijo el hombre rata.

Tenía a las dos ratas gigantes casi encima. Apoyé firmemente la espalda contra la puerta con las rodillas flexionadas, los talones bien plantados en el suelo y la punta de los pies algo levantada. Una pata me tocó la pierna. Se me pusieron por corbata, pero esperé; no me podía precipitar. Por favor, Dios, que no me hagan sangre. Sentí unos bigotes que me rozaban la cara y el peso de un cuerpo peludo encima de mí.

Golpeé con los dos pies y le di de lleno a una de las ratas. Se irguió sobre las patas traseras y se tambaleó hacia atrás. Sacudía la cola para recuperar el equilibrio, pero me abalancé sobre ella y la golpeé en el pecho. El bicho cayó por el borde del rellano.

La segunda rata se agazapó y emitió una especie de gruñido. Vi cómo se le tensaban los músculos; me apoyé en una rodilla y me preparé. Si se me echaba encima estando yo de pie, me haría caer. Estaba a unos centímetros del borde.

Saltó. Me lancé al suelo y rodé. Hundí los pies y una mano en su cuerpo caliente, y la ayudé en el salto. La rata pasó por encima de mí y cayó fuera de mi vista. Oí chillidos asustados cuando golpeó el suelo, con un sonido sordo que me llenó de satisfacción. No creía que las hubiera matado, pero había hecho lo que podía.

Me levanté y volví a apoyar la espalda en la puerta. El hombre rata había dejado de sonreír, así que le ofrecí mi sonrisa más tierna y angelical. No pareció impresionado.

Hizo un movimiento fluido, como si cortara el aire. Las ratas menores se movieron hacia delante, siguiéndolo. Una marea parda de cuerpecitos peludos empezó a arrastrarse y bullir escaleras arriba.

Podía matar a unas cuantas, pero no a todas. Si él se lo ordenaba, me comerían viva, a bocaditos rojos.

Las ratas me corrían alrededor de los pies, tropezaban entre ellas y se peleaban. Sus cuerpos me chocaban con las botas. Una de ellas se estiró para agarrarse a la suela. Le di una patada y cayó chillando por el borde.

Las ratas gigantes habían arrastrado a una de sus amigas heridas a un lado. No se movía. La otra a la que había empujado iba cojeando.

Una rata saltó hacia arriba y se me enganchó a la blusa con las uñas. Se quedó colgada con las patas atrapadas en la tela. Sentía su peso en el pecho. La cogí por el cuerpo, y me clavó los dientes en la mano hasta cerrarlos, atravesando la piel sin chocar con el hueso. Grité, sacudiendo la rata para liberarme. Me colgaba de la mano como un pendiente guarro. La sangre le corría por el pelaje. Otra rata me saltó a la blusa.

El hombre rata sonreía.

Otra de las pequeñas estaba trepando hacia mi cara. La cogí del rabo y la tiré por ahí.

—¿No te atreves a venir tú? ¿Te doy miedo? —grité. Tenía la voz estrangulada por el pánico, pero lo dije—. Tus amigos están heridos porque los has mandado a hacer algo que a ti te da miedo, ¿verdad?

Las ratas gigantes nos miraban. Él también las miró.

—No tengo miedo de los humanos.

—Entonces, sube y cógeme tú mismo, si es que puedes. —La rata que tenía en la mano salió volando en medio de un chorro de sangre. Me había desgarrado la piel, entre el pulgar y el índice.

Las ratas menores vacilaron y miraron nerviosamente a su alrededor. Tenía una subiéndome por los pantalones, pero se dejó caer.

—No te tengo miedo.

—Demuéstralo. —La voz me sonó un poco más firme; puede que ya pareciera la de una niña de nueve años, y no de cinco.

Las ratas gigantes lo miraban atentamente, a la expectativa. Él repitió el gesto que había hecho antes, pero a la inversa. Las ratas chillaron y se quedaron erguidas sobre las patas traseras mirando a su alrededor con incredulidad, pero empezaron a bajar las escaleras

y volver sobre sus pasos.

Me apoyé en la puerta, con las rodillas flojas y la mano herida en el pecho. El hombre rata empezó a subir los escalones. Se movía con agilidad sobre la punta de sus pies alargados, clavando en la piedra los fuertes dedos rematados en uñas.

Los cambiaformas son más fuertes y rápidos que los humanos. No recurren a la hipnosis ni a las ilusiones ópticas; simplemente son mejores. No lograría sorprender al hombre rata como había hecho con el primero que me atacó. Dudaba que fuera posible cabrearlo lo suficiente para que se obcecara, pero ¿no dicen que la esperanza es lo último que se pierde? Estaba herida, desarmada y en inferioridad de condiciones. Si no lograba que cometiera un error, lo tendría muy, muy crudo.

Se pasó una lengua larga y rosada por los dientes.

—Sangre fresca —dijo. Acto seguido aspiró sonoramente—. Apestas a miedo, humana. Sangre y miedo: eso me huele a comida.

Volvió a sacar la lengua y rió. Yo me llevé la mano ilesa a la espalda, como si buscara algo.

—Ven aquí, hombre rata, y veamos si te gusta la plata.

El hombre rata vaciló, y se quedó quieto y medio agazapado en el escalón superior.

—No tienes plata.

—¿Te apuestas la vida?

Se frotó las manos. Una de las ratas mayores chilló algo; él le gruñó.

—¡No tengo miedo!

Si las otras lo azuzaban, mi farol no iba a colar.

—Ya has visto cómo he dejado a tus amigos. Y sin armas. —Mi voz sonó firme y grave. Esta es mi Anita.

Me miró con sus ojos enormes. El pelaje le relucía a la luz de las antorchas como si estuviera recién lavado. Dio un salto y se plantó en el rellano, pero fuera de mi alcance.

—No había visto nunca una rata rubia —dije. Chorradas para llenar el silencio e impedir que diera aquel último paso. Seguro que Jean-Claude acudiría pronto a por mí. Entonces solté una carcajada, brusca y medio ahogada. El hombre rata se quedó inmóvil, mirándome fijamente.

—¿De qué te ríes? —Su voz denotaba intranquilidad. Toma ya.

—Estaba deseando que los vampiros vinieran a salvarme. Tienes que reconocer que es divertido.

No pareció hacerle gracia. Hay un montón de gente que no entiende mis bromas. Si fuera más insegura, pensaría que no tienen gracia. Qué va.

Moví la mano que tenía a la espalda, todavía fingiendo que sostenía un cuchillo. Una de las ratas gigantes chilló, y hasta a mí me pareció un chillido de burla. Si se tragaba el farol, el hombre rata no sobreviviría. Si no se lo tragaba, la que podía palmarla era yo.

Cuando se enfrenta con un hombre rata, la mayoría de la gente se queda paralizada o se deja llevar por el pánico. Yo había tenido tiempo de hacerme a la idea, así que no iba a desmayarme si él me tocaba. Tenía una posibilidad de salvarme, pero si la cagaba, me mataría. El estómago me dio un salto mortal, y tuve que tragar saliva. Antes muerta que peluda: si me atacaba, prefería que me matara. Puestos a convertirse en mujer algo, lo de mujer rata no era mi primera opción, pero con un poco de mala suerte, un simple rasguño me podía infectar.

Si era rápida y afortunada, podría llegar a tiempo a un hospital. Era casi como tener la rabia. Claro que el tratamiento no siempre funcionaba; en ocasiones, aceleraba la conversión.

—¿Te ha probado alguna vez un cambiaformas? —me preguntó enroscándose la cola larga y desnuda en las patas.

No sabía si se refería al sexo o a la comida, pero ninguna de las dos cosas sonaba apetecible. Estaba reuniendo valor y preparándose; cuando estuviera listo, vendría a por mí. Como quería que viniera a por mí cuando yo estuviera lista, me decidí por el sexo.

—No tienes lo que hay que tener, hombre rata —le dije.

Se puso tenso y se recorrió el cuerpo con una mano, peinándose el pelaje con las uñas.

—Ya veremos quién tiene qué.

—¿Es que sólo consigues follar por la fuerza? ¿Eres igual de feo en forma humana?

Siseó con la boca muy abierta, enseñando los dientes. De su cuerpo surgió un sonido, profundo y agudo, como un gruñido lastimero que no se parecía a nada que hubiera oído en mi vida;

subió y bajó de volumen y llenó la habitación de ecos violentos y susurrantes. Tensó los hombros dispuesto a saltar.

Contuve la respiración. Lo había cabreado. Era el momento de ver si mi plan funcionaba, o si me mataba. Saltó hacia delante. Me dejé caer, pero él se lo esperaba. Se me abalanzó a una velocidad increíble; gruñía y sacaba las uñas mientras me chillaba en la cara.

Doblé las piernas contra el pecho, para evitar que quedara tendido encima de mí. Me puso una mano en las rodillas y empezó a abrirlas. Me agarré las piernas y resistí, pero era como luchar contra acero en movimiento. Volvió a gritar con un sonido agudo y sibilante mientras me ponía perdida de baba. Se puso de rodillas en busca de un ángulo mejor para hacerme bajar las piernas, y le lancé un patadón con todas mis fuerzas. Al verlo llegar intentó retroceder, pero le di de lleno con los dos pies entre las patas. El golpe lo levantó en vilo, y se derrumbó sobre el rellano, arañando la piedra. Emitía un sonido agudo, quejumbroso y jadeante. Parecía que le costaba respirar.

Un segundo hombre rata entró por el túnel, y las ratas se dispersaron, chillando, en todas direcciones. Me quedé sentada en el rellano, tan lejos como me era posible del hombre rata rubio que se retorcía. Miré al nuevo hombre rata sintiéndome cansada y furiosa.

Mierda, tenía que haber funcionado. No sé quién les había dado permiso a los malos para recibir refuerzos cuando ya eran más que yo. El pelaje del nuevo era de un negro azabache uniforme. Se cubría las patas, algo curvadas, con unos vaqueros cortados. Hizo un gesto suave y grácil.

Tragué saliva, y se me aceleró el corazón. El recuerdo del peso de los cuerpecitos deslizándose sobre mí me puso la carne de gallina. Sentía un dolor punzante en la mano, donde la rata me había mordido. Iban a destrozarme.

—¡Jean-Claude!

Las ratas se movieron como una marea parda, se apartaron de los escalones y echaron a correr hacia el túnel, chillando. Yo no podía hacer nada más que mirar.

Las ratas gigantes sisearon y señalaron a su compañera caída, gesticulando con el hocico y las patas.

—Ella se estaba defendiendo. ¿Qué le habéis hecho? —La voz del hombre rata era grave y profunda, y tenía bastante buena

pronunciación. Si hubiera cerrado los ojos, habría dicho que pertenecía a alguien humano.

Pero no cerré los ojos. Las ratas gigantes se fueron, arrastrando a su amiga; no estaba muerta, pero sí maltrecha. Una de ellas levantó la vista hacia mí mientras las otras desaparecían en el túnel. La mirada de sus ojos vacíos y negros era amenazadora y me prometía cosas muy dolorosas si volvíamos a encontrarnos.

El hombre rata rubio había dejado de retorcerse y yacía muy quieto, resollando, con las manos en la zona dañada.

—Te dije que no vinieras —le dijo el recién llegado.

—Si el ama llama, yo obedezco —respondió el primero. Trató de incorporarse, pero el movimiento pareció dolerle.

—Soy tu rey y es a mí a quien debes obediencia. —El hombre rata de pelo negro empezó a subir las escaleras moviendo la cola con furia, de un modo casi felino.

Me levanté y apoyé la espalda en la puerta, por enésima vez en lo que iba de noche.

—Sólo serás nuestro rey hasta que mueras. Y si te enfrentas al ama, el reinado durará bien poco. Es poderosa, mucho más poderosa que tú —concluyó el hombre rata herido. Apenas tenía un hilo de voz, pero se estaba recuperando; enfadarse siempre pone las pilas.

El rey de las ratas saltó, un borrón negro en movimiento. Con los codos levemente doblados, levantó al otro hasta que los pies le colgaron en el aire y lo sostuvo a escasos centímetros de su cara.

—Soy tu rey, y como no me obedezcas, te mato. —Cogió al rubio por el cuello hasta casi cortarle la respiración, y lo arrojó escaleras abajo. Cayó rodando y quedó hecho un guiñapo. Nos miró desde abajo, dolorido y jadeante. El odio de su mirada habría encendido una hoguera.

—¿Cómo estás? —preguntó el recién llegado.

Tardé un momento en darme cuenta de que me estaba hablando a mí. Al parecer, había venido a rescatarme, por mucho que no me hiciera ninguna falta. Qué va.

—Bien, muchas gracias.

—No había venido a salvarte —dijo—, sino porque les tengo prohibido a los míos que cacen para la vampira.

—Vale, te importo poco más que una pulga. Pero gracias de

todos modos y al margen de tus motivos.

—De nada —dijo inclinando la cabeza.

Me fijé en la quemadura con forma de corona que tenía en el antebrazo izquierdo. Lo habían marcado.

—¿No sería más fácil llevar una corona y un cetro?

Se miró el brazo y esbozó una de esas sonrisas de rata que muestran todos los dientes.

—Así me quedan libres las manos.

Lo miré a los ojos para saber si me tomaba el pelo, pero no logré salir de dudas. A ver quién es el listo que interpreta la expresión de una rata.

—¿Para qué te quieren los vampiros? —me preguntó.

—Quieren que trabaje para ellos.

—Accede. Te harán daño si te niegas.

—¿Igual que a ti si mantienes apartadas a las ratas?

—Nikolaos se cree la reina de las ratas, porque son los animales que puede convocar. —Se encogió de hombros con torpeza—. Pero no sólo somos ratas; también somos personas, y podemos escoger. Yo puedo escoger.

—Haz lo que diga y no te hará daño —dije.

—Doy buenos consejos —dijo, volviendo a sonreír—, pero no siempre los sigo.

—Yo tampoco —dije.

Me miró de reojo con sus ojos negros y se volvió a la puerta.

—Ya vienen.

Sabía a quiénes se refería. Se había acabado la fiesta: llegaban los vampiros. El rey de las ratas bajó de un salto los escalones y recogió a la rata caída. Se la cargó al hombro como si nada, corrió hacia el túnel y desapareció a toda velocidad, apenas un borrón oscuro que me recordó un ratón sorprendido por la luz de la cocina.

Oí el golpeteo de unos tacones en el pasillo y me aparté de la puerta. Se abrió y entró Theresa, que se quedó en el rellano. Me miró y después examinó la habitación vacía con los brazos en jarras y los labios apretados.

—¿Dónde están?

—Han hecho su trabajo y se han ido. —Le mostré la mano herida.

—No se tenían que ir —dijo Theresa. Un gruñido exasperado

brotó del fondo de su garganta—. Ha sido ese rey que tienen, ¿verdad?

—Se han ido; no sé por qué —dije. Me encogí de hombros.

—Mírala, qué tranquila y valiente. ¿No te han asustado las ratas?

Volví a encogerme de hombros. Si algo funciona, insiste.

—Se suponía que no tenían que hacerte sangre. —Me miró fijamente—. ¿Ahora cambiarás en la próxima luna llena? —preguntó como con curiosidad. Ya dice la sabiduría popular que la curiosidad pica y es malsana; ojalá fuera verdad y tuviera picores insalubres.

—No —dije, sin más explicaciones. Si las quería, podía machacarme contra la pared hasta que le dijera lo que quería oír, y no le costaría nada. Aunque, ups, era una pena que a Aubrey lo hubieran castigado por haberme hecho daño.

—Las ratas tenían que asustarte, reanimadora —dijo, observándome con el ceño fruncido—, pero parece que no han hecho su trabajo.

—Puede que no me asuste fácilmente. —La miré a los ojos sin esfuerzo; sólo eran ojos.

Theresa me sonrió de repente, mostrando los colmillos.

—Nikolaos ya encontrará algo que te asuste, reanimadora. Porque el miedo es poder. —Susurró las últimas palabras como si temiera decirlas en voz demasiado alta.

¿Qué era lo que atemorizaba a los vampiros? ¿Acaso los atormentaban visiones de estacas afiladas y ajos, o había cosas peores? ¿Cómo se asusta a los muertos?

—Camina delante de mí, reanimadora. Vamos a conocer a tu ama.

—¿No es también tu ama, Theresa?

Me miró fijamente con la cara inexpresiva, como si la risa de antes hubiera sido irreal. Tenía unos ojos fríos y oscuros. Los de las ratas tenían más personalidad.

—Antes de que acabe esta noche, reanimadora, Nikolaos será el ama de todo el mundo.

—Me parece que no —dije, sacudiendo la cabeza.

—El poder de Jean-Claude te ha vuelto imbécil.

—No —dije—, no es eso.

—Entonces ¿qué es, mortal?

—Que prefiero morir a convertirme en la marioneta de un vampiro.

Theresa no se inmutó; sólo asintió, muy despacio.

—Puede que se cumpla tu deseo.

Se me erizó el vello de la nuca. Podía sostenerle la mirada, pero el mal provoca una sensación especial. Una sensación que da escalofríos, seca la garganta y retuerce el estómago. También la he sentido con humanos, no es necesario ser un nomuerto para ser malvado, aunque no viene mal.

Eché a andar delante de ella. Las botas de Theresa resonaban por el pasillo. Puede que sólo fuera el miedo, pero sentía su mirada en la espalda, como si un cubito de hielo me bajara por la columna.

# ONCE

La habitación era enorme, como un almacén, pero tenía paredes de piedra. No me habría extrañado ver a Bela Lugosi saliendo de un rincón en cualquier momento, con capa y todo, aunque la criatura que estaba sentada de espaldas a una pared también impresionaba lo suyo.

Debía de haber muerto cuando tenía doce o trece años. Los pechos pequeños, a medio formar, se le marcaban bajo el vestido largo de tela fina. Era azul claro, y tenía un aspecto cálido en contraste con la absoluta blancura de su piel. Si probablemente ya era pálida de viva, como vampira era cadavérica. Tenía el pelo del rubio platino que tienen algunos niños antes de que se les oscurezca, aunque a ella no se le oscurecería nunca.

Nikolaos estaba sentada en una silla de madera tallada. Los pies no le llegaban al suelo.

Un vampiro avanzó hasta apoyarse en el brazo de la silla. Tenía la piel de un tono extraño, como de un marfil pardusco. Se inclinó y le susurró algo al oído a Nikolaos. Ella se rió, con una risa que evocaba campanillas o cascabeles. Un sonido precioso, calculado. Theresa se acercó a la niña, se situó tras ella y le pasó las manos por el cabello rubio.

También se acercó un humano, que se situó a la derecha de la silla. Se quedó con la espalda contra la pared y los brazos tiesos a los lados. Mantenía la vista al frente, la cara inexpresiva y la espalda rígida. Era calvo casi por completo, y tenía la cara afilada y los ojos oscuros. A la mayoría de los hombres les queda fatal la falta de pelo; sin embargo, aquel no estaba mal. Era guapo, aunque tenía pinta de no preocuparse por el aspecto físico. No sabía a cuento de qué, pero me parecía un soldado.

Otro hombre se situó junto a Theresa. Tenía el pelo rubio pajizo, muy corto, los ojos verde claro y una cara de lo más rara. No era ni

guapo ni feo, pero llamaba la atención. Era un rostro que podía resultar atractivo si se lo miraba el tiempo suficiente. No era un vampiro, pero puede que me hubiera precipitado al creerlo humano.

Jean-Claude apareció en último lugar y se colocó a la izquierda de la silla. No tocó a nadie y, aunque formaba parte del grupo, se mantenía algo apartado de los demás.

—Bueno —dije—, sólo nos falta la música de *Drácula, príncipe de las tinieblas*, y podemos salir a escena.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad? —Nikolaos tenía la voz como la risa, aguda e inofensiva. Pura inocencia calculada.

—Depende del día. —Me encogí de hombros.

Me sonrió sin mostrar los colmillos. Parecía completamente humana, con los ojos brillantes y una expresión graciosa en la cara redonda y agradable. Mirad qué inofensiva soy; sólo soy una niña adorable. Y qué más.

El vampiro moreno volvió a susurrarle algo al oído. Ella se rió, con un sonido tan agudo y cristalino que podría embotellarse.

—¿Esa risa es ensayada o es un talento natural? No, seguro que la has ensayado.

Jean-Claude hizo una mueca. No supe a ciencia cierta si trataba de contener la risa o de no fruncir el ceño. Quizá las dos cosas. Yo tenía un don especial para provocar aquella reacción en alguna gente.

La risa desapareció de la cara de la vampira, de manera muy humana, hasta que sólo le brillaron los ojos. Pero su mirada no era nada graciosa: era el tipo de mirada que reservan los gatos para los pajaritos.

—Eres muy valiente o muy estúpida. —El tono de su voz se elevaba un poco al final de cada palabra, al estilo de Shirley Temple.

—Con esa vocecita, sólo te falta un hoyuelo para dar el pego.

—Me inclino por la estupidez —dijo Jean-Claude en voz baja.

Lo miré y, a continuación, posé los ojos en la panda de engendros.

—Estoy cansada, herida, furiosa y asustada. Así que os agradecería que os dejarais de numeritos y fuéramos al grano.

—Empiezo a entender que Aubrey perdiera los estribos. —Su

voz se había vuelto seca, sin ningún rastro de humor. El canturreo infantil se estaba desvaneciendo, como el hielo cuando se derrite—. ¿Sabes cuántos años tengo? —La miré y negué con la cabeza—. Creía que habías dicho que era buena, Jean-Claude —pronunció su nombre como si estuviera molesta con él.

—Es buena.

—Dime cuántos años tengo —dijo con voz gélida, propia de un adulto cabreado.

—No puedo. No sé por qué, pero no puedo.

—¿Cuántos años tiene Theresa?

Miré a la vampira de pelo oscuro recordando el peso de su mente. Se estaba riendo de mí.

—Cien, quizá ciento cincuenta, no más.

—¿Por qué no más? —preguntó con una cara tan inexpresiva que parecía esculpida en mármol.

—Esa es la edad que siento.

—¿La sientes?

—Noto en la cabeza cierto grado de… poder en ella. —Siempre detesté tener que explicarlo en voz alta. Sonaba asquerosamente místico, y de místico no tenía nada. Entendía de vampiros, igual que otras personas entienden de caballos o de coches. Era un don. Ya. Pero también era cuestión de práctica. Supuse que a Nikolaos no le iba a gustar ni un pelo que la comparara con un caballo o un coche, conque mantuve la boca cerrada. Y luego me llaman estúpida. Ja.

—Mírame, humana. Mírame a los ojos. —La voz seguía siendo insulsa, sin un ápice de la autoridad que tenía la de Jean-Claude.

«Mírame a los ojos.» Esperaba algo más original del ama de los vampiros de la ciudad, pero no lo dije en voz alta. Tenía los ojos azules o grises, o de los dos colores. Sentí su mirada en la piel como algo palpable; estaba convencida de que si quisiera, podría tocarla con las manos. No había sentido nunca nada parecido. Sin embargo, podía sostenerle la mirada, y no sé cómo, pero supe que no debería haber sido capaz.

El soldado de su derecha me estaba mirando, como si por fin hubiera hecho algo interesante.

Nikolaos se puso en pie y se colocó ligeramente por delante de su séquito. Apenas me llegaba a la clavícula, lo que hacía de ella un

retaco. Se quedó parada, con el aspecto etéreo y hermoso de un cuadro; no daba sensación de vida, pero los trazos eran elegantes, y el color, cuidado.

Se quedó allí sin moverse y me abrió la mente. Fue como si se hubiera derribado una puerta. Su mente chocó con la mía, y me tambaleé. Sus pensamientos irrumpieron en mí como cuchillos, como sueños de filo acerado. Por mi cabeza deambulaban fragmentos efímeros de su mente; cuando me tocaban, me dejaban aturdida y dolorida.

Estaba de rodillas y no recordaba haber caído. Tenía frío, mucho frío. No tenía nada que hacer; yo era insignificante en comparación con aquella mente. ¿Cómo podía pensar siquiera en considerarme a su altura? ¿Qué otra cosa podía hacer, salvo arrastrarme a sus pies y suplicar su perdón? Mi insolencia era intolerable.

Empecé a avanzar a cuatro patas hacia ella. Parecía lo más apropiado. Tenía que suplicarle perdón. Necesitaba que me perdonara. ¿Y cómo acercarse a una diosa, si no es de rodillas?

No. Algo iba mal. Pero ¿qué? Tenía que pedirle perdón a la diosa. Tenía que adorarla y cumplir todos sus deseos. No. No.

—No —murmuré—. No.

—Ven, hija mía. —Su voz era como la primavera tras un largo invierno. Era una revelación. Me hizo sentir aceptada, bienvenida.

Tendió los brazos pálidos hacia mí. La diosa me iba a dejar abrazarla. Increíble. ¿Por qué estaba en el suelo en vez de correr hacia ella?

—No. —Golpeé la piedra con las manos. Me dolió, pero no demasiado—. ¡No! —Estrellé el puño contra el suelo. Me ardió todo el brazo y se me quedó entumecido—. ¡No! —Golpeé una y otra vez la roca con los puños hasta que me sangraron. El dolor era intenso, real, mío—. ¡Sal de mi mente, zorra! —grité.

Me encogí en el suelo, jadeando, con las manos en el estómago. Sentía que el corazón se me iba a escapar por la boca, y casi no podía respirar. La ira me recorrió el cuerpo, limpia y afilada, barriendo hasta el último vestigio de la mente de Nikolaos.

La miré con furia, pero por debajo de la furia había pavor. Nikolaos me había inundado la mente como el mar inunda una concha; me había llenado y me había dejado vacía. Puede que tuviera que acabar con mi cordura para quebrantar mi voluntad,

pero podía conseguirlo si quería, y yo no podría hacer absolutamente nada para defenderme.

Me devolvió la mirada desde arriba y se rió con aquella fantástica risa de cascabeles.

—Vaya, al fin algo que le da miedo a la reanimadora. Mira por dónde. —Tenía la voz cantarina y agradable; era la niña adorable otra vez.

Nikolaos se arrodilló ante mí, sujetándose el vestido azul claro bajo las rodillas como toda una dama, y se inclinó para mirarme a los ojos.

—¿Cuántos años tengo, reanimadora?

Empezaba a sufrir temblores, y los dientes me castañeteaban como si fuera a morir de frío, que puede que fuera el caso. Pero logré hablar entre dientes con la mandíbula agarrotada.

—Mil —dije—. O más.

—Tenías razón, Jean-Claude. Es buena. —Tenía la cara prácticamente contra la mía. Quería sacármela de encima, pero sobre todo quería que no me tocara.

Volvió a reír, con un sonido agudo e intenso, de una pureza estremecedora. Si hubiese podido, habría gritado o le habría escupido a la cara.

—Bien, reanimadora, nos vamos entendiendo. Haz lo que queremos, o te arrancaré la mente capa tras capa, como si fuera una cebolla. —Me respiró en la cara, y con apenas un susurro de niña traviesa, añadió—: Sabes que soy capaz, ¿verdad?

Lo sabía.

# DOCE

Quería escupir en aquella cara tersa y pálida, pero temía las consecuencias. Sentí una gota de sudor que me recorría la cara. Le prometería cualquier cosa, lo que fuera, si no me tocaba. Nikolaos no necesitaba hechizos: le bastaba con aterrorizarme, y el miedo me controlaría. O eso esperaba ella, pero yo no podía permitirlo.

—Apártate… de… mi… cara —dije.

Se rió. Su aliento era cálido y olía a menta, a caramelos refrescantes. Pero debajo de aquel aroma moderno y limpio se podía percibir el olor a sangre fresca. Una muerta antigua y un asesinato reciente.

—El aliento te apesta a sangre —le dije. Ya no temblaba.

Se echó atrás, llevándose la mano a la boca. Fue un gesto tan humano que me hizo reír. Se incorporó, y su vestido me rozó la cara. A continuación, un pie pequeño y calzado con un zapatito de lo más delicado me dio una patada en el pecho.

La fuerza del golpe me proyectó hacia atrás con un dolor intenso y me dejó sin aire. Por segunda vez en la noche me quedaba sin respiración. Permanecí boca abajo intentando respirar y superar el dolor. No había oído ninguna fractura, pero debía de tener algo roto.

—Lleváosla de aquí antes de que la mate. —La voz sonó por encima de mí, tan acalorada que quemaba.

El dolor se atenuó y se volvió punzante, y el aire me quemaba la garganta. Tenía el pecho como si hubiera tragado plomo.

—Quieto ahí, Jean. —Jean-Claude se había apartado de la pared e iba hacia mí. Nikolaos acompañó la orden con un gesto de su mano pálida y menuda—. ¿Puedes oírme, reanimadora?

—Sí —dije con voz ahogada. No tenía suficiente aire para hablar.

—¿Te he roto algo? —trinó como un pajarito.

Tosí, intentando aclararme la garganta, pero me dolió. Me abracé el pecho mientras remitía el dolor.

—No.

—Lástima. Aunque supongo que eso nos habría retrasado, o habrías dejado de sernos útil. —Pareció quedarse sopesando las posibilidades que tenía lo último. ¿Qué me habrían hecho si se me hubiera roto algo? Prefería no saberlo.

—La policía sólo tiene noticia de cuatro vampiros asesinados, pero ha habido seis más.

—¿Y por qué no lo habéis denunciado? —pregunté, respirando con cuidado.

—Mi querida reanimadora, hay muchos de los nuestros que no confían en las leyes humanas. Ya sabemos lo equitativa que es la justicia con los nomuertos. —Sonrió, y volví a echar en falta un hoyuelo—. Jean-Claude era el quinto vampiro más poderoso de la ciudad. Ahora es el tercero.

La miré esperando a que se echara a reír, a que dijera que era una broma. Pero mantuvo la sonrisa como una figura de cera. ¿Me estaban tomando el pelo?

—¿Han matado a dos maestros vampiros más fuertes que…? —Tuve que tragar saliva antes de continuar—. ¿Más fuertes que Jean-Claude?

—Captas las cosas deprisa —dijo, ampliando la sonrisa y dejando ver un colmillo—, eso te lo concedo. Y hasta puede que el castigo de Jean-Claude sea menos… severo. Fue él quien te recomendó, ¿lo sabías?

Sacudí la cabeza y lo miré. No se había movido ni para respirar, pero me miraba. En sus ojos azul cielo de medianoche había un brillo casi febril. Seguía en ayunas. ¿Por qué Nikolaos no le permitía comer?

—¿Por qué lo estás castigando?

—¿Te preocupa? —En su voz había sorpresa y burla—. Vaya, vaya, vaya, ¿no estás enfadada con él por haberte metido en esto?

Lo miré un momento. Supe entonces qué había visto en su mirada: miedo; tenía miedo de Nikolaos. Y supe que si tenía algún aliado en aquella habitación, era él. El miedo une más que el amor o el odio, y es mil veces más certero.

—No —dije.

—No, no —dijo burlándose con tono aniñado. Luego, su voz se volvió repentinamente grave, adulta y cargada de ira—. Muy bien. Tenemos un regalo para ti, reanimadora: un testigo del segundo asesinato. Vio morir a Lucas y te contará todo lo que vio, ¿verdad, Zachary? —Sonrió al hombre de pelo rubio pajizo.

Zachary asintió. Rodeó la silla y me saludó con una reverencia. Sus labios, demasiado finos para la cara, estaban curvados en una sonrisa torcida, y había algo en sus ojos verdes y fríos que me sonaba. Había visto aquella cara en algún sitio… ¿Dónde?

Se dirigió a una pequeña puerta en la que no me había fijado. Quedaba oculta entre las sombras temblorosas que proyectaban las antorchas, pero aun así, debería haberla visto. Miré a Nikolaos, y ella asintió mientras se le dibujaba una sonrisa.

Me había ocultado la puerta sin que me enterara. Intenté levantarme apoyándome en las manos. Grave error. Contuve la respiración y me incorporé tan deprisa como pude. Tenía las manos rígidas por los golpes y los arañazos. Si sobrevivía hasta el día siguiente, me dolerían hasta las pestañas.

Zachary abrió la puerta con una floritura, como un mago apartando una cortina. Había un hombre en el umbral. Llevaba los restos de un traje de chaqueta. Tenía una figura esbelta, aunque con sus buenos michelines: mucha cerveza y poco ejercicio. Le eché unos treinta años.

—Ven —dijo Zachary.

El hombre entró en la habitación. Tenía los ojos como platos de puro miedo. En el meñique llevaba un anillo que emitía destellos a la luz de las antorchas. Apestaba a terror y a muerte.

Todavía estaba bronceado, y no se le habían hundido los ojos. Podía pasar por humano mejor que cualquier vampiro de la habitación, pero estaba más muerto que ninguno. Era una cuestión de tiempo. Me ganaba la vida levantando muertos y reconocía a un zombi en cuanto lo veía.

—¿Te acuerdas de Nikolaos? —le preguntó Zachary.

El zombi agrandó sus ojos humanos, y le desapareció el color de la cara. Joder, parecía vivo.

—Sí.

—Tienes que responder a las preguntas de Nikolaos, ¿comprendes?

—Comprendo. —Se le arrugó la frente como si se concentrara en algo que no lograba recordar del todo.

—Antes no querías contestarnos, ¿verdad? —dijo Nikolaos.

El zombi hizo un gesto de negación, mirándola con una mezcla de fascinación y terror. Los pájaros deben de mirar a las serpientes así.

—Lo torturamos, pero era muy testarudo. Y se ahorcó antes de que pudiéramos terminar el trabajo. Tendríamos que haberle quitado el cinturón. —Hizo pucheros como una niñita contrariada.

—Me… ahorqué —dijo el zombi mirándola—. No entiendo. Me…

—¿No lo sabe? —pregunté.

—No —dijo Zachary sonriendo—. Es genial, ¿verdad? Ya sabes lo difícil que es hacerlos tan humanos que ni recuerdan haber muerto.

Lo sabía. Aquello significaba que alguien era muy poderoso. Zachary contemplaba al muerto viviente como si fuera una obra de arte. Precioso.

—¿Lo has levantado tú? —pregunté.

—¿No sabes reconocer a un compañero de profesión? —La risa de Nikolaos fue ligera, como un eco de campanillas en la brisa.

Miré a Zachary, que me observaba detenidamente. Tenía cara de póker, pero algo le hacía temblar ligeramente un párpado. ¿Ira, miedo…? Hasta que me sonrió, con una sonrisa radiante, intensa. Y de nuevo me pareció que lo conocía.

—Pregúntaselo, Nikolaos. Ahora tiene que contestarte.

—¿Es cierto eso? —me preguntó Nikolaos.

—Sí —dije tras un titubeo. Me sorprendió que se dirigiera a mí.

—¿Quién mató a Lucas, al vampiro?

Él la miró con un gesto desesperado. Respiraba mal y deprisa.

—¿Por qué no me contesta?

—La pregunta es demasiado complicada —explicó Zachary—. Puede que no recuerde quién era Lucas.

—Entonces hazle tú las preguntas, y espero que las conteste. —Su voz estaba cargada de amenazas.

Zachary se volvió con un gesto teatral, separando mucho los brazos.

—Damas y caballeros, les presento a un muerto viviente. —Sólo

él se rió de su propia broma. Los demás ni siquiera sonrieron, y yo tampoco le vi la gracia.

—¿Viste cómo mataban a un vampiro?

—Sí —confirmó el zombi.

—¿Cómo lo mataron?

—Le arrancaron el corazón y le cortaron la cabeza. —Hablaba con un hilo de voz debido al miedo.

—¿Quién le arrancó el corazón?

El zombie empezó a sacudir la cabeza una y otra vez, con movimientos rápidos y bruscos.

—No lo sé, no lo sé.

—Pregúntale qué mató al vampiro —dije.

Zachary me lanzó una mirada con ojos que parecían de cristal verde. Tenía los rasgos muy marcados: la ira le tensaba la piel en los huesos.

—Este zombi es mío; ¡no te metas en mis asuntos!

—Zachary —dijo Nikolaos. El reanimador se volvió hacia ella, con movimientos rígidos—. Es una buena pregunta. Una pregunta razonable. —La voz era suave y tranquila, pero no engañó a nadie. El infierno debe de estar lleno de voces así: mortíferas, pero la mar de razonables—. Hazle esa pregunta, Zachary —le ordenó.

Él se volvió hacia el zombi, apretando los puños. Yo no entendía a santo de qué venía tanto enfado.

—¿Qué mató al vampiro?

—No entiendo. —Estaba al borde del pánico.

—¿Qué tipo de criatura le arrancó el corazón? ¿Fue un humano?

—No.

—¿Fue otro vampiro?

—No.

Por eso siguen sin aceptar a los zombis de testigos en los tribunales. Para conseguir que contesten a algo hay que llevarlos de la mano, como quien dice, y los abogados acusan al reanimador de influir en el testigo. Que es cierto, pero que no significa que el zombi mienta.

—Entonces, ¿qué mató al vampiro?

De nuevo empezó a sacudir la cabeza, adelante y atrás, adelante y atrás. Abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Parecía que se le atragantaban las palabras, como si tuviera la boca llena de papel.

—¡No puedo!

—¿Cómo que no puedes? —gritó Zachary, y lo abofeteó. El zombi levantó los brazos para protegerse la cabeza—. Me… vas… a… contestar. —Cada palabra iba acompañada de su correspondiente bofetón.

—¡No puedo! —El zombi cayó de rodillas y se echó a llorar.

—¡Contéstame, imbécil! —Le dio una patada al zombi, que se derrumbó en el suelo y se hizo un ovillo.

—Basta —dije, avanzando hacia ellos—. ¡Basta!

Zachary le dio una última patada al zombi y se volvió hacia mí.

—¡Es mi zombi! Le puedo hacer lo que quiera.

—Antes era un ser humano. Se merece un poco más de respeto. —Me arrodillé junto al zombi lloriqueante. Sentí que Zachary se me echaba encima.

—Déjala, de momento —dijo Nikolaos.

Se quedó detrás de mí como una sombra furiosa. Toqué el brazo del zombi, y se estremeció.

—No pasa nada. No voy a hacerte daño. —Era fácil decirlo. Se había suicidado para huir, pero ni la muerte le había servido de refugio. Antes de ver aquello habría dicho que ningún reanimador sería capaz de levantar a un muerto para nada semejante. A veces, el mundo es un lugar peor de lo que imagino.

Tuve que apartarle las manos de la cara y levantarle la cabeza para conseguir que me mirara. Me bastó con eso. Tenía los ojos oscuros increíblemente abiertos por el miedo, un miedo atroz, y le caía un hilo de baba de la boca. Sacudí la cabeza y me puse en pie.

—Lo has destrozado.

—Ya, ¿y qué? Ningún puto zombi me va a poner en ridículo. Va a contestar a mis preguntas.

—¿Es que no te enteras? —Me volví para enfrentarme a su mirada de furia—. Le has destrozado la mente.

—Los zombis no tienen mente.

—Es cierto. Lo único que tienen, y durante poco tiempo, es el recuerdo de lo que fueron. Si se los trata bien, pueden conservar la personalidad durante una semana o poco más, pero este… —Señalé al zombi y añadí, en dirección a Nikolaos—. Los malos tratos aceleran el proceso. El miedo se los carga.

—¿Qué quieres decir, reanimadora?

—Este sádico —dije señalando a Zachary con el pulgar— ha destrozado la mente del zombi. Ya no podrá responder a más preguntas. A nadie, nunca más.

Nikolaos se volvió como una tormenta pálida, los ojos convertidos en glaciares azules. Pero sus palabras caldearon el ambiente.

—Arrogante… —Un estremecimiento le recorrió el cuerpo, desde los piececitos elegantemente calzados hasta la larga melena rubia. Estaba tan acalorada que pensé que en cualquier momento se le iba a incendiar la silla de madera.

La ira la despojó de su máscara de niña, y se le acentuaron los rasgos en la piel, blanca como la nieve. Sus manos se aferraban al aire como garras; clavó una en el brazo de la silla, y la madera crujió y se agrietó. El sonido reverberó en las paredes de piedra.

—Sal de mi vista antes de que te mate. —Su voz quemaba la piel—. Llévate a la mujer y asegúrate de que llegue sana y salva a su coche. Si me vuelves a fallar, por nimio que sea el fallo, te rebanaré el pescuezo y mis hijos se bañarán en tu sangre.

Muy gráfico; algo melodramático, pero muy gráfico. No lo dije en voz alta, claro. Joder, ni siquiera me atrevía a respirar. Cualquier movimiento podía llamar su atención, y era obvio que sólo necesitaba una excusa.

Al parecer, Zachary tuvo la misma impresión. Le hizo una reverencia sin dejar de mirarla. Después, sin decir ni mu, dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta pequeña. Caminaba con calma, como si la muerte no le estuviera taladrando la espalda. Se detuvo junto a la puerta e hizo ademán de invitarme a pasar. Miré a Jean-Claude, que seguía donde lo había dejado Nikolaos. Yo no había preguntado por la seguridad de Catherine; los acontecimientos se habían precipitado. Abrí la boca, pero creo que Jean-Claude adivinó lo que iba a decir.

Me silenció con un gesto de la mano pálida y esbelta, tan blanca como el encaje de la camisa. Sus ojos parecían dos enormes llamas azules. La larga melena negra le flotaba en torno a la cara, que de repente adquirió una palidez mortal que ocultó su humanidad. Su poder me recorrió la piel y me erizó el vello de los brazos. Me estremecí, mirando fijamente a la criatura que había sido Jean-Claude.

—¡Corre! —gritó, azotándome con la voz; casi sentí que me hacía sangre. Vacilé y me fijé en Nikolaos. Estaba levitando y se elevaba muy lentamente. La cabellera, suave y esponjosa, le bailaba alrededor del cráneo. Levantó una garra, y vi los huesos y las venas atrapados en el ámbar de su piel.

Jean-Claude se volvió y me lanzó un zarpazo. Algo me empujó contra la pared y me hizo cruzar la puerta. Zachary me cogió del brazo y tiró de mí. Me aparté de él. La puerta se me cerró de golpe en la cara.

—Virgen santa —murmuré.

Zachary estaba al pie de una escalera estrecha que ascendía y me tendía la mano. Tenía la cara empapada de sudor.

—¡Por favor! —Movía la mano como si fuera un pájaro enjaulado.

Un hedor se filtró por debajo de la puerta: olor a cadáveres putrefactos, hinchados, de piel agrietada y reseca bajo el sol, a sangre estancada y podrida en venas inmóviles. Me entraron náuseas y retrocedí.

—Oh, Dios —murmuró Zachary. Se cubrió la boca y la nariz con una mano, y siguió tendiéndome la otra.

No se la cogí, pero lo acompañé por las escaleras. Se disponía a decir algo cuando la puerta empezó a crujir. La madera trepidaba y se sacudía contra el marco como si la azotara un huracán, y el viento se escapaba por debajo. El pelo se me arremolinaba alrededor de la cara. Retrocedimos un poco mientras la pesada puerta de madera luchaba temblorosa contra un vendaval imposible. ¿Una tormenta en el interior de un edificio? El olor nauseabundo de la carne putrefacta impregnaba el aire. Nos miramos y convinimos sin palabras en que era nosotros contra ellos, o contra aquello. Nos volvimos y echamos a correr como una sola persona.

No era posible que se desencadenara una tormenta al otro lado de la puerta. No era posible que el viento nos persiguiera por la estrecha escalera de piedra. No había cadáveres putrefactos en aquella habitación. ¿O sí? Por Dios, no quería saberlo. No quería saberlo.

# TRECE

Una explosión hizo temblar las escaleras, y el viento nos derribó como si fuéramos marionetas; la puerta había saltado por los aires. Avancé a gatas intentando huir, pensando sólo en huir. Zachary se puso en pie y me tiró del brazo. Echamos a correr.

Un aullido cuyo origen no veíamos se sumó al rugido del viento a nuestras espaldas. El pelo me caía en la cara y no me dejaba ver. Zachary me cogió de la mano y me sostuvo. Las paredes eran lisas, las escaleras, de piedra resbaladiza, y no había donde agarrarse. Nos tumbamos sobre las escaleras y nos agarramos el uno al otro.

—Anita —susurró la voz aterciopelada de Jean-Claude—. Anita. —Me esforcé por levantar la vista, parpadeando para intentar ver a pesar del viento, pero no había nada a la vista—. Anita. —Era el viento lo que me llamaba—. Anita. —Vi un destello: dos llamas azules que flotaban en el aire. Ojos. ¿Eran los ojos de Jean-Claude? ¿Estaría muerto?

El fuego azul empezó a descender. El viento no lo movía.

—¡Zachary! —grité. Pero mi voz se perdió en el rugido del vendaval. ¿Él también lo veía, o yo me estaba volviendo loca?

Las llamas azules descendieron más y más, y de repente supe que no quería que me tocaran, tan repentinamente como supe que aquello era precisamente lo que iban a hacer. Y algo me decía que sería mal asunto.

Me solté de Zachary. Él me gritó algo, pero el viento rugía y aullaba entre las estrechas paredes como un vagón descontrolado en una montaña rusa. No se oía nada más. Me empecé a arrastrar escaleras arriba, azotada por el viento que intentaba derribarme. Entonces oí otra cosa: la voz de Jean-Claude en mi cabeza.

—Perdóname —dijo.

De pronto tenía las luces azules frente a la cara. Me pegué a la pared e intenté apartar el fuego, pero atravesé las llamas con las

manos. Allí no había nada.

—¡Déjame en paz! —grité.

El fuego me atravesó las manos como si fueran incorpóreas y se me metió en los ojos. El mundo se convirtió en un cristal azul, silencioso y vacío; hielo azul…

—Corre, corre —susurró en mi mente. Volvía a estar sentada en las escaleras y parpadeaba para ver contra el viento. Zachary me miraba fijamente.

El viento se detuvo como si hubieran accionado un interruptor. El silencio era ensordecedor. Respiraba con dificultad y no tenía pulso, no podía sentirme el corazón. Lo único que oía era mi respiración, demasiado fuerte y rápida. Por fin entendí a qué se refería la gente al decir que el miedo deja sin aliento.

—¡Tienes un brillo azul en los ojos! —La voz de Zachary sonó ronca y excesivamente fuerte en aquel silencio. Creo que lo había susurrado, pero a mí me pareció un grito.

—Calla —dije entre dientes. No entendía muy bien por qué, pero había alguien que no debía enterarse de lo que acababa de decir, que no debía saber qué había pasado. Me iba la vida en ello. No hubo más susurros en mi cabeza, pero el último consejo había sido bueno: «Corre». Correr parecía muy buena idea.

El silencio era peligroso. Significaba que la lucha había terminado, y que el vencedor podría prestar atención a otros asuntos. Y yo no quería ser uno de ellos.

Me puse en pie y le tendí una mano a Zachary. Parecía desconcertado, pero la cogió y se incorporó. Tiré de él escaleras arriba y eché a correr. Tenía que salir de allí; de lo contrario moriría en aquel lugar, aquella noche, en aquel momento. Lo supe con una certeza que no admitía dudas ni vacilaciones. Huía para salvar la vida; si Nikolaos me veía, podía darme por muerta. Muerta.

Y nunca sabría por qué.

Zachary debió de notar mi pánico, o quizá creyera que yo sabía algo que él ignoraba, porque echó a correr conmigo. Cuando uno de los dos tropezaba, el otro lo levantaba, y seguíamos corriendo. Corrimos hasta que me empezaron a arder los músculos de las piernas y el pecho se me contrajo dolorosamente por la falta de aire.

Aquello era un ejemplo de por qué me entrenaba: para poder correr a toda hostia cuando me perseguían. Mantener los muslos delgados no era incentivo suficiente, pero aquello sí: poder correr cuando no queda otra, correr para salvar el pellejo. El silencio era denso, casi palpable. Parecía subir por la escalera, como si buscara algo. Nos perseguía con la misma animosidad que había mostrado el viento.

Lo malo de correr escaleras arriba, si se tiene una lesión en la rodilla, es que se aguanta poco. En una superficie horizontal puedo correr durante horas, pero en pendiente, la rodilla me mata. Cada vez me molestaba más, y no tardó en protestar con un dolor agudo y punzante. Cada escalón me enviaba un aviso por la pierna, y el dolor se iba extendiendo por ella.

Sentía, y oía, cómo me crujía la rodilla a cada paso. Mala señal: la pierna amenazaba con fallarme. Si se me dislocaba, me quedaría tirada en las escaleras, a merced del silencio. Nikolaos me encontraría y me mataría. ¿Por qué estaba tan segura? Ni idea, pero lo sabía; me lo decían las tripas. Y no me dediqué a poner en duda la corazonada.

Aflojé el paso y descansé un momento en los escalones mientras hacía estiramientos con los músculos de las piernas. Aguanté el tipo cuando me dio un calambre en la pierna mala. Haría estiramientos y me sentiría mejor. Sabía que el dolor no iba a ceder; la había forzado demasiado para que se calmara, pero podría caminar sin que me fallara la rodilla.

Zachary se desplomó en las escaleras; era obvio que él no estaba acostumbrado a correr. Si dejaba de moverse, se le iban a agarrotar los músculos. Quizá lo supiera y le diera igual.

Me apoyé en la pared con los brazos extendidos y empujé hasta que se me distendieron los hombros, sólo para matar el tiempo mientras esperaba a que se calmara la rodilla, para hacer algo mientras escuchaba… ¿qué? Algo pesado y furtivo, algo inmemorial y muerto hacía mucho tiempo.

Desde arriba nos llegaron unos sonidos. Me quedé inmóvil contra la pared, con las palmas de las manos apoyadas en la piedra fría. ¿Ahora qué? ¿Qué más podía pasar? Dios mío, por favor, que amanezca pronto.

Zachary se incorporó y miró escaleras arriba. Yo me quedé con

la espalda pegada a la pared, para poder mirar arriba y abajo. No quería que nada se me acercara por debajo mientras miraba hacia arriba. Quería mi pistola. Estaba en el maletero, donde, desde luego, me estaba sirviendo de mucho.

Estábamos en un recodo de las escaleras, justo debajo de un rellano. En muchas ocasiones he deseado poder ver qué hay al doblar una esquina, y aquella fue una de ellas. Se oían roces y el rumor de pasos.

El hombre que apareció era humano. Hala, qué sorpresa. Si hasta tenía el cuello limpio de marcas. Llevaba el pelo, rubio platino, rapado casi al cero. Tenía cuello de bulldog y unos bíceps más anchos que mi cintura. Vale, tengo la cintura bastante estrecha, pero sus brazos eran la leche. Debía de medir al menos uno noventa, y no tenía grasa suficiente ni para untar un molde de tarta.

Sus ojos tenían la palidez cristalina del cielo en enero: un azul distante, gélido. También era el primer culturista sin broncear que veía; con tanto músculo blanco, parecía Moby Dick. Una camiseta de malla revelaba todos los detalles de su torso. Un pantalón de deporte corto y negro le ceñía las piernas; tenía los muslos tan macizos y abultados que había tenido que cortarlo por los lados para ponérselo.

—Por todos los santos —susurré—, ¿cuánto peso levantas en *press* de banca?

Sonrió apretando los labios.

—Doscientos kilos. —Apenas movió la boca y no mostró ni un atisbo de los incisivos.

—Impresionante —dije tras soltar un silbido. Era lo que él quería oír.

Sonrió con cuidado de no enseñar los dientes; intentaba hacerse pasar por vampiro. Menudo desperdicio, conmigo. ¿Debía decirle que cantaba un huevo? No, que me podría partir como una ramita contra uno de aquellos muslos.

—Te presento a Winter —dijo Zachary. Invierno. Encajaba demasiado bien para ser real; como los de las estrellas de cine de los cuarenta.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—El ama y Jean-Claude están luchando —dijo Zachary.

Winter suspiró profundamente y abrió los ojos sólo un poco.

—Jean-Claude. —Consiguió que el nombre sonara como una pregunta.

—Sí, le está plantando cara —dijo Zachary, y sonrió.

—¿Y tú quién eres? —me preguntó.

Vacilé.

—Anita Blake —contestó Zachary encogiéndose de hombros.

—¿Tú eres la Ejecutora? —Sonrió mostrando al fin unos bonitos dientes humanos.

—Sí.

Se rió. El sonido retumbó en las paredes de piedra, y el silencio que nos había acompañado pareció hacerse más denso a nuestro alrededor. La risa cesó bruscamente, y vi el labio de Winter perlado de sudor; percibía el silencio y lo temía.

—Eres demasiado poca cosa para ser la Ejecutora —dijo en voz baja, casi en un susurro, como si tuviera miedo de que lo oyeran.

—Si supieras la de veces que pienso lo mismo… —Me encogí de hombros.

Sonrió y casi se echó a reír otra vez, pero se tragó la risa. Le brillaban los ojos.

—Será mejor que salgamos de aquí —dijo Zachary.

Yo estaba de acuerdo.

—Me han enviado a ver cómo está Nikolaos —dijo Winter.

El silencio palpitó con el sonido del nombre. Una gota de sudor recorría la cara de Winter. Instrucciones de seguridad: no pronuncie nunca en voz alta el nombre de un maestro vampiro furioso cuando pueda oírlo.

—Sabe cuidarse solita —susurró Zachary, pero su voz despertó ecos de todas formas.

—¡No, qué va! —dije yo.

Zachary me miró furioso, y yo me encogí de hombros. A veces no me puedo controlar. Winter me miró con una expresión tan impersonal que parecía esculpida en mármol; sólo le temblaban los ojos. Oh, qué viril. Ja.

—Venid. —Se volvió sin esperar a ver si lo seguíamos. Lo seguimos.

Lo habría seguido a cualquier parte… siempre que fuera hacia arriba. Lo único que sabía era que no había nada, absolutamente nada, que pudiera hacerme bajar las escaleras. Al menos

voluntariamente, claro, que siempre quedan otras opciones. Miré los anchos hombros de Winter y pensé que sí, que si no se quiere hacer algo voluntariamente, siempre quedan otras opciones.

# CATORCE

Las escaleras desembocaban en una habitación cuadrada que tenía una bombilla colgada del techo. Nunca habría pensado que una luz eléctrica mortecina pudiera ser tan hermosa, pero aquella lo era. Indicaba que dejábamos atrás la cámara de los horrores subterránea y nos acercábamos al mundo real. Y yo estaba lista para irme a casa.

En la habitación de piedra había dos puertas: una enfrente y otra a la derecha. De la de delante surgía música, música de circo alta y estridente. La puerta se abrió; el sonido bullía a nuestro alrededor. Se vislumbraban colores vivos y centenares de personas congregadas. En un letrero ponía CASA DE LA RISA; era una especie de feria dentro de un edificio. Sabía dónde estaba: en el Circo de los Malditos.

Los vampiros más poderosos de la ciudad dormían bajo el Circo. Bueno era saberlo.

La puerta se empezó a cerrar, atenuando la música y el resplandor de los carteles. Vi los ojos de una adolescente que intentaba descubrir qué había al otro lado del umbral, pero la puerta se cerró.

Había un hombre apoyado en la puerta. Era alto y delgado, y vestía como un antiguo jugador de los casinos flotantes del Misisipí: chaqueta escarlata, cuello y pechera de encaje, y pantalón y botas negros. Un sombrero de ala ancha le ocultaba parte del rostro, que llevaba cubierto con un antifaz dorado; sólo se le veían la boca y la barbilla. Me miró fijamente con sus ojos oscuros.

Se pasó la lengua por los labios y los dientes: colmillos de vampiro. ¿Por qué no me sorprendía?

—Tenía miedo de que te fueras antes de verte, Ejecutora. —Tenía acento sureño. Winter se interpuso entre nosotros. El vampiro se rió con una risa parecida a un ladrido—. El musculitos cree que

puede protegerte. ¿Quieres que lo haga pedazos para demostrarle que se equivoca?

—No será necesario —dije. Zachary se situó detrás de mí.

—¿Reconoces mi voz? —me preguntó el vampiro. Hice un gesto de negación—. Han pasado dos años. Hasta que empezó todo esto, ignoraba que fueras la Ejecutora. Creía que habías muerto.

—¿Por qué no vamos al grano? ¿Quién eres y qué quieres?

—Siempre tan ansiosa, tan impaciente, tan humana… —Levantó las manos, enguantadas, y se quitó el sombrero. Un cabello corto de color caoba enmarcó el antifaz dorado.

—Por favor, no empieces —dijo Zachary—. El ama me ha ordenado que la lleve hasta el coche sana y salva.

—No pienso tocarle un pelo… esta noche. —Los guantes retiraron el antifaz. Tenía el lado izquierdo de la cara lleno de huellas y cicatrices, como fundido. Sólo le quedaba entero y sano un ojo marrón, que se movía en un círculo de tejido cicatricial. Las quemaduras de ácido tienen ese aspecto. Sólo que no había sido ácido: había sido agua bendita.

Recordé cómo me había tenido aprisionada con el cuerpo contra el suelo, cómo me destrozó el brazo a mordiscos mientras yo hacía lo posible por mantenerlo alejado de mi cuello. El chasquido nítido del hueso cuando lo atravesó con los dientes. Mis gritos. Cómo me sujetó la cabeza hacia atrás y se dispuso a morder. Mi impotencia. No me acertó en el cuello; no llegué a saber por qué. Me hundió los dientes en la clavícula y la rompió. Me lamió la sangre, como un gato un plato de leche. Yo estaba tumbada bajo su peso y oía cómo me lamía la sangre. Aún no me dolían las fracturas, por la impresión. Empezaba a no sentir el dolor, a no sentir el miedo… Empezaba a morir.

Moví la mano derecha por la hierba y me topé con algo liso: cristal. Un frasco de agua bendita que había caído de mi bolso cuando lo vaciaron los siervos semihumanos. El vampiro no me miraba: tenía la cara sumergida en la herida. Exploraba con la lengua el agujero que me había hecho. Sus dientes rechinaron contra el hueso, y yo grité.

Se rió en mi hombro: se reía mientras me mataba. Abrí el frasco y se lo vacié en la cara. La carne hirvió. La piel se le abrió y burbujeó. Se arrodilló encima de mí, mientras se apretaba la cara y

aullaba de dolor.

Creía que había quedado atrapado en aquella casa cuando se incendió. Había querido que muriera; deseé su muerte. Y había intentado olvidarlo, arrinconar el recuerdo en el fondo de mi mente. Pero allí estaba de nuevo: mi pesadilla favorita hecha realidad.

—Qué, ¿no gritas de terror? ¿No tiemblas de miedo? Me decepcionas, Ejecutora. ¿Acaso no admiras tu propia obra?

—Te di por muerto —dije con voz ahogada.

—Ya ves que no. Y ahora yo también sé que estás viva. Qué delicia.

Sonrió, y los músculos de su mejilla cubierta de cicatrices tiraron de la sonrisa hacia un lado, convirtiéndola en una mueca. Ni siquiera a los vampiros se les curan todas las heridas.

—Una eternidad, Ejecutora, una eternidad con esto. —Se acarició las cicatrices con una mano enguantada.

—¿Qué quieres?

—Sé valiente, muchachita; sé todo lo valiente que quieras. Pero puedo sentir tu miedo. Quiero ver las cicatrices que te hice, ver que me recuerdas, como yo a ti.

—Te recuerdo.

—Las cicatrices, chica, enséñame las cicatrices.

—Si te enseño las cicatrices…, luego, ¿qué?

—Luego te vas a casa o adonde quieras. El ama ha dado órdenes terminantes de que no se te haga daño hasta que termines el trabajo que te hemos encargado.

—¿Y después?

—Después te buscaré. —Sonrió haciendo gala de una dentadura reluciente—. Y me vengaré por esto. —Se tocó la cara—. Vamos, pequeña, no seas tímida. Ya te he visto y he probado tu sangre. Enséñame las cicatrices y el musculitos aquí presente no tendrá que morir para demostrar lo fuerte que es.

Miré a Winter. Tenía los enormes puños cruzados sobre el pecho. La espalda casi le vibraba de tensión por la inminencia del combate, pero el vampiro tenía razón: moriría en el intento. Me subí la manga rota. Un montón de cicatrices me decoraba la parte interior del codo; de allí partían cicatrices más pequeñas, que se entrecruzaban y fluían por todo el brazo como el delta de un río. La quemadura en forma de cruz ocupaba el único espacio libre de la

parte interior de mi antebrazo.

—Me extraña que hayas podido volver a usar el brazo, tal como te lo dejé.

—La rehabilitación hace maravillas.

—Para mí no hay rehabilitación que valga.

—No —dije. El primer botón de la blusa me había saltado. Me desabroché otro y aparté la ropa para mostrarle la clavícula: estaba surcada por cicatrices que realzaban las líneas del hueso. Quedaban muy resultonas cuando iba en bañador.

—Bien —dijo el vampiro—. Hueles a sudor frío, muchachita. Me encanta saber que mi recuerdo te atormenta tanto como a mí el tuyo.

—Hay una diferencia.

—¿Y en qué consiste?

—Tú intentabas matarme. Yo me defendía.

—¿Y a qué habías venido a nuestra casa? A clavarnos una estaca en el corazón. Viniste a matarnos. Nosotros no salimos a buscarte.

—Pero habíais salido a buscar a veintitrés personas. Os estabais pasando, y había que deteneros.

—¿Quién te nombró Dios? ¿Quién te dio permiso para ser juez y verdugo?

Suspiré profundamente y conseguí no temblar. Un punto para mí.

—La policía.

—¡Bah! —Escupió en el suelo. Un chico fino—. Haz lo que tengas que hacer, chica, que después arreglaremos cuentas.

—¿Ya me puedo ir?

—Por supuesto. Esta noche estás a salvo porque lo ha dicho el ama, pero ya cambiarán las cosas.

—Por la puerta lateral —dijo Zachary. Caminó casi de espaldas para no perder de vista al vampiro mientras nos alejábamos. Winter se quedó atrás, para cubrirnos las espaldas. Animalito.

Zachary abrió la puerta. Hacía una noche cálida y pegajosa. El viento estival me abofeteó la cara, húmedo, denso y… maravilloso.

—Recuerda el nombre de Valentine —gritó el vampiro—. ¡Oirás hablar de mí!

Zachary y yo cruzamos la puerta, que se cerró a nuestro paso. No había picaporte en el exterior ni ninguna otra forma de abrirla.

El billete era sólo de ida; qué gozada. Echamos a andar.

—¿Tienes una pistola con balas de plata? —preguntó.

—Sí.

—Yo en tu lugar empezaría a llevarla.

—Las balas de plata no pueden matarlo.

—Ya. Pero, lo mantendrán a raya.

—Eso sí.

Anduvimos un rato en silencio. Parecía como si la cálida noche de verano nos estudiara con curiosidad entre sus manos pegajosas.

—Lo que necesito es una escopeta.

—¿Vas a cargar con una escopeta todo el día? —preguntó mirándome.

—Si es de cañones recortados, me cabrá debajo de un abrigo.

—¿En pleno verano de Misuri? Te vas a morir de calor. Ya puestos, ¿por qué no una ametralladora o un lanzallamas?

—Las ametralladoras tienen un ángulo de dispersión demasiado amplio, y le podría dar a algún inocente. Y los lanzallamas abultan demasiado y montan unos cristos que no veas.

Me puso una mano en el hombro para detenerme.

—¿Alguna vez has usado lanzallamas contra un vampiro?

—No, pero lo he visto usar.

—Dios mío. —Miró al vacío un instante y añadió—: ¿Funcionó?

—De maravilla, pero era un poco bestia y quemó también toda la casa. Demasiado aparatoso.

—Me imagino. —Echamos a andar de nuevo—. Debes de odiar a los vampiros.

—No los odio.

—¿Y por qué los matas, entonces?

—Porque es mi trabajo y se me da bien.

Doblamos una esquina y vi el aparcamiento donde había dejado el coche. Tenía la impresión de haberlo aparcado hacía días, pero según el reloj sólo habían pasado unas horas. Era un poco como el desfase horario, pero en lugar de cruzar meridianos, uno se cruza con gente y pasan cosas. Demasiados acontecimientos traumáticos y la noción del tiempo se va a la mierda. Y me habían pasado demasiadas cosas en demasiado poco tiempo.

—Seré tu contacto durante el día. Si necesitas algo o quieres enviar un mensaje, aquí tienes mi número. —Me puso una caja de

cerillas en la mano.

La miré. Ponía CIRCO DE LOS MALDITOS en letras rojo sangre sobre fondo negro brillante. Me la metí en el bolsillo.

Tenía la pistola en el maletero. Me la puse en la pistolera del sobaco; me daba igual no tener una chaqueta para taparla. Llevar una pistola a la vista llama la atención, sí, pero la gente no da la vara. A veces, incluso se echa a correr y abre paso. Para las persecuciones es ideal.

Zachary esperó a que estuviera sentada en el coche y se apoyó en la puerta abierta.

—No puede ser sólo un trabajo, Anita. Tiene que haber algo más.

Puse el coche en marcha y levanté la vista hacia sus ojos claros.

—Les tengo miedo. Destruir lo que se teme es muy natural.

—La mayoría de la gente se pasa la vida evitando lo que teme. Tú en cambio lo persigues; es una locura.

En eso tenía razón. Cerré la puerta y lo dejé en la calurosa oscuridad. Pero mi trabajo consistía en resucitar muertos y matar nomuertos. Eso hacía y eso era. Si empezaba a cuestionarme los motivos, dejaría de matar vampiros. Así de fácil.

Aquella noche no me cuestionaba nada; todavía era cazadora de vampiros. Seguía siendo lo que me llamaban: era la Ejecutora.

# QUINCE

La luz del alba corrió por el cielo como una cortina de luz. La estrella polar parecía un diamante diminuto mientras empezaba a clarear.

Había visto amanecer dos días seguidos, y la costumbre me estaba empezando a poner de mal humor. Lo difícil iba a ser decidir con quién pagarlo y qué hacer, así que de momento, era preferible dormir. El resto podía esperar; tendría que esperar. Llevaba horas funcionando a base de miedo, adrenalina y pura cabezonería. En la tranquilidad del coche le presté atención a mi cuerpo, y no estaba muy contento que digamos.

Me dolía sujetar el volante y me dolía girarlo; confiaba en que las heridas de las manos no fueran tan graves como parecía. Tenía todo el cuerpo agarrotado. Siempre se subestiman los cardenales, pero duelen. Y más dolerían después de dormir. No hay nada como despertarse tras una buena paliza; es como tener resaca en todo el cuerpo.

El rellano de mi piso estaba en silencio. El aire acondicionado ronroneaba suavemente. Casi podía sentir a las personas que dormían detrás de las puertas. Tuve ganas de apoyar la oreja en una de ellas para ver si podía oír la respiración de mis vecinos. Qué silencio. La madrugada es la hora más íntima. Es un momento ideal para estar solo y disfrutar del silencio.

Sólo hay más silencio a las tres de la mañana, pero yo no soy entusiasta de las tres de la mañana.

Tenía las llaves en la mano, y casi había llegado a la puerta, cuando me di cuenta de que estaba entreabierta. Era una rendija diminuta; estaba casi cerrada, pero no del todo. Me situé a la derecha del umbral y apreté la espalda contra la pared. ¿Me habrían oído sacar las llaves? ¿Quién habría dentro? La adrenalina burbujeó en mí como champán del bueno, estaba atenta a todos los juegos de

luz y sombra. Tenía el cuerpo en estado de alerta, aunque rezaba por que no fuera nada.

Saqué la pistola y me apoyé en la pared. Y ahora, ¿qué? No se oía ningún sonido en el interior; nada. Podían ser más vampiros, pero estaba a punto de amanecer, así que podrían ser otra cosa. ¿Quién más querría meterse en mi casa? Respiré profundamente. No tenía ni idea. Cualquiera diría que ya debería estar acostumbrada a no saber qué coño pasa, pero no me acostumbraré nunca. Me pone de pésimo humor y me asusta un poco.

Tenía varias opciones. Podía irme y llamar a la policía; no era mala idea. Pero ¿qué podían hacer los policías que no pudiera hacer yo, salvo entrar a que los mataran en mi lugar? Inaceptable. Podía esperar en el pasillo hasta que quienquiera que fuese sintiera curiosidad. Pero podía tirarme un buen rato, y quizá el piso estuviera vacío. Me iba a sentir idiota si me pasaba horas apuntando con la pistola a un piso vacío. Estaba cansada y quería irme a la cama. ¡Mierda!

Siempre podía entrar disparando. No, más fácil: podía tumbarme en el suelo, empujar la puerta y disparar a cualquiera que estuviera dentro. Si iba armado, claro. Y si había alguien dentro.

Lo más sensato habría sido esperar y ganar a los intrusos en paciencia, pero estaba cansada. Tener tantas opciones me bajaba el nivel de adrenalina a marchas forzadas. Y es que llega un momento en que, sencillamente, no se puede más. No me sentí capaz de quedarme allí fuera, con la única compañía del aire acondicionado, y permanecer alerta. No me dormiría de pie, pero casi. Y al cabo de una hora se levantarían los vecinos y podrían verse atrapados en un tiroteo. Inaceptable. Lo que tuviera que ocurrir, que ocurriera en aquel momento.

Decisión tomada. Bien. No hay nada como el miedo para despejar la mente. Me aparté de la pared tanto como pude y crucé al otro lado, apuntando a la puerta. Desde la pared de la izquierda, avancé hacia el lado de las bisagras. La puerta se abría hacia dentro. Sólo tenía que empujarla y permanecer pegada a la pared; sencillísimo. Sí, ya.

Puse una rodilla en tierra y encogí los hombros como una tortuga que pudiera esconder la cabeza. Suponía que cualquier pistola dispararía alto, al nivel del pecho. Agachada, quedaba

bastante por debajo de la altura del pecho.

Empujé la puerta con la mano izquierda y me agarré al marco. Funcionó de maravilla: estaba apuntando directamente al pecho del malo. Sólo que tenía las manos levantadas y me sonreía.

—No dispares —dijo—. Soy Edward.

Me quedé arrodillada mirándolo; lo quería matar.

—Capullo. Sabías que estaba aquí fuera.

—He oído las llaves —dijo, juntando las manos.

Me levanté y eché un vistazo a la habitación. Edward había movido mi sillón blanco para ponerlo frente a la puerta. Todo lo demás parecía en su sitio.

—Te aseguro que estoy solo, Anita.

—Te creo. ¿Por qué no me has llamado?

—Quería ver si seguías en forma. Podría haberte volado la tapa de los sesos cuando has titubeado frente a la puerta haciendo ese ruidito tan mono con las llaves.

Cerré la puerta a mi paso y eché el cerrojo, aunque la verdad es que, con Edward en casa, era más seguro estar fuera que dentro. No era un tipo imponente; si no se lo conocía, no daba miedo. Medía uno setenta y cinco, y era delgado, rubio, con ojos azules, encantador… Pero si yo era la Ejecutora, él era la Muerte. Él era quien había usado el lanzallamas.

Había trabajado con él en algunas ocasiones, y sabe el cielo la seguridad que se siente. Llevaba encima un arsenal que ni Rambo, pero era un pelín descuidado con los transeúntes inocentes. Había empezado como asesino a sueldo, y hasta ahí llegaba lo que sabía la policía. Supongo que los humanos le parecieron demasiado fáciles, y se pasó a los vampiros y los cambiaformas. Y yo era consciente de que si en algún momento le resultaba más útil muerta que como «amiga», no dudaría en matarme. Edward no tenía escrúpulos. Y aquello lo convertía en el asesino perfecto.

—Llevo toda la puta noche despierta. No estoy para jueguecitos.

—¿Cómo estás de herida?

—Me duelen las manos. —Encogí los hombros e hice un gesto de dolor—. Pero casi todo son rasguños; estoy bien.

—El secretario de noche de tu empresa me dijo que estabas en una despedida de soltera. —Me sonrió con los ojos brillantes—. Debe de haber sido una juerga de órdago.

—Me he encontrado con un vampiro que quizá conozcas. —Arqueó las cejas e hizo un «Oh» silencioso con los labios—. ¿Te acuerdas de la casa que estuviste a punto de incendiar con nosotros dentro?

—Hace un par de años. Matamos a seis vampiros y a dos siervos humanos.

—Uno de los vampiros se nos escapó. —Pasé junto a él y me dejé caer en el sofá.

—No puede ser —dijo en tono rotundo.

Oh, no, Edward desatado. Miré hacia él, pero sólo le pude admirar el cogote.

—Créeme, Edward. Esta noche ha estado a punto de matarme. —Era una verdad parcial, también llamada mentira. Pero si los vampiros no querían que avisara a la policía, menos querrían que la Muerte supiera nada. Edward era infinitamente más peligroso para ellos que la policía.

—¿Cuál?

—El que casi me hizo pedazos; se hace llamar Valentine. Todavía le duran las cicatrices que le hice.

—¿Agua bendita?

—Sí.

Edward se sentó conmigo en el sofá, pero en el otro extremo, a una distancia prudencial.

—Cuéntame. —Me dirigía una mirada intensa.

—No hay mucho más que contar —dije apartando la vista.

—¿Por qué mientes?

—Han matado a varios vampiros en el río. —Lo miré a los ojos, resentida; odio que me pillen en una mentira—. ¿Cuánto llevas en la ciudad?

—No mucho. —Sonrió, aunque vete a saber por qué—. Se rumorea que esta noche has conocido al jefe vampiro de la ciudad.

Me quedé boquiabierta. No pude evitarlo; fue una sorpresa demasiado grande para disimular.

—¿Cómo coño lo sabes?

—Tengo mis recursos. —Se encogió de hombros con elegancia.

—Ningún vampiro hablaría contigo. Voluntariamente, digo.

De nuevo aquel encogimiento de hombros con el que lo decía todo y no decía nada.

—¿Qué has hecho esta noche, Edward?

—¿Qué has hecho esta noche, Anita?

*Touché*. Eran tablas o algo así.

—¿A qué has venido? ¿Qué quieres?

—Quiero saber dónde está ese vampiro. Su lugar de descanso diurno.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —Me había recuperado lo suficiente para poner cara de póker.

—¿Lo sabes?

—No. —Me levanté—. Estoy cansada y quiero irme a dormir. Si no necesitas nada más…

Él también se levantó. Seguía sonriendo, como si supiera que le había mentido.

—Seguimos en contacto. Si consigues la información que necesito… —Dejó la frase sin terminar y se dirigió hacia la puerta.

—Edward —dije. Se volvió hacia mí—. ¿Tienes una escopeta de cañones recortados? —Volvió arquear las cejas.

—Te la puedo conseguir.

—Te la pagaré.

—No, considérala un regalo.

—No puedo decírtelo.

—Pero ¿lo sabes?

—Edward…

—¿Hasta dónde estás metida, Anita?

—Hasta las cejas, y sigo hundiéndome.

—Podría ayudarte.

—Lo sé.

—Si te ayudara, ¿tendría vampiros para matar?

—Es probable.

Me sonrió, con una sonrisa radiante que quitaba el hipo. Era su mejor sonrisa de no haber roto nunca un plato, y nunca sabía si era real o sólo otra de sus caretas. ¿Podría hacer que el verdadero Edward levantara el dedo? Me daba que no.

—Me encanta cazar vampiros. Déjame participar si puedes.

—Vale.

—Ojalá tenga más suerte con mis otros informadores que contigo —dijo deteniéndose con una mano en el pomo.

—¿Y qué harás si no consigues dar con el sitio por otros medios?

—Volver aquí, claro.

—¿Y?

—Y tú serás buena y me dirás lo que quiero saber. ¿A que sí? —Seguía sonriendo como un chico encantador, pero también insinuaba que estaría dispuesto a torturarme si llegaba el caso.

—Dame unos días —dije, tragando saliva—, y puede que tenga la información que buscas.

—Bien. Más tarde te traigo la escopeta. Si no te encuentro en casa, la dejaré en la mesa de la cocina.

No pregunté cómo pensaba entrar si yo no estaba en casa. Se habría limitado a sonreír o a reírse. Las cerraduras no lo impresionaban.

—Gracias. Por la escopeta, digo.

—De nada, Anita. Hasta mañana. —Cruzó el umbral y cerró la puerta.

Genial. Primero vampiros y después Edward. No hacía ni un cuarto de hora que había amanecido, pero el día no parecía prometedor. Cerré la puerta con llave, como si me fuera a servir de algo, y me acosté. La Browning estaba en su segunda casa, una funda especial sujeta a la cabecera de la cama. Sentí el metal frío del crucifijo en el cuello. Estaba tan protegida como podía y demasiado cansada para que me importara.

Me llevé otra cosa a la cama: un pingüino de peluche llamado *Sigmund*. No duermo con él a menudo; sólo a veces, cuando intentan matarme. Cada cual tiene sus debilidades. Los hay que fuman; a mí me da por coleccionar pingüinos de peluche. Si no se lo contáis a nadie, yo tampoco.

# DIECISÉIS

Estaba en la enorme habitación de piedra donde había visto a Nikolaos. Sólo quedaba la silla de madera vacía, y a su lado, en el suelo, un ataúd. La luz de las antorchas se reflejaba en la madera encerada. Una suave brisa corría por la habitación y hacía oscilar las antorchas, que proyectaban enormes sombras negras en las paredes. Pero las sombras parecían moverse de manera independiente de la luz, y cuanto más las miraba, más segura estaba que eran demasiado oscuras, demasiado densas.

Tenía el corazón en un puño. El pulso me latía en las sienes, y no podía respirar. Entonces me di cuenta de que estaba oyendo los latidos de otro corazón, como un eco.

—¿Jean-Claude?

—¿Jean-Claude? —repitieron las sombras con voces lastimeras.

Me arrodillé junto al ataúd y agarré la tapa. Era de una pieza y giró con facilidad sobre bisagras bien engrasadas. Empezó a chorrear sangre por los lados del ataúd; me cayó por las piernas y me salpicó los brazos. Grité y me puse en pie, cubierta de sangre aún caliente.

—¡Jean-Claude!

Una mano pálida salió de la sangre, se contrajo y cayó inerte a un lado del ataúd. La cara de Jean-Claude flotó hasta la superficie. Tendí la mano hacia él. Sentía los latidos de su corazón en la cabeza, pero estaba muerto. ¡Estaba muerto! Sus manos eran cera helada. Abrió los ojos y una mano muerta me sujetó la muñeca.

—¡No! —Traté de liberarme. Caí de rodillas sobre la sangre que se enfriaba y seguí gritando—: ¡Suéltame!

Se incorporó. Estaba cubierto de sangre. Le chorreaba por la camisa blanca, que parecía un harapo sanguinolento.

—¡No!

Me tiró del brazo para acercarme más a sí. Apoyé una mano en

el ataúd. No quería ir con él. ¡No quería! Se inclinó sobre mi brazo con la boca abierta y los colmillos ávidos. Su corazón resonaba en las sombras como un trueno.

—¡No, Jean-Claude!

—No tuve elección —me dijo justo antes de atacar. Empezó a caerle sangre desde el pelo, hasta que la cara se le convirtió en una máscara sangrienta. Noté cómo hundía los colmillos en mi brazo. Grité, y me desperté sentada en la cama.

Llamaban a la puerta. Me levanté como pude, desorientada. Di un respingo: me había movido demasiado deprisa para la paliza de la noche anterior. Me dolía hasta en sitios donde no me podía haber golpeado. Tenía las manos llenas de costras y agarrotadas; me sentía artrítica.

El timbre no paraba de sonar, como si a alguien se le hubiera pegado el dedo. Quienquiera que fuera, un abrazo era lo mínimo a lo que se exponía por despertarme. Dormía con una camiseta larga, y mi versión de una bata consistía en ponerme los pantalones de la noche anterior.

Dejé a *Sigmund*, el pingüino, con los demás. Tenía los peluches apoyados en un pequeño sofá, debajo de la ventana del fondo. Los pingüinos cubrían el suelo a su alrededor como una marea blanda y peluda.

Me dolía todo al moverme, y hasta me costaba trabajo respirar.

—¡Ya voy! —grité. De camino a la puerta se me ocurrió que podía no ser una visita amistosa. Volví al dormitorio y cogí la pistola con una mano rígida y torpe. Debería haberme limpiado y vendado antes de acostarme. En fin.

Me arrodillé tras el sillón que Edward había dejado frente a la puerta.

—¿Quién es? —grité.

—Soy Ronnie. Habíamos quedado para ir a correr esta mañana.

Era sábado. Lo había olvidado. Siempre me parecía alucinante que la vida siguiera su curso, incluso cuando había gente que intentaba joder la marrana. Me parecía inconcebible que Ronnie no supiera qué había pasado; algo tan extraordinario debería verse reflejado en todos los aspectos de mi vida, pero las cosas no iban así. Una vez, mientras estaba en el hospital con el brazo colgado de una polea y tubos por todas partes, mi madrastra estuvo

recriminándome que todavía no me hubiera casado… a la avanzada edad de veinticuatro años. No se puede decir que Judith sea una mujer muy liberada.

Mi familia no lleva muy bien lo de mi trabajo, los riesgos que corro, las heridas… Así que todos hacen como si no lo supieran. Excepto mi hermanastro, de dieciséis años. Para Josh soy la leche, molo un montón o lo que se diga ahora.

Verónica Sims es diferente. Es mi amiga y lo entiende. Ronnie trabaja de detective privada. Solemos turnarnos para ir a vernos al hospital.

Bajé la pistola, abrí la puerta, y la dejé pasar.

—Joder, estás hecha una piltrafa —dijo después de mirarme de arriba abajo.

—Bueno, por lo menos cuadra con cómo me siento. —Sonreí.

Entró y dejó la bolsa de deporte junto al sillón.

—¿Puedes contarme qué te ha pasado? —No era una exigencia, sino una pregunta. Ronnie entiende que no todo se puede compartir.

—Lo siento, pero no estoy como para salir a correr.

—No, si se nota que ya has hecho ejercicio de sobra. Vete a poner las manos en remojo. Yo prepararé café, ¿vale?

Asentí, y lo lamenté. Necesitaba un analgésico con urgencia. Me detuve justo antes de entrar en el baño.

—¿Ronnie?

—¿Sí? —Estaba en mi pequeña cocina, con una taza de medir llena de granos de café en la mano. Ronnie mide casi uno setenta y cinco. A veces me olvido de lo alta que es. A la gente le sorprende que seamos capaces de correr juntas. El truco está en que yo marco el paso, y luego lo fuerzo. Es un buen ejercicio.

—Creo que tengo bollos precocinados en la nevera. ¿Los metes en el microondas, con un poco de queso?

—Hace tres años que te conozco —dijo, mirándome fijamente—, y es la primera vez que te oigo pedir comida antes de las diez.

—Oye, si es mucha molestia, olvídalo.

—Sabes que no lo digo por eso.

—Lo siento. Es que estoy hecha polvo.

—Ve a curarte y luego me lo cuentas, ¿de acuerdo?

—Sí. —Poner las manos a remojo no me hizo sentir mejor. Era

como si me las estuviera desollando. Me sequé con cuidado y me apliqué pomada en las heridas, BACTERICIDA DE USO TÓPICO, ponía en la etiqueta. Cuando se acabaron las tiritas, mis manos parecían una versión anaranjada de las de la momia.

Tenía la espalda hecha un amasijo de cardenales oscuros, y las costillas, decoradas de morado pútrido. No podía hacer gran cosa, salvo esperar que el analgésico hiciera efecto. Bueno, sí que había algo que podía hacer: gimnasia. Los estiramientos me pondrían el cuerpo a tono y me permitirían moverme casi sin dolor. Pero serían toda una tortura, así que los dejé para más tarde. Primero necesitaba comer.

Estaba muerta de hambre. Por lo general, la idea de comer antes de las diez me daba náuseas. Aquella mañana quería comer, necesitaba comer. Qué raro. Puede que fuera por la tensión.

El olor de los bollos y el queso fundido me hizo la boca agua. Y con el aroma del café recién hecho me entraron ganas de comerme el sofá.

Me zampé dos bollos y me bebí tres tazas de café mientras Ronnie, sentada delante de mí, bebía su primera taza. Levanté la vista y descubrí que me estaba observando. Me miraba fijamente con sus ojos grises, con la misma mirada que usaba con los sospechosos.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada —dijo encogiéndose de hombros—. Cuando puedas respirar, ¿me explicarás qué pasó anoche?

Asentí, y ya no me dolió tanto. Los analgésicos son un regalo de la naturaleza al hombre moderno. Se lo conté casi todo, desde la llamada de Mónica hasta mi encuentro con Valentine. No le dije qué había ocurrido en el Circo de los Malditos, porque en aquel momento era información demasiado peligrosa. Y omití lo de las luces azules en las escaleras y el sonido de la voz de Jean-Claude en mi cabeza. Algo me decía que aquello también era información peligrosa. Y como he aprendido a confiar en mi instinto, me callé la boca.

—¿Eso es todo? —preguntó mirándome. Ronnie es buena en lo suyo.

—Sí. —Una mentira fácil, sencilla, de una palabra. Dudo que se la tragara.

—Vale. —Tomó un trago de café—. ¿Qué quieres que haga?

—Pregunta por ahí. Tienes acceso a los grupos extremistas. La Liga Antivampiros, la Asociación de Votantes Humanos, los de siempre. Averigua si alguno podría estar implicado en los asesinatos, que yo no puedo acercarme a ellos. —Sonreí—. Al fin y al cabo, también quieren librarse de los reanimadores.

—Pero si matas vampiros.

—Ya, pero también levanto zombis. Y eso es una actividad reprobable para los intolerantes a ultranza.

—De acuerdo. Comprobaré lo de la LAV y los otros grupos. ¿Algo más?

Lo pensé y sacudí la cabeza, casi sin sentir dolor.

—Ahora mismo no se me ocurre nada. Pero ten mucho cuidado. No quiero ponerte en peligro, como a Catherine.

—No fue culpa tuya.

—Ya.

—No tienes la culpa de nada.

—Díselo a Catherine y a su prometido, si las cosas se complican.

—Joder, Anita, esas criaturas te están utilizando. Quieren tenerte a raya y asustada, para poder controlarte. Si permites que la culpa te trastorne, sólo conseguirás que te maten.

—Genial, Ronnie; justo lo que quería oír. Si esta es tu manera de animarme, dedícate a otra cosa.

—No necesitas que te animen. Necesitas una buena sacudida.

—Gracias, pero ya me sacudieron anoche.

—Anita, escúchame. —Me miraba a los ojos, escrutándome de manera intensa y tratando de averiguar si la escuchaba realmente —. Ya has hecho cuanto podías por Catherine. Ahora quiero que te concentres en mantenerte viva. Tienes enemigos hasta en la sopa. No dejes que te distraigan.

Tenía razón: Haz lo que puedas y sigue adelante. De momento, Catherine había quedado al margen; no podía hacer nada más.

—Tendré enemigos hasta en la sopa, pero también tengo algún amigo que otro.

—Puede que eso compense —dijo sonriendo.

—Estoy muy asustada. —Acuné la taza de café con las manos vendadas; irradiaba calor.

—Lo que demuestra que no eres tan estúpida como pareces.

—¡Hombre, muchas gracias!

—De nada. —Levantó la taza de café en un gesto de brindis—. Por Anita Blake, reanimadora, cazadora de vampiros y buena amiga. Mantente alerta.

—Tú también. —Hice chocar mi taza con la suya—. En este momento, ser amiga mía puede resultar insalubre.

—¿Y cuándo no es fiesta?

Por desgracia, tenía razón.

# DIECISIETE

Cuando Ronnie se fue, tenía dos opciones: volver a dormir, que no era mala idea, o empezar a resolver el caso que todo el mundo quería que resolviera cuanto antes. Era capaz de tirar cierto tiempo con cuatro horas de sueño diarias, pero no duraría tanto si Aubrey me arrancaba la garganta. Mejor trabajar.

Es difícil ir armada en San Luis en verano. Tanto con pistolera de sobaco como de cadera, siempre se tiene el mismo problema. Con una chaqueta para tapar la pistola, se pasa un calor insoportable. Y con la pistola en el bolso, no hay nada que hacer: no hay tía capaz de encontrar algo en el bolso en menos de doce minutos. Es impepinable.

Hasta aquel momento, no me habían disparado nunca; era alentador. Es una pena que me hubieran secuestrado y hubieran estado a punto de matarme. No tenía intención de que volviera a pasarme nada sin plantar cara. Levanto cincuenta kilos en *press* de banca, que no está nada mal. Pero pesar sólo cuarenta y ocho kilos es una desventaja. Las tenía todas conmigo contra un humano de mi tamaño; el problema es que no había muchos malos de mi tamaño. Y con los vampiros… Bueno, a menos que pudiera levantar camiones, tenía todas las de perder. Así que llevaría pistola.

Al final me decidí por un aspecto informal. La camiseta era enorme; me llegaba por medio muslo y me hacía parecer un zepelín. Lo único que la salvaba era el dibujo que tenía delante, de unos pingüinos jugando al voley playa y pingüinitos haciendo castillos de arena a un lado. Me gustan los pingüinos. Me había comprado la camiseta para dormir y no imaginaba que acabaría saliendo con ella a la calle, pero mientras no me encontrara con la patrulla de la moda, estaría a salvo.

Me puse un cinturón en el pantalón corto negro, para sujetar la pistolera interior. Era una Uncle Mike's Sidekick, y me encantaba,

pero no servía para la Browning. Tenía otra pistola, más cómoda y fácil de ocultar: una Firestar, pequeña y compacta, de 9 mm y con cargador para siete balas.

Completaban mi atuendo unos calcetines deportivos blancos, con unas bonitas rayas azules a juego con la franja azul de las zapatillas blancas. Parecía una quinceañera patosa y me sentía exactamente igual, pero cuando me miré en el espejo no había ni rastro de la pistola que llevaba en el cinturón. La camiseta la cubría, la rodeaba y la volvía invisible.

Tengo la parte superior del cuerpo esbelta, menuda si queréis, musculosa y de buen ver. Por desgracia, a mis piernas les faltan unos diez centímetros para llegar a piernas ideales. No tendré los muslos delgados en la vida, pero tampoco dejaré de tener las pantorrillas musculosas. Aquel atuendo me realzaba las piernas y ocultaba todo lo demás, pero dispondría de la pistola sin asarme. No se puede tener todo.

Llevaba el crucifijo colgado por dentro de la camiseta, pero añadí una pulsera de dijes en la muñeca izquierda, con tres crucecitas que colgaban de la cadena de plata. Tenía las cicatrices a la vista, pero en verano prefiero hacer como si no existieran. No soporto la idea de usar manga larga a cuarenta grados con una humedad del cien por cien; se me derretirían los brazos. Además, las cicatrices no son lo que más llama la atención cuando llevo los brazos al aire. En serio.

Las oficinas de Reanimators, Inc. eran nuevas: sólo llevábamos tres meses en ellas. Enfrente teníamos la consulta de un psicólogo de los de al menos cien dólares por hora. Al final del pasillo había un cirujano plástico; también había dos abogados, un consejero matrimonial y una agencia inmobiliaria. Cuatro años antes, la sede de Reanimators, Inc. no era más que un cuartucho, encima de un garaje. El negocio prosperaba.

La buena racha se la debíamos en gran medida a Bert Vaughn, nuestro jefe. Era un hombre de negocios, un artista, una máquina de hacer dinero, un marrullero y un tramposo. Nada ilegal del todo, pero… Casi todo el mundo prefiere considerarse honrado, buena gente, y son muy pocos los que se enorgullecen de ir de canallas por la vida. A Bert le iba el rollo intermedio. Sospecho que si le abrieran las venas, en vez de sangre le saldrían billetes verdes recién

impresos.

Bert había convertido un talento infrecuente, una tara bochornosa o una experiencia religiosa, es decir, la capacidad de levantar a los muertos, en un negocio rentable. Los reanimadores teníamos el don, pero Bert sabía sacarle el jugo. No es algo que dejara mucho margen para discutir, pero yo pensaba intentarlo.

El papel pintado que tenemos en recepción es de colores pastel: verde claro con pequeños estampados orientales en tonos verdes y marrones. La moqueta es gruesa y también verde, pero demasiado clara para parecer césped, aunque esa era la intención. Hay plantas por todas partes.

A la derecha de la puerta hay un *Ficus benjamina*, esbelto como un ciprés, de hojas verdes y brillantes, que se comba por encima del sillón que tiene delante. Hay otro árbol en el rincón opuesto, alto y firme, con una copa de hojas rígidas y puntiagudas como las palmeras; es una *Dracaena marginata*. O eso es lo que pone en las etiquetas que hay atadas a los troncos larguiruchos. Los dos árboles rozan el techo. Y además hay docenas de tiestos con plantas más pequeñas en todos los espacios libres de la habitación verde claro.

Bert opina que el verde pastel es relajante y que las plantas dan un toque hogareño. A mí me parece un híbrido desafortunado de funeraria y floristería.

Mary, nuestra secretaria de día, tiene más de cincuenta años. Cuántos más es asunto suyo. Lleva el pelo estilo casco, con tanta laca que ni el viento se lo despeina; Mary no es muy partidaria del aspecto natural. Tiene dos hijos adultos y cuatro nietos. Cuando crucé la puerta me dedicó su mejor sonrisa profesional.

—¿Qué desea…? Oh, Anita, creía que no entrabas hasta las cinco.

—Creías bien, pero tengo que hablar con Bert y coger unas cosas del despacho.

Miró la agenda con el ceño fruncido.

—Pues ahora lo está usando Jamison. Está con una clienta.

Sólo tenemos tres despachos. Bert está instaladísimo en uno, y los demás nos turnamos para usar los otros dos. Lo nuestro es sobre todo el trabajo de campo o, mejor dicho, de cementerio, así que rara vez necesitamos todos los despachos a la vez. Es como tener un piso en la playa en régimen de tiempo compartido.

—¿Tiene para mucho?

—Es una madre —dijo comprobando sus notas— cuyo hijo se está planteando unirse a la Iglesia de la Vida Eterna.

—¿Y Jamison intenta convencerlo para que entre o para que no?

—¡Anita! —me reprendió Mary, pero era cierto. La Iglesia de la Vida Eterna era la iglesia de los vampiros. La primera que podía prometer la vida eterna con pruebas tangibles. Nada de esperas ni de misterios: la eternidad en bandeja de plata. Casi todo el mundo ha dejado de creer en la inmortalidad del alma. Ya no está de moda preocuparse por el cielo y el infierno, ni por merecerse la inmortalidad. De manera que la Iglesia ganaba adeptos a mansalva: si el alma no estaba en juego, ¿qué se podía perder? La luz del sol. La comida. Ya ves tú qué terrible.

Lo que me molestaba era la parte relacionada con el alma. La mía no está en venta, ni siquiera a cambio de la eternidad. Veréis: yo sabía que los vampiros podían morir. Lo había comprobado, y a nadie parecía interesarle qué pasaba con el alma de los vampiros cuando morían. ¿Se podía ser un vampiro bueno e ir al cielo? Me daba que no.

—¿Bert también está reunido?

—No, está libre —dijo Mary tras volver a consultar la agenda. Levantó la vista y sonrió como si se alegrara de poder ayudarme. Puede que fuera así.

También hay que decir que Bert se quedó con el despacho más pequeño. Las paredes son claras, azul pastel, y la moqueta es dos tonos más oscura. Bert insiste en que el azul tranquiliza a los clientes, y yo insisto en que es como estar metido en un cubito de hielo.

Bert no hace juego con su despacho: es cualquier cosa menos pequeño. Mide uno noventa, y tiene los hombros anchos y una figura de atleta universitario con principio de michelines. Tiene el pelo muy rubio, y lo lleva cortado al ras encima de sus pequeñas orejas. Luce un bronceado marinero para resaltar el pelo y los ojos claros, de un gris tan neutro que parecen cristales sucios. Tiene mérito conseguir que brillen unos ojos así, pero en aquel momento brillaban. Bert estaba encantado de verme. Eso no podía ser bueno.

—Anita, qué agradable sorpresa. Siéntate. —Me mostró un sobre —. Hemos recibido el cheque.

—¿Qué cheque? —pregunté.

—Por investigar los asesinatos de vampiros.

Lo había olvidado. Había olvidado que en algún momento de toda esta historia me habían prometido dinero. Me parecía ridículo, indecente incluso, que Nikolaos quisiera arreglar nada con dinero. Y a juzgar por la cara de Bert, era un montón de pasta.

—¿Cuánto?

—Diez mil dólares —alargó las palabras, haciéndolas durar.

—Tampoco es para tirar cohetes.

—¿Te has vuelto ambiciosa con los años, Anita? —Se rió—. Creía que ese era mi trabajo.

—Eso no paga la vida de Catherine, ni la mía.

Se le desdibujó levemente la sonrisa, y me miró con recelo, como si estuviera a punto de decirle que los reyes son los padres. Casi podía oír cómo se preguntaba si iba a tener que devolver el cheque.

—¿Qué quieres decir?

Le conté lo ocurrido, con algunas omisiones de poca monta. No mencioné el Circo de los Malditos. Ni el fuego azul. Ni la primera marca vampírica.

—No te lo crees ni tú —dijo cuando llegué a la parte en la que Aubrey me estampaba contra la pared.

—¿Quieres ver los cardenales?

Acabé el relato y observé su cara angulosa y solemne. Tenía las manos, grandes y de uñas cortas, cruzadas sobre la mesa. El cheque estaba junto a él, encima de unas carpetas cuidadosamente apiladas. Intentaba parecer atento y preocupado, pero fingir empatía no era lo suyo; saltaba a la vista cómo le giraban los engranajes mientras hacía cálculos.

—No te preocupes, Bert, podrás cobrar el cheque.

—Joder, Anita, no era eso lo que…

—Déjalo.

—En serio, Anita. Sería incapaz de ponerte en peligro a propósito.

—Paparruchas. —Reí.

—¡Anita! —Parecía escandalizado, con los ojos pequeños muy abiertos y una mano en el pecho. La sinceridad personificada.

—No me lo trago, así que guárdate el numerito para los clientes.

Te conozco demasiado bien.

Entonces sonrió. Fue su única sonrisa auténtica. El verdadero Bert Vaughn había hecho acto de presencia. Le brillaban los ojos, no de afecto, sino de placer. Hay algo calculador y descaradamente taimado en la sonrisa de Bert. Como si se hubiera enterado de un secreto muy comprometedor y estuviera dispuesto a mantener la boca cerrada… a cambio de algo.

Resulta turbador que alguien se considere mal tipo y le dé igual. Atenta contra todo lo sagrado. Se nos enseña, por encima de todo, a ser amables y cultivar la amistad. Alguien que prescinde de todo eso es un individualista y un peligro en potencia.

—¿Hay algo que pueda hacer Reanimators, Inc. para ayudarte?

—Ya he puesto a Ronnie a trabajar en ciertos aspectos. Cuantas menos personas se involucren, menos personas correrán peligro.

—Tú siempre tan altruista.

—No como otros que yo me sé.

—No tenía ni idea de qué querían.

—Ya, pero sabías lo que opino de los vampiros.

Me dedicó una sonrisa que decía: «Conozco tu secreto; conozco tus sueños más oscuros». Así era Bert. Un chantajista en ciernes. Yo le sonreí amablemente.

—Como me vuelvas a mandar un cliente vampiro sin consultarme primero, me largo.

—¿Y adónde vas a ir?

—Me llevaré mi cartera de clientes, Bert. ¿A quién entrevistan los de la radio? ¿A quién se menciona más en la prensa? Y fue idea tuya, Bert. Te pareció que yo daba la imagen más comercial, la de aspecto más inofensivo, la más sugerente. Como un cachorrito en la perrera municipal. Cuando llaman a Reanimators, Inc., ¿por quién preguntan?

Se le había borrado la sonrisa, y sus ojos parecían dos bloques de hielo.

—No llegarías ni a la esquina sin mí.

—Mejor, pregúntate adonde llegarías tú sin mí.

—Me las arreglaría perfectamente.

—Y yo.

Nos quedamos enfrentados con la mirada durante un momento eterno. Ninguno de los dos quería apartar la vista ni ser el primero

en parpadear. Bert empezó a sonreír sin dejar de sostenerme la mirada, y yo no pude evitar que se me dibujara una sonrisa. Nos reímos juntos, y ahí se acabó el mal rollo.

—De acuerdo, Anita, se acabaron los vampiros.

—Gracias —dije levantándome.

—¿De verdad estarías dispuesta a dejarlo? —Tenía una expresión amable y risueña, toda una máscara de candor.

—Sabes que no tengo por costumbre tirarme faroles.

—Sí —dijo—, ya lo sé. Sinceramente, no se me ocurrió que este trabajo pudiera poner tu vida en peligro.

—¿Habría supuesto alguna diferencia?

Se lo pensó un momento y rió.

—No, pero habría cobrado más.

—Sigue ganando dinero, Bert. Eso se te da bien.

—Y que lo digas.

Lo dejé para que pudiera acariciar el cheque en privado. E incluso para que pudiera reírse a sus anchas. Era dinero manchado de sangre, y no sólo en sentido figurado. Puede que a Bert le diera igual, pero a mí no.

# DIECIOCHO

Se abrió la puerta del otro despacho, y salió una mujer alta y rubia. Tendría entre cuarenta y cincuenta años. Llevaba unos pantalones dorados de muy buen corte que le realzaban la cintura esbelta; una blusa sin mangas de color crudo, un bronceado perfecto en los brazos, un Rolex de oro y una alianza rodeada de diamantes. La piedra del anillo de compromiso debía de pesar medio kilo. Fijo que ni se había inmutado cuando Jamison le mencionó el precio.

El chico que la seguía también era delgado y rubio. Aparentaba unos quince años, pero yo sabía que al menos tenía dieciocho: está prohibido que los menores ingresen en la Iglesia de la Vida Eterna. Todavía no se le permitía beber alcohol, pero ya podía decidir morir y vivir para siempre. Igual soy rara, pero me parecía delirante.

Jamison salió detrás de ellos, sonriendo solícito. Estaba hablando con el chico en voz baja mientras los acompañaba a la puerta.

Saqué una tarjeta del bolso y se la tendí a la mujer, que la observó por encima y a continuación me recorrió de arriba abajo con la mirada. No pareció muy impresionada; puede que no le gustara la camiseta.

—¿Sí? —me dijo.

Pedigrí. Hay que tener verdadero pedigrí para conseguir que otra persona se sienta una mierda con sólo una palabra. Yo, por supuesto, me pasé su desprecio por el refajo. No, la gran diosa dorada no me hizo sentir pequeñita y despreciable. Ni un poco.

—El número que hay en la tarjeta es de un especialista en sectas vampíricas. Es muy bueno.

—No quiero que le laven el cerebro a mi hijo.

Esbocé una sonrisa forzada. Raymond Fields era mi experto en

sectas vampíricas favorito y no hacía lavados de cerebro. Exponía la verdad, por desagradable que fuera.

—El señor Fields le hablará de los aspectos potencialmente negativos del vampirismo —dije.

—Creo que el señor Clarke ya nos ha dicho todo lo que necesitamos.

—Estas cicatrices no son de jugar al fútbol americano. —Le planté el brazo delante de los morros—. Por favor, coja la tarjeta. Si lo llama o no, ya es asunto suyo.

Creo que palideció debajo de su impecable maquillaje. Tenía los ojos muy abiertos y me miraba el brazo fijamente.

—¿Eso es obra de vampiros? —Cuando le temblaba la voz parecía casi humana.

—Sí —dije.

—Señora Franks —dijo Jamison, cogiéndola del brazo—, le presento a nuestra cazadora de vampiros.

Pasó la vista del uno al otro. Estaba empezando a perder el gesto remilgado. Se humedeció los labios y se volvió hacia mí.

—¿En serio? —Hizo un esfuerzo por recobrar la compostura y mostró de nuevo aires de superioridad.

Me encogí de hombros. ¿Qué podía decir? Le puse la tarjeta en la mano, de manicura perfecta, pero Jamison se la quitó discretamente y se la guardó en el bolsillo. Ella se lo permitió. ¿Qué más podía hacer yo? Nada. Lo había intentado. Punto. Fin de la historia. Me quedé mirando al hijo. Tenía una cara increíblemente aniñada.

Recordé cuando pensaba que tener dieciocho años era ser adulta. Creía que me las sabía todas, y no fue hasta los veintiuno cuando me di cuenta de que no sabía una mierda. Y seguía sin tener ni idea, pero intentaba aprender. A veces no se puede hacer nada mejor, y quizá sea la única opción para todos. Virgen santa, qué negativa estaba aquella mañana.

Jamison los acompañó a la puerta. Pillé un par de frases sueltas.

—Ella quería matarlos. Se limitaban a defenderse.

Sí, esa soy yo, la asesina de nomuertos. El terror del cementerio. Ya. Dejé a Jamison con sus medias verdades y entré en el despacho. Seguía necesitando los expedientes. La vida seguía, al menos para mí. No me quitaba de la cabeza la carita y los ojos enormes del

chico. Tenía el rostro tan terso y bronceado, como el de un recién nacido. ¿No debería estar prohibido que alguien que todavía no se afeita se pueda suicidar?

Sacudí la cabeza como si pudiera borrar el recuerdo de la cara del chico. Casi funcionó. Estaba arrodillada, con las carpetas en la mano, cuando Jamison entró y cerró la puerta. No me sorprendió.

Tenía la piel del color de la miel oscura, los ojos verde claro y una melena rojiza y rizada. Jamison era el único mulato pelirrojo de ojos verdes que conocía. Su delgadez no se debía al ejercicio, sino a una combinación genética afortunada. La idea que tenía Jamison de hacer ejercicio consistía en levantar copas en una juerga.

—Que no se repita —dijo.

—¿A qué te refieres? —Me puse en pie sujetando los expedientes.

Sacudió la cabeza y casi sonrió, pero era una sonrisa sarcástica, una breve exhibición de sus dientes pequeños y blancos.

—No te hagas la lista.

—Lo siento —dije.

—Y una mierda. No lo sientes.

—Lo de haber intentado darle la tarjeta de Fields a esa mujer, no. No sólo no me arrepiento, sino que volvería a hacerlo.

—No me gusta que me desautoricen delante de mis clientes —dijo. Yo me encogí de hombros—. Lo digo en serio. Que no se repita.

Quise preguntarle qué pasaría si se repetía, pero me contuve.

—No estás capacitado para asesorar a nadie sobre los pros y los contras de convertirse en nomuerto.

—Bert opina que sí.

—Con guita de por medio, Bert sería capaz de tirarse al Papa y quedarse tan fresco.

Jamison sonrió, y frunció el ceño, pero se le escapó otra sonrisa.

—Siempre tienes salida para todo.

—Gracias.

—Pero no me desautorices delante de los clientes, ¿vale?

—Te prometo no interferir cuando hables de levantar muertos.

—Eso no basta —dijo.

—Pues es lo que hay. No estás capacitado para asesorar a nadie.

No deberías hacerlo.

—Ya salió doña Perfecta. Te recuerdo que matas por dinero, mona. No eres más que una asesina a sueldo.

Respire profundamente y solté el aire. No quería discutir con él.

—Ejecuto delincuentes con orden judicial.

—Vale, pero te gusta. Te encanta clavar estacas. No dejas pasar una semana sin darte un baño de sangre.

—¿De verdad piensas eso? —pregunté, mirándolo fijamente.

—No lo sé —dijo al fin, sin mirarme.

—Pobres vampiritos, pobres criaturas incomprendidas, ¿verdad? El que me marcó se cargó a veintitrés personas antes de que los tribunales me dieran luz verde. —Me aparté la camiseta para mostrarle la cicatriz de la clavícula—. El que me hizo esto había matado a diez personas. Tenía predilección por los niños; decía que tenían la carne más tierna. No está muerto; escapó. Pero anoche dio conmigo y amenazó con matarme.

—No los entiendes.

—¡No! —Le puse un dedo en el pecho—. Eres tú quien no los entiende.

Me miró furioso, resoplando acalorado. Me aparté. No debería haberlo tocado; iba contra las reglas. No se toca a nadie en una discusión a menos que se quiera llegar a las manos.

—Perdona. —No sé si entendió por qué me disculpaba. No dijo nada.

—¿Qué llevas ahí? —me preguntó cuando pasé por su lado.

Vacilé, pero él los conocía tan bien como yo. Sabría qué faltaba.

—De los asesinatos de vampiros.

Nos volvimos al mismo tiempo y nos quedamos mirándonos.

—¿Has aceptado el dinero? —preguntó.

—¿Estabas al tanto? —Aquello me dejó paralizada.

—Bert intentó convencerlos para que me contrataran en tu lugar —dijo asintiendo—. Pero se negaron.

—Ingratos. Con toda la publicidad que les haces…

—Le dije a Bert que te negarías. Que no estarías dispuesta a trabajar para vampiros.

Me escrutaba la cara con sus ojos levemente rasgados para ver si me pescaba en algún renuncio. No le hice caso, y mantuve una expresión neutra y afable.

—Poderoso caballero es don Dinero.
—La guita te importa una mierda.
—Qué poca visión de futuro tengo, ¿no?
—La verdad es que sí. No lo haces por dinero. —Era una afirmación—. ¿Por qué has aceptado?
No quería que Jamison se inmiscuyera en el caso. Para él, los vampiros eran personas con colmillos. Y los vampiros se cuidaban muy mucho de mantenerlo en ámbitos limpios y agradables. Como nunca se ensuciaba las manos, podía permitirse fingir que no tenían nada de malo, pasarlo por alto e incluso engañarse. Yo me había ensuciado demasiadas veces y sabía que engañarse podía ser la forma más rápida de morir.
—Mira, Jamison, no estamos de acuerdo respecto a los vampiros, pero cualquier cosa que pueda matarlos a ellos puede hacer papilla a las personas. Así que quiero atrapar a ese chalado, o lo que sea, antes de que le dé por ahí.
No era una mala mentira. De hecho, era hasta verosímil. Parpadeó. Que me creyera o no dependería de hasta qué punto quisiera creerme, de hasta qué punto necesitara vivir en un mundo limpio y seguro. Asintió una vez, muy lentamente.
—¿Crees que serás capaz de capturar algo con lo que no han podido los maestros vampiros?
—Ellos parecen creer que sí. —Abrí la puerta, y Jamison me siguió afuera. Puede que me hubiera hecho más preguntas, puede que no, pero lo interrumpió una voz.
—Anita, ¿nos vamos ya?
Los dos nos volvimos, y yo debí de parecer tan desconcertada como Jamison. No había quedado con nadie.
Había un hombre sentado en un sillón de recepción, semioculto en la jungla. Al principio no lo reconocí. Tenía el pelo castaño y abundante, corto y peinado hacia atrás; era guapo y llevaba unas gafas de sol que le ocultaban los ojos. Volvió la cabeza y me di cuenta de que no tenía el pelo corto, sino largo y recogido en una coleta. Llevaba una cazadora vaquera con las solapas levantadas y una camiseta roja que le realzaba el bronceado. Se puso en pie, sonrió y se quitó las gafas.
Era Phillip, el rey de las cicatrices. No lo había reconocido con tanta ropa. Llevaba un vendaje en un lado del cuello, prácticamente

oculto por la solapa de la chaqueta.

—Tenemos que hablar —dijo.

Cerré la boca y traté de actuar con naturalidad.

—Phillip, no esperaba verte tan pronto.

Jamison nos miraba de hito en hito con el ceño fruncido. Sospechaba algo. Mary estaba sentada, con la barbilla apoyada en las manos, disfrutando del espectáculo.

Se hizo un silencio de lo más incómodo, hasta que Phillip le tendió una mano a Jamison.

—Jamison Clarke, Phillip…, un amigo —murmuré. En cuanto lo dije, me di cuenta de que la había metido hasta el fondo. Hay gente que se refiere a sus amantes como amigos. Es menos cursi que otras opciones.

—Así que eres el… amigo de Anita. —Jamison sonreía de oreja a oreja y dijo «amigo» muy lentamente, paladeando la palabra.

Mary hizo un gesto de entusiasmo con la mano. Phillip la vio y le dedicó una sonrisa deslumbrante, de esas que ponen a cien a cualquiera. Ella se sonrojó.

—Bueno, tenemos que irnos. Vamos, Phillip. —Lo cogí del brazo y comencé a tirar de él hacia la puerta.

—Encantado de conocerte, Phillip —dijo Jamison—. Les hablaré de ti a los demás. Estoy seguro de que a todos los que trabajan aquí les encantaría conocerte. —Jamison se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Ahora no podemos, Jamison —dije—. Quizá en otra ocasión.

—Lo que tú digas —contestó.

Jamison nos acompañó a la puerta y nos sonrió mientras salíamos al pasillo cogidos del brazo. Hay que joderse. Tener que permitir que aquel lameculos sonriente pensara que tenía novio. Virgen santa, y encima se lo iba a contar a todo el mundo. Phillip me pasó la mano por la cintura, y tuve que tragarme las ganas de apartarlo de un empujón. Vale, de acuerdo, estábamos fingiendo. Lo sentí vacilar cuando me rozó con la mano la pistolera del cinturón.

En el pasillo nos cruzamos con una empleada de la agencia inmobiliaria. Me saludó a mí, pero se quedó mirando a Phillip, que sonrió. Cuando nos detuvimos a esperar el ascensor volví la cabeza y vi que la muy zorra le estaba mirando el culo.

No se podía negar que tenía un buen culo. Ella me pilló

mirándola y apartó la vista rápidamente.

—¿Defendiendo mi honor? —preguntó Phillip.

—¿Qué haces aquí? —Me aparté de él y pulsé el botón del ascensor.

—Jean-Claude no volvió anoche. ¿Tienes idea de por qué?

—No me fui con él, si es eso lo que insinúas.

Se abrieron las puertas del ascensor. Phillip se apoyó contra ellas y las mantuvo abiertas con el cuerpo y un brazo. La sonrisa que me dedicó era pura insinuación: un poco de malicia; mucho sexo. ¿Estaba segura de querer quedarme a solas con él en el ascensor? Probablemente no, pero iba armada. Y por lo que podía ver, él no.

Pasé por debajo de su brazo sin agacharme. Las puertas se cerraron a nuestras espaldas. Estábamos solos. Se quedó apoyado en una esquina, con los brazos cruzados y mirándome a través de sus gafas negras.

—¿Siempre haces eso? —pregunté.

—¿A qué te refieres? —dijo, con una leve sonrisa.

—A las poses.

Se puso algo tenso, pero enseguida volvió a relajarse contra la pared.

—Es un talento natural.

—Ya —dije, sacudiendo la cabeza. Me quedé mirando el indicador del número de piso.

—¿Jean-Claude está bien?

Lo miré y no supe qué decir. El ascensor se detuvo y salimos.

—No me has contestado —dijo en voz baja.

—Ya es casi mediodía. —Suspiré. Era una historia demasiado larga de contar—. Te explicaré lo que pueda mientras comemos.

—¿Intenta ligar conmigo, señorita Blake? —Sonrió.

—Más quisieras. —Le devolví la sonrisa sin poder evitarlo.

—Quizá —dijo.

—Nunca dejas de coquetear, ¿verdad?

—A la mayoría de las mujeres les gusta.

—A mí me gustarías más si no pensara que tanto te da coquetear conmigo que con mi abuela de noventa años.

—No tienes muy buen concepto de mí —dijo, conteniendo a duras penas una carcajada.

—Tiendo a juzgar a la gente. Es uno de mis defectos.

Volvió a reír, con una risa encantadora.

—Quizá puedas hablarme del resto de tus defectos después de decirme dónde está Jean-Claude.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

Me detuve ante las puertas de cristal que daban a la calle.

—Porque te vi anoche. Sé qué eres y qué te pone.

—Hay muchas cosas que me ponen. —Alargó la mano y me acarició el hombro.

Le miré la mano con el ceño fruncido, y la apartó.

—Déjalo, Phillip. No me interesa.

—Puede que te interese cuando terminemos de comer.

Suspiré. Había conocido a otros como Phillip, guaperas habituados a mojar bragas. No pretendía ligar; sólo que reconociera que me resultaba atractivo. Y hasta entonces no iba a dejar de darme la tabarra.

—Me rindo; tú ganas.

—¿Qué gano? —preguntó.

—Eres maravilloso, estás como un puto tren. Eres uno de los tíos más guapos que he visto en mi vida. Desde la suela de los zapatos hasta la forma de tu mandíbula, pasando por los vaqueros ceñidos y por esos abdominales perfectos, estás buenísimo. Ahora, ¿podemos ir a comer y dejarnos de gaitas?

Se bajó las gafas de sol lo suficiente para mirarme por encima de ellas. Se quedó así durante un momento y se las volvió a subir.

—Escoge tú el restaurante. —Lo dijo con tono normal, sin coqueteos.

No sabía si se había ofendido. Pero tampoco estaba segura de que me importara.

# DIECINUEVE

En el exterior, el calor era palpable, un muro de bochorno y humedad que se pegaba a la piel como el plástico de cocina.

—Te vas a asar con esa cazadora —dije.

—Hay mucha gente a la que no le gustan las cicatrices.

Dejé de abrazar las carpetas y alargué el brazo izquierdo. La cicatriz relució al sol, más brillante que el resto de la piel.

—Si tú no se lo cuentas a nadie, yo tampoco.

Se quitó las gafas de sol y me miró. No fui capaz de interpretar su expresión. Sólo sabía que estaba pasando algo detrás de aquellos grandes ojos marrones.

—¿Es tu única mordedura? —preguntó en voz baja.

—No —dije.

De repente, apretó los puños y sacudió la cabeza, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Un temblor le recorrió la espalda y los brazos, hasta los hombros, y giró el cuello, como para sacudírselo. Volvió a ocultarse tras las gafas negras y devolvió a sus ojos el anonimato. Se quitó la cazadora. Las cicatrices del interior de los codos eran blancuzcas y le contrastaban con el bronceado. La de la clavícula asomaba por encima de la camiseta. Tenía un cuello bonito, grueso pero no demasiado musculoso, con la piel tersa y bronceada. Conté cuatro marcas de colmillos en aquella piel perfecta, y eso sólo en el lado derecho. El izquierdo estaba oculto bajo el vendaje.

—Puedo volver a ponerme la chaqueta, si quieres —dijo al ver que lo miraba fijamente.

—No, es sólo que…

—¿Qué?

—Nada. No es asunto mío.

—Pregunta lo que quieras, mujer.

—Vale. ¿Por qué lo haces?

—Es una pregunta muy personal. —Sonrió, pero era una sonrisa agria y sarcástica.

—Has dicho que podía preguntar lo que quisiera. —Miré al otro lado de la calle—. Suelo comer en Mabel's, pero podrían vernos.

—¿Te avergüenzas de mí? —Su voz había sonado áspera, como el papel de lija. No podía verle los ojos, pero sí que tenía tensos los músculos de la mandíbula.

—No es eso —aclaré—. Eres tú el que se ha presentado en mi despacho fingiendo ser mi «amigo». Si vamos a un local donde me conozcan, tendremos que seguir con la farsa.

—Hay mujeres que pagarían por tenerme de acompañante.

—Lo sé; las vi anoche.

—Cierto, pero el caso es que te da vergüenza que te vean conmigo. Por culpa de esto. —Se tocó el cuello con la mano, tímidamente y con la delicadeza de un pajarito.

Empezaba a sospechar que lo había ofendido. No es que me preocupara demasiado, pero sabía qué se sentía al ser diferente; sabía cómo sienta estar con gente que se avergüenza de una. No se trataba de ofender o dejar de ofender a Phillip; era una cuestión de principios.

—Vamos.

—¿Adónde?

—A Mabel's.

—Gracias —dijo, y me recompensó con una de aquellas sonrisas deslumbrantes. Si yo no hubiera sido tan profesional, me habría derretido allí mismo. La sonrisa tenía un toque malicioso y prometía mucho sexo, pero por debajo asomaba un niño pequeño e inseguro. Y allí radicaba su encanto: no hay nada más atractivo que un hombre guapo que se siente un poco inseguro. Además del atractivo sexual, despierta el instinto maternal de las tías, y eso es una combinación muy peligrosa. Por suerte, yo era inmune. Ja. Pero había visto la idea que tenía Phillip del sexo y… Vamos, que no era mi tipo.

Mabel's es un autoservicio, pero la comida es buena, y el precio, razonable. Entre semana está hasta arriba de gente en traje de oficina con maletines estrechos y portafolios. Los sábados está prácticamente desierto.

Beatrice me sonrió desde detrás del mostrador de comida

caliente. Era alta y regordeta, con el pelo castaño y cara de cansada. El uniforme rosa le quedaba grande de hombros, y la redecilla del pelo le hacía la cara muy alargada. Pero siempre sonreía, y siempre charlábamos.

—Hola, Beatrice —dije, y continué, sin esperar a que me hiciera la pregunta—: Te presento a Phillip.

—Hola, Phillip.

Él le dirigió una sonrisa tan deslumbrante como la que le había dedicado a la agente inmobiliaria. Ella se sonrojó, apartó la vista y soltó una risita. No sabía que Beatrice pudiera ponerse así. ¿Se había fijado en las cicatrices? ¿Le habían importado?

Hacía demasiado calor para comer pastel de carne, pero lo cogí de todas formas. Siempre estaba muy jugoso, y la salsa de tomate, en su punto justo de acidez. Hasta me llevé un postre, cosa que no hago casi nunca. Me moría de hambre. Conseguimos pagar y encontrar una mesa sin que Phillip coqueteara con nadie más. Todo un logro.

—¿Qué ha pasado con Jean-Claude? —preguntó.

—Un momento. —Bendije la mesa. Cuando levanté la vista, Phillip me miraba fijamente. Comimos, y le resumí los sucesos de la noche anterior. Sobre todo le hablé de Jean-Claude, de Nikolaos y del castigo.

Cuando terminé, él había dejado de comer. Tenía la mirada perdida, por encima de mi cabeza.

—¿Phillip? —Sacudió la cabeza y me miró.

—Nikolaos podría haberlo matado —dijo.

—Me dio la impresión de que sólo pensaba castigarlo. ¿Tienes idea de en qué consiste el castigo?

—Los encierra en ataúdes —dijo en voz baja mientras asentía— y los mantiene dentro con crucifijos. Una vez, Aubrey desapareció durante tres meses. Cuando volví a verlo, estaba como ahora: como una cabra.

Me estremecí. ¿Se volvería loco Jean-Claude? Cogí el tenedor y me di cuenta de que estaba comiéndome un trozo de tarta de zarzamoras. Odio las zarzamoras. Hay que joderse; me permito un capricho y cojo una tarta que no me gusta. ¿Qué me pasaba? Aún notaba el sabor intenso en la boca. Di un trago de refresco para que bajara, pero no sirvió de mucho.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

Aparté la tarta a medio comer y abrí una carpeta. La primera víctima, un tal Maurice, vivía con una mujer llamada Rebecca Miles. Habían cohabitado durante cinco años. *Cohabitar* sonaba mejor que *arrejuntarse*.

—Hablaré con los amigos y amantes de los vampiros muertos.

—Puede que yo conozca a alguien.

Lo miré. No sabía si quería compartir información con él, pues sabía que el bueno de Phillip era el espía diurno de los nomuertos. Pero había hablado con Rebecca Miles en presencia de la policía, y no había soltado prenda. No tenía tiempo para andarme con remilgos; necesitaba información cuanto antes. Nikolaos quería resultados, y si Nikolaos quería algo, más le valía al mundo que lo consiguiera.

—Rebecca Miles —dije.

—La conozco. Era… propiedad de Maurice. —Encogió los hombros, como disculpándose por la palabra, pero no se corrigió. Me pregunté qué habría querido decir—. ¿Adónde vamos primero?

—Tú a ningún sitio. No quiero tener a ningún civil encima.

—Te podría ser útil.

—No te ofendas; pareces fuerte y puede que hasta seas rápido, pero con eso no basta. ¿Sabes luchar? ¿Vas armado?

—No llevo pistola, pero sé defenderme.

Lo dudaba. Mucha gente no consigue reaccionar ante la violencia y se queda paralizada. Durante unos cuantos segundos, el cuerpo vacila y la mente se queda en blanco. Y esos segundos pueden suponer la muerte. Sólo se consigue dejar de vacilar a base de práctica, cuando la violencia acaba formando parte del modo de pensar. Es la única forma de volverse cauteloso y desconfiar de la propia sombra, de prolongar la esperanza de vida. Phillip estaba familiarizado con la violencia, pero sólo en calidad de víctima, y lo último que necesitaba era que me siguiera por ahí una víctima profesional. Por otro lado, necesitaba información de gente que no querría hablar conmigo pero que a lo mejor estaría dispuesta a hablar con Phillip.

No esperaba meterme en un tiroteo a plena luz del día, ni que nadie me atacara… al menos en las horas siguientes. A veces me equivoco, pero si Phillip podía ayudarme, tampoco tenía nada de

malo. Mientras no escogiera el momento equivocado para exhibir una de sus sonrisas y conseguir que lo persiguiera un grupo de monjas, estaríamos a salvo.

—Si me amenazan, ¿serías capaz de quedarte al margen y dejarme hacer mi trabajo, o te daría por acudir al rescate? —le pregunté.

—Uf. —Contempló su bebida durante unos instantes—. No lo sé.

Un punto para él: la mayoría de la gente habría mentido.

—En ese caso, prefiero que no vengas.

—¿Y cómo piensas convencer a Rebecca de que trabajas para el ama? ¿La Ejecutora al servicio de los vampiros?

—Buena pregunta. —Hasta a mí me había sonado ridículo.

—Entonces está decidido —dijo sonriendo—. Te acompañaré y te ayudaré a calmar esos ánimos.

—No he dicho que sí.

—Tampoco has dicho que no.

Tenía razón. Terminé la bebida y observé su gesto de autosuficiencia. Él no dijo nada; se limitó a devolverme la mirada. Estaba relajado, pero no desafiante. No era ningún concurso de egos, como con Bert.

—Vamos —dije.

Nos levantamos, dejé la propina y salimos en busca de pistas.

# VEINTE

Rebecca Miles vivía en un barrio de mierda, al sur de la ciudad. Todas las calles tenían nombres de estados: Texas, Misisipí, Indiana… Habían cegado el edificio, y tenía tablones en la mayoría de las ventanas. Fuera crecían malas hierbas, frondosas como plantas tropicales, pero ni la mitad de bonitas. En la manzana de al lado había pisos rehabilitados muy caros, llenos de yupis y políticos; en la manzana de Rebecca no había ningún yupi.

Su piso estaba en un pasillo largo y estrecho. No había aire acondicionado, y el ambiente era como un abrigo de piel, espeso y caluroso. Una bombilla proyectaba un resplandor mortecino sobre la moqueta raída. Las paredes verdes mostraban pegotes de yeso donde habían sido reparadas, pero todo estaba limpio. El olor a pino del desinfectante saturaba el estrecho y oscuro pasillo hasta resultar casi vomitivo. Daba probablemente para comer en la moqueta, pero no sin tragar un montón de pelusa; no hay limpiador que valga para la pelusa de las moquetas.

Tal como habíamos acordado en el coche, fue Phillip quien llamó a la puerta. La idea era que él tranquilizara a Rebecca para ayudarla a superar cualquier recelo que le causara la visita de la Ejecutora a su humilde morada. Estuvimos llamando quince minutos hasta que oímos un movimiento al otro lado de la puerta.

La puerta se abrió lo que le permitía la cadena. No podía ver quién había al otro lado.

—Phillip, ¿qué haces aquí? —preguntó una mujer con voz soñolienta.

—¿Puedo entrar un momento? —preguntó Phillip. No le veía la cara, pero estaba segurísima de que hacía gala de una de sus famosas sonrisas.

—Sí, claro. Perdona; me has despertado. —La puerta se cerró, y se oyó el ruido de la cadena. La puerta se volvió a abrir de par en

par. Phillip me seguía bloqueando la visibilidad, así que lo más probable era que Rebecca tampoco me viera a mí.

Phillip entró, y yo lo seguí antes de que se cerrara la puerta. El piso era un horno; el calor era tan asfixiante que me sentía como una ballena varada. La oscuridad debería haber servido para refrescarlo, pero en la práctica sólo servía para aumentar la sensación de claustrofobia. El sudor empezó a correrme por la cara.

Rebecca Miles se quedó junto a la puerta. Era delgada, con una melena oscura y lacia que le llegaba hasta los hombros. Estaba tan demacrada que parecía puro pómulo, e iba poco menos que enterrada bajo el albornoz blanco. La palabra que mejor la describía era *frágil*. Me miró con sus ojos pequeños y oscuros, y parpadeó. El piso estaba en penumbra; unas cortinas gruesas impedían el paso de la luz. Sólo me había visto una vez, poco después de la muerte de Maurice.

—¿Has traído a una amiga? —Cerró la puerta, y la oscuridad se hizo casi total.

—Sí —dijo Phillip—. Es Anita Blake…

—¿La Ejecutora? —preguntó con un susurro entrecortado.

—Sí, pero…

Rebecca abrió su pequeña boca y soltó un chillido. Se lanzó contra mí, y empezó a pegarme y arañarme. Me cubrí la cara con los antebrazos. Ella luchaba como una niña, con bofetones y arañazos, moviendo mucho las manos. La sujeté por las muñecas y aproveché su propia inercia para quitármela de encima y, con un poco de ayuda, hacerla caer de rodillas. Le inmovilicé el brazo derecho con una llave muy dolorosa que hacía presión en el codo. Basta con un pequeño empujón extra para partir el brazo, y la gente no suele pelear bien con el brazo roto.

Pero no quería romperle el brazo ni hacerle ningún daño, aunque ella ya me había dejado dos buenos arañazos en el brazo. Supongo que tuve suerte de que no fuera armada.

Intentó moverse, y le apreté el brazo. Estaba temblando y respiraba entrecortadamente.

—¡No puedes matarlo! ¡No puedes! No, por favor, por favor. —Se echó a llorar, y sus hombros menudos se sacudieron dentro del albornoz demasiado grande, mientras yo la sujetaba del brazo y le hacía daño.

Le solté el brazo, lentamente, y me situé fuera de su alcance. Esperaba que no volviera a atacarme. No quería hacerle nada, pero tampoco que me lo hiciera a mí: los arañazos empezaban a escocer.

Rebecca Miles no parecía dispuesta a intentarlo de nuevo. Se encogió junto a la puerta, con los brazos delgados y casi cadavéricos alrededor de las rodillas. Estaba sollozando y respiraba con dificultad.

—No… puedes… matarlo. ¡Por favor! —Empezó a balancearse adelante y atrás, abrazándose con fuerza, como si temiera caerse a pedacitos.

Dioses, a veces odio mi trabajo.

—Habla con ella, Phillip. Dile que no queremos hacerle daño a nadie.

Phillip se arrodilló junto a ella y le empezó a decir algo sin tocarla. No oí qué le decía. Me encaminé hacia la puerta que había a la derecha, seguida de sus sollozos; daba al dormitorio.

Junto a la cama había un ataúd de madera oscura, quizá de cerezo, tan barnizado que brillaba en la penumbra. Ella creía que había ido a matar a su amante. Virgen santa.

El baño era pequeño y estaba lleno de trastos. Le di al interruptor, y una luz amarillenta me descubrió un escenario dantesco. Los maquillajes y los potingues de Rebecca estaban esparcidos por el destartalado lavabo como víctimas de guerra. La bañera estaba toda oxidada. Encontré lo que esperaba que fuera un trapo limpio y me dispuse a empaparlo en agua fría. El grifo escupió un chorro de líquido marronáceo; me quedé oyendo el traqueteo metálico de las tuberías hasta que por fin empezó a salir agua limpia. Aunque era agradable sentirla en las manos, no me atreví a mojarme el cuello ni la cara. Me habría encantado, pero aquel baño era una pocilga, y no pensaba usar el agua si podía evitarlo. Levanté la vista mientras escurría el trapo. El espejo estaba roto, atravesado por una telaraña de grietas. Me devolvió mi imagen facetada.

No volví a mirarme al espejo. Pasé junto al ataúd y vacilé. Tuve ganas de llamar con los nudillos en la madera lisa. ¿Hay alguien en casa? Me contuve, no fuera que contestaran.

Phillip había sentado a la mujer en el sofá. Estaba apoyada en él y suspiraba angustiada, pero el llanto casi se había detenido. Cuando me vio, se encogió a ojos vistas. Yo traté de no parecer

demasiado amenazadora, cosa que no se me da mal, y le pasé el trapo a Phillip.

—Límpiale la cara y ponle esto en la nuca; le sentará bien.

Hizo lo que le había pedido, y ella se quedó sentada con el trapo en la nuca, mirándome con los ojos como platos. Se estremeció.

Encontré el interruptor, y una luz espantosa inundó la habitación. En cuanto vi lo que me rodeaba quise volver a apagar, pero ya era tarde. Me habría sentado con ellos en el sofá, pero pensé que a Rebecca podía darle por atacarme o por ponerse histérica. ¿A que habría sido de lo más agradable? El único sillón estaba desvencijado y se le había salido la mitad del relleno amarillento. Decidí quedarme de pie.

Phillip me miró. Llevaba las gafas colgadas del cuello de la camiseta. Tenía los ojos muy abiertos y esquivos, como si temiera que le leyera la mente. Había pasado un brazo bronceado por encima de los hombros de la mujer en un gesto protector. Me entró complejo de abusona.

—Le he dicho por qué hemos venido, y también, que no vas a matar a Jack.

—¿El del ataúd? —Sonreí. No pude evitarlo; ya había supuesto que la caja tenía sorpresa.

—Sí —dijo Phillip. Se quedó mirándome como si mi sonrisa estuviera fuera de lugar.

Tenía razón, así que me puse seria, aunque no sin cierto esfuerzo. Asentí. Si a Rebecca le gustaba montárselo con vampiros, allá ella; desde luego, la policía no tenía por qué meterse.

—Vamos, Rebecca —dijo Phillip—. Anita intenta ayudarnos.

—¿Por qué? —preguntó.

Era una buena pregunta: la había asustado y la había hecho llorar, así que contesté.

—El ama de los vampiros de la ciudad me ha hecho una oferta que no puedo rechazar.

Me miró, examinándome como si quisiera aprenderse mi cara.

—No te creo —dijo.

Me encogí de hombros. Eso es lo que pasa si se dice la verdad: siempre hay quien no se la cree. Es más fácil vender una mentira convincente que una verdad improbable. Casi todos prefieren la mentira.

—¿Cómo va a amenazar un vampiro a la Ejecutora? —preguntó.

—No soy el hombre del saco, Rebecca. —Suspiré—. ¿Conoces al ama de los vampiros?

—No.

—Pues tendrás que creerme: a mí me tiene acojonada. Cualquiera en su sano juicio lo estaría.

Seguía sin parecer convencida, pero empezó a hablar. Con voz débil repitió lo que ya le había dicho a la policía, un relato anodino que no aportaba nada.

—Rebecca, estoy tratando de capturar a la persona o a lo que fuera que mató a tu novio. Ayúdame, por favor.

—Cuéntale lo que me has contado a mí —dijo Phillip abrazándola.

Pasó la vista de uno a otra. Se mordió el labio y se pasó los dientes por él, pensativa. Al final dejó escapar un suspiro largo y tembloroso.

—Aquella noche fuimos a una fiesta de *freaks*.

Me quedé a cuadros, pero intenté parecer más o menos compuesta.

—Sé que un *freak* es un humano al que le gustan los vampiros. Una fiesta de *freaks*… ¿es lo que creo que es?

Fue Phillip quien asintió.

—Yo he ido a muchas. —No quiso mirarme mientras hablaba—. Se puede hacer casi de todo con los vampiros. Y ellos… también pueden hacer lo que quieran con quien quieran. —Me miró de reojo y volvió a bajar la vista. Puede que no le gustara mi expresión.

Traté de poner cara de nada, pero no me salía. Una fiesta de *freaks*, Virgen santa. Pero era un principio.

—¿Ocurrió algo especial en aquella fiesta? —pregunté.

La mujer parpadeó con expresión perdida, como si no me hubiera entendido. Volví a intentarlo.

—¿Hubo algo que se saliera de lo normal en la fiesta? —En caso de duda, se cambia el vocabulario.

Bajó la vista y negó con la cabeza. El cabello largo y oscuro le cubrió la cara como una cortina.

—¿Sabes si Maurice tenía algún enemigo?

Rebecca volvió a sacudir la cabeza sin mirarme. Vi que me miraba a través del pelo, como si fuera un conejo asustado espiando

desde detrás de un arbusto. ¿Tenía más información, o ya se lo había sonsacado todo? Si la presionaba, se desmoronaría, se quedaría hecha polvo y quizá me soltara algo nuevo; por otro lado, quizá no. Tenía las manos entrelazadas sobre los muslos, temblorosas y con los nudillos blancos. ¿Tanto deseaba las respuestas? No. Lo dejé correr. Anita Blake, la humanitaria.

Phillip acostó a Rebecca en la cama, mientras yo esperaba en la sala. Estaba convencida de que oiría risitas o algo que indicara que Phillip estaba desplegando sus encantos, pero no hubo nada, salvo un murmullo de voces apagadas y el frufrú de las sábanas. Salió del dormitorio serio, casi solemne. Volvió a ponerse las gafas y apagó la luz; la habitación se sumió en una penumbra calurosa y densa. Lo oí moverse en la sofocante oscuridad: el roce de los vaqueros, las botas contra el suelo… Busqué a tientas el picaporte, lo encontré y abrí la puerta.

Nos bañó una luz mortecina. Phillip me miraba con los ojos ocultos en la sombra. Tenía el cuerpo relajado, pero percibí su hostilidad; se acabó jugar a ser amigos. No tenía muy claro si estaba enfadado conmigo, consigo o con el mundo. Cuando se acaba como Rebecca, se suele querer echarle la culpa a alguien.

—Podría ser yo —dijo.

—Pero no eres tú —dije, mirándolo.

—Pero podría —insistió. Extendió los brazos y marcó músculos.

No supe qué contestar. ¿Qué decirle? ¿Debía felicitarlo por haberse librado por la gracia de Dios? Dudaba que Dios interviniera mucho en el mundo de Phillip.

—Sé que al menos otros dos vampiros asesinados eran asiduos de esas fiestas —dijo Phillip tras asegurarse de que la puerta quedaba cerrada a nuestras espaldas.

Sentí un cosquilleo de ansiedad en el estómago.

—¿Crees que el resto de los…, de las víctimas podrían ser habituales de esas fiestas?

—Puedo averiguarlo. —Se encogió de hombros. Seguía con el gesto taciturno; algo lo había afectado, puede que las manos pequeñas y cadavéricas de Rebecca Miles. Sé que a mí me habían dejado mal cuerpo.

¿Podía confiar en que él lo averiguara? ¿Me diría la verdad? ¿Lo pondría aquello en peligro? No había respuestas, sólo más

preguntas, aunque al menos iban mejorando. Fiestas de *freaks*. Algo en común, una auténtica pista. De puta madre.

# VEINTIUNO

En cuanto entré en el coche puse al máximo el aire acondicionado. El sudor se me heló en la piel y se empezó a quedar pringoso. Bajé el aire antes de que tanto cambio de temperatura me provocara dolor de cabeza.

Phillip se sentó tan lejos de mí como pudo. Tenía el cuerpo medio girado hacia la ventanilla, tanto como se lo permitía el cinturón de seguridad. Seguía con las gafas puestas y tenía la mirada perdida: no quería hablar de lo que acababa de ocurrir. ¿Que cómo lo sabía? Anita la telépata. No, sólo Anita la no tan tonta.

Tenía todo el cuerpo encogido. De no haber sabido qué pasaba, habría dicho que le dolía algo. Y bien pensado, quizá le doliera.

Acababa de aterrorizar a una mujer muy frágil. No era nada de lo que me sintiera orgullosa, pero peor habría sido darle de hostias hasta dejarla inconsciente. Yo no le había hecho daño… ¿Por qué es que no acababa de creérmelo? Y encima me tocaba interrogar a Phillip; me había dado una pista, el hilo de Ariadna, y tenía que seguirlo. No podía perderlo de vista.

—¿Phillip? —Vi cómo se le tensaban los hombros, pero siguió mirando por la ventana—. Phillip, necesito información sobre las fiestas de *freaks*.

—Déjame en la oficina.

—¿En el Placeres Prohibidos? —Qué perspicaz soy. Asintió sin dejar de darme la espalda. Yo añadí—: ¿No tienes que recoger tu coche?

—No sé conducir —dijo—. A tu oficina me llevó Mónica.

—Siempre tan solícita… —La tía me ponía de los nervios.

Se volvió y me miró, inexpresivo y con los ojos ocultos de nuevo.

—¿Por qué estás tan cabreada con ella? Lo único que hizo fue

llevarte al local. —Me encogí de hombros—. ¿Por qué? —insistió él con voz cansada, humana, normal.

Al ligón no le habría contestado, pero estaba ante una persona de verdad. Y las personas de verdad se merecen respuestas de verdad.

—Es humana —dije—, y ha entregado a otros humanos a los no humanos.

—¿Y eso te parece peor que lo de Jean-Claude? Fue él quien te eligió.

—Jean-Claude es un vampiro. No ha hecho nada que no se espere de un vampiro.

—Es tu opinión, no la mía.

—Pues Rebecca Miles tiene pinta de persona traicionada.

Phillip se estremeció.

Eso es, Anita, hala, a dejar hecho polvo a cualquiera que se cruce en tu camino. Pero era cierto. Phillip se volvió hacia la ventana, y me tocó a mí llenar el angustioso silencio.

—Los vampiros no son humanos. Ante todo, piensan en sí mismos, en los de su especie. Eso lo entiendo. Mónica no sólo traicionó a su especie, sino que traicionó a una amiga. Y eso es imperdonable.

Se volvió para mirarme. Me habría gustado poder verle los ojos.

—¿Y tú harías cualquier cosa por un amigo?

Lo medité mientras conducía por la Setenta Este. ¿Cualquier cosa? Eso era pedir demasiado. ¿Casi cualquier cosa? Sí.

—Casi cualquier cosa —dije.

—De modo que la lealtad y la amistad son muy importantes para ti.

—Sí.

—Y como crees que Mónica las traicionó, para ti cometió un crimen peor que nada de lo que hicieron los vampiros.

Me revolví en el asiento. No me gustaba el derrotero que tomaba la conversación, aparte de que no me hace mucha gracia el autoanálisis. Sé quién soy y qué hago, y normalmente basta con eso. No siempre, pero sí lo suficiente.

—No me parece peor que nada; no creo en los absolutos. Pero si quieres la versión resumida, sí: estoy cabreada con Mónica por eso.

Asintió, como si le hubiera contestado justo lo que esperaba oír.

—Mónica te tiene miedo; ¿lo sabías?

Sonreí, y no fue una sonrisa agradable. Sentí cómo se me curvaban los labios con una especie de malvada satisfacción.

—Pues espero que la muy zorra esté cagada, ya ves.

—Lo está —dijo con tono pausado.

Lo miré y volví la vista rápidamente a la carretera. Me daba la sensación de que no aprobaba que hubiera acojonado a Mónica. Problema suyo; yo estaba encantada con el resultado.

Nos acercábamos a la salida de Villasangre, y aún no había contestado a mi pregunta. De hecho, se había hecho el sueco.

—Háblame de las fiestas de *freaks*.

—¿De verdad amenazaste a Mónica con arrancarle el corazón?

—Sí. ¿Vas a hablarme de las fiestas o no?

—¿Serías capaz? Me refiero a lo de arrancarle el corazón.

—Tú contesta, y entonces te contesto yo a ti. —Hice girar el coche hacia las estrechas calles adoquinadas de la Orilla. Dos manzanas más y estaríamos en el Placeres Prohibidos.

—Ya te he dicho cómo son las fiestas. Hace meses que no voy a ninguna.

Volví a mirarlo. Quería preguntarle por qué. Pues adelante.

—¿Por qué?

—Joder, haces unas preguntas muy personales.

—No era mi intención.

Pensé que no iba a contestarme, pero mira por dónde…

—Me cansé de que se me pasaran como una pelota. Habría acabado como Rebecca, o peor.

Quería preguntarle qué podía ser peor, pero lo dejé correr. No me gusta ser cruel; sólo soy insistente. Pero es que hay días en los que se hace cuesta arriba detectar la diferencia.

—Si descubres que todos los vampiros asesinados iban a fiestas de *freaks*, llámame.

—Y entonces ¿qué? —preguntó.

—Tendría que ir a una fiesta. —Paré ante el Placeres Prohibidos. El lugar era mucho menos impresionante con el rótulo de neón apagado; parecía cerrado.

—No te lo aconsejo, Anita.

—Intento resolver unos crímenes. Si no lo consigo, mi amiga morirá. Y no quiero ni pensar qué me haría Nikolaos si fracaso. Casi

que lo mejor que podría esperar sería una muerte rápida.

—Sí —dijo estremeciéndose. Se desabrochó el cinturón de segundad y se frotó los brazos, como si tuviera frío—. Aún no has contestado a mi pregunta sobre Mónica.

—Tú no me has hablado de las fiestas.

Bajó la vista y se contempló los muslos.

—Esta noche hay una. Si insistes en ir, te llevaré. —Se volvió hacia mí, todavía sujetándose los codos—. Cada vez se celebran en un lugar distinto. ¿Cómo me pongo en contacto contigo cuando sepa dónde es?

—Déjame un mensaje en el contestador; ahora te doy mi teléfono. —Saqué del bolso una tarjeta de visita y le escribí el teléfono de mi casa en el dorso. Cogió la cazadora del asiento de atrás y se guardó la tarjeta en un bolsillo. Abrió la puerta, y el calor inundó el interior helado del coche como el aliento de un dragón.

Se quedó apoyado, con una mano en el techo y la otra en la puerta.

—Ahora contesta a mi pregunta. ¿De verdad le arrancarías el corazón a Mónica para que no pudiera volver como vampira?

—Sí —dije contemplando la negrura de sus gafas.

—Recuérdame que no te cabree nunca. —Tomó aire—. Esta noche tendrás que ponerte algo que te deje las cicatrices a la vista. Cómprate algo adecuado si no tienes nada. —Vaciló, y luego preguntó—: ¿Eres tan buena amiga como enemiga?

Suspiré con resignación. ¿Qué podía decir?

—No me querrías de enemiga, Phillip. Soy mejor como amiga.

—No me cabe duda. —Cerró la portezuela y se dirigió a la entrada del local. Llamó, y al cabo de un momento se abrió la puerta. Vislumbré la pálida figura que había abierto. No podía ser un vampiro, ¿o sí? La puerta se cerró antes de que pudiera ver más. Los vampiros no podían salir durante el día; era una norma. Pero hasta la noche anterior también creía que los vampiros no vuelan, así que vete tú a saber.

Quienquiera que fuese había estado esperando a Phillip. Aparté el coche de la acera. ¿Por qué habían enviado al mayor seductor del reino? ¿Pretendían que cayera en sus brazos? ¿O era la única persona que habían podido conseguir con tan poco tiempo? Quizá fuera el único miembro del club con hábitos diurnos. Exceptuando a

Mónica, claro, que en aquel momento no era santo de mi devoción. Bien pensado, habían tenido un detallazo al enviar a Phillip.

No creía que me hubiera mentido con lo de las fiestas, pero ¿qué sabía de él? Hacía *striptease* en el Placeres Prohibidos, lo que no era precisamente una buena referencia. Y estaba enganchado a los vampiros; una joya, vamos. ¿Habría fingido la angustia? ¿Me estaba tendiendo una trampa para llevarme a alguna parte, igual que había hecho Mónica?

No lo sabía, pero tenía que averiguarlo. Había un sitio donde quizá pudiera averiguar las respuestas. El único local del Distrito donde de verdad se alegraban de verme: Dave el Muerto, un bar muy majo en el que servían unas hamburguesas horribles. El dueño era un ex policía al que habían echado del cuerpo por morirse. Menuda panda de tiquismiquis. A Dave le gustaba ayudar, pero le repateaban los prejuicios de sus antiguos compañeros, así que hablaba conmigo, y luego yo hablaba con ellos. Era un buen arreglo: a Dave le permitía seguir cabreado con la policía y ayudarla a la vez.

A mí me convertía en alguien muy valioso para la policía y, dado que sólo era colaboradora externa, a Bert le parecía fabuloso.

Como era de día, Dave el Muerto estaría aún en el ataúd, pero Luther andaría por allí. Luther hacía de encargado y camarero durante el día; era una de las pocas personas del Distrito que no tenían demasiada relación con los vampiros, si exceptuamos el detalle de que su jefe lo era. Nunca hay nada perfecto.

Encontré aparcamiento no muy lejos del bar de Dave; de día es mucho más fácil aparcar en el Distrito. Cuando los locales de la Orilla eran todavía de humanos, nunca había sitio para aparcar los fines de semana, ni de día ni de noche. Era una de las pocas ventajas que tenía la nueva legislación sobre el vampirismo. Bueno, eso y el turismo.

San Luis era una de las mejores ciudades para ver vampiros; sólo la superaba Nueva York, pero nosotros teníamos una tasa de criminalidad menor. Había una banda en Nueva York cuyos miembros se habían hecho vampiros; se había extendido también a Los Ángeles, pero cuando lo intentó en San Luis, la policía encontró a los primeros adeptos cortados a trocitos del tamaño de un mordisco.

Nuestra comunidad vampírica se enorgullece de respetar la legalidad. Una banda de vampiros habría sido mala publicidad, de modo que había eliminado el problema. Yo admiraba su eficacia, aunque habría preferido otros métodos. Me pasé semanas enteras con pesadillas sobre paredes que sangraban y brazos arrancados que se arrastraban solos por el suelo; nunca encontramos las cabezas.

# VEINTIDÓS

Dave el Muerto está lleno de cristal oscuro y anuncios de cerveza de neón. Por la noche, los escaparates parecen una obra de arte moderno, un *collage* de marcas comerciales. De día todo enmudece. En cierto modo, los bares son como los vampiros: tienen mejor aspecto después de la puesta de sol. De día, los bares transmiten cierta sensación de nostalgia cansina.

El aire acondicionado estaba al máximo; era como meterse en una nevera. Una sacudida después del calor abrasador del exterior. Me quedé junto a la puerta y esperé a que los ojos se me acostumbraran a la penumbra del interior. ¿Por qué todos los bares tienen esa pinta de antro oscuro, de guarida? El aire apestaba a tabaco rancio a todas horas, como si el humo de años hubiera impregnado la tapicería cual aroma fantasma.

Había dos tipos con traje de oficina en la mesa más alejada de la puerta. Estaban comiendo y tenían delante unos expedientes abiertos. Trabajando en sábado; igual que yo, aunque quizá no exactamente igual. Estaba segura de que nadie los había amenazado con cortarles el cuello. Claro que podía equivocarme, pero lo dudaba; probablemente, la peor amenaza a la que se habían enfrentado aquella semana era la precariedad laboral. Ah, qué tiempos aquellos.

Había un hombre encaramado en un taburete de la barra, con un vaso de tubo en la mano. Se le notaba la borrachera en la cara, y sus movimientos eran muy lentos y precisos, como si temiera derramar algo. A la una y media de la tarde; mal rollo, pero no era asunto mío: no se puede salvar a todo el mundo. De hecho, hay días en los que creo que no se puede salvar a nadie. Y hay que empezar por salvarse a uno mismo antes de poder ayudar a los demás. He descubierto que esta máxima no vale de gran cosa en los tiroteos ni los combates a cuchillo, pero por lo demás, es bastante válida.

Luther estaba secando vasos con un paño blanco limpio. Levantó la vista cuando me subí al taburete y me saludó con un leve movimiento de cabeza, sin quitarse el cigarrillo de entre los labios gruesos. Luther es un tipo grandote, o para qué los eufemismos: gordo. No hay otra forma de describirlo, pero la suya es grasa dura y sólida como una roca, casi una especie de músculo. Tiene unos nudillos enormes y unas manos tan grandes como mi cara; claro que yo tengo la cara pequeña. Es un negro de piel muy oscura, casi violácea, como la caoba. El iris color chocolate de sus ojos está rodeado de amarillo por culpa del exceso de tabaco. Creo que no lo he visto nunca sin un cigarrillo en la boca. Tiene sobrepeso, fuma como un carretero, y sus canas indican que pasa de los cincuenta, pero no enferma nunca. Digo yo que tendrá buenos genes.

—¿Qué te pongo, Anita? —Tenía la voz a juego con el cuerpo, grave y potente.

—Lo de siempre.

Me puso un vaso pequeño de zumo de naranja. Vitaminas. Fingíamos que era un destornillador, para que mi tendencia a la sobriedad no dañara la reputación del bar. ¿A quién le gusta emborracharse rodeado de abstemios? Además, ¿qué pintaba en un bar alguien que no bebía?

—Necesito información —dije después de tomar un trago de falso destornillador.

—Lo suponía. ¿Qué quieres?

—Datos sobre un hombre llamado Phillip que baila en el Placeres Prohibidos.

—¿Vampiro? —preguntó levantando una ceja espesa.

—Adicto a los vampiros —dije con un movimiento de negación.

Dio una larga calada al cigarrillo, haciendo que el extremo brillara como un ascua. Echó una gran bocanada de humo apartando educadamente la cabeza.

—¿Qué quieres saber?

—¿Es de fiar?

—¿De fiar? —Se quedó mirándome un momento y sonrió—. Joder, Anita, es un yonqui. Da igual a qué esté enganchado: drogas, alcohol, sexo, vampiros…, da lo mismo. Sabes que ningún yonqui es de fiar.

Asentí. Lo sabía, pero ¿qué podía hacer?

—Pues no tengo más remedio.

—Joder con las compañías que frecuentas, chica.

Sonreí. Luther era la única persona a la que permitía que me llamara así. Para él, todas las mujeres eran chica, y todos los hombres, tío.

—Necesito saber si has oído algo realmente chungo sobre él —dije.

—¿En qué andas metida? —preguntó.

—Ni te lo puedo decir ni serviría de nada que te lo dijera.

Me observó un momento, dejando caer la ceniza sobre la barra. La limpió con aire ausente, con el paño blanco.

—Vale, por esta vez acepto que no me digas nada, pero más vale que la próxima tengas algo que compartir.

—Prometido —dije con una sonrisa.

Sacudió la cabeza y sacó otro cigarrillo del paquete que siempre tenía detrás de la barra. Dio una última calada al que ya estaba casi consumido y se colocó el nuevo entre los labios. Acercó el extremo brillante del cigarrillo encendido a la punta intacta del nuevo e inhaló. El papel y el tabaco prendieron con un brillo rojo anaranjado, y Luther apagó el cigarrillo antiguo en el cenicero, ya atiborrado, que llevaba consigo de un lado a otro.

—Sé que en el Placeres hay un bailarín que está enganchado. Asiste a las fiestas de *freaks* y se lleva de putísima madre con cierto tipo de vampiros. —Luther se encogió de hombros con un movimiento que me sugirió una montaña con hipo—. No le conozco ningún chanchullo, salvo que es un yonqui y que va a las fiestas. Joder, Anita, es bastante. Yo diría que es alguien de quien es mejor mantenerse apartado.

—Lo haría si pudiera. —Me tocó a mí encogerme de hombros—. Pero ¿no has oído nada más sobre él?

—Ni una palabra —dijo tras pensarlo un momento, mientras daba una calada a su cigarrillo nuevo—. No es nadie importante en el Distrito: una víctima profesional. Aquí se suele hablar de los lobos, no de las ovejas. —Frunció el ceño—. Momento. Me acaba de venir algo a la cabeza. —Lo pensó detenidamente y su rostro se ensanchó en una sonrisa—. Sí, acabo de acordarme de un «lobo». Un vampiro que se hace llamar Valentine y lleva antifaz. Se jacta de haber sido el primero que se lo hizo a Phillip.

—¿Y? —dije.

—No me refiero a que fuera quien lo enganchó, chica, sino a que fue el primero y punto. Presume que lo atacó cuando era un crío, y se lo hizo tan bien que le sigue gustando.

—Virgen santa. —Recordé al Valentine de las pesadillas y al de carne y hueso. ¿Y si lo mío me hubiera ocurrido de pequeña? ¿Qué efecto habría tenido algo así?

—¿Conoces a Valentine? —preguntó Luther.

—Sí. ¿Sabes qué edad tenía Phillip cuando lo atacó?

—No —dijo, sacudiendo la cabeza—, pero se dice que más de doce años son demasiados para Valentine, salvo que sea por venganza; es muy vengativo. Dicen que si el ama no lo tuviera a raya, sería un peligro.

—Puedes apostarte el culo a que lo es.

—Lo conoces. —No era una pregunta.

—Necesito saber dónde está Valentine durante el día —le dije.

—¿Dos informaciones a cambio de nada? Te estás pasando.

—Lleva antifaz porque lo rocié con agua bendita hace dos años. Hasta anoche creía que estaba muerto, y él pensaba lo mismo de mí. En cuanto pueda, intentará matarme.

—Tú eres difícil de matar, Anita.

—Alguna vez tiene que ser la primera, y basta con una.

—Eso es cierto. —Empezó a secar vasos que ya estaban secos—. No sé. Si corre la voz de que te damos información sobre los lugares de descanso diurnos, las cosas se nos pueden poner feas. Podrían prender fuego al local, y con nosotros dentro.

—Tienes razón. No tengo derecho a pedírtelo. —Pero me quedé sentada en el taburete, mirándolo, rogándole en silencio que me dijera lo que necesitaba saber. Arriesga la vida por mí, viejo amigo; yo haría lo mismo por ti. Porfaaa…

—Si me juraras que no usarías la información para matarlo, te lo diría —dijo Luther.

—Te mentiría.

—¿Tienes una orden de ejecución contra él? —preguntó.

—Igual la han revocado, pero podría conseguir otra.

—¿Esperarías a tenerla?

—Es ilegal matar a un vampiro sin orden judicial —dije.

—No te estoy preguntando eso. —Me miró fijamente—. ¿Te

saltarías la ley con tal de matarlo?

—Puede.

—Un día de estos van a detenerte, chica. —Sacudió la cabeza—. Un asesinato no es ninguna broma.

—Siempre es mejor que dejar que me destrocen el cuello —repliqué encogiéndome de hombros.

—Bueno… —Parpadeó. No sabía qué decir y se puso a limpiar un vaso reluciente una y otra vez con sus manazas—. Primero tengo que preguntárselo a Dave, pero si le parece bien, te daré la información.

Me acabé el zumo de naranja y pagué, dejando una propina del carajo para mantener las cosas claras. Dave no reconocería jamás que me ayudaba por mis contactos con la policía, así que tenía que haber intercambio de dinero, aunque no se acercara ni por asomo al valor de la información.

—Gracias, Luther.

—Dicen que anoche conociste al ama de los vampiros. ¿Es cierto?

—¿Te enteraste antes o después de que ocurriera? —pregunté.

—Si lo hubiera sabido, te lo habría dicho gratis. —Pareció dolido.

—Perdona. Llevo unas noches muy malas.

—No hace falta que lo jures. ¿Así que el rumor es cierto?

¿Qué podía hacer? ¿Negarlo? Si parecía que lo sabía medio mundo. Ya no se puede confiar ni en los muertos a la hora de guardar un secreto.

—Puede. —Puesto que no lo había negado, era como decir que sí. Luther entendía el juego. Asintió.

—¿Qué querían de ti?

—No puedo decírtelo.

—Hum… Vale, pero ten mucho cuidado. No te vendría mal algo de ayuda, si es que puedes confiar en alguien.

¿Confiar? No era un problema de confianza.

—Puede que sólo haya dos maneras de salir de este lío, Luther. Yo escogería la muerte. Una muerte rápida sería lo mejor, pero dudo que tenga la oportunidad de elegir si las cosas van mal. ¿Cómo voy a meter a alguien en esto?

—No sé qué decir, chica. —Me contemplaba fijamente con su

cara redonda y oscura—. Me gustaría saberlo.

—Y a mí.

Sonó el teléfono. Luther contestó. Me miró y me acercó el aparato, arrastrando el largo cable.

—Es para ti —dijo.

—¿Sí? —dije al llevarme el auricular a la oreja.

—Soy Ronnie. —Tenía la voz llena de emoción contenida, como una niña la mañana de Navidad.

—¿Tienes algo? —pregunté, con un nudo en el estómago.

—Entre los de la Liga Antivampiros corre un rumor: creen que se ha creado un escuadrón de la muerte para barrer a los vampiros de la faz de la tierra.

—¿Tienes pruebas? ¿Algún testigo?

—Todavía no. —Suspiré sin poder evitarlo—. Venga, Anita, es una buena noticia.

—No puedo decirle al ama que hay rumores de que han sido los de la LAV —susurré, cubriéndome la boca con la mano—. Los vampiros los masacrarían. Matarían a mucha gente inocente, y ni siquiera estamos seguros de que sean ellos quienes están detrás de las muertes.

—Vale, de acuerdo —dijo Ronnie—. Te prometo que mañana tendré algo más sólido. Aunque sea con sobornos o amenazas, pero conseguiré la información.

—Gracias, Ronnie.

—¿Para qué están las amigas? Además, Bert tendrá que pagarme las horas extras y los sobornos. Y me encanta ver cómo sufre cuando tiene que soltar guita.

—A mí también —dije, sonriendo al auricular.

—¿Qué vas a hacer esta noche?

—Ir a una fiesta.

—¿Qué?

Se lo expliqué tan sucintamente como pude.

—Qué retorcido —dijo tras un largo silencio.

—Tú sigue con lo tuyo, que yo me las apañaré por mi lado —dije, pese a que estaba de acuerdo con ella—. Puede que hasta lleguemos a encontrarnos en medio.

—Ojalá —dijo un poco tensa, casi molesta.

—¿Qué pasa?

—No vas a llevar refuerzos, ¿verdad?

—Tú trabajas sola.

—Pero yo no me rodeo de vampiros y chalados.

—Si estás en la sede central de la LAV, esto último es discutible.

—No te hagas la listilla. Sabes a qué me refiero.

—Sí, Ronnie, sé a qué te refieres. Eres la única de mis amigos que sabe lo que se hace. —Me encogí de hombros, comprendí que ella no podía verme y añadí—: Cualquier otra persona sería como Catherine, un cordero en medio de una manada de lobos, y lo sabes.

—¿Y otro reanimador?

—¿Quién? Jamison cree que los vampiros son la hostia. Bert habla mucho, pero jamás arriesgaría el culo por nadie. A Charles se le da bien levantar muertos, pero es demasiado impresionable y tiene un crío de cuatro años. Manny ya no caza vampiros; se pasó cuatro meses en el hospital recomponiéndose después de su última cacería.

—Si no recuerdo mal —dijo—, tú también has estado hospitalizada.

—Nada más grave que una fractura de húmero y otra de clavícula. Manny casi la palmó. Además, está casado y tiene cuatro hijos.

Fue de Manny de quien aprendí el oficio: él me enseñó a levantar muertos y a matar vampiros. Aunque también era cierto que yo lo había superado. Le gustaban los métodos tradicionales: ajos y estacas. Llevaba pistola, pero como refuerzo, no como herramienta básica. Por mi parte, si la tecnología moderna me permite matar a un vampiro a distancia en lugar de tener que sentarme encima de él y clavarle una estaca en el corazón a martillazos, miel sobre hojuelas.

Dos años antes, Rosita, la mujer de Manny, fue a verme para suplicarme que dejara de poner en peligro a su marido. Decía que con cincuenta y dos años ya estaba demasiado mayor para cazar vampiros. ¿Qué sería de ella y de los niños? Por algún motivo, me tocaba a mí cargar con toda la culpa, como cuando una madre acusa a los gamberros del barrio de arrastrar por el mal camino a su hijo predilecto. Me hizo jurar ante Dios que no volvería a pedirle a Manny que saliera a cazar conmigo. Si no hubiera llorado, creo que habría conseguido resistir y me habría negado. El llanto es una treta

injusta en una discusión; cuando alguien se pone a llorar, ya no hay argumentos que valgan. De repente, al interlocutor sólo le preocupa que deje de llorar, de sufrir y de hacer que se sienta el cabrón más grande del reino. Lo que sea, pero que se acaben las lágrimas.

Ronnie estaba muy callada al otro lado del teléfono.

—Vale, pero ten cuidado.

—Más que una virgen en su noche de bodas, te lo prometo.

—No tienes arreglo —dijo, riendo.

—Me lo dicen todos.

—No bajes la guardia.

—Ni tú.

—Descuida. —Colgó. Me quedé escuchando el pitido del auricular.

—¿Buenas noticias? —preguntó Luther.

—Sí.

La Liga Antivampiros tenía un escuadrón de la muerte. Quizá. Pero ese quizá era mejor que lo que tenía antes: atención, señores, nada por aquí, nada por allá, y ni puta idea de qué estaba haciendo. Daba palos de ciego tratando de encontrar a un asesino que se había cargado a dos maestros vampiros. Si estaba sobre la pista correcta, pronto llamaría la atención de alguien. Y eso significaba que alguien podía intentar matarme. ¿A que iba a tener gracia?

Necesitaba ropa que me permitiera exhibir las cicatrices, y esconder las armas. No parecía una combinación fácil.

Tendría que pasarme la tarde de compras, y odio ir de compras. Lo considero un mal necesario, como las coles de Bruselas y los tacones. Aunque le da cien vueltas a estar rodeada de vampiros amenazadores. Claro que también podía ir de compras por la tarde y que me amenazaran los vampiros por la noche. Qué mejor manera de pasar el sábado.

# VEINTITRÉS

Metí todas las bolsas pequeñas en una grande, para tener una mano libre para la pistola. No imagináis el blanco tan perfecto que presenta alguien que hace malabarismos con los brazos llenos de bolsas de compras. Primero, hay que soltar las bolsas, siempre que a un asa no le dé por enredarse en la muñeca; después, coger la pistola, sacarla, apuntar y disparar. Para cuando se acaba de hacer todo eso, el malo hace rato que ha soltado dos tiros y se aleja tarareando «Dixie».

Llevaba toda la tarde hiperparanoica, pendiente de cualquiera que se me acercara. ¿Me estarían siguiendo? ¿Era cosa mía o había un tipo que me estaba mirando hacía un buen rato? ¿Aquella mujer llevaba un pañuelo al cuello porque tenía marcas de mordiscos?

Cuando salí a por el coche, tenía el cuello y los hombros doloridos. Lo más aterrador que había visto en toda la tarde eran los precios de la ropa de diseño, pero fuera el mundo seguía siendo luminoso y azul, y hacía un calor asfixiante. Es fácil perder la noción del tiempo en un centro comercial: es un mundo privado que tiene la temperatura y la climatología controladas, y donde no hay contacto con nada real. La Disneylandia de los compradores compulsivos.

Metí las bolsas en el maletero y observé cómo se oscurecía el cielo. Conocía bien la sensación de miedo: una bola de plomo en las tripas. Un temor palpable, contenido.

Moví la cabeza para desentumecerme y giré el cuello hasta que crujió. Mejor, pero seguía rígido; necesitaba un analgésico. Había comido en el centro comercial, algo que no hacía nunca. En cuanto me había llegado el olor de los puestos de comida, había corrido hacia ellos, famélica.

La pizza sabía a cartón con salsa de tomate artificial. El queso era plasticoso y no sabía a nada. Ñam, ñam, comida de centro

comercial. La verdad es que me encantan el puesto de perritos calientes y el de galletas surtidas.

No pedí una porción de margarita, que es la que me gusta, sino que me lancé de cabeza a la que llevaba de todo. Odio los champiñones y el pimiento verde, y las salchichas están bien para desayunar, pero no pintan nada en una pizza. No sabía qué me molestaba más, si haber pedido una bazofia o haberme comido la mitad antes de darme cuenta. Tenía mono de comida que normalmente detestaba. ¿Por qué? Otra pregunta sin respuesta. ¿Y por qué esa me asustaba más que otras?

Mi vecina, la señora Pringle, estaba paseando al perro por el césped que hay delante de nuestro bloque. Aparqué y saqué la bolsa atiborrada del maletero.

La señora Pringle tiene más de sesenta años, mide casi un metro ochenta y se ha vuelto muy delgada con la edad. Tiene unos ojos azul claro que brillan y miran con curiosidad tras unas gafas de montura plateada. *Custard*, su perro, es un pomerania; parece un amasijo de pelos con patas de gato.

La señora Pringle me saludó con la mano; no había escapatoria. Sonreí y me dirigí hacia ellos. *Custard* empezó a saltar a mi lado, como si tuviera muelles en las patas o fuera un juguete de cuerda. No paraba de soltar ladridos agudos y eufóricos.

*Custard* sabe que no me gusta, pero en su retorcida mente perruna ha decidido conquistarme. O a lo mejor sabe que sus saltitos me ponen de los nervios. Da igual.

—Anita, picarona, ¿por qué no me habías dicho que tenías un pretendiente?

—¿Un pretendiente? —pregunté con el ceño fruncido.

—Bueno, un novio.

—¿A qué te refieres? —No sabía de qué narices me estaba hablando.

—Hazte la tonta si quieres, pero cuando una chica le da a un hombre la llave de casa, eso significa algo.

La bola de plomo de mis tripas se elevó unos cuantos centímetros.

—¿Has visto entrar a alguien en mi piso? —Me esforcé mucho por mantener la expresión y el tono de voz neutros.

—Sí, a tu novio. Es muy guapo.

Quería preguntarle qué aspecto tenía, pero si era mi novio y le había dado la llave de mi piso, ya debería saberlo. No, no podía preguntárselo. Muy guapo… ¿Sería Phillip? Pero ¿por qué?

—¿Cuándo ha llegado?

—Oh, sobre las dos de la tarde. Cuando yo sacaba a pasear a *Custard*, él entraba.

—¿Lo has visto marcharse?

—No. —Empezaba a mirarme con demasiada insistencia—. ¿No había quedado en esperarte en casa? ¡Espero no haber dejado entrar a un ladrón!

—No. —Conseguí sonreír y hasta casi reír—. No sabía que vendría hoy, nada más. Si ves a alguien más entrar en mi piso, no te alarmes: tengo unos amigos que andarán unos días entrando y saliendo.

Frunció el ceño; no había ni un rastro de temblor en sus manos delgadas. Hasta *Custard* permanecía atento; se limitaba a jadear en la hierba y mirarme.

—Anita Blake —dijo, y me acordé de que era maestra jubilada; tenía aquel tipo de voz—. ¿Qué te traes entre manos?

—Nada, en serio. Es la primera vez que le doy la llave a un hombre, y estoy un poco nerviosa. —Le dediqué mi mejor mirada inocente, con los ojos muy abiertos. Me costó no parpadear, pero el resto fue fácil.

Se cruzó de brazos. Me daba que no me había creído ni de lejos.

—Si ese joven te tiene tan inquieta, puede que no te convenga. De lo contrario, no te pondría nerviosa.

Suspiré de alivio. Me había creído.

—Puede que tengas razón. Gracias por el consejo; lo tendré presente. —Me sentía tan bien que acaricié la cabecita de *Custard* antes de irme.

—Y ahora, *Custard* —oí decir a la señora Pringle—, haz tus cositas para que podamos subir.

Por segunda vez en un solo día podía tener un intruso en el piso. Saqué la pistola mientras avanzaba en silencio por el pasillo. Se abrió una puerta, y salieron un hombre y dos niños. Metí la mano con la pistola en la bolsa de las compras, fingiendo que buscaba algo. Me quedé a la espera hasta que sus pasos se perdieron escaleras abajo.

No podía seguir allí con la pistola: alguien acabaría llamando a la policía. La gente había vuelto del trabajo y estaba cenando, leyendo el periódico o jugando con los niños. Los barrios residenciales estaban despiertos y alerta. No se podía andar por ahí con un arma en la mano.

Decidí llevar la bolsa delante, en la mano izquierda, con la pistola y la mano derecha dentro. En el peor de los casos, dispararía a través de la bolsa. Pasé la puerta de mi piso, avancé dos más y saqué las llaves del bolso. Apoyé la bolsa en la pared y me pasé la pistola a la mano izquierda. Sabía disparar con la izquierda; no igual de bien, pero tendría que valerme. Mantuve la pistola paralela al muslo, confiando en que no apareciera nadie en sentido contrario y la viera. Me arrodillé junto a la puerta, con las llaves apretadas en la mano derecha para que no tintinearan. Aprendo deprisa.

Levanté la pistola hasta la altura del pecho e introduje la llave. La cerradura hizo un chasquido. Me sobresalté y esperé los disparos, algún ruido o algo. Nada. Me metí las llaves en el bolsillo y volví a coger la pistola con la mano derecha. Sólo con la muñeca y parte del brazo frente a la puerta, hice girar el pomo y di un empujón.

La puerta se abrió hacia dentro y golpeó la pared; no había nadie. Nada de disparos. Silencio.

Estaba agachada en el umbral, inspeccionando la habitación con la pistola en la mano. No había nadie a la vista. El sillón, aún de cara a la puerta, estaba vacío. Casi me habría sentido aliviada si hubiera visto a Edward.

Oí unos pasos que subían por las escaleras, al final del pasillo. Tenía que decidirme. Alargué hacia atrás la mano izquierda y cogí la bolsa, sin apartar los ojos ni la pistola del interior. Empujé la bolsa delante de mí y entré. Cerré la puerta de golpe, aún agazapada en el suelo.

El calentador de la pecera hizo un ruido y empezó a zumbar, y yo pegué un bote. El sudor me corría por la espalda. La valiente cazadora de vampiros. Si me hubieran visto… El piso parecía vacío. Allí no había nadie, pero por si acaso, registré los armarios y miré bajo las camas imitando a Harry el Sucio, abriendo las puertas de golpe y apretándome contra las paredes. Me sentí estúpida, pero lo habría sido más si diera por supuesto que no había moros en la costa y me equivocara.

En la mesa de la cocina había una escopeta y dos cajas de cartuchos. Debajo vi un papel blanco en el que ponía, en pulcras letras mecanografiadas: «Anita: tienes veinticuatro horas».

Miré la nota; volví a leerla. Edward había estado en mi casa. Creo que me pasé un minuto sin respirar. Me imaginé a la vecina charlando con Edward. Si la señora Pringle hubiera dudado ante su mentira, si hubiera mostrado miedo, ¿la habría matado?

No lo sabía. Sencillamente, no lo sabía. ¡Mierda! Me sentía peor que la peste. Todos los que me rodeaban corrían peligro, pero ¿qué podía hacer?

En caso de duda, respira profundamente y sigue adelante. Es una receta que me ha servido durante años. Las hay mucho peores, en serio.

La nota quería decir que Edward me daba veinticuatro horas para revelarle el lugar de descanso diurno de Nikolaos. Era eso, o matarlo. Y dudo que lo consiguiera.

Le había dicho a Ronnie que éramos profesionales, pero si Edward contaba como profesional, yo era una aficionada. Y Ronnie también.

Suspiré agobiada. Tenía que vestirme para la fiesta; no tenía tiempo para preocuparme por Edward. Aquella noche tenía otros problemas.

La luz del contestador parpadeaba, y pulsé el botón. Primero oí la voz de Ronnie, que me decía lo que ya sabía respecto a la LAV: me había llamado a casa antes de encontrarme en el bar de Dave.

—¿Anita? Soy Phillip —oí a continuación—. Ya sé dónde será la fiesta. Recógeme en la puerta del Placeres Prohibidos a las seis y media. Hasta luego.

El contestador hizo unos cuantos ruidos más y quedó en silencio. Tenía dos horas para vestirme y llegar. Todo el tiempo del mundo. Pintarme me lleva quince minutos de media. En arreglarme el pelo tardo menos aún, porque lo único que hago es pasarme un cepillo. Hala, lista en un plisplás.

No suelo pintarme, y cuando me da por ahí siempre me parece que queda demasiado llamativo, demasiado artificial. Pero después siempre me hacen cumplidos, en plan: «¿Por qué no te pintas más a menudo? La sombra te resalta muchísimo los ojos», o mi favorito: «Pintada estás mucho más guapa». Todo ello como dando a

entender que con la cara lavada voy de cabeza al criadero de solteronas.

Lo que no me pongo nunca es maquillaje; no me veo embadurnándome toda la cara. Tengo un frasco de laca de uñas, pero no es para las uñas, sino para las medias. Si alguna vez consigo llevar medias sin hacerme ninguna carrera, es que he tenido un día muy bueno.

Me coloqué frente al espejo de cuerpo entero del dormitorio. El top se sujetaba en la nuca con una tira muy fina. Dejaba la espalda al aire, e iba atado a la cintura con un lacito. Yo habría omitido el lazo, pero por lo demás no estaba mal. Iba a juego con la falda negra, y el conjunto parecía un vestido de una pieza. Las tiritas de las manos sí que desentonaban; una verdadera tragedia. La falda era larga y con vuelo, y tenía bolsillos.

A través de ellos llegaba a dos cuchillos de plata cuyas fundas me había sujetado a los muslos. Me bastaba con meter la mano en el bolsillo para sacar un arma. Muy limpio. El sudor es algo que hay que tener en cuenta cuando se lleva una funda en el muslo, y no había conseguido encontrar la manera de esconder una pistola. No sé cuántas veces habréis visto a mujeres con pistoleras en el muslo por televisión, pero es terriblemente incómodo: da a los andares la elegancia de un pato con pañales.

Las medias y unos zapatos negros de raso, de tacón, completaban mi atuendo. Los zapatos y las armas los tenía de antes; todo lo demás era nuevo.

También era nuevo el bolsito negro con correa fina que llevaría en bandolera, para tener las manos libres. Metí en él la pistola pequeña, la Firestar. Vale, ya sé que cuando consiguiera sacar la pistola de las profundidades del bolso los malos se estarían dando un festín con mi carne, pero era mejor que no llevarla.

Me puse el crucifijo y vi que la plata quedaba muy bien sobre el top negro. Por desgracia, no creía que los vampiros fueran a dejarme entrar en la fiesta con una cruz bendecida. En fin; la dejaría en el coche, junto con la escopeta y la munición.

Edward había tenido la amabilidad de dejar una caja vacía junto a la mesa; supuse que era donde había llevado la escopeta. ¿Qué le habría dicho a la señora Pringle? ¿Que era un regalo para mí?

Edward me había dado veinticuatro horas, pero ¿a partir de

cuándo? ¿Vendría al alba, con el primer rayo de sol, para sacarme la información a la fuerza? No, no creía que le gustara madrugar. Estaría a salvo hasta la tarde. Probablemente.

# VEINTICUATRO

Me detuve en un vado permanente delante del Placeres Prohibidos. Phillip estaba apoyado en la pared, con los brazos colgando. Llevaba un pantalón de cuero negro. Con aquel calor, sólo de pensar en el cuero me salía urticaria en las rodillas. Su camiseta era de malla negra, y dejaba ver las cicatrices y el bronceado. No sé si fue por el cuero o por la malla, pero me vino a la mente la palabra *sórdido*. Había cruzado cierta línea invisible, la que separa el vicio inocente del enfermizo.

Traté de imaginármelo a los doce años. No pude. Independientemente del motivo, Phillip era como era, y yo tenía que lidiar con ello. No era psiquiatra y no podía permitirme sentir empatía por el pobre desgraciado: la lástima es una emoción que puede conducir a la muerte. Sólo es más peligroso el odio ciego y, quizá, el amor.

Phillip se apartó de la pared y avanzó hacia el coche. Abrí la puerta y subió. Olía a cuero, a colonia cara y ligeramente a sudor.

Arranqué y volví a la calzada.

—Sí que te has puesto provocativo.

Se volvió a mirarme, con un gesto impasible y los ojos ocultos tras las mismas gafas de sol que llevaba por la mañana. Se acomodó con una pierna doblada y apretada contra la puerta, y la otra bien extendida.

—Coge la Setenta Oeste —dijo con voz cascada, casi ronca.

Hay un momento en que una mujer y un hombre están a solas y los dos se dan cuenta. Juntos, a solas, y con un montón de posibilidades. Cada uno está tan pendiente del otro que la sensación resulta casi dolorosa. Puede acabar en algo incómodo, en sexo o en miedo, según la compañía y la situación.

Bueno, estaba clarísimo que lo nuestro no iba de revolcón. Miré a Phillip, que seguía vuelto hacia mí con los labios entreabiertos. Se

había quitado las gafas de sol, y la mirada de sus ojos marrones era intensa y directa. ¿Se podía saber qué estaba pasando?

Habíamos entrado en la autopista e íbamos deprisa. Me concentré en el tráfico, en conducir, e intenté no prestarle atención. Pero notaba el peso de su mirada en la piel. Casi sentía su calidez.

Empezó a desplazarse en el asiento hacia mí. De repente fui consciente del roce del cuero y la tapicería. Un sonido cálido, animal. Me pasó el brazo por los hombros y se apoyó en mí.

—¿Qué haces, Phillip?

—¿Qué pasa? —Notaba su respiración en el cuello—. ¿No es bastante provocativo para ti?

Me reí. No pude evitarlo. Él se puso tenso, pero no se apartó.

—No me metía contigo. Es que no me esperaba lo del cuero y la malla; nada más.

Seguía demasiado cerca de mí, y sentía su presión, cálida.

—Entonces, ¿qué te gusta? —preguntó con la voz todavía ronca.

Lo miré, pero estaba demasiado cerca; de repente tenía los ojos justo encima de los míos. Su proximidad me sacudió como un calambrazo. Me volví hacia la carretera.

—Vuelve a tu lado del coche, Phillip.

—¿Qué es lo que te pone? —me susurró al oído.

—¿Qué edad tenías la primera vez que te atacó Valentine? —Me había hartado.

Se apartó de mí de un salto.

—¡Vete a la mierda! —Parecía que hablaba en serio.

—Hagamos un trato. Tú no me contestas, y yo no te contesto a ti.

—¿Cuándo has visto a Valentine? —Preguntó casi sin aliento—. ¿Va a estar en la fiesta? Me prometieron que no iría. —Tenía la voz al borde del pánico. Nunca había visto aparecer tanto miedo tan deprisa.

No quería que Phillip se asustara. Podría empezar a sentir lástima por él, y no podía permitírmelo. Anita Blake, dura como el acero, segura de sí misma, inmune a los hombres que lloran. Ya.

—No hablé de ti con Valentine, de verdad.

—Entonces, ¿cómo…? —Se interrumpió y lo miré. Se había vuelto a poner las gafas, pero se lo veía tenso, frágil. Le estropeaba la imagen.

—¿Cómo me he enterado? —No pude mantener el tipo. Él asintió—. He hecho averiguaciones sobre ti. Tenía que saber si eras de fiar.

—¿Y lo soy?

—Aún no lo sé —dije.

Respiró profundamente varias veces. Con las dos primeras tembló, pero a cada inspiración adquiría entereza, hasta que consiguió recuperar el control, por el momento. Pensé en Rebecca Miles y en sus manos pequeñas y de aspecto famélico.

—Puedes confiar en mí, Anita. No te traicionaré, de verdad. —Sonaba perdido, como un niño al que le han arrebatado todas sus ilusiones.

Era incapaz de ensañarme con alguien que tuviera semejante voz de niño perdido. Pero los dos sabíamos que Phillip haría cualquier cosa que le pidieran los vampiros; lo que fuera, incluso traicionarme.

Nos acercábamos a un puente, un gran entramado de metal gris, que cruzaba la autopista por encima. Los árboles bordeaban la carretera. El cielo era de un azul desvaído y acuoso, aclarado por el calor y el intenso sol veraniego. El coche traqueteó al cruzar el puente, y el río Misuri se extendió a nuestros lados; el agua en movimiento producía una sensación de cielo abierto. Una paloma llegó volando y se unió a otras, quizá una docena, que se arrullaban en el puente. Había visto gaviotas en el río alguna vez, pero en el puente, sólo palomas; puede que a las gaviotas no les gustaran los coches.

—¿Adónde vamos, Phillip?

—¿Qué?

Estuve a punto de decirle: «¿Es una pregunta demasiado difícil para ti?», pero me contuve. Habría sido violencia gratuita.

—Hemos cruzado el río. Ahora, ¿por dónde?

—Coge la salida de Zumbehl y sigue a la derecha.

Seguí sus indicaciones. La salida gira a la derecha y desemboca directamente en un carril de acceso. Me detuve en el semáforo y me lo salté en rojo al ver que no pasaba nadie. Hay unas cuantas tiendas a la izquierda; luego, un grupo de bloques de viviendas, y más adelante, una zona residencial muy arbolada, casi un bosque tachonado de casas. Más adelante hay una residencia de ancianos y

un cementerio bastante grande. Siempre me preguntaba qué opinaban los ancianos de vivir al lado del cementerio. ¿Lo considerarían un recordatorio de mal gusto o les parecería bien tenerlo a mano?

El cementerio llevaba allí mucho más tiempo que la residencia, y algunas de las tumbas se remontaban a principios del siglo XIX. Siempre había pensado que el constructor tenía que ser un sádico consumado para haber orientado las ventanas de la residencia a las colinas llenas de lápidas. La vejez ya es bastante recordatorio de lo que llega a continuación; no hacen falta refuerzos visuales.

Hay más cosas en Zumbehl: un videoclub, una tienda de ropa para niños, un sitio donde venden cristal coloreado, gasolineras y una urbanización enorme con un cartel en el que pone LAGO SUN VALLEY. E incluso había un lago en el que se podía navegar si se iba con mucho cuidado.

Unas manzanas más y llegamos a las afueras. La carretera estaba bordeada de casas con jardines pequeños abarrotados de árboles gigantescos. Había que bajar una colina; el límite era de cincuenta kilómetros por hora, y era imposible bajar la pendiente a aquella velocidad sin pisar el freno. ¿Habría un guardia al pie de la colina?

Si nos paraban, con Phillip y su camiseta de malla, todo lleno de cicatrices, ¿sospecharían algo? ¿Adónde va, señorita? Lo siento, agente, llegamos tarde a una fiesta ilegal. Pisé el freno al bajar la pendiente, y por supuesto, no había ningún policía. Pero si me hubiera saltado el límite de velocidad, lo habría habido. La ley de Murphy es casi la única constante en mi vida.

—Es la casa grande de la izquierda —dijo Phillip—. Aparca en el camino de la entrada.

La casa era de ladrillo rojo oscuro, de dos pisos o puede que tres, tenía un montón de ventanas y por lo menos dos porches. Aún quedan casas de estilo Victoriano estadounidense. El jardín era grande, con su propio bosque de árboles altos y vetustos. El césped había crecido demasiado y le daba al sitio cierto aspecto de abandono. El camino era de grava y pasaba entre los árboles hasta llegar a un garaje moderno diseñado para hacer juego con la casa; casi lo conseguía.

Sólo había dos coches más, pero no podía ver el interior del garaje, así que quizá hubiera más dentro.

—No te vayas del salón con nadie, excepto conmigo —dijo Phillip—. No podría ayudarte.

—Ayudarme, ¿en qué? —pregunté.

—Esto es lo que diremos: tú eres el motivo por el que me he saltado tantas fiestas. He dado a entender que no sólo somos amantes, sino que te he estado —abrió las manos como si buscara la palabra—… cultivando hasta que estuvieras lista para venir a una fiesta.

—¿Cultivándome? —Apagué el motor, y se hizo el silencio entre nosotros. Estaba mirándome; incluso a través de los cristales podía sentir el peso de su mirada. Se me erizaron los pelos de la nuca.

—Sobreviviste a un ataque real; no eres ni *freak* ni yonqui, pero he conseguido convencerte para que me acompañes a una fiesta. Esa es la historia.

—¿Lo has hecho alguna vez de verdad? —pregunté.

—¿Te refieres a si les he traído a alguien?

—Sí —dije.

—No tienes muy buen concepto de mí, ¿verdad? —Dejó escapar un gruñido.

¿Qué se suponía que tenía que contestarle? ¿Que no?

—Si somos amantes, tendremos que actuar como tales toda la noche.

Sonrió. Aquella sonrisa fue diferente, de expectación.

—Qué hijo de puta —añadí.

Se encogió de hombros e hizo girar el cuello como si tuviera los hombros agarrotados.

—No voy a tirarte al suelo y violarte, si eso es lo que te preocupa.

—Ya, ya sé que eso no es lo que pretendes esta noche. —Me alegré de que no supiera que iba armada. Puede que se llevara una sorpresa.

—Tú sígueme la corriente —dijo con el ceño fruncido—. Si hago algo que te incomode, me lo dices y lo hablamos. —Me dedicó su sonrisa deslumbrante, con los dientes blancos y parejos en contraste con el bronceado.

—Nada de hablar. Dejas de hacerlo y punto.

—Te cargarás la coartada y conseguirás que nos maten —me dijo, encogiéndose de hombros.

El coche se estaba calentando. Una gota de sudor resbalaba por la cara de Phillip. Abrí la puerta y salí. El calor me cubrió como una segunda piel. Las cigarras zumbaban en lo alto de los árboles. Cigarras y calor. Ah, el verano.

Phillip rodeó el coche; sus pisadas crujieron en la grava.

—Será mejor que dejes el crucifijo —dijo.

Sabía que tocaría, pero eso no hacía que me gustara más la idea. Dejé el crucifijo en la guantera, estirándome por encima del asiento. Cuando cerré la puerta, me llevé la mano al cuello. Estaba tan acostumbrada a la cadena que me sentía desnuda sin ella.

Phillip me tendió la mano y, tras dudar un instante, la acepté. La palma de su mano era calor concentrado, un poco húmeda en el centro.

Un arco con una celosía blanca guarecía la puerta trasera; una espesa clemátide le trepaba por un lado, llena de flores grandes como mi mano que ofrecían su color morado al sol que se filtraba entre los árboles. Había una mujer en el umbral, a la sombra de la celosía, fuera de la vista de vecinos y los coches que pasaban. Llevaba medias negras muy finas sujetas con liguero. Un conjunto de bragas y sujetador, de color violeta oscuro, dejaba a la vista buena parte de su piel pálida. Unos tacones de aguja de diez centímetros le hacían las piernas largas y esbeltas.

—Llevo demasiada ropa —le dije en voz baja a Phillip.

—Puede que por poco tiempo —me susurró contra el pelo.

—No dejes de respirar mientras esperas. —Lo miré al decirlo y vi que la confusión le transfiguraba la cara, pero no duró mucho: enseguida volvió a curvar los labios. La serpiente debió de sonreír así a Eva. Mira qué manzana más bonita tengo para ti. ¡Qué niña más guapa! ¿Quieres un caramelo?

No sabía qué intentaba venderme Phillip, pero no estaba dispuesta a comprarlo. Me pasó el brazo por la cintura, jugueteó con una mano con las cicatrices de mi brazo y me hurgó con delicadeza en el tejido cicatrizal. Dejó escapar un breve suspiro. Virgen santa, ¿dónde me había metido?

La mujer me dirigía una sonrisa, pero no apartó sus grandes ojos marrones de la mano de Phillip mientras este me acariciaba la cicatriz. Se estaba relamiendo, y vi que se le agitaba la respiración.

—«Pasa a la sala, le dijo la araña a la mosca.»

—¿Qué has dicho? —preguntó Phillip.

Sacudí la cabeza. De todos modos, no creía que conociera el poema, y yo no recordaba el final: no sabía si la mosca conseguía escapar. Tenía el corazón en un puño. Cuando la mano de Phillip me rozó la espalda desnuda, me sobresalté. La mujer rió, con una risa aguda y quizá algo beoda.

—«Oh, no. —Susurré las palabras de la mosca mientras subía las escaleras—. No, no me lo pidas más, porque aquel que sube no regresa jamás.»

No regresa jamás. Sonaba francamente mal.

# VEINTICINCO

La mujer se apartó para cedernos el paso y cerró la puerta después. No me habría extrañado que la cerrara con llave para que no pudiéramos escapar, pero no fue así. Aparté la mano de Phillip de mis cicatrices, y él la enroscó en mi cintura y me condujo por un pasillo largo y estrecho. La casa estaba fresca; el aire acondicionado ronroneaba ahuyentando el calor. Un distribuidor cuadrangular desembocaba en una habitación.

Era un salón, con todo lo que aquello conllevaba: un sofá grande, otro pequeño, dos sillones, plantas colgadas frente a un ventanal, sombras vespertinas que trazaban dibujos sobre la moqueta… Hogareño. En el centro de la habitación había un hombre de pie con una copa en la mano. Parecía recién salido del Emporio del Cuero. Llevaba cintas de cuero entrecruzadas por todo el abdomen y los brazos; parecía una versión hollywoodiense de un gladiador sexoadicto.

Le debía una disculpa a Phillip: su atuendo era de lo más conservador y normalito. La alegre anfitriona entró detrás de nosotros, luciendo su corsetería violeta, y le puso una mano a Phillip en el brazo. Tenía las uñas pintadas de morado oscuro, casi negro. Se las pasó rascando por la piel y le dejó unas tenues marcas rojizas.

Phillip se estremeció y me apretó la cintura con más fuerza. ¿Aquella era su idea de la diversión? Esperaba que no.

Una mujer negra y alta se levantó del sofá. Su más que generosos pechos amenazaban con escapar de un sujetador de alambre negro. Una falda escarlata, con más agujeros que tela, colgaba del sujetador y se movía con cada paso, dejando al descubierto retazos de piel oscura. Estaba segura de que no llevaba nada debajo.

Tenía cicatrices sonrosadas en una muñeca y el cuello; una

yonqui inexperta, nueva, poco usada. Nos rodeó como si estuviéramos en venta y quisiera inspeccionar la mercancía. Me rozó la espalda con la mano; me aparté de Phillip y la miré de frente.

—Esa cicatriz de la espalda, ¿qué es? No es un mordisco de vampiro. —La voz era demasiado ronca para una mujer; casi de contratenor.

—Un siervo humano me clavó un palo afilado. —No añadí que el «palo afilado» era una de mis estacas, ni que había matado al siervo humano aquella misma noche.

—Me llamo Rochelle —dijo.

—Anita.

La alegre anfitriona se acercó a mí y me acarició el brazo. Me aparté de ella, y sus uñas me recorrieron la piel, dejándome pequeñas marcas rojas. Contuve el impulso de frotármelas. Era una cazadora de vampiros dura como el acero; no me importaban los arañazos. Pero la mirada de la mujer, sí. Parecía estar haciendo conjeturas sobre mi sabor y cuánto tiempo duraría. Nunca me había mirado así ninguna mujer. Y no me gustaba ni un poco.

—Me llamo Madge. Este es Harvey, mi marido —dijo, señalando al fanático del cuero, que se había situado junto a Rochelle—. Bienvenida a nuestra casa. Phillip nos ha hablado mucho de ti, Anita.

Harvey intentó acercárseme por detrás, pero yo retrocedí hacia el sofá para verlo de frente. Me rodeaban como tiburones. Phillip me miraba muy serio. Vale; se suponía que tenía que estar pasándomelo bien, en vez de comportarme como si todos tuvieran enfermedades contagiosas.

¿Quién era el menor de los males? La pregunta del millón. Madge se relamió de forma lenta y sugerente; vi en sus ojos que pensaba en las guarrerías que quería hacerme. Ni hablar. Rochelle se movió la falda y mostró demasiado muslo. Tenía razón: no llevaba nada debajo. Ni loca.

Así que sólo quedaba Harvey. Sus manos pequeñas y de uñas cortas jugaban con la combinación de cuero y remaches del diminuto faldellín. Frotaba el cuero una y otra vez con los dedos. Mierda.

Le dediqué mi mejor sonrisa profesional; no era muy seductora,

pero era mejor que fruncir el ceño. Abrió mucho los ojos y dio un paso hacia mí mientras me acercaba la mano al brazo derecho. Aspiré y contuve el aire, dejándome la sonrisa congelada en la cara.

Me rozó el interior del codo con los dedos y me provocó un cosquilleo, hasta que me estremecí. Harvey se lo tomó como una invitación y se acercó más, hasta que nuestros cuerpos quedaron a punto de tocarse. Le puse una mano en el pecho para impedir que siguiera avanzando. Tenía el vello del pecho negro, áspero y denso. Los pechos peludos no han sido nunca santo de mi devoción; me van más los lampiños. Me empezó a rodear la espalda con un brazo, y yo no sabía qué hacer. Si retrocedía tendría que sentarme en el sofá, y no me parecía muy buena idea. Si avanzaba me quedaría pegada a todo aquel cuero y aquella piel.

—Me moría por conocerte —dijo con una sonrisa.

Dijo «moría» como si fuera una obscenidad, o un guiño privado. Todos los demás rieron, menos Phillip, que me cogió del brazo y me apartó de Harvey. Me apoyé en Phillip, y hasta le rodeé la cintura con los brazos. No había abrazado nunca a nadie que llevara una camiseta de malla. Era una sensación interesante.

—Recordad lo que os he dicho —dijo Phillip.

—Vale, de acuerdo —dijo Madge—. Es tuya, toda tuya; nada de compartir, nada de tríos. —Se acercó a él contoneándose con sus ceñidas bragas de encaje. Con los tacones podía mirarlo directamente a los ojos—. De momento puedes mantenerla a salvo, pero cuando llegue la plana mayor la compartirás. Ya se encargarán.

Phillip se quedó mirándola hasta que ella apartó la vista.

—Ha venido conmigo, y yo la llevaré a casa.

—¿Piensas plantarles cara? —Preguntó Madge, arqueando una ceja—. Phillip, cariño, no me cabe duda de que tu chica tiene un culito adorable, pero no creo que valga la pena cabrearlos por un calentón.

Me aparté de Phillip; puse una mano abierta contra el estómago de la mujer y empujé, lo justo para hacerla retroceder. Los tacones la desequilibraban y estuvo a punto de caerse.

—Vamos a dejar las cosas claras —dije—. Ni mi culo es asunto tuyo, ni soy el calentón de nadie.

—Anita… —dijo Phillip.

—Caramba, la chica tiene carácter —dijo Madge—. ¿De dónde la has sacado, Phillip?

Me saca de quicio que me encuentren graciosa cuando me cabreo. Me acerqué más a ella, y me miró desde arriba sonriendo.

—¿Sabes que cuando sonríes se te marcan un montón las arrugas de los lados de la boca? Los cuarenta ya no los cumples, ¿verdad?

—Zorra —bufó, y se me apartó de encima.

—Procura no hablar de mi culito, Madge, cariño.

Rochelle se reía en silencio, y su copioso pecho temblaba como gelatina oscura. Harvey estaba muy serio. Si se hubiera atrevido a sonreír, creo que Madge se le habría echado encima. Le brillaban mucho los ojos, pero no mostraba ni el rastro de una sonrisa.

Una puerta se abrió y se cerró en el pasillo, dentro de la casa. Una mujer entró en la habitación. Rondaría los cincuenta años, aunque igual tenía cuarenta mal llevados. Una melena muy rubia le enmarcaba la cara redonda. ¿Cuánto va a que era rubio de bote? En sus manos regordetas relucían anillos con piedras auténticos. Arrastraba un camisón transparente negro por el suelo, a juego con el salto de cama abierto. El color del camisón era el apropiado para su figura, pero no la arreglaba lo suficiente: no había forma de ocultar que estaba hecha una foca. Tenía aspecto de profesora, jefa de exploradoras, pastelera o la madre de alguien. Y estaba en el umbral mirando fijamente a Phillip.

Soltó un gritito y echó a correr hacia él. Me aparté de su paso para que no me aplastara la estampida. Phillip tuvo el tiempo justo de prepararse antes de que ella le echara encima su tonelaje. Durante un instante creí que se iba a caer de espaldas con ella encima, pero enderezó la columna, tensó las piernas y consiguió mantenerse en pie.

Qué fuerte era mi Phillip, capaz de levantar con las dos manos a una ninfómana con sobrepeso.

—Te presento a Crystal —dijo Harvey.

Crystal se puso a besarle el pecho a Phillip mientras sus manitas regordetas y afables intentaban sacarle la camiseta de los pantalones para tocarle la piel. Era como un alegre cachorrito en celo.

Phillip trataba de disuadirla sin éxito. Se quedó mirándome, y yo recordé lo que había dicho de que había dejado de ir a aquellas

fiestas. ¿Sería aquel el motivo? ¿Crystal y similares? ¿Madge y sus uñas afiladas? Lo había obligado a llevarme, pero también lo había obligado a ir.

Visto así, yo tenía la culpa de que Phillip estuviera allí. Mierda, estaba en deuda con él.

Le di unas palmaditas en la mejilla, y la mujer parpadeó. Me pregunté si sería miope.

—Crystal —dije, con mi mejor sonrisa angelical—. Crystal, no me gusta ser maleducada, pero le estás metiendo mano a mi pareja.

—¿Pareja? —Chilló, ojiplática—. Nadie tiene pareja en las fiestas.

—Pues yo soy nueva en esto; todavía no conozco las reglas, pero en mi pueblo, las mujeres no andan sobando a la pareja de otras. Al menos espera a que vuelva la espalda, ¿vale?

Le empezó a temblar el labio inferior y se le llenaron los ojos de lágrimas. Había sido educada con ella, incluso atenta, y aun así se iba a poner a llorar. ¿Qué pintaba Crystal entre aquella gente?

Madge se le acercó, la rodeó con el brazo y se la llevó, haciendo sonidos tranquilizadores y acariciándole los brazos cubiertos de seda negra.

—¿Cómo puedes ser tan fría? —dijo Rochelle. Se apartó de mí y se dirigió a un mueble bar que había junto a una pared.

Harvey también se había apartado, y había seguido a Madge y a Crystal sin siquiera mirar atrás.

Ni que le hubiera dado una patada a un cachorro. Phillip dejó escapar un suspiro prolongado y se hundió en el sofá. Juntó las manos y se las puso entre las piernas. Me senté a su lado, doblando la falda debajo de las piernas.

—Creo que no puedo con esto —susurró.

Le toqué el brazo. Estaba temblando de una forma que no me gustó ni un poco. No se me había ocurrido pensar qué representaba para él ir allí, pero estaba empezando a darme cuenta.

—Podemos marcharnos —dije.

—¿Qué quieres decir? —Se volvió lentamente y me miró.

—Que podemos marcharnos.

—¿Te irías ahora, sin averiguar nada, porque yo tengo problemas?

—Digamos que te prefiero en plan ligón tirando a creído. Si te

sigues comportando como una persona de verdad, acabarás confundiéndome por completo. Si no puedes soportarlo, nos vamos y ya está.

—Puedo hacerlo. —Aspiró profundamente y soltó el aire; después se sacudió como un perro mojado—. Si tengo elección, puedo hacerlo.

—¿Y antes no tenías elección? —Me tocaba a mí mirarlo fijamente.

—Tenía la impresión de que debía traerte si querías venir —dijo desviando la mirada.

—No, joder, no era eso lo que ibas a decir. —Le giré la cara para obligarlo a mirarme—. Te ordenaron que fueras a verme el otro día, ¿no es cierto? No fue sólo para averiguar dónde estaba Jean-Claude, ¿verdad? —Tenía los ojos muy abiertos, y sentía latir el pulso en mis dedos—. ¿De qué tienes miedo, Phillip? ¿Quién te da órdenes?

—Anita, por favor, no puedo…

—¿Qué te han ordenado, Phillip? —Dejé caer la mano.

—Tengo que mantenerte a salvo, eso es todo. —Tragó saliva y observé cómo movía la garganta. El pulso le saltaba bajo las marcas de mordiscos del cuello. Se humedeció los labios, pero no de forma seductora, sino nerviosa. Me estaba mintiendo. Lo jodido era que no sabía hasta qué punto mentía, ni respecto a qué.

Oí que Madge se acercaba por el pasillo, toda alegría y seducción. Qué buena anfitriona. Acompañó a dos personas al salón. Una era una mujer de pelo rojo y corto, con exceso de maquillaje, como si se hubiera frotado con tiza verde alrededor de los ojos. La segunda era Edward, sonriente, encantador, con el brazo alrededor de la cintura desnuda de Madge. Ella emitió una risita gutural cuando él le susurró algo.

Me quedé troquelada. Era algo tan inesperado que me dejó helada. Si hubiera sacado una pistola, habría podido matarme mientras yo me quedaba boquiabierta mirándolo. ¿Qué coño hacía Edward allí?

Madge los acompañó al mueble bar. Edward se volvió para mirarme y me dedicó una sonrisa educada dejando sus ojos azules vacíos como los de un muñeco.

Sabía que no habían transcurrido las veinticuatro horas. Lo sabía. Edward había decidido ir allí en busca de Nikolaos. ¿Nos

habría seguido? ¿Habría oído el mensaje de Phillip en mi contestador?

—¿Qué pasa? —preguntó Phillip.

—¿Qué pasa? —repetí—. Que obedeces órdenes, probablemente de algún vampiro… —Terminé la frase mentalmente: «… y la Muerte acaba de entrar haciéndose pasar por *freak* en busca de Nikolaos». Sólo había un motivo por el que Edward podía estar buscando a un vampiro: para matarlo.

Era posible que el asesino hubiera dado por fin con la horma de su zapato. Hasta aquel momento creía que quería estar presente el día en que Edward fuera derrotado. Quería ver la presa que resultara ser un bocado demasiado grande para la Muerte. Pero en aquella ocasión había visto a la presa de cerca y en persona. Si Edward y Nikolaos llegaban a conocerse y ella sospechaba que yo había tenido algo que ver… Mierda. ¡Mierda, mierda, mierda!

Debería haber delatado a Edward. Me había amenazado, y seguro que cumpliría su amenaza. Me torturaría sin pestañear para obtener información. ¿Estaba en deuda con él? No, pero aun así no lo iba a delatar; no podía. Un ser humano no entrega a otro ser humano a los monstruos. Por ningún motivo.

Mónica había roto aquella regla, y yo la despreciaba por ello. Creo que yo era lo más parecido a una amiga que tenía Edward. Una persona que sabía qué y quién era, y que a pesar de ello seguía apreciándolo. Me caía bien, a pesar de lo que era, o a causa de ello. ¿Aun sabiendo que me mataría si pintaban bastos? Sí, aun así. Desde ese punto de vista, no tenía mucho sentido. Pero no podía preocuparme por la moral de Edward. Yo era la única persona a la que veía cuando me miraba al espejo; el único dilema moral que podía resolver era el mío.

Observé a Edward mientras saludaba a Madge con unos besitos. Era mucho mejor actor que yo. También era mejor farsante.

No iba a decir nada, y Edward lo sabía. A su manera, él también me conocía. Se había apostado la vida a mi integridad, y eso me cabreaba. Odio que me utilicen. En la virtud llevaba la penitencia.

Todavía no sabía cómo, pero quizá pudiera utilizar a Edward igual que él a mí. Quizá pudiera usar su falta de escrúpulos tal como él se aprovechaba de mis principios.

La idea tenía su punto.

# VEINTISÉIS

La pelirroja que había llegado con Edward se acercó al sofá y se instaló en el regazo de Phillip. Con una risita, le rodeó el cuello con los brazos mientras balanceaba los pies. No bajó más las manos ni intentó desnudarlo. La noche iba mejorando. Edward siguió a la mujer como una sombra rubia. Tenía una copa en la mano y una sonrisa adecuadamente inofensiva en el rostro.

De no conocerlo, nunca lo habría tomado por un hombre peligroso. Edward el camaleón. Se instaló en el brazo del sofá ante la espalda de la mujer y se puso a frotarle un hombro.

—Anita, Darlene —dijo Phillip.

La saludé con un gesto. Ella volvió a reír y agitar los pies.

—Este es Teddy. ¿Verdad que es un bomboncito?

¿Teddy? ¿Un bomboncito? Conseguí sonreír, y Edward la besó en el cuello. Ella se le apretó contra el pecho, y a la vez, consiguió retorcerse en el regazo de Phillip. Coordinación de movimientos.

—¿Puedo probar un poco? —Darlene se mordió el labio y lo soltó lentamente.

—Sí —susurró Phillip con la respiración entrecortada. Algo me decía que no me iba a gustar lo que iba a ver.

Darlene le cogió el brazo y se lo acercó a la boca. Le besó con delicadeza una cicatriz y pasó las piernas entre las de Phillip hasta quedar de rodillas a sus pies, sin soltarle el brazo. La falda se le enrolló en la cintura, sujeta en las piernas. Llevaba bragas rojas de encaje y liguero a juego. Coordinación de colores.

Phillip tenía la mirada perdida. Contemplaba a la mujer, que se llevaba su brazo a la boca. Una lengüecita sonrosada lo lamió muy deprisa, cosa de aparecer, mojar y desaparecer. Levantó hacia Phillip unos ojos oscuros e intensos. Debió de gustarle lo que vio, porque empezó a lamerle las cicatrices, una a una, con delicadeza, como un gato con un plato de leche. No le apartó los ojos de la cara

en ningún momento.

Phillip se estremeció, y un espasmo le recorrió la columna. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo. Ella le subió las manos al estómago, agarró la camiseta de malla, tiró con fuerza para sacársela de los pantalones, y se puso a acariciarle el pecho desnudo.

Phillip se sacudió, con los ojos muy abiertos, y le sujetó los brazos.

—No, no —dijo. La voz le sonó ronca, demasiado grave.

—¿Quieres que pare? —preguntó Darlene con los ojos casi cerrados. La respiración se le había vuelto pesada, y entreabría sus gruesos labios expectantes.

—Si seguimos… —Phillip hacía verdaderos esfuerzos por hablar y pensar con coherencia a la vez—, Anita se quedará sola. Estará a merced de todos. Es su primera fiesta.

—¿Con esas cicatrices? —preguntó Darlene mirándome, creo que por primera vez.

—Las cicatrices son de un ataque real. Yo la he convencido para que viniera. —Le sacó las manos de debajo de la camiseta—. No puedo dejarla sola. —Su mirada se volvía más firme—. No conoce las reglas.

—Phillip, por favor. —Darlene le apoyó la cabeza en el muslo—. Te echaba de menos.

—Ya sabes qué le harían.

—Teddy la mantendrá a salvo. Él conoce las reglas.

—¿Has estado en otras fiestas? —le pregunté.

—Sí —dijo Edward. Me sostuvo la mirada durante unos instantes mientras yo trataba de imaginármelo en aquellas fiestas. Conque así era como conseguía información sobre los vampiros: a través de los *freaks*.

—No —dijo Phillip. Se puso en pie y levantó a Darlene por los brazos—. No —insistió, y la voz le sonó segura, confiada. Soltó a la mujer y me tendió la mano. La cogí; ¿qué otra cosa podía hacer?

Era una mano caliente y sudorosa. Salió de la habitación a grandes zancadas, y casi me vi obligada a correr detrás de él con los tacones para no quedarme sin mano.

Me condujo por el pasillo hasta el baño, y entramos. Cerró la puerta y se apoyó en ella, con la cara bañada de sudor y los ojos

cerrados. Recuperé la mano y no protestó.

Miré a mi alrededor en busca de un lugar donde sentarme y opté por el borde de la bañera. No era cómodo, pero era el menor de dos males. Phillip respiraba muy agitadamente y al cabo de un rato se volvió hacia el lavabo. Abrió el grifo a tope y se mojó las manos y la cara una y otra vez. Después se enderezó, con el agua chorreándole por el rostro; tenía gotas atrapadas en el pelo y las pestañas. Parpadeó ante el espejo que había sobre el lavabo. Tenía los ojos como platos y una expresión de angustia.

El agua le caía por el cuello y el pecho. Me puse en pie y le alcancé una toalla. No se movió, así que le sequé el torso con la felpa suave y perfumada.

Al final cogió la toalla y terminó de secarse. Tenía el pelo oscuro y mojado alrededor de la cara. No había manera de secarlo.

—Lo he conseguido —dijo.

—Sí —dije—. Lo has conseguido.

—He estado a punto de permitírselo.

—Pero no ha sido así, Phillip. Eso es lo que cuenta.

—Supongo. —Asintió con movimientos rápidos. Seguía sin aliento.

—Será mejor que volvamos a la fiesta.

Asintió, pero no se movió. Respiraba muy profundamente, como si le faltara oxígeno.

—Phillip, ¿estás bien? —Era una pregunta estúpida, pero no se me ocurrió nada mejor. Asintió. El rey de la locuacidad—. ¿Quieres que nos vayamos?

—Es la segunda vez que me lo dices. —Me miró—. ¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué me ofreces liberarme de mi palabra?

—Porque… —Me encogí de hombros y me froté los brazos—. Porque me parece que lo estás pasando mal. Porque eres como un yonqui que intenta quitarse, y no quiero joderte la marrana.

—Eso es muy… considerado por tu parte. —Dijo «considerado» como si fuera una palabra que no estuviera habituado a pronunciar.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Sí, pero no podemos.

—Eso ya lo has dicho antes. ¿Por qué no podemos?

—No puedo, Anita. No puedo.

—Claro que puedes. ¿Quién te da órdenes? Dímelo. ¿Qué está pasando? —Estaba de pie, casi tocándolo, casi escupiéndole las palabras en el pecho y mirándolo a los ojos. No es muy fácil ir de dura cuando hay que levantar la cabeza para mirar a la otra persona a los ojos, pero siempre he sido canija, y la práctica hace maravillas.

Me pasó un brazo por los hombros. Me aparté de él, pero entrelazó las manos en mi espalda.

—Phillip, para.

Le puse las manos en el pecho para impedir que nuestros cuerpos se juntaran. Tenía la camiseta húmeda y fría. Su corazón estaba disparado.

—Tienes la camiseta mojada —dije cuando conseguí tragar saliva.

Me soltó tan bruscamente que casi me caí. Se quitó la camiseta con un movimiento grácil; claro que el chico era experto en quitarse la ropa. Tendría un pecho precioso de no ser por las cicatrices. Se me acercó.

—No des un paso más —le ordené—. ¿A qué viene este cambio de humor?

—Me gustas; ¿no basta con eso?

—No —contesté sacudiendo la cabeza.

Tiró la camiseta al suelo. La observé caer como si fuera importante. Con dos pasos, Phillip se plantó junto a mí; puta costumbre de hacer baños diminutos. Hice lo único que se me ocurrió: me metí en la bañera. No quedó muy elegante, y menos con los tacones, pero así no estaba apretada contra el pecho de Phillip. Cualquier cosa era preferible.

—Nos miran —dijo.

Me volví lentamente, como en una película de terror mala. El crepúsculo flotaba más allá de las tenues cortinas, y una cara se asomaba desde la oscuridad. Era Harvey, el del cuero. La ventana era demasiado alta para que estuviera de pie. ¿Estaría subido en una caja? Igual habían puesto plataformas debajo de todas las ventanas, para ver mejor el espectáculo.

Dejé que Phillip me ayudara a salir de la bañera.

—¿Puede oírnos? —susurré.

Phillip negó con la cabeza. Volvió a rodearme el cuerpo con el

brazo.

—Se supone que somos amantes. ¿Y si Harvey deja de creérselo?

—Eso es chantaje.

Esbozó su sonrisa deslumbrante, desvalida, sexy. Se me hizo un nudo en el estómago. Se inclinó y no lo detuve. El beso demostró que no había publicidad engañosa: labios carnosos y suaves, una caricia en la piel, la calidez del abrazo… Me apretó la espalda desnuda con las manos y me masajeó los músculos hasta que me relajé y me quedé apoyada en él.

Me besó el lóbulo de la oreja, y noté su aliento mientras me recorría el borde de la cara con la lengua. Me encontró el pulso en el cuello con la lengua como si quisiera fundirse con él y atravesarme la piel. Me rozó el cuello con los dientes… De repente los cerró; apretó y me hizo daño. Lo aparté de un empujón.

—¡Mierda! Me has mordido.

Tenía la mirada perdida. Una gota escarlata le manchaba el labio inferior. Me llevé la mano al cuello y la retiré con sangre.

—¡Qué hijo de puta!

—Creo que Harvey se ha creído la representación. —Se lamió la sangre de la boca—. Ahora estás marcada. Ya tienes la prueba de qué eres y a qué has venido. —Suspiró entrecortadamente—. No tendré que volver a tocarte esta noche, y te prometo que no te tocará nadie más.

Me dolía el cuello. ¡Tenía un mordisco, un puto mordisco!

—¿Sabes cuántos microbios hay en la boca humana?

—No —dijo con una sonrisa, aún algo aturdido.

Lo aparté de un empujón y me eché agua en la herida. Parecía lo que era: una marca de dientes humanos. No era perfecta, pero andaba cerca.

—Qué hijo de puta.

—Tenemos que salir para que puedas buscar pistas. —Había recogido la camiseta del suelo y la tenía en la mano. Pecho desnudo y bronceado, pantalón de cuero, labios hinchados como si hubiera estado chupando algo… A mí.

—Pareces un anuncio de una agencia de gigolós —dije.

—¿Lista para salir? —preguntó encogiéndose de hombros.

Yo seguía tocándome la herida. Quería enfadarme, pero no podía. Estaba asustada. Asustada de Phillip y de lo que era, o lo que

no era. Me había pillado por sorpresa. ¿Sería verdad que estaría a salvo el resto de la noche, o sólo me había mordido para probarme?

Abrió la puerta y se quedó a la espera. Salí. Mientras volvíamos al salón, me di cuenta de que Phillip había esquivado mi pregunta. ¿Para quién trabajaba? Seguía sin saberlo.

Me avergonzaba darme cuenta de que cada vez que se quitaba la camiseta se me fundían los plomos. Pero no volvería a suceder; Phillip, el de las cicatrices, había recibido mi primer y último beso. A partir de aquel momento seguiría siendo la cazadora de vampiros dura como el acero a la que no se podía distraer con unos músculos trabajados o unos ojos bonitos.

Me llevé la mano a la marca del mordisco. Me dolía. Se acabó lo de hacernos pasar por amantes; si Phillip se me volvía a acercar, le haría daño. Claro que, conociendo a Phillip, probablemente le gustaría.

# VEINTISIETE

Madge nos interceptó en el pasillllo. Empezó a acercarme una mano al cuello; la sujeté por la muñeca.

—Ay, qué quisquillosa —dijo—. ¿Es que no te ha gustado? ¡No me digas que llevas un mes con Phillip y aún no te había probado! —Se bajó el sujetador de seda para mostrar la parte superior del pecho. Había una marca de dientes perfecta en la carne pálida—. Es la marca de fábrica de Phillip. ¿No lo sabías?

—No.

Pasé de largo y me dirigí al salón. Un desconocido cayó a mis pies. Crystal estaba encima de él y lo tenía inmovilizado. Era joven y parecía algo asustado. Levantó la vista más allá de Crystal, hacia mí. Creí que iba a pedirme ayuda, pero ella lo acalló con un beso húmedo y profundo, como si quisiera bebérselo. Él empezó a levantarle los pliegues de la falda. Tenía los muslos increíblemente blancos, como ballenas varadas.

Giré en redondo y me dirigí a la puerta. Mis tacones hacían un ruido bastante efectista contra el suelo de madera. Cualquiera habría dicho que estaba huyendo, pero de eso nada: sólo estaba andando muy deprisa.

Phillip me alcanzó en la puerta y apoyó la mano en ella para impedir que abriera. Respiré profundamente. No iba a perder los estribos, todavía.

—Lo siento, Anita, pero es mejor así. Ahora estás a salvo… de los humanos.

—No lo entiendes. —Lo miré y sacudí la cabeza—. Necesito tomar un poco el aire. No me marcho, si es lo que te preocupa.

—Voy contigo.

—No. Entonces no serviría de nada; tú eres una de las cosas de las que quiero alejarme.

Retrocedió y dejó caer la mano. Se le apagaron los ojos y mostró

una mirada esquiva y recelosa. ¿Por qué se había ofendido? Ni lo sabía ni me importaba. Abrí la puerta, y el calor me envolvió como un abrigo de piel, para variar.

—Es de noche —dijo—. No tardarán en llegar, y no podré ayudarte si no estoy contigo.

—Será mejor que entiendas esto, Phillip —le dije casi en un susurro, acercándome más a él—. Sé cuidarme mucho mejor que tú. En cuanto un vampiro chasquee los dedos, te convertirás en merienda. —Se le empezó a desencajar la cara; yo no quería verlo —. Joder, ponte las pilas.

Salí al porche cubierto de enredaderas y reprimí el impulso de cerrar de un portazo. Habría sido una niñería. Me sentía bastante infantil en aquel momento, pero prefería reservarme. Nunca se sabe cuándo puede venir bien una rabieta.

El canto de las cigarras y los grillos llenaba la noche. El viento agitaba la copa de los árboles más altos, pero no llegaba al suelo. El aire del porche estaba viciado y denso, como plastificado.

Era un placer sentir calor después del aire acondicionado de la casa. Resultaba real y, en cierto modo, purificador. Me toqué el mordisco. Me sentía sucia, usada, maltratada, y estaba enfadada y hasta los cojones de todo. Fuera no descubriría nada, pero si algo o alguien se dedicaba a matar a los vampiros que asistían a las fiestas, no me parecía tan mal.

Claro que daba igual que estuviera de parte del asesino. Nikolaos quería que resolviera los crímenes, y más me valía conseguirlo.

Aspiré el aire viciado y sentí los primeros indicios de… poder. Se filtraba entre los árboles, como el viento, pero su caricia no refrescaba la piel. El vello de la nuca intentó escaparse por la espalda. Quienesquiera que fuesen, eran poderosos. Y trataban de levantar a los muertos.

A pesar del calor, había llovido bastante, y los tacones se me hundieron en la hierba de inmediato. Acabé por avanzar medio agachada, medio de puntillas, procurando no quedarme clavada en la tierra blanda.

El suelo estaba cubierto de bellotas; era como andar sobre canicas. Caí contra el tronco de un árbol y me di un golpe bastante fuerte en el hombro que Aubrey me había dejado magullado.

Sonó un balido agudo y aterrorizado. Estaba cerca. ¿Era una ilusión auditiva provocada por la quietud del aire o de verdad había una cabra? El quejido terminó en un gorgoteo húmedo, espeso y burbujeante. Se acabaron los árboles y vi un claro que la luna teñía de plata.

Me quité un zapato y tanteé el suelo. Estaba húmedo y frío, pero no era grave. Me quité el otro zapato y eché a correr.

El jardín trasero era enorme y se perdía en la plateada oscuridad. No había nada a la vista salvo, a lo lejos, un seto de arbustos enormes, casi árboles pequeños. Corrí hacia allí; no había ningún otro lugar donde ocultar una tumba.

Como ritual, el de levantar a los muertos es bastante breve. El poder manó en la noche y entró en la tumba. Aumentó lenta pero firmemente; era una magia cálida que me agarraba de las tripas y me arrastraba hacia los arbustos. Su forma oscura creció, recortada contra la luz de la luna, y vi que eran demasiado densos; no había manera de pasar entre ellos.

Un hombre gritó.

—¿Dónde está? —Preguntó a continuación una mujer—. ¿Dónde está el zombi que nos prometiste?

—¡Lleva demasiado tiempo muerta! —La voz del hombre sonaba estrangulada por el miedo.

—Dijiste que no bastaba con los gallos, y conseguimos una cabra para el sacrificio. Pero no hay zombi. Creía que se te daba mejor.

Encontré una puerta en el extremo más alejado del seto. Era metálica, y estaba oxidada y desvencijada. El metal gimió cuando la empujé para abrir, y más de una docena de miradas se volvieron hacia mí. Caras pálidas, con la intensa quietud de los nomuertos. Vampiros. Estaban entre las antiguas lápidas de un pequeño cementerio familiar, esperando. Nadie tiene tanta paciencia como los muertos.

Uno de los vampiros que tenía más cerca era el negro de la guarida de Nikolaos. Se me disparó el pulso, e inspeccioné rápidamente a la multitud. Ella no estaba, gracias a Dios.

—¿Has venido a mirar…, reanimadora? —me preguntó con una sonrisa. Me pareció que había estado a punto de decir *Ejecutora*. ¿Sería un secreto?

En cualquier caso, les hizo un gesto a los otros para que se

apartaran y me dejaran ver el espectáculo. Zachary estaba tendido en el suelo. Tenía la camisa empapada de sangre, y es que dedicarse a cortar cuellos suele dejar manchas. Theresa estaba a su lado, con los brazos en jarras. Iba vestida de negro, sin más piel al descubierto que una franja en la cintura, pálida y casi resplandeciente a la luz de las estrellas. Theresa, la reina de las tinieblas. Me miró un momento y se volvió hacia el hombre.

—¿Y bien, Cha-cha-ry? ¿Dónde está nuestra zombi?

—Es una muerta demasiado antigua. No queda suficiente —dijo él, tragando saliva audiblemente.

—Sólo tiene cien años, reanimador. ¿Tan débil eres?

Zachary bajó la vista y escarbó la tierra blanda. Me miró y apartó los ojos rápidamente. Ni idea de si había intentado decirme algo con aquella mirada. ¿Que tenía miedo? ¿Que echara a correr? ¿Que lo ayudara? ¿Qué?

—¿De qué sirve un reanimador que no puede levantar a los muertos? —preguntó Theresa. De repente estaba junto a él, arrodillada, dándole palmadas en el hombro. Zachary se estremeció, pero no intentó apartarse.

Una oleada de seudomovimiento recorrió a los vampiros. Sentí en la columna la tensión de todo el círculo de vampiros que tenía detrás. Iban a matarlo. Que no hubiera podido levantar al zombi era sólo la excusa, parte del juego.

Theresa le desgarró la camisa por la espalda. La tela le cayó hasta los antebrazos, todavía sujeta en los pantalones. Un suspiro colectivo recorrió a los vampiros.

Zachary llevaba una cinta de cordón tejido, con cuentas incrustadas, alrededor del brazo derecho. Era un *gris-gris*, un amuleto vudú, pero no le serviría de mucho en aquella ocasión. Daba igual cuál fuera la finalidad del amuleto; no bastaría.

—Quizá seas sólo carne fresca —susurró Theresa en tono teatral.

Los vampiros empezaron a acercarse, silenciosos como el viento sobre la hierba.

No podía quedarme cruzada de brazos. Era un colega y un ser humano. No podía permitir que muriera de aquel modo, ni delante de mis narices.

—Esperad —dije.

Nadie pareció oírme. Los vampiros estrecharon el cerco, y

empezaba a perder de vista a Zachary. En cuanto uno lo mordiera, se desencadenaría un festín frenético. Lo había visto una vez y nada me libraría de las pesadillas si volvía a verlo. Levanté la voz con la esperanza de que me escucharan.

—¡Esperad! ¿Acaso no pertenece a Nikolaos? ¿No la llamaba *ama*?

Vacilaron y se separaron para dejar paso a Theresa.

—No es asunto tuyo. —Me miró fijamente y no tuve que esquivar la mirada; una cosa menos de la que preocuparme.

—Ahora sí —dije.

—¿Quieres unirte a él?

Los vampiros empezaron a ensanchar el círculo para incluirme a mí. Se lo permití, aunque tampoco podía hacer gran cosa para evitarlo. O conseguía que saliéramos los dos vivos, o yo moriría también. Quizá. Probablemente. En fin.

—Quiero hablar con él —dije—, entre colegas.

—¿Por qué? —preguntó.

Me acerqué a ella hasta casi rozarla. Su ira era palpable: la hacía quedar mal delante de los otros; yo lo sabía, y ella sabía que lo sabía. Hablé en voz muy baja, aunque algunos me oirían de todas formas.

—Nikolaos habrá ordenado su muerte, pero a mí me quiere viva, Theresa. ¿Qué te haría si ocurriera un accidente y yo muriera aquí, esta noche? —Le susurré las últimas palabras cerca de la cara—. ¿Quieres pasarte la eternidad encerrada en un ataúd rodeado de crucifijos?

Gruñó y se apartó bruscamente, como escaldada.

—¡Maldita seas, mortal! ¡Ojalá ardas en el infierno! —El pelo negro le crepitaba en torno a la cara, y la furia le convertía las manos en garras—. Habla con él; para lo que va a servir… Tiene que levantar al zombi: o lo consigue, o es nuestro. Así lo ha dicho Nikolaos.

—Si lo levanta, ¿podrá irse sin que le hagáis nada? —pregunté.

—Sí, pero no puede; no tiene suficiente poder.

—Y Nikolaos contaba con eso —dije.

Theresa sonrió con una mueca fiera que le dejó los colmillos al descubierto.

—Sssí. —Me dio la espalda y se abrió paso entre los otros

vampiros, que se apartaron como palomas asustadas. Y yo plantándole cara. A veces, el valor y la estupidez son casi indistinguibles.

—¿Estás herido? —pregunté, arrodillándome junto a Zachary.

—Te lo agradezco, pero esta noche quieren matarme —dijo, sacudiendo la cabeza. Me examinó la cara con los ojos claros y esbozó una sonrisa—. No puedes hacer nada para evitarlo. Hasta tú tienes límites.

—Si confías en mí, podemos levantar esta zombi.

Frunció el ceño y me miró fijamente. No pude interpretar su expresión; mostraba desconcierto y algo más.

—¿Por qué?

¿Qué podía decirle? ¿Que no podía quedarme cruzada de brazos mientras lo veía morir? Él había visto cómo torturaban a un hombre y no había movido un dedo. Opté por la explicación abreviada.

—Porque no puedo dejar que te maten, si puedo evitarlo.

—No te entiendo, Anita. No te entiendo en absoluto.

—Ya somos dos. ¿Puedes levantarte?

—¿Qué tramas? —preguntó tras asentir.

—Que compartamos el talento.

—Mierda, ¿sabes hacer de foco? —preguntó, los ojos muy abiertos.

—Lo he hecho dos veces. —Dos veces, pero las dos con la misma persona: la que me había enseñado el oficio. Nunca con un desconocido.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —La voz se le había convertido en un susurro.

—¿Salvarte? —pregunté.

—Compartir tu poder.

—Ya basta, reanimadora. —Theresa avanzó hacia nosotros con apenas un susurro de tela—. No puede hacerlo, y tiene que pagar el precio. Vete ahora o únete al… festín.

—¿Comeremos bestia poco hecha? —pregunté.

—¿De qué estás hablando?

—Es de *¡Cómo el Grinch robó la Navidad!*, del doctor Seuss. ¿No te lo sabes? «¡Venid al festín, al festín, al festín! De primero hay bestia poco hecha, y de postre, pudín».

—Estás como una cabra.

—Eso dicen.

—¿Es que quieres morir? —preguntó.

Me incorporé muy despacio, y sentí que algo crecía en mi interior: una seguridad, una certeza absoluta de que ella no representaba ningún peligro para mí. Sería una estupidez, pero allí estaba, firme y sólido.

—Puede que alguien me mate antes de que termine todo esto, Theresa —dije avanzando hacia ella, que retrocedió—, pero no serás tú.

Casi podía sentir su pulso. ¿Me tenía miedo? ¿Se me había ido la olla? Acababa de encararme con una vampira de cien años y la había hecho recular. Me sentía desorientada, casi con vértigo, como si hubieran modificado la realidad sin avisarme.

Theresa me volvió la espalda con los puños apretados.

—Levantad a la muerta, reanimadores, o por toda la sangre que se ha derramado en el mundo os juro que os mataré a los dos.

Creo que lo decía en serio. Me sacudí como un perro mojado. Tenía una docena larga de vampiros que tranquilizar y un cadáver de cien años que levantar. Los problemas, sólo de tropecientos en tropecientos, por favor. Tropecientos uno sería ya pasarse.

—Levántate, Zachary —dije—. Tenemos trabajo.

—No he trabajado nunca con un foco —dijo poniéndose en pie —. Tendrás que guiarme tú.

—Descuida —dije.

# VEINTIOCHO

La cabra yacía de lado. Las vértebras relucían a la luz de la luna, y todavía brotaba sangre de la herida. Tenía los ojos en blanco y la lengua colgando.

Cuanto más antiguo es un zombi, mayor es el sacrificio necesario. Lo sabía, y por eso evitaba los muertos antiguos siempre que podía. Al cabo de cien años, un cadáver es sólo un puñado de polvo y poco más. Con suerte, pueden quedar unos pocos fragmentos de hueso, que se vuelven a formar al levantarse de la tumba. Si el reanimador tiene poder suficiente.

El problema era que había muy pocos reanimadores capaces de levantar a los muertos de un siglo o más. Yo estaba entre ellos, pero no me gustaba hacerlo, simplemente. Bert y yo habíamos discutido largo y tendido sobre mis preferencias: cuanto más antiguo sea el zombi, más dinero se puede pedir. Aquel era un trabajo de veinte mil dólares, como mínimo. Dudaba seriamente que alguien pretendiera pagarme aquella noche, salvo que vivir un día más me pareciera pago bastante. Sí, supongo que lo era. Chin, chin, brindemos por un nuevo día.

Zachary se situó a mi lado. Se había sacado los restos de la camisa; estaba muy delgado y pálido, y su cara era toda sombras y piel blanca, con unos pómulos marcadísimos, casi cadavéricos.

—¿Qué hacemos? —me preguntó.

El cadáver de la cabra seguía dentro del círculo de sangre que él había trazado antes. Bien.

—Pon en el círculo todo lo que necesitamos.

Cogió un cuchillo de desollar y un tarro lleno de un ungüento claro y levemente luminoso. Yo prefería los machetes de desbrozar, pero aquel cuchillo era enorme, con un filo dentado y la punta brillante. Estaba limpio y afilado. Cuidaba bien de sus herramientas; un punto a su favor.

—No podemos volver a matar a la cabra —dijo—. ¿Qué usaremos?

—A nosotros —dije.

—¿Cómo?

—Nos hacemos un corte y tendremos tanta sangre fresca y viva como estemos dispuestos a dar.

—La pérdida de sangre nos dejaría demasiado débiles.

—Ya tenemos el círculo de sangre —dije con un gesto de negación—. Sólo vamos a reactivarlo; no hay que volver a trazarlo.

—No lo entiendo.

—No hay tiempo para explicaciones metafísicas. Cualquier herida es una pequeña muerte; si le entregamos al círculo una muerte menor, se reactivará.

—Sigo sin entenderlo —dijo, sacudiendo la cabeza.

Respiré profundamente y me di cuenta de que no podía explicárselo. Era lo mismo que tratar de explicar cómo se respira: se puede describir con todo detalle, pero eso no basta para aclarar qué se siente al respirar.

—Te lo demostraré. —A fin de cuentas, si no conseguía que comprendiera sin necesidad de palabras aquella parte del ritual, el resto tampoco funcionaría.

Tendí una mano para que me diera el cuchillo. Vaciló y me lo entregó, por el mango. Era bastante pesado, pero es que no estaba ideado para lanzarlo. Respiré profundamente y me apreté el filo contra el brazo izquierdo, justo debajo de la quemadura en forma de cruz. Un corte rápido, y fluyó la sangre, oscura. Sentí un dolor punzante e inmediato. Solté el aire que había estado reteniendo y le tendí el cuchillo a Zachary.

Él se nos quedó mirando fijamente al cuchillo y a mí.

—Hazte el corte en el brazo derecho, para que el uno sea reflejo del otro —le dije.

Asintió y se hizo un corte rápido en el brazo derecho. Contuvo la respiración y sofocó un grito.

—Arrodíllate conmigo —le ordené. Él imitó mis movimientos como un espejo, tal como le había pedido. Era capaz de seguir instrucciones; ya es algo.

Doblé el brazo del corte y lo levanté de forma que los dedos me quedaran a la altura de la cabeza, y el codo, a la altura del hombro.

Él hizo lo mismo.

—Ahora tenemos que juntar las manos y unir los cortes.

Zachary vaciló, inmóvil.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Hizo dos sacudidas breves con la cabeza y cerró la mano en torno a la mía. Su brazo era más largo que el mío, pero nos las apañamos.

Tenía la piel espantosamente fría. Lo miré a la cara, pero no pude interpretar su expresión. No tenía ni idea de qué estaba pensando. Hice una inspiración profunda y purificadora, y empecé:

—Damos nuestra sangre a la tierra. Vida por muerte, muerte por vida. Álcense los muertos para beber nuestra sangre. Démosles alimento para ganar su obediencia.

Abrió los ojos de par en par. Había comprendido: un problema menos. Nos pusimos en pie y lo guié en torno al círculo de sangre. Podía sentirlo, como una corriente eléctrica en la columna vertebral. Miré a Zachary a los ojos; a la luz de la luna, parecían casi plateados. Recorrimos el círculo y terminamos en el punto de partida, junto al sacrificio.

Nos sentamos en la hierba empapada de sangre. Mojé la mano derecha en el cuello de la cabra, que todavía rezumaba. Tuve que arrodillarme para llegar a la cara de Zachary; le unté de sangre la frente y a continuación bajé por las mejillas, cubiertas de piel suave y una barba incipiente. Le dejé una huella oscura sobre el corazón.

La cinta que llevaba en el brazo era como un anillo de oscuridad. Unté de sangre las cuentas, y noté el suave tacto de las plumas entretejidas. El *gris-gris* necesitaba sangre, podía sentirlo, pero no sangre de cabra. Preferí no pensar en ello; ya tendría tiempo de preocuparme por la magia personal de Zachary.

Él también me untó la cara con sangre, sólo con las yemas de los dedos, como si le diera miedo tocarme. Le temblaba la mano mientras me recorría la mejilla. Sentí la sangre húmeda y fría en el pecho. Sangre del corazón.

Zachary abrió el tarro de ungüento casero. Era blancuzco, con toques verdosos de musgo de cementerio. Le unté con él las manchas de sangre, y su piel lo absorbió. Él también me embadurnó la cara de ungüento. Era espeso como la cera. Distinguí el aroma de romero para la memoria, canela y clavo para la conservación, salvia

para la sabiduría y alguna otra hierba de olor intenso, quizá tomillo, para unirlas a todas. Pero se le había ido la mano con la canela: la noche olía de pronto a tarta de manzana.

Los dos nos pusimos a extender ungüento y sangre por la lápida. Recorrí con los dedos los restos de la inscripción tallada en el mármol. Estelle Hewitt, nacida en mil ochocientos algo y muerta en 1866. Había algo más debajo de la fecha y el nombre, pero resultaba ilegible. ¿Quién había sido? Nunca había levantado a un zombi del que no supiera nada. No es que siempre fuera buena idea, pero es que nada de aquello lo era.

Zachary se situó al pie de la tumba, y yo me quedé junto a la lápida. Era como si estuviéramos unidos por una cuerda invisible. Empezamos a recitar juntos, sin más preguntas.

—Escúchanos, Estelle Hewitt. Te conminamos a que vuelvas de la tumba. Con sangre, magia y acero, te conminamos. Álzate, Estelle, ven a nosotros, ven a nosotros.

Zachary me buscó con la mirada, y sentí un tirón en la cuerda que nos unía: era poderoso. ¿Por qué no había conseguido hacerlo solo?

—Estelle, Estelle, ven a nosotros. Despierta, Estelle, álzate y ven a nosotros. —Gritábamos su nombre en voz cada vez más alta.

La tierra se estremeció. La cabra cayó hacia un lado cuando estalló el suelo y una mano aferró el aire. Salió otra mano, que también se agarró a la nada, y la tierra empezó a escupir el cadáver.

Fue entonces, precisamente entonces, cuando comprendí qué fallaba, por qué Zachary no había podido levantarla solo. Ya sabía de qué me sonaba su cara: había asistido a su velatorio. Los reanimadores éramos tan pocos que, cuando moría uno, los demás nos presentábamos y punto. Cortesía profesional. Había visto aquella cara angulosa maquillada y con colorete. Recordé haber pensado que habían hecho una chapuza.

La zombi ya estaba casi fuera de la tumba. Se sentó jadeante, con las piernas aún atrapadas en la tierra.

Los ojos de Zachary y los míos se cruzaron por encima de ella. Sólo fui capaz de quedarme mirándolo embobada. Estaba muerto, pero no era un zombi ni nada de lo que yo hubiera oído hablar. Me habría jugado la vida a que era humano, y puede que acabara de hacerlo.

La cinta tejida de su brazo, eso era. El hechizo que no había quedado satisfecho con sangre de cabra. ¿Qué hacía para mantenerse con «vida»?

Había oído rumores sobre amuletos *gris-gris* que podían engañar a la muerte. Rumores, leyendas, cuentos… O quizá no.

Puede que Estelle Hewitt hubiera sido guapa, pero cien años en la tumba estropean a cualquiera. Tenía la piel grisácea, cerúlea, inexpresiva, como si fuera falsa. Llevaba las manos ocultas bajo unos guantes blancos manchados de tierra de la tumba. Vestía de blanco con un montón de encaje; habría jurado que era un vestido de novia. Madre de Dios.

Tenía el cráneo cubierto por los restos de un moño de pelo negro, y unos pocos mechones le rodeaban la cara, casi una calavera. Se le notaban todos los huesos, como si tuviera la piel estirada sobre un armazón. Tenía los ojos fieros, oscuros, con demasiado blanco. Por lo menos no los tenía secos como pasas; era algo que me repugnaba.

Estelle se sentó junto a la tumba e intentó poner sus pensamientos en orden. Iba a tardar un poquito. Incluso los muertos recientes necesitaban unos minutos para orientarse, y cien años eran un huevo de tiempo.

Rodeé la tumba, con cuidado de mantenerme dentro del círculo. Zachary me vio acercarme sin decir palabra. No había podido levantar el cadáver porque él mismo era un cadáver. Con los muertos recientes podía apañárselas, pero no con los antiguos. Muertos que levantaban muertos; allí había algo muy, pero que muy chungo.

Lo miré fijamente y observé cómo cogía el cuchillo. Conocía su secreto. ¿Y Nikolaos? ¿Lo sabía alguien más? Aparte de quienquiera que hubiera hecho el *gris-gris*. Me apreté alrededor del corte del brazo, y acerqué los dedos ensangrentados al *gris-gris*.

Zachary me sujetó la muñeca, con los ojos muy abiertos. Se le había acelerado la respiración.

—Tú no.

—Entonces, ¿quién?

—Gente a la que nadie echará en falta.

La zombi que habíamos levantado se movió con un crujir de enaguas y miriñaques, y empezó a arrastrarse hacia nosotros.

—Debería haber dejado que te mataran —dije.

—¿Es posible matar a los muertos? —preguntó sonriente.

—Yo lo hago continuamente. —Me liberé la muñeca.

La zombi estaba tirándome de las piernas. Parecía que me estuvieran clavando palitos.

—Dale tú de comer, capullo —dije.

Zachary tendió la muñeca. La zombi la cogió, torpe e impaciente, y le olisqueó la piel, pero lo soltó sin hacer nada.

—Creo que no puedo, Anita.

Ya lo veía. Para cerrar el ritual hacía falta sangre fresca y viva. Zachary estaba muerto; ya no servía. Pero yo sí.

—Vete a la mierda, Zachary, que te den.

Se limitó a mirarme.

La zombi empezó a emitir una especie de maullido ronco. Virgen santa. Le ofrecí el brazo ensangrentado. Me clavó unas manos como palos, cerró la boca alrededor de la herida y succionó. Reprimí el impulso de apartarme. Yo había hecho el trato y había escogido el ritual: no tenía elección. Miré a Zachary mientras aquella cosa se alimentaba de mi sangre. Nuestra zombi, un trabajo en equipo. Hay que joderse.

—¿A cuántas personas has matado para mantenerte vivo?

—No creo que quieras saberlo.

—¿A cuántas?

—A suficientes —dijo.

Me preparé y levanté el brazo, casi obligando a la zombi a ponerse en pie. Soltó un gritito, un sonido débil, como un gato recién nacido. Me soltó el brazo tan bruscamente que cayó de espaldas. La sangre le caía por la mandíbula y le manchaba los dientes. Me ponía enferma.

—El círculo está abierto —dijo Zachary—. La zombi es vuestra.

Durante un momento pensé que me hablaba a mí, hasta que me acordé de los vampiros. Estaban agrupados en la oscuridad, tan callados e inmóviles que me había olvidado de ellos. Yo era el único ser vivo de aquel maldito lugar. Tenía que largarme de allí.

Recogí los zapatos y salí del círculo. Los vampiros me abrieron paso, pero Theresa se interpuso en mi camino.

—¿Por qué has hecho eso? Los zombis no chupan sangre.

Sacudí la cabeza. ¿Por qué pensé que resultaría más breve

explicárselo que discutir con ella?

—El ritual anterior había salido mal. No podíamos empezar de nuevo sin otro sacrificio, de modo que yo he hecho de sacrificio.

—¿Te has ofrecido tú misma? —dijo, mirándome fijamente.

—No tenía nada mejor a mano, Theresa. Ahora, quítate de en medio. —Estaba cansada y mareada. Tenía que marcharme de allí inmediatamente. Puede que lo notara en mi voz, o puede que estuviera demasiado ansiosa por empezar con la zombi para meterse conmigo, pero el caso es que se apartó. Desapareció como si se la hubiera llevado el viento. Que siguieran con sus jueguecitos. Yo me iba a casa.

Oí un grito a mis espaldas. Un sonido breve y ahogado, de una voz que no estaba acostumbrada a hablar. Seguí caminando. Era la zombi; conservaba suficientes recuerdos humanos para sentir miedo. Oí una risa profunda, un eco débil de la de Jean-Claude. ¿Dónde estás, Jean-Claude?

Miré una sola vez hacia atrás. Los vampiros cerraban el círculo, y la zombi se tambaleaba de un lado a otro, tratando de huir, pero no tenía escapatoria.

Atravesé la puerta desvencijada dando tumbos. El viento ya había bajado de los árboles. Se oyó otro grito procedente del otro lado del seto. Eché a correr sin volver la vista atrás.

# VEINTINUEVE

Resbalé en la hierba mojada. Las medias no están hechas para correr. Me quedé sentada, concentrada en respirar e intentando poner la mente en blanco. Había levantado una zombi para salvar a un ser humano que no era un ser humano. Y los vampiros estaban torturando a la zombi que había levantado. Joder. Y aún quedaba un montón de noche por delante.

—Ahora ¿qué? —susurré.

Una voz me respondió, ligera como la música.

—Hola, reanimadora. Parece que estás disfrutando de una velada intensa.

Nikolaos estaba oculta entre las sombras de los árboles. Willie McCoy estaba con ella, algo apartado, no exactamente a su lado, como si fuera un guardaespaldas o un criado. Me inclinaba por lo segundo.

—Pareces inquieta. ¿Qué te pasa? —La voz se elevó en un canturreo melodioso. La niñita peligrosa había vuelto.

—Zachary ha levantado la zombi. Ya no puedes usar esa excusa para matarlo.

Y entonces me eché a reír, pero la carcajada me sonó brusca y seca hasta a mí. Ya estaba muerto. No creía que Nikolaos lo supiera. No podía leer las mentes; sólo obligar a la gente a decir la verdad. Habría apostado cualquier cosa a que no se le había ocurrido preguntar: «¿Estás vivo, Zachary, o eres un cadáver ambulante?». No conseguía dejar de reírme.

—Anita, ¿qué te pasa? —La voz de Willie era la misma de siempre.

Hice lo posible por recobrar el aliento.

—Nada. Estoy bien.

—No le veo la gracia a la situación, reanimadora. —La voz de niña iba desvaneciéndose, como si se retirara una máscara—. Has

ayudado a Zachary a levantar la zombi. —Hizo que sonara como una acusación.

—Sí.

Oí un movimiento en la hierba; eran los pasos de Willie, nada más. Levanté la mirada y vi que Nikolaos se me acercaba, silenciosa como un gato. Lucía su sonrisa de niña graciosa, inofensiva, modélica y monísima. No. Tenía la cara un poco alargada. La niñita perfecta ya no era tan perfecta. Cuanto más se acercaba, más defectos le veía. ¿Estaba viendo su aspecto real? ¿Era posible?

—No me quitas los ojos de encima, reanimadora. —Soltó una risa aguda y descontrolada, como campanillas en una tormenta—. Cualquiera diría que has visto un fantasma. —Se arrodilló, recogiéndose el pantalón por encima de las rodillas como si fuera una falda—. ¿Has visto un fantasma? ¿Algo que te asuste? ¿O es por otra cosa? —Tenía la cara a dos palmos de la mía.

Yo contenía el aliento con los dedos clavados en el suelo. El miedo me cubría como una segunda piel, gélido. Aquel rostro era agradable, sonriente, alentador… De verdad que lo único que le faltaba era un hoyuelo.

—La he levantado yo. —La voz me salió ronca, y tuve que toser para aclarármela—. No quiero que le hagáis daño.

—Pero sólo es una zombi. No se puede decir que tenga mente.

Me quedé sin hacer nada frente a aquella cara delgada y agradable, con miedo de apartar la vista y con miedo de mirarla. El deseo de huir me oprimía el pecho.

—Fue un ser humano. No quiero que la torturéis.

—No le harán gran cosa. Además, mis vampiritos sufrirán una decepción; los muertos no pueden alimentarse de los muertos.

—Los algules sí.

—Pero ¿qué es un algul, reanimadora? ¿Está muerto realmente?

—Sí.

—¿Yo estoy muerta? —preguntó.

—Sí.

—¿Estás segura? —Tenía una pequeña cicatriz cerca del labio superior. Debía de habérsela hecho antes de morir.

—Completamente —dije.

Rió, con un sonido contagioso capaz de henchir el corazón. Se me revolvió el estómago al oírla. Al paso que iba acabaría por odiar

las películas de Shirley Temple.

—No creo que estés segura en absoluto. —Se puso en pie con un movimiento fluido. Lo que hacen años de práctica.

—Quiero que devolváis a la zombi a la tumba. Ahora, esta noche.

—No estás en situación de pedir nada. —La voz era muy fría, muy adulta. Los niños no saben arrancar la piel a tiras con la voz.

—Yo la he levantado y no quiero que la torturéis.

—¿Verdad que es una pena?

—Por favor —dije. ¿Qué otra cosa podía decir?

—¿Por qué es tan importante para ti? —Me miraba fijamente.

—Porque sí. —No me sentí capaz de explicárselo.

—¿Hasta qué punto es importante? —preguntó.

—No sé a qué te refieres.

—¿Qué estarías dispuesta a soportar por tu zombi?

—No te entiendo. —El miedo me atenazó la boca del estómago.

—Claro que sí —dijo.

Me incorporé, aunque no creía que me fuera a servir de gran cosa. Era más alta que ella. Nikolaos era diminuta, una niñita delicada. Ya.

—¿Qué quieres?

—No lo hagas, Anita. —Willie se mantenía a cierta distancia, como si no se atreviera a acercarse demasiado. Muerto parecía más listo que cuando estaba vivo.

—Cállate, Willie. —Lo dijo en tono normal, sin gritos, sin amenazas. Pero Willie se calló de inmediato, como un perro bien adiestrado. Puede que captara mi mirada, o puede que fuera por otro motivo, pero añadió—: Tuve que castigar a Willie por no haber conseguido contratarte la primera vez.

—¿Lo castigaste?

—Estoy segura de que Phillip te ha informado sobre mis métodos.

—Un ataúd rodeado de crucifijos —confirmé.

Me ofreció otra sonrisa alegre y radiante, que las sombras convirtieron en una mueca despiadada.

—A Willie le daba pánico que pudiera dejarlo allí durante meses, incluso años.

—Los vampiros no pueden morir de hambre. Hasta ahí llego.

«Zorra, sólo puedes mantenerme asustada mientras no me enfade —añadí para mis adentros—. Y sienta tan bien enfadarse…»

—Hueles a sangre fresca. Si me dejas probarte, dejaré descansar en paz a tu zombi.

—¿Probarme significa morderme? —pregunté.

Soltó una risa dulce y conmovedora. Zorra.

—Sí, humana, significa morderte. —De repente estaba junto a mí. Me aparté instintivamente, y se volvió a reír—. Parece que Phillip se me ha adelantado.

Durante un momento no entendí a qué se refería; luego me llevé una mano a la marca que tenía en el cuello. De repente me sentí incómoda, como si me hubiera pillado desnuda. Su risa flotó en el aire. Empezaba a atacarme los nervios, de verdad.

—De eso nada —dije.

—Pues déjame entrar otra vez en tu mente. Eso también me nutre.

Sacudí la cabeza demasiado deprisa, demasiadas veces. Preferiría morir a permitirle entrar de nuevo en mi mente. Si podía elegir, claro.

No muy lejos resonó un grito: Estelle recuperaba la voz. Temblé como si hubiera recibido una bofetada.

—Déjame probar tu sangre, reanimadora. Sin morder. —Me mostró los colmillos al decir esto último—. Te quedas quieta y no haces nada para detenerme. Probaré la herida que tienes en el cuello, pero no me alimentaré de ti.

—Ya no sangra. Se ha cerrado.

—La lameré hasta que vuelva a sangrar. —Sonrió, toda dulzura ella.

Tragué saliva. No sabía si podría con aquello. Resonó otro grito, agudo y desorientado. Dios.

—Anita… —dijo Willie.

—Cállate o desatarás mi ira. —La voz sonó como un gruñido, grave y oscuro.

Willie pareció encogerse por momentos. Su cara era un triángulo blanco bajo el pelo negro.

—Déjalo, Willie —dije—. No quiero que te pase nada por mi culpa.

Willie me miró desde donde estaba, a unos pocos metros que

podrían haber sido kilómetros. Pero me bastó con ver su gesto compungido. Pobre Willie. Y pobre de mí.

—¿De qué te sirve si no te vas a alimentar? —pregunté.

—No me sirve de nada. —Me acercó una mano pequeña y pálida —. Aunque, desde luego, el miedo es una especie de néctar. —Cerró sus dedos fríos en torno a mi muñeca. Me sobresalté, pero no la retiré. Iba a permitírselo, ¿verdad?—. Es como una sombra de la alimentación, humana. La sangre y el miedo siempre son valiosos, se obtengan como se obtengan. —Se acercó más. Noté su aliento en la piel y retrocedí. Sólo su mano en la muñeca me mantenía cerca de ella.

—Un momento. Primero quiero que liberéis a la zombi, ahora mismo.

—Muy bien. —Asintió lentamente, mirándome, y después dirigió la mirada al vacío, como si sus ojos acuosos vieran cosas que no estaban o que yo no podía ver. Sentí cierta tensión en su mano, casi como un calambre.

—Theresa los ahuyentará y le dirá al reanimador que ponga la zombi a descansar.

—¿Acabas de darle esas instrucciones ahora mismo?

—Está a mis órdenes, ¿no lo sabías?

—Sí, lo suponía. —No sabía de ningún vampiro telépata. Claro que hasta la noche anterior tampoco sabía que pudieran volar. Jo, estaba aprendiendo un montón.

—¿Cómo sé que me dices la verdad? —pregunté.

—Tendrás que confiar en mí.

Hombre, eso casi había tenido gracia. Si tenía sentido del humor, puede que acabáramos entendiéndonos. Ja.

Me tiró de la muñeca para acercársela más al cuerpo, conmigo detrás. Su mano era acero hecho carne. Para soltarme habría necesitado un soplete, como mínimo. Y, vaya por Dios, justo cuando me había quedado sin sopletes.

La parte superior de su cabeza me llegaba a la barbilla, y tuvo que ponerse de puntillas para que notara su aliento en el cuello. Aquello debería haberse cargado la sensación de amenaza. Pues no. Cuando sentí el roce de sus labios suaves me estremecí. Ella se rió contra mi piel y apretó la cara. Empecé a temblar descontroladamente.

—Te prometo que iré con cuidado. —Volvió a reír, y reprimí el impulso de apartármela de encima. Habría dado lo que fuera por meterle una hostia; sólo una, pero bien dada. Pero no me parecía una buena noche para morir. Además, habíamos hecho un trato.

—Pobrecilla, estás temblando. —Me puso una mano en el hombro para mantener el equilibrio y me rozó la base del cuello con los labios—. ¿Tienes frío?

—Déjate de gaitas. ¡Hazlo de una vez!

—¿No quieres que te toque? —preguntó, tensándose contra mí.

—No —dije. ¿Estaría loca? Una pregunta retórica.

—¿Dónde tengo la cicatriz de la cara? —preguntó con voz tranquila.

—Cerca de la boca —contesté sin pensar.

—¿Y cómo lo sabes? —siseó.

El corazón me dio un vuelco. Ay. Le había dado a entender que sus trucos no le salían bien.

Me clavó la mano en el hombro. Dejé escapar un sonido ahogado, pero no grité.

—¿Qué has estado haciendo, reanimadora?

No tenía ni la más remota idea, pero me daba que no se lo creería.

—¡Déjala en paz! —Phillip apareció corriendo entre los árboles —. Me prometiste que no le haríais daño esta noche.

—Willie. —Nikolaos ni siquiera se volvió. Sólo pronunció su nombre, pero como todos los buenos criados, sabía qué se esperaba de él.

Se colocó frente a Phillip con un brazo extendido, para intentar detenerlo. Phillip esquivó el brazo y pasó de largo.

Willie no había sido nunca un gran luchador, y la fuerza no basta cuando se tiene un equilibrio de mierda.

Nikolaos me llevó los dedos a la barbilla y me hizo volver la cara hacia ella.

—No me obligues a mantener tu atención, reanimadora. Y no te gustarían los métodos que elegiría.

Tragué saliva. Probablemente, tenía razón.

—Tienes toda mi atención, en serio. —Mi voz era un susurro ronco ahogado por el miedo, pero si intentaba aclararme la garganta, le tosería en la cara. No me pareció buena idea.

Oí que alguien corría por la hierba. Reprimí el impulso de levantar la vista y apartarla de la vampira.

Nikolaos se volvió para mirar la procedencia del sonido. Vi que se movía, pero a tal velocidad que se desdibujó. De repente estaba mirando en otra dirección. Phillip estaba frente a ella. Willie lo alcanzó y lo cogió del brazo, pero no parecía saber qué más hacer. ¿Se le ocurriría que podía machacarle el brazo? Me daba que no.

—Suéltalo. —A Nikolaos sí se le había ocurrido—. Si quiere venir, que venga. —Su voz prometía mucho dolor.

Willie retrocedió. Phillip se quedó donde estaba, mirándome.

—¿Estás bien, Anita?

—Vuelve adentro, Phillip. Te agradezco tu preocupación, pero he hecho un trato con ella. No va a morderme.

—Me prometiste que no le haríais daño. Me lo prometiste. —Phillip sacudía la cabeza y se dirigía a Nikolaos con cuidado de no mirarla directamente.

—Y no sufrirá ningún daño. Soy fiel a mi palabra… casi siempre.

—No pasa nada, Phillip. No quiero que te pase nada por mi culpa. —La confusión se adueñó de su rostro. No sabía qué hacer; parecía que se le hubiera perdido el coraje entre la hierba. Pero no retrocedió. Un punto así de grande para él. Yo habría retrocedido…, supongo. Oh, mierda. Phillip estaba siendo muy valiente, y no me apetecía que muriera por ello.

—¡Vuelve adentro, Phillip, por favor!

—No —dijo Nikolaos—, deja que juegue al soldadito valiente si quiere.

Phillip flexionó las manos, como si intentara agarrarse a algo.

De repente, Nikolaos estaba a su lado. Yo no la había visto moverse, y Phillip no se había dado cuenta todavía: seguía mirando el lugar que ocupaba la vampira hacía un instante. Nikolaos le barrió las piernas de una patada, y Phillip cayó sobre la hierba, mirándola como si acabara de aparecer.

—¡No le hagas daño! —dije.

Una manita pálida se puso en movimiento y lo rozó. Phillip salió despedido hacia atrás y cayó de costado, con la cara ensangrentada.

—¡Nikolaos, por favor! —exclamé. Hasta había dado dos pasos hacia ella, y por voluntad propia. Siempre podía intentar coger la pistola. No la mataría, pero Phillip tendría tiempo para huir. Si es

que quería huir.

Se oyeron unos gritos procedentes de la casa.

—¡Pervertidos! —gritaba una voz de hombre.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—La Iglesia de la Vida Eterna ha mandado a sus acólitos —respondió Nikolaos. Parecía hacerle gracia—. Tendré que abandonar esta pequeña reunión. —Se volvió hacia mí, dejando a Phillip aturdido en la hierba—. ¿Cómo me has visto la cicatriz? —preguntó.

—No lo sé.

—Mentirosilla. Ya hablaremos más tarde. —Y se marchó corriendo como una sombra etérea bajo los árboles. Al menos no se había ido volando. Aquella noche, mi neurona no lo habría soportado.

Me arrodillé al lado de Phillip. Tenía sangre donde ella le había dado el golpe.

—¿Puedes oírme?

—Sí. —Consiguió sentarse—. Tenemos que salir por patas. Los meapilas siempre van armados.

—¿Les da por atacar fiestas de *freaks* muy a menudo? —pregunté mientras lo ayudaba a ponerse en pie.

—Siempre que pueden.

Parecía capaz de tenerse en pie. Menos mal; yo no habría podido llevarlo muy lejos.

—Ya sé que no tengo derecho a pedíroslo —dijo Willie—, pero os ayudaré a llegar al coche. —Se secó las manos en el pantalón—. ¿Podéis llevarme?

Me eché a reír. No pude evitarlo.

—¿No puedes desaparecer como los demás?

—Aún no he aprendido —dijo, encogiéndose de hombros.

—Oh, Willie. —Suspiré—. Venga, vámonos de aquí.

Me sonrió. Poder mirarlo a los ojos hacía que me resultara casi humano. Phillip no se opuso a que nos acompañara el vampiro. ¿Por qué había pensado que pondría peros?

Se seguían oyendo gritos procedentes de la casa.

—Alguien llamará a la pasma —dijo Willie.

Tenía razón, y yo no podría explicar qué hacía allí. Cogí a Phillip de la mano y me apoyé en él mientras volvía a ponerme los

zapatos.

—Si hubiera sabido que nos iba a tocar huir de una horda de fanáticos enloquecidos, me habría puesto unos tacones más bajos.

Me agarré del brazo de Phillip para mantener el equilibrio mientras atravesaba el campo minado de bellotas. Menudo momento para torcerse un tobillo.

Ya casi habíamos llegado al camino cuando tres individuos salieron de la casa. Uno llevaba una porra; los otros eran vampiros y no necesitaban armas. Abrí el bolso, saqué la pistola y la sujeté, oculta tras la falda. Le di a Phillip las llaves del coche.

—Pon el coche en marcha; yo os cubro.

—No sé conducir —dijo.

—¡Mierda! —Lo había olvidado.

—Yo conduciré. —Willie me pidió las llaves y se las di.

Uno de los vampiros se lanzó hacia nosotros, con los brazos muy abiertos y siseando. Quizá sólo quisiera asustarnos; quizá quisiera algo más. Yo había tenido suficiente por una noche. Quité el seguro, cargué una bala y disparé al suelo, a sus pies. Vaciló y estuvo a punto de tropezar.

—Las armas de fuego no me hacen nada, humana.

Hubo un movimiento bajo los árboles. No sabía si eran amigos o enemigos, ni si importaba. El vampiro siguió avanzando. La zona era residencial, y las balas pueden recorrer mucho trecho antes de alcanzar algo. No podía correr riesgos.

Levanté el brazo, apunté y disparé. Le di en el estómago. Se sacudió y pareció encogerse alrededor de la herida. Estaba estupefacto.

—Balas bañadas en plata, colmillitos.

Willie se dirigió hacia el coche. Phillip dudó entre ayudarme y seguirlo.

—Al coche, Phillip. Ya.

El segundo vampiro estaba tratando de rodearnos.

—Quieto parado —le ordené. Se quedó inmóvil—. Al primero que se me haga el chulo le meto una bala en el cerebro.

—No nos mataría —dijo el segundo vampiro.

—No, pero tampoco creo que os sentara bien.

El humano armado con la porra se acercó un poco.

—Ni se te ocurra —le dije.

El coche se puso en marcha. No me atreví a volverme. Caminé de espaldas, con miedo a que los putos tacones me hicieran tropezar. Si me caía, se me echarían encima, y en ese caso, alguien acabaría por palmarla.

—Vamos, Anita, sube. —Era Phillip, que estaba asomado a la puerta del acompañante.

—Hazme sitio. —Se apartó y entré en el coche. El humano corría hacia nosotros—. ¡Vámonos, ahora!

Las ruedas hicieron saltar gravilla y yo cerré la portezuela de golpe. De verdad que no quería matar a nadie aquella noche. El humano se protegía la cara de la grava cuando salimos disparados por el camino.

El coche daba tumbos y estuvo a punto de estamparse contra un árbol.

—Más despacio —dije—; estamos a salvo.

Willie levantó el pie del acelerador y me sonrió.

—Lo hemos conseguido.

—Sí. —Le devolví la sonrisa, aunque no estaba tan segura.

Phillip seguía sangrando por la herida de la cara. Me quitó las palabras de la boca:

—Sí, pero ¿durante cuánto tiempo? —Parecía tan cansado como yo.

—Todo se arreglará, Phillip —dije, dándole unas palmaditas en el brazo.

Me miró. Parecía haber envejecido de tan cansado que estaba.

—No te lo crees ni tú.

¿Qué podía decirle? Tenía razón.

# TREINTA

Volví a poner el seguro de la pistola y me abroché el cinturón de seguridad. Phillip se desplomó en mitad del asiento, con las largas piernas extendidas a los lados del cambio de marchas. Tenía los ojos cerrados.

—¿Adónde vamos? —preguntó Willie.

Buena pregunta. Quería irme a casa a dormir, pero…

—Phillip necesita que le curen la cara.

—¿Quieres llevarlo a un hospital?

—No es nada —dijo Phillip en voz baja. La voz le sonaba rara.

—Pero si estás hecho una piltrafa —dije.

Abrió los ojos y se volvió para poder mirarme. La sangre le resbalaba por el cuello, un reguero húmedo y oscuro que brillaba a la luz de las farolas.

—Tú acabaste mucho peor anoche —dijo.

Aparté la vista y miré por la ventana. No sabía qué decir.

—Ya estoy bien.

—Yo también me pondré bien.

Volví a mirarlo. Tenía los ojos fijos en mí. Por más que lo intentaba, no lograba descifrar su expresión.

—¿Qué piensas, Phillip?

Volvió la cabeza para mirar al frente. Su cara era una silueta envuelta en sombras.

—Que me he enfrentado al ama. Lo he conseguido. ¡Lo he conseguido! —Su tono ganaba en fuerza y pasión a ojos vistas. Transmitía un orgullo feroz.

—Has sido muy valiente —dije.

—Sí, ¿verdad?

—Sí —convine con una sonrisa.

—Disculpad la interrupción —dijo Willie—, pero ¿adónde llevo este trasto?

—Déjame en el Placeres Prohibidos —dijo Phillip.

—Deberías ir al médico.

—Allí se ocuparán.

—¿Estás seguro?

Asintió, hizo una mueca de dolor y se volvió para mirarme.

—Querías saber quién me daba las órdenes. Era Nikolaos. Y tenías razón: el primer día me encargó que te sedujera. —Sonrió, pero la sonrisa no resultaba muy convincente con tanta sangre—. Supongo que no era adecuado para la misión.

—Phillip… —dije.

—No te preocupes. No te equivocabas conmigo: estoy enfermo. No me extraña que no me desees.

Miré a Willie. Se concentraba en conducir como si le fuera la vida en ello. Hay que joderse, era más listo muerto que vivo. Suspiré, tratando de pensar qué decir.

—Phillip… El beso, antes de que… me mordieras… —Dioses, ¿cómo se lo decía?—. Me gustó.

—¿Lo dices en serio? —Me lanzó una breve mirada y apartó la vista.

—Sí.

Un silencio incómodo se apoderó del coche. No se oía nada, salvo el roce de las ruedas contra el asfalto. Sólo había destellos de luces en la noche y la distancia que impone la oscuridad.

—Enfrentarte a Nikolaos esta noche ha sido lo más valeroso que haya visto nunca —dije—… y también lo más estúpido. —Soltó una risa entrecortada, de sorpresa—. Que no se repita. No me gustaría cargar con tu muerte.

—Ha sido decisión mía —dijo.

—Pero no te me vuelvas a hacer el héroe, ¿vale?

—Si muriera, ¿lo sentirías? —preguntó mirándome.

—Sí.

—Supongo que algo es algo.

¿Qué quería que dijera? ¿Esperaba que le confesara amor eterno o alguna tontería por el estilo? ¿Deseo eterno, a lo mejor? Tanto lo uno como lo otro habría sido mentira. ¿Qué quería de mí? Estuve a punto de preguntárselo, pero me corté. Me faltaron ovarios.

# TREINTA Y UNO

Cuando subí las escaleras de casa eran casi las tres. Me dolían todos los cardenales, y tenía los pies, las rodillas y los riñones molidos a causa de los tacones. Quería darme una ducha, muy larga y muy caliente, y acostarme. Con un poco de suerte conseguiría dormir ocho horas seguidas, pero tampoco las tenía todas conmigo.

Llevaba las llaves en una mano y la pistola en la otra, apuntando al suelo por si algún vecino abría la puerta inesperadamente. Tranquilos, amigos, sólo es la simpática reanimadora del barrio; no hay nada que temer. Ya.

Por primera vez en mucho tiempo, la puerta estaba tal como la había dejado: cerrada con llave. Menos mal. No estaba de humor para jugar a policías y ladrones de madrugada.

Lancé los zapatos por los aires nada más entrar, y fui dando tumbos al dormitorio. La luz del contestador automático estaba intermitente. Dejé la pistola en la cama, pulsé el botón y empecé a desnudarme.

—Hola, Anita, soy Ronnie. He concertado una cita para mañana con un miembro de la LAV. En mi despacho a las once en punto. Si no te va bien, déjame un mensaje y te llamaré. Cuídate.

*Clic*, *rrr*. La voz de Edward salió de la máquina:

—Se te acaba el tiempo, Anita. —*Clic*.

Mierda.

—Te gustan los jueguecitos, ¿verdad, hijo de puta? —Me estaba cabreando y no sabía qué hacer con Edward. Ni con Nikolaos, Zachary, Valentine y Aubrey. Lo que sí sabía es que quería ducharme; empezaría por ahí, e igual tenía alguna idea genial mientras me limpiaba la sangre de cabra.

Cerré la puerta del baño y dejé la pistola en la tapa del retrete. Estaba empezando a volverme un poco paranoica… pero quizá *realista* fuera un término más adecuado.

Abrí el grifo, esperé a que el agua echara vapor y entré en la ducha. No estaba más cerca de resolver los asesinatos de los vampiros que veinticuatro horas antes.

Y aunque resolviera el caso, seguiría teniendo problemas. Aubrey y Valentine intentarían matarme en cuanto Nikolaos me retirara su protección. Fiesta. Ni siquiera estaba segura de que la propia Nikolaos no tuviera planes parecidos. Para colmo de males, Zachary iba por ahí matando gente para alimentar su amuleto vudú. Había oído hablar de amuletos que exigían sacrificios humanos, pero proporcionaban cosas bastante menos llamativas que la inmortalidad: riqueza, poder, sexo…, lo de siempre. Requerían sangre muy específica: de niños, de vírgenes, de preadolescentes o de viejecitas con el pelo azul y una pata de palo. Vale, puede que no tan específica, pero las víctimas debían tener algo en común; tenía que haber toda una serie de desapariciones con víctimas similares. Pero si Zachary hubiera dejado los cadáveres donde alguien pudiera descubrirlos, los periódicos ya se habrían hecho eco del caso. Digo yo.

Tenía que detenerlo: si no me hubiera inmiscuido aquella noche, los vampiros lo habrían detenido ya. Todas las buenas acciones reciben su castigo.

Apoyé la palma de las manos en los azulejos del baño y dejé que el agua me corriera por la espalda en chorros ardientes. De acuerdo, tenía que matar a Valentine antes de que él me matara a mí. Tenía una orden de ejecución contra él: no la habían revocado. Aunque primero tendría que encontrarlo.

Aubrey era peligroso, pero estaría fuera de circulación hasta que Nikolaos lo dejara salir del ataúd.

Podía denunciar a Zachary. Dolph me escucharía, pero no tenía pruebas. Mierda, ni siquiera yo había oído hablar de aquel tipo de magia. Y si yo no entendía qué era Zachary, ¿cómo iba a explicárselo a la policía?

Y Nikolaos. ¿Me dejaría vivir si resolvía el caso? ¿Sí? ¿No? Vete tú a saber.

Edward iría a por mí al día siguiente por la tarde. O le entregaba a Nikolaos o se quedaría un recuerdo de mi piel. Y conociendo a Edward, sería un trozo doloroso de perder. Quizá fuera mejor entregarle a la vampira, decirle lo que quería saber. Claro que, si él

no conseguía matarla, sería la doña quien iría a por mí, algo que quería evitar, casi por encima de cualquier cosa.

Me sequé y me cepillé el pelo, y me entró un ataque de hambre. Intenté convencer a mi estómago de que estaba demasiado cansada para comer, pero no coló.

Dieron las cuatro antes de que me acostara. Tenía el crucifijo puesto, y la pistola, en la funda detrás de la cabecera de la cama. Además, por puro pánico, dejé un cuchillo entre el colchón y el somier. No podría sacarlo a tiempo para que me sirviera de nada, pero… Bueno, nunca se sabe.

Volví a soñar con Jean-Claude. Estaba sentado en una mesa comiendo zarzamoras.

—Los vampiros no toman alimentos sólidos —le dije.

—Cierto. —Sonrió y empujó el cuenco hacia mí.

—Odio las zarzamoras.

—Siempre han sido mi fruta favorita. Hacía siglos que no las probaba. —Tenía una expresión melancólica.

Cogí el cuenco. Estaba frío. Las zarzamoras flotaban en sangre. El cuenco se me cayó de las manos, a cámara lenta y derramando la sangre, mucha más de la que podía contener. Goteó por el mantel hasta llegar al suelo.

Jean-Claude me miró por encima de la mesa ensangrentada. Sus palabras fueron como una brisa cálida.

—Nikolaos nos matará a los dos. Tenemos que ser los primeros en atacar, *ma petite*.

—¿Cómo que tenemos?

Ahuecó las manos para llenárselas de sangre y me las tendió. Le chorreaba entre los dedos.

—Bebe. Te dará fuerzas.

Desperté, con la vista clavada en la oscuridad.

—Joder, Jean-Claude —susurré—. ¿Qué me hiciste?

La habitación, oscura y vacía, no me respondió. Menos mal. El que no se consuela es porque no quiere. El reloj marcaba las seis y tres minutos. Giré y me arrebujé entre las sábanas. El zumbido del aire acondicionado no conseguía ahogar el sonido del grifo abierto de los vecinos. Encendí la radio. El *Concierto para piano en mi bemol* de Mozart llenó la habitación. Era demasiado movido para dormir, pero ya que tenía que haber ruido, qué menos que elegirlo yo.

No sé si fue por Mozart o porque estaba demasiado cansada; en cualquier caso, me quedé frita. Si soñé algo, no lo recuerdo.

# TREINTA Y DOS

El pitido estridente del despertador me arrancó del sueño. Sonó como una alarma de coche espantosamente alta. Les di a los botones a tientas; por suerte, se apagó. Parpadeé y miré el reloj con los ojos entrecerrados. Las nueve de la mañana. Mierda. Me había olvidado de desconectar la alarma. Tenía el tiempo justo para vestirme y llegar a misa. No quería levantarme ni ir a la iglesia; seguro que Dios me perdonaría el plantón.

Claro que en aquel momento necesitaba toda la ayuda posible. Igual tenía una revelación y me encajaban todas las piezas. No es coña; me ha pasado. No es que me fíe ciegamente de la ayuda divina, pero a veces se me da mejor pensar cuando estoy en la iglesia.

En un mundo lleno de vampiros y engendros de todo tipo, en el que un crucifijo bendecido puede ser lo único que se interponga ante la muerte, se ve la Iglesia con otros ojos. Por decirlo de alguna manera.

Salí de la cama a rastras, refunfuñando. Sonó el teléfono. Me quedé sentada hasta que saltó el contestador.

—Anita, soy el sargento Storr. Tenemos otro vampiro asesinado.

—Hola, Dolph —saludé cogiendo el auricular.

—Qué bien. Me alegro de haberte pillado antes de que salgas.

—¿Otro vampiro muerto?

—Ajá.

—¿Como los otros?

—Eso parece. Necesito que vengas a echar un vistazo.

—De acuerdo —dije después de asentir y darme cuenta de que no podía verme—. ¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Suspiré. Ya me podía olvidar de la iglesia. No podían dejar el cadáver allí hasta mediodía, o más tarde, sólo por mi cara bonita.

—Dame la dirección. Un momento; voy a coger un boli que funcione. —Tenía una libreta en la mesilla, pero el bolígrafo se había muerto sin avisarme—. De acuerdo, dispara.

El lugar estaba a sólo una manzana del Circo de los Malditos.

—Eso está fuera del Distrito. Hasta ahora, no había habido ningún asesinato tan lejos de la Orilla.

—Cierto —dijo.

—¿Qué más tiene este caso de diferente?

—Ya lo verás cuando llegues. —La locuacidad personificada.

—Bien, estaré allí en media hora.

—Vale. Hasta ahora. —El teléfono quedó en silencio.

—Vale, buenos días a ti también, Dolph —le dije al auricular. Puede que tuviera tan mal café como yo.

Se me estaban curando las manos. La noche anterior me había quitado las tiritas, que habían quedado empapadas en sangre de cabra. Las heridas se estaban cerrando, así que no me molesté en volver a vendarlas.

Ya tenía bastante con la venda que me cubría el corte del brazo; pronto no me quedaría sitio para más marcas en el brazo izquierdo. El mordisco del cuello empezaba a ponerse morado; parecía el chupetón más bestia del mundo. Si Zerbrowski lo veía, no me dejaría en paz. Me lo tapé con un esparadrapo; pareció que intentaba ocultar un mordisco de vampiro. Mierda. Lo dejé tapado. Que la gente pensara lo que quisiera; tampoco era asunto suyo.

Me puse un polo rojo metido por dentro de los vaqueros, las zapatillas deportivas y una funda de sobaco para la pistola. Ya estaba lista. La pistolera tiene un compartimiento para munición; metí en él unos cuantos cargadores nuevos. Veintiséis balas. Cuidado, villanos. La verdad es que la mayoría de los tiroteos duran menos de ocho disparos, pero alguna vez tiene que ser la primera.

Llevaba un chubasquero amarillo fosforito bajo el brazo. Lo había cogido por si la pistola empezaba a poner nerviosa a la gente, aunque estaría rodeada de policías y de montones de armas a la vista. ¿Por qué yo no podía hacer lo mismo? Además, estaba harta de juegos. Que se enteraran de que iba armada y dispuesta a todo.

Siempre hay demasiadas personas en la escena de un crimen. Y

no lo digo por los mirones y la gente se acerca a cotillear, que son inevitables: hay algo fascinante en la muerte de los demás. El problema es la plaga de policías: un montón de inspectores salteado con unos pocos de uniforme. Tanto agente de la ley para un solo crimen.

Incluso había una furgoneta de televisión con una parabólica gigante en la parte trasera a modo de cañón de rayos de una película de ciencia ficción de los cuarenta. Seguro que llegarían más. Lo que no sabía era cómo habían logrado mantenerlo en secreto tanto tiempo.

Vampiros asesinados. La leche, sensacionalismo puro. Ni siquiera había que inventarse nada para darle morbo.

Procuré que la multitud quedara entre el cámara y yo. Una periodista rubia de pelo corto y traje de chaqueta de última moda le había plantado a Dolph un micrófono en los morros. Mientras me mantuviera cerca de la casquería, estaría a salvo. Podrían grabarme, pero no les permitirían emitir las imágenes, por aquello del buen gusto y toda la pesca.

Tenía una identificación plastificada, con foto y todo, que me permitía acceder a las zonas policiales. Siempre me sentía como una novata del FBI cuando me la ponía en la solapa.

Un agente me detuvo junto a la cinta amarilla. Se quedó mirando la identificación durante unos segundos, como si no acabara de decidir si servía. ¿Me dejaría cruzar la línea o llamaría antes a un inspector?

Me quedé quietecita y con los brazos colgando, tratando de parecer inofensiva. Se me da muy bien: resulto monísima. El uniformado levantó la cinta y me dejó pasar. Contuve las ganas de decirle «Buen chico» y le di las gracias.

El cadáver estaba cerca de una farola, con las piernas abiertas. Tenía un brazo retorcido debajo del tórax, probablemente roto. Le faltaba el centro de la espalda, como si alguien hubiera metido la mano en la caja torácica y se hubiera llevado lo de dentro. Faltaría el corazón, fijo.

El inspector Clive Perry estaba junto al cadáver. Era negro, alto y delgado, el flamante fichaje de la Santa Compaña. Siempre era educado y agradable. No podía imaginarme a Perry haciendo algo tan chungo como para cabrear a alguien, pero cuando asignaban a

alguien a aquella brigada era por algo.

—Hola, Blake —dijo, levantando la vista de la libreta.

—Hola, inspector Perry.

—El sargento Storr dijo que vendrías. —Me sonrió.

—¿Los demás han terminado?

—Todo tuyo —dijo asintiendo.

Un charco de sangre marrón oscuro se extendía bajo el cadáver. Me arrodillé al lado. La sangre estaba coagulada y tenía una consistencia pegajosa, como de pegamento. Ya no quedaba ni rastro del rigor mortis, si es que lo había habido. El cuerpo de los vampiros no reacciona ante la «muerte» igual que el de las personas, por lo que resulta más difícil calcular la hora de la defunción. Pero eso era el cometido del forense, no el mío.

El refulgente sol del verano caía a plomo sobre el cadáver. Por la forma del cuerpo y el corte del traje de chaqueta negro, me pareció que se trataba de una mujer. Era difícil saberlo porque estaba tendida boca abajo, con el tórax destrozado, y le faltaba la cabeza. Se veía la columna vertebral, blanca y reluciente. La sangre se había derramado desde el cuello como de una botella rota de vino tinto. Tenía la piel desgarrada y retorcida; era como si le hubieran arrancado la cabeza de cuajo.

Tragué saliva. Hacía meses que no vomitaba en la escena de un crimen. Me incorporé y me alejé un poco del cadáver.

¿Podía ser obra de un humano? No; o sí. Rayos. Si era que sí, se había esforzado un huevo en disimularlo. Daba igual qué revelara el examen superficial; el forense siempre acababa encontrando marcas de cuchillo, pero no estaba claro si eran anteriores o posteriores a la muerte. ¿Era un humano que intentaba hacerse pasar por monstruo o un monstruo que intentaba hacerse pasar por humano?

—¿Dónde está la cabeza?

—¿Te encuentras bien?

Levanté la vista para mirar al policía. ¿Estaba pálida?

—Sí. —La gran cazadora de vampiros, tan dura ella, no iba a ponerse a vomitar por una cabeza cortada. Ya.

Perry arqueó las cejas, pero era demasiado educado para insistir. Me condujo a un par de metros escasos de distancia, en la misma acera. Habían tapado la cabeza con un plástico. Otro charco de sangre coagulada, más pequeño, salía por debajo. Perry se inclinó y

llevó una mano al plástico.

—¿Preparada?

Asentí; no confiaba en mi voz. Lo levantó como si fuera un telón y reveló lo que había en la acera.

Una larga melena negra rodeaba una cara blanquísima. El pelo estaba apelmazado y pegajoso por la sangre. Había sido guapa, pero ya no: tenía las facciones inexpresivas, casi de muñeca, irreales… Tardé unos segundos en procesar la información que me transmitían los ojos.

—¡Joder!

—¿Qué pasa?

Me puse en pie rápidamente y me alejé un par de pasos. Perry se me acercó.

—¿Te encuentras bien?

Volví a mirar hacia el plástico y su siniestro contenido. ¿Que si me encontraba bien? Buena pregunta. Podía identificar aquel cadáver.

Era el de Theresa.

# TREINTA Y TRES

Llegué al despacho de Ronnie poco antes de las once. Me detuve con la mano en el picaporte. No podía sacarme de la cabeza la imagen de Theresa en la acera. Era cruel y probablemente había matado a cientos de humanos. ¿Por qué me daba pena? Porque soy tonta, supongo. Respiré profundamente y empujé la puerta.

El despacho de Ronnie está lleno de ventanas. Le entra luz desde el sur y el oeste, lo que significa que por la tarde es como una caldera solar. No hay aire acondicionado que pueda con tanto sol.

Desde las soleadísimas ventanas de Ronnie se ve el Distrito. Si es que a alguien le interesa verlo.

Ronnie me invitó con un gesto a sumergirme en la luz cegadora de su despacho.

Había una mujer de aspecto delicado sentada ante la mesa. Era asiática, con el pelo negro y brillante, peinado hacia atrás con esmero. La chaqueta morada, pulcramente doblada en el brazo de la silla, le hacía juego con la falda. Una blusa de satén lila le resaltaba los ojos rasgados y el tono suave, también lila, de la sombra de ojos. Tenía los tobillos cruzados y las manos recogidas en el regazo. Tenía un aspecto fresco, a pesar del sol abrasador.

No me esperaba verla después de tantos años. Cuando conseguí reaccionar, cerré la boca y avancé con la mano tendida.

—¡Beverly! ¡Cuánto tiempo!

Se levantó con elegancia y puso una mano fría en la mía.

—Tres años. —Beverly siempre tan exacta.

—¿Os conocíais? —preguntó Ronnie.

—¿No te lo ha comentado Bev? —le pregunté volviéndome hacia ella. Ronnie sacudió la cabeza. Miré a la recién llegada y le pregunté—: ¿Por qué no se lo has dicho a Ronnie?

—No me ha parecido que hiciera falta. —Beverly tuvo que levantar la cara para mirarme a los ojos. No hay mucha gente que

tenga que hacer eso; es tan poco habitual que siempre me produce una sensación extraña, y tengo que reprimir el impulso de agacharme.

—¿Alguna de las dos me va a decir de qué os conocéis? —preguntó Ronnie. Pasó junto a nosotras y se sentó a su mesa; reclinó el respaldo hacia atrás, cruzó las manos y se quedó a la espera, mirándome con sus ojos grises, suaves como un gatito.

—¿Te importa que se lo cuente, Bev?

Bev había vuelto a sentarse, elegante y refinada. Era la dignidad personificada, y siempre me había parecido toda una dama en el mejor sentido de la palabra.

—Si lo consideras necesario —dijo—, no tengo nada que objetar.

No fue un visto bueno muy entusiasta, pero tendría que valer. Me instalé en la otra silla, muy consciente de mis vaqueros y mis zapatillas deportivas. Al lado de Bev parecía una niña mal vestida. Me sentí así durante un momento; después se me pasó. No olvidemos que, como dijo Eleanor Roosevelt, nadie puede hacer que otra persona se sienta inferior sin su consentimiento. Es una máxima que intento aplicar, y casi siempre funciona.

—La familia de Bev fue víctima de un grupo de vampiros —dije—. Sólo sobrevivió ella. Yo fui una de las personas que ayudaron a acabar con ellos.

Había sido breve, había ido al grano y me había dejado mucho en el tintero. Sobre todo las partes dolorosas.

—Se le ha olvidado mencionar que arriesgó su vida para salvarme —dijo Bev con aquella voz tranquila y precisa. Bajó la mirada a las manos, en el regazo.

Recordé lo primero que había visto de Beverly Chin: una pierna blanca que golpeaba el suelo. El destello de los colmillos cuando el vampiro echó la cabeza hacia atrás para morder. Un atisbo de un semblante pálido que gritaba, y un cabello oscuro. El terror puro de aquel grito. Mi mano, que lanzaba un cuchillo de plata que acertó al vampiro en el hombro. No fue un golpe mortal; no había tenido tiempo. La criatura se puso en pie de un salto, con un rugido, y me enfrenté a ella yo sola, con el último cuchillo que me quedaba. Hacía mucho que se me habían acabado las balas.

Y recordé cómo Beverly Chin golpeó al vampiro en la cabeza con un candelabro de plata cuando el monstruo se había

abalanzado sobre mí y sentía su aliento en el cuello. Los gritos de Beverly resonaron en mis sueños durante semanas; no dejaba de gritar mientras machacaba la cabeza del vampiro, hasta dejar el suelo cubierto de sangre y sesos.

Y todo había ocurrido sin que cruzáramos una palabra. Nos habíamos salvado la vida mutuamente; un vínculo así perdura. La amistad puede enfriarse, pero ese compromiso, ese conocimiento forjado con terror, sangre y violencia compartida, es imperecedero. Seguía entre nosotras después de tres largos años, tenso y palpable.

Ronnie, una chica lista, rompió el incómodo silencio.

—¿Os apetece tomar algo?

—Sin alcohol —dijimos Bev y yo al unísono. Nos reímos, y la tensión desapareció. No seríamos nunca amigas de verdad, pero quizá pudiéramos dejar de ser fantasmas del pasado.

Ronnie nos tendió unos refrescos sin azúcar. Puse cara de asco, pero acepté el mío de todas formas: sabía que no tenía otra cosa en la pequeña nevera del despacho. Habíamos tenido verdaderas discusiones sobre los refrescos dietéticos, pero ella juraba que le gustaba el sabor. ¿De verdad le gustaba eso? ¡Puaj!

Bev cogió la lata como si fuera la cosa más normal; quizá bebiera lo mismo en casa. A mí, que me den cosas que engorden y sepan a algo.

—Ronnie me dijo por teléfono que puede que haya un escuadrón de la muerte relacionado con la LAV. ¿Es cierto? —pregunté.

Bev bajó la vista a la lata, que sostenía por debajo con una mano, para no mancharse la falda.

—No lo sé a ciencia cierta, pero creo que sí.

—Dime todo lo que sepas.

—Durante un tiempo se habló de formar una patrulla para cazar vampiros. Para matarlos, igual que ellos habían matado a nuestras… familias. Por supuesto, el presidente vetó la propuesta. Respetamos la ley y no formamos patrullas parapoliciales. —Lo dijo como si quisiera convencerse a sí misma y no a nosotras. La mera posibilidad la alteraba: su pequeño y apacible mundo amenazaba con derrumbarse de nuevo—. Pero de un tiempo a esta parte he oído conversaciones… Hay gente de nuestra organización que presume de haber matado vampiros.

—¿Cómo se supone que los matan? —pregunté.

—No lo sé —dijo mirándome, dubitativa.

—¿No tienes ni idea?

Negó con la cabeza.

—Creo que podría averiguarlo. ¿Es importante?

—La policía ha evitado divulgar ciertos detalles. Cosas que sólo podría saber el asesino.

—Comprendo. —Bajó la vista a la lata y a continuación me miró —. No creo que sean asesinatos, aunque hayan hecho lo que pone en los periódicos. Matar animales peligrosos no debería ser delito.

En parte estaba de acuerdo con ella. En otro tiempo habría dicho que del todo.

—Entonces, ¿por qué nos ayudas?

Me miró fijamente y sentí sus ojos oscuros, casi negros, clavados en mi cara.

—Porque estoy en deuda contigo.

—Tú también me salvaste la vida. No me debes nada.

—Siempre habrá una deuda entre nosotras; siempre.

La miré a la cara y comprendí. Bev me había suplicado que no le dijera a nadie que le había destrozado la cabeza al vampiro. Creo que la horrorizaba ser capaz de tanta violencia, daba igual el motivo.

Le había dicho a la policía que Bev había distraído al vampiro para que yo pudiera matarlo y siempre se había mostrado desproporcionadamente agradecida por aquella mentirijilla. Quizá, si nadie más lo sabía, pudiera fingir que no había ocurrido. Quizá.

Se puso en pie y se alisó la falda por detrás. Colocó el refresco con cuidado en el borde de la mesa.

—Le dejaré un mensaje a la señorita Sims cuando averigüe algo más.

—Te agradezco lo que estás haciendo —dije asintiendo. Podía estar traicionando su causa por mí.

Se colgó la chaqueta morada del brazo y aferró el pequeño bolso.

—La violencia no es la solución. Tenemos que trabajar dentro de la legalidad. La Liga Antivampiros está a favor de la ley y el orden, no de que cada cual se tome la justicia por su mano. —Sonaba a discurso enlatado, pero lo dejé estar. Todos necesitamos creer en algo.

Nos estrechó la mano. La tenía fresca y seca. Salió con los esbeltos hombros muy erguidos. Cerró la puerta con firmeza, pero sin hacer ruido. Viéndola, nadie diría que había sufrido tanta violencia, y puede que eso fuera precisamente lo que deseaba. ¿Quién era yo para reprochárselo?

—Bien, ahora infórmame tú —dijo Ronnie—. ¿Qué has descubierto?

—¿Y cómo sabes que he descubierto algo? —pregunté.

—Porque cuando has entrado tenías las branquias verdosas.

—Genial. Y yo que creía que no se me notaba…

—No te agobies —dijo, dándome un golpecito en el brazo—. Te conozco demasiado; eso es todo.

Asentí; había interpretado la explicación como lo que era: una mentira piadosa. Pero la acepté de todos modos. Le conté lo de la muerte de Theresa; se lo conté todo, excepto los sueños en los que intervenía Jean-Claude. Eso quedaba en privado.

Dejó escapar un silbido.

—Joder, si que has estado ocupada. ¿Y tú crees que se trata de un escuadrón de la muerte formado por humanos?

—¿Te refieres a la LAV? —Asintió; respiré profundamente y añadí—: No lo sé. Si son humanos, no tengo ni idea de cómo lo hacen. Hace falta una fuerza sobrehumana para arrancar una cabeza.

—¿Un humano muy fuerte? —preguntó.

—Puede ser. —Visualicé los cachos de brazos de Winter—. Pero tanta, tanta fuerza…

—Hay abuelitas que, bajo presión, han levantado coches.

Tenía razón.

—¿Te apetece visitar la Iglesia de la Vida Eterna? —pregunté.

—¿Estás pensando en convertirte? —Fruncí el ceño, y ella se echó a reír—. Vale, vale, deja de mirarme así. ¿Qué se nos ha perdido allí?

—Anoche atacaron la fiesta. Llevaban porras. No digo que quisieran matar a nadie, pero cuando se va por ahí pegando a la gente… —Me encogí de hombros—. Es fácil que ocurran accidentes.

—¿Crees que la Iglesia anda detrás de esto?

—No lo sé, pero si odia esas fiestas tanto como para irrumpir en ellas, puede que odie a los asistentes tanto como para matarlos.

—La mayoría de los miembros de la Iglesia son vampiros.

—Exacto —dije—. Fuerza sobrehumana y facilidad para acercarse a las víctimas.

—No está mal, Blake, no está mal —dijo Ronnie con una sonrisa.

—Ahora sólo hace falta demostrarlo. —Bajé la cabeza con modestia.

—A menos, claro, que sea una pista falsa. —Todavía le brillaban los ojos, divertidos.

—Bah, cierra el pico. Al menos es un sitio por donde empezar.

—Oye, si no me quejo —dijo extendiendo las manos—. Mi padre me decía siempre: «No critiques nada que no sepas hacer mejor».

—Tú tampoco tienes ni idea de qué está pasando, ¿verdad?

—Ya me gustaría. —La cara se le ensombreció.

Y a mí.

# TREINTA Y CUATRO

El edificio principal de la Iglesia de la Vida Eterna está al final de la avenida Page, lejos del Distrito. A la Iglesia no le gusta que la asocien con la chusma. Locales de *striptease* de vampiros, el Circo de los Malditos… Quita, quita, qué espanto. No, a sus miembros les gusta considerarse nomuertos respetables.

La iglesia está en un terreno pelado; unos arbolitos se esforzaban por crecer y dar sombra al blanco resplandeciente del edificio. Parecía brillar bajo el cálido sol de julio como trozo de luna atrapado en la tierra.

Entré en el aparcamiento y dejé el coche en el asfalto nuevo y reluciente. Sólo la tierra parecía normal: rojiza, desnuda y embarrada. El césped no había tenido ninguna posibilidad.

—Qué bonito —dijo Ronnie, señalando el edificio con un gesto.

—Si tú lo dices… —Me encogí de hombros—. La verdad es que no me acostumbro al efecto genérico.

—¿Efecto genérico? —preguntó.

—Los dibujos de las vidrieras son abstractos. No hay ningún pasaje bíblico, ni santos ni símbolos sagrados. Todo limpio y pulcro como un traje de novia recién sacado del plástico.

Bajó del coche y se puso las gafas de sol. Miró hacia la iglesia con los brazos cruzados.

—Es como si la acabaran de desenvolver y todavía no le hubieran puesto los adornos —comentó.

—Sí, una iglesia sin dios. ¿Qué es lo que no me cuadra?

—¿Habrá alguien despierto a estas horas? —preguntó sin reírse.

—Sí, claro, hacen proselitismo durante el día.

—¿Proselitismo?

—Ya sabes: van de puerta en puerta, como los mormones y los testigos de Jehová.

—Estás de guasa. —Me miraba fijamente.

—¿Tengo cara de estar bromeando?

—Vampiros a domicilio. —Sacudió la cabeza y se retorció las manos—. Qué práctico.

—Sí —dije—. A ver quién hay en el despacho.

Una escalinata blanca ascendía hasta la enorme puerta doble. Una hoja estaba abierta; la otra tenía un cartel en el que ponía: ENTRA, AMIGO, Y CONOCERÁS LA PAZ. Me daban ganas de arrancarlo y pisotearlo.

Se aprovechaban de uno de los miedos primordiales de la humanidad: la muerte. Todo el mundo teme a la muerte. A la gente que no cree en Dios le cuesta asimilarla. Morir y dejar de existir. Plof, se acabó. Pero la Iglesia de la Vida Eterna promete exactamente lo que dice su nombre, y puede demostrarlo. Nada de fe ciega, nada de esperas y nada de incógnitas. ¿Quieres saber qué se siente al estar muerto? Pues pregúntaselo a otro feligrés.

Ah, y además no se envejece. Ni *liftings* ni liposucciones: juventud eterna pura y dura. No está nada mal para quien no crea en el alma.

Para quien no crea que el alma queda atrapada en el cuerpo del vampiro y no puede alcanzar el cielo. O peor aún, que los vampiros son intrínsecamente malignos y están condenados al infierno. Para la iglesia católica, el vampirismo voluntario equivale al suicidio, y yo estoy casi de acuerdo. Aunque el Papa también excomulgó a los reanimadores, a menos que dejáramos de levantar muertos. Me hice episcopaliana.

Unos bancos de madera encerada se extendían en dos amplias hileras hasta donde se suponía que iba un altar. Había un púlpito, pero no llegaba a altar: sólo era una pared azul vacía rodeada de paredes blancas vacías.

Las vidrieras eran de cristal rojo y azul. El sol se filtraba por ellas, trazando dibujos de tonos pastel en el suelo blanco.

—Hay mucha paz —dijo Ronnie.

—Y en los cementerios.

—Sabía que dirías eso —dijo con una sonrisa.

—Basta de coñas. —Fruncí el ceño—. Hemos venido a trabajar.

—¿Qué quieres que haga exactamente?

—Sólo que me apoyes. Pon cara de pocos amigos, y busca pistas.

—¿Pistas? —preguntó.

—Sí, ya sabes. Pistas: resguardos, notas a medio quemar… Indicios.

—Ah, eso.

—Deja ya el cachondeo, Ronnie.

Se ajustó las gafas de sol y adoptó su mejor pose de frialdad absoluta. Se le daba muy bien. Acojonaría a cualquier matón, pero habría que ver si funcionaba con los fieles de la Iglesia.

A un lado del seudoaltar había una puertecita que daba a un pasillo alfombrado. Nos envolvió el rumor del aire acondicionado. A la izquierda estaban los servicios, y a la derecha había una sala con la puerta abierta. Puede que allí tomaran… ¿el café de después de las ceremonias? No, probablemente no sería café. ¿Qué tal un apasionante sermón seguido de un chupito de sangre?

Las oficinas estaban identificadas con un cartel pequeño en el que ponía OFICINAS. Qué ingenioso. Había una sala de recepción que incluía la típica mesa de secretaria y un joven sentado detrás. Era delgado, con el pelo castaño bien cortado. Unas gafas de montura metálica enmarcaban un par de ojos marrones muy bonitos. Tenía una marca de mordisco a medio curar en el cuello.

Se levantó y rodeó la mesa con la mano extendida y una sonrisa.

—Hola, amigas. Me llamo Bruce. ¿Qué desean?

El apretón de manos fue firme, pero sin apretar; fuerte, pero no avasallador; amistoso y duradero, pero no sexual. Así dan la mano los mejores vendedores de coches, y también los agentes inmobiliarios. Tengo un alma pequeña y bonita, casi sin usar. El precio es razonable, confía en mí. Si aquellos grandes ojos marrones hubieran parecido un poco más sinceros, le habría dado una galleta para perros y unas palmaditas en la cabeza.

—Quería pedir cita para hablar con Malcolm —dije.

—Siéntense —dijo tras parpadear una sola vez.

Me senté. Ronnie se apoyó en la pared, a un lado de la puerta, cruzada de brazos y con pinta de guardaespaldas.

Bruce regresó a su sitio tras la mesa, después de ofrecernos un café, y se sentó con las manos entrelazadas.

—Bien, señorita…

—Blake. —No se estremeció; no había oído hablar de mí. Qué efímera es la fama.

—¿Por qué desea ver a la máxima autoridad de nuestra Iglesia,

señorita Blake? Tenemos varios asesores muy competentes y comprensivos que la ayudarán a tomar una decisión.

Le sonreí. Seguro que los tenéis, merluzo.

—Creo que Malcolm me recibirá. Dile que tengo información sobre los asesinatos de vampiros.

—Si sabe algo —dijo mientras se le desdibujaba la sonrisa—, acuda a la policía.

—¿Aunque tenga pruebas de que ciertos miembros de su Iglesia son los responsables? —Un farol de nada, también conocido como mentira.

Tragó saliva y clavó los dedos en la mesa hasta que se le pusieron blancos.

—No entiendo. Quiero decir que…

—Entre nosotros, Bruce. —Le sonreí—. No estás preparado para hablar de asesinatos. No entraba en el programa de formación, ¿verdad?

—Bueno, no, pero…

—Entonces, basta con que me des hora para que venga esta noche y hable con Malcolm.

—No sé…

—No te preocupes por eso. Malcolm es la máxima autoridad de la Iglesia. Él se ocupará.

Asintió, demasiado deprisa. Dirigió una mirada a Ronnie y volvió a mirarme a mí. Pasó las hojas de una agenda con tapas de cuero que tenía en la mesa.

—Esta noche a las nueve. —Cogió un bolígrafo—. Si me dice su nombre completo, lo apuntaré.

—Anita Blake. —Seguía sin caer en la cuenta. ¿No se suponía que yo era el terror de Vampirolandia?

—Y la entrevista está relacionada con… —Estaba recuperando la profesionalidad.

—Los asesinatos, está relacionada con los asesinatos —dije, poniéndome en pie.

—Oh, sí… —Escribió algo—. Esta noche a las nueve en punto, Anita Blake, asesinatos. —Se quedó mirando la anotación con el ceño fruncido, como si algo no le cuadrara.

—No te preocupes —le dije. Había decidido ayudarlo—. Lo has escrito bien. —Levantó la vista. Estaba un poco pálido—. Volveré.

Asegúrate de que recibe el recado.

Bruce volvió a asentir, demasiado deprisa, con los ojos muy abiertos detrás de las gafas.

Ronnie abrió la puerta y salí delante de ella, que me siguió cual guardaespaldas de peli mala. Cuando llegamos a la nave, se echó a reír.

—Creo que lo hemos acojonado.

—Bruce es fácil de acojonar.

Asintió con un brillo en la mirada. Había bastado con mencionar la violencia y el crimen para que el chico se derrumbara. Seguro que de mayor quería ser vampiro. Fijo.

El sol resultaba casi cegador después de la penumbra de la iglesia. Entrecerré los ojos y me puse la mano de visera. Vi un movimiento por el rabillo del ojo.

—¡Anita! —gritó Ronnie.

Todo pareció ocurrir a cámara lenta; me sobró tiempo para mirar al hombre y la pistola que tenía en la mano. Ronnie se abalanzó contra mí; las dos caímos hacia el interior de la iglesia. Las balas se estrellaron en la puerta, en el lugar donde yo estaba un momento antes.

Ronnie pasó gateando por detrás de mí, pegada a la pared. Yo había sacado la pistola y estaba tumbada de lado, apretada contra la puerta. El corazón me retumbaba en los oídos, pero podía oírlo todo. El crujir de mi chubasquero era como la estática. El hombre subía los escalones. El muy cabrón iba a por nosotras.

Me adelanté un poco. Terminó de subir, y su sombra se proyectó en la puerta. Ni siquiera se tomaba la molestia de ocultarse, así que igual no esperaba que fuera armada. Pues iba a llevarse una sorpresita.

—¿Qué pasa? —gritó Bruce.

—Vuelve adentro —contestó Ronnie.

Yo mantenía los ojos fijos en la puerta; no quería que me dispararan sólo porque Bruce me distrajera. Sólo me importaban la sombra de la puerta y los pasos que acababan de detenerse. Nada más.

El hombre entró, pistola en mano, y recorrió la iglesia con la mirada. Aficionado. Podría haberlo tocado con el cañón de la pistola.

—Quieto —dije. «Manos arriba» parecía muy melodramático. Giró sólo la cabeza hacia mí, muy lentamente.

—Eres la Ejecutora —dijo en voz baja y vacilante.

¿Tenía que negarlo? Quizá. Si tenía intención de matar a la Ejecutora, desde luego.

—No —dije.

Empezó a girarse.

—Entonces debe de ser ella. —Miraba a Ronnie. Mierda. Levantó el brazo y empezó a apuntar.

—¡No! —gritó Ronnie.

Demasiado tarde. Le disparé en el pecho a quemarropa. El disparo de Ronnie fue un eco del mío. El impacto lo levantó del suelo y lo hizo retroceder dando tumbos, mientras una mancha de sangre le afloraba en la camisa. Chocó con la puerta entreabierta y cayó de espaldas al otro lado del umbral; sólo quedaron a la vista las piernas.

Vacilé y me quedé a la escucha. No oí nada y me asomé a la puerta. No se movía, pero aferraba la pistola. Me acerqué sin dejar de apuntarlo. Si se hubiera movido un ápice, habría disparado otra vez.

Aparté la pistola de una patada y comprobé su pulso. Nada. Muerto.

La munición que uso puede acabar con un vampiro, si no tiene muchos años y doy en el blanco. La bala le había hecho un pequeño orificio de entrada en un costado, pero parte del otro había desaparecido. La bala había hecho lo que debía hacer: fragmentarse y provocar un enorme orificio de salida.

El cuello le caía hacia un lado. Tenía dos marcas de mordiscos. ¡Joder! Con mordiscos o sin ellos, estaba muerto. No le quedaba corazón ni para enhebrar una aguja. Un disparo afortunado, y un estúpido con pistola menos.

Ronnie estaba apoyada en la entrada, pálida, sin dejar de apuntar al muerto. Las manos le temblaban un poco. Esbozó una sonrisa.

—No suelo ir armada de día, pero como había quedado contigo…

—¿Eso es un insulto? —pregunté.

—No —dijo—. Un hecho.

No podía reprochárselo. Me senté en los frescos peldaños de piedra; se me habían aflojado las rodillas. La adrenalina me abandonaba como el agua una taza rota.

Bruce estaba en el umbral, pálido como la cera.

—Ha… ha intentado matarla. —La voz le temblaba de miedo.

—¿Lo reconoces? —pregunté.

Sacudió la cabeza una y otra vez con movimientos rápidos y descontrolados.

—¿Estás seguro?

—Nosotros… no… aprobamos la violencia. —Su voz era apenas un susurro trémulo. Tragó saliva y añadió—: No lo conozco.

El miedo parecía auténtico. Puede que no lo conociera, pero eso no descartaba que el muerto fuera miembro de la Iglesia.

—Llama a la policía, Bruce. —No reaccionó; miraba fijamente el cadáver—. Llama a la policía, ¿vale?

Me miró con los ojos vidriosos. No me quedé muy convencida de que me hubiera oído, pero al final volvió adentro. Ronnie se sentó a mi lado y se quedó mirando el aparcamiento. La sangre bajaba por los escalones blancos en riachuelos escarlata.

—Dios mío —susurró.

—Sí. —Todavía tenía la pistola en la mano. El peligro parecía haber pasado, así que supuse que podía guardarla—. Gracias por darme el empujón.

—De nada. —Hizo una inspiración profunda y temblorosa—. Gracias por dispararle antes de que me disparara a mí.

—No hay de qué. Además, tú también le has dado.

—No me lo recuerdes.

—¿Cómo estás? —dije mirándola fijamente.

—Cagada.

—Ya.

Por supuesto, a Ronnie le habría bastado con mantenerse apartada de mí. Acompañarme era como estar en la línea de fuego. Me había convertido en una amenaza con patas para mis amigos y compañeros. Ronnie podía haber muerto, y habría sido culpa mía. Había tardado en disparar un instante más que yo, y le podría haber costado la vida. Claro que de no ser por ella, yo podía haber muerto. Con una bala en el pecho, la pistola no me habría servido de una mierda.

Oí el sonido distante de las sirenas. La policía debía de estar muy cerca, o quizá se tratara de otro crimen. Podía ser. ¿Me creerían si les decía que sólo había sido un fanático que había intentado matar a la Ejecutora? Quizá, pero Dolph no se lo tragaría.

El sol se nos pegaba como un plástico amarillo brillante. Ninguna de las dos dijo una palabra. Puede que no hubiera nada que decir. Gracias por salvarme la vida. De nada. ¿Qué más?

Me sentía liviana y vacía, casi tranquila. Aturdida. Debía de estar acercándome a la verdad, cualquiera que fuera. Querían matarme: era buena señal. O casi. Significaba que sabía algo importante, lo bastante para matarme por ello. El problema era que no sabía qué era lo que se suponía que sabía.

# TREINTA Y CINCO

Al anochecer, a las nueve menos cuarto, regresé a la iglesia. El cielo estaba violáceo y había nubes rosadas que parecían algodón dulce arrancado por niños impacientes, a punto de fundirse. Faltaba poco para que llegara la verdadera oscuridad; los algules ya estarían rondando, pero a los vampiros aún les faltaban unos minutos.

Me quedé en los peldaños, admirando la puesta de sol. Ya no quedaba sangre. Los escalones blancos estaban relucientes, como si aquella tarde no hubiera pasado nada. Pero yo lo recordaba, y me había resignado a sudar en el calor de julio para poder llevar un arsenal. El chubasquero no sólo tapaba la pistolera y la 9 mm con munición de reserva, sino también un cuchillo en cada antebrazo. Llevaba la Firestar en la funda de la cintura, al alcance de la mano derecha, y hasta un cuchillo atado al tobillo.

Lástima que nada de aquello me valdría contra Malcolm, uno de los maestros vampiros más poderosos de la ciudad. Después de haber visto a Nikolaos y a Jean-Claude en acción, diría que ocupaba el tercer puesto. En semejante compañía, la medalla de bronce no era moco de pavo, de modo que ¿por qué iba a vérmelas con él? Porque no se me ocurría otra cosa que hacer.

Había dejado una carta en la que explicaba mis sospechas respecto a la Iglesia y todos los demás en la caja de seguridad. ¿Acaso no tiene una todo el mundo? Ronnie estaba al corriente, y había otra carta en la mesa de la secretaria de Reanimators, Inc. El lunes por la mañana se la enviarían a Dolph, a menos que yo llamara para impedirlo.

Un pequeño intento de asesinato y me estaba volviendo paranoica por momentos. Mira tú.

El aparcamiento estaba repleto. Pequeños grupos de personas iban entrando en la iglesia. Algunos habían llegado a pie. Los observé detenidamente. ¿Vampiros antes de que oscureciera? No,

simples humanos.

Me subí un poco la cremallera del chubasquero. No quería estropear el oficio exhibiendo una pistola.

Una joven con el pelo castaño engominado, que le formaba una onda artificiosa sobre un ojo, repartía panfletos en la puerta. Supuse que eran para la ceremonia.

—Bienvenida —dijo con una sonrisa. ¿Es la primera vez que viene?

Le devolví la sonrisa toda amable, como si no llevara bastantes armas para cargarme a media congregación.

—Tengo cita con Malcolm.

La sonrisa no le cambió; en todo caso se le ensanchó, hasta mostrar un hoyuelo que tenía a un lado de los labios pintados. Me daba que no sabía que había matado a alguien hacía un rato… La gente no me suele sonreír cuando se entera de esas cosas.

—Un momento; voy a buscar a alguien que se ocupe de la puerta. —Se apartó, le dio un golpecito en el hombro a un chaval, le susurró algo al oído y le entregó los panfletos.

Regresó junto a mí alisándose el vestido burdeos.

—Si tiene la amabilidad de seguirme…

Sonó como una pregunta. ¿Y si le hubiera dicho que no? Se habría quedado a cuadros. El chico estaba saludando a una pareja que acababa de entrar en la iglesia. El hombre llevaba traje; la mujer, el típico vestido con medias y sandalias. Podían haber estado entrando en mi iglesia, en cualquier iglesia. Mientras seguía a la chica hacia la puerta por el pasillo lateral, me fijé en una pareja de punkis posmodernos. O como se llamen ahora. El pelo de la chica parecía el de la novia de Frankenstein en rosa y verde. Pero cuando la miré mejor empecé a dudar; igual era un tío con el pelo verde y rosa. En tal caso, su novia llevaba el pelo rapado.

La Iglesia de la Vida Eterna tenía un público muy variado. El truco está en la diversidad. Resultaba atractiva para los agnósticos, los ateos, los creyentes estándar desilusionados y algunos que no habían decidido qué eran. El recinto estaba casi a rebosar, y todavía no era de noche; aún tenían que llegar los vampiros. Hacía mucho que no veía una iglesia tan concurrida, excepto en Pascua o en Navidad, cuando se llenan de cristianos de temporada. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Era la iglesia más concurrida que había visto en años. La iglesia de los vampiros. Puede que el verdadero peligro no fuera el asesino; puede que estuviera allí, en aquel edificio.

Sacudí la cabeza y crucé la puerta en pos de mi guía; atravesamos la nave y la zona del café. Y sí que había café preparado, en una mesa cubierta con un mantel blanco, pero también había un cuenco de ponche rojizo que tenía un aspecto demasiado viscoso para ser ponche.

—¿Le apetece un café? —dijo la mujer.

—No, gracias.

Me dedicó una sonrisa amable y me abrió la puerta con el letrero OFICINAS. Entré. No había nadie.

—Malcolm la recibirá tan pronto como despierte. Si lo desea, puedo quedarme con usted —dijo, mirando hacia la puerta.

—No se pierda la ceremonia por mí. No me importa esperar sola.

—Gracias. —Volvió a mostrar el hoyuelo con una sonrisa—. Estoy segura de que no tendrá que esperar mucho. —Dicho aquello, se marchó y me dejó sola. Sola frente a la mesa del secretario y la agenda con tapas de cuero de la Iglesia de la Vida Eterna. La vida me sonreía.

Abrí la agenda por la semana anterior al asesinato del primer vampiro. Bruce, el secretario, tenía una letra muy clara, y todas las anotaciones eran muy precisas. Hora, nombre y breve descripción del motivo de la cita. 10:00, Jason MacDonald, reportaje para una revista. 9:00, reunión con el alcalde, problemas de calificación urbanística. La rutina que cabría esperar del Billy Graham del vampirismo. Dos días antes del primer asesinato había una anotación escrita con otra letra, más pequeña, pero no menos pulcra. 3:00, Ned. Aquello era todo, sin apellido, sin el motivo de la reunión. Y no lo había apuntado Bruce. Parecía una pista. Qué emoción.

*Ned* era un diminutivo de *Edward*, igual que *Teddy*. ¿Se había reunido Malcolm con el asesino de los muertos vivientes? Puede que sí, puede que no. También podía ser una reunión clandestina con otro Ned. O quizá Bruce no estaba en su puesto y, sencillamente, otra persona había apuntado la cita. Repasé el resto de la agenda tan deprisa como pude. No había nada más que

llamara la atención, y todas las demás anotaciones estaban escritas con la meticulosa caligrafía de Bruce.

Malcolm se había reunido con Edward, si era Edward, dos días antes del primer asesinato. Si aquello era cierto, ¿qué podía significar? Que Edward era el asesino y que Malcolm lo había contratado. Lo que no me cuadraba era que si Edward hubiera querido matarme, se habría encargado personalmente. ¿Podía ser que a Malcolm le hubiera entrado el pánico y hubiera enviado a uno de sus seguidores? Podía ser.

Estaba sentada en una silla junto a la pared, hojeando una revista, cuando se abrió la puerta. Malcolm era alto, y tan flaco que casi daba pena, con unas manos grandes y huesudas que le pegarían más a un hombre musculoso. Su pelo corto y rizado tenía el espantoso tono de las plumas de jilguero. Es el problema de los rubios cuando se tiran casi trescientos años a oscuras.

La última vez que había visto a Malcolm me había parecido guapo, perfecto. En aquel momento lo encontré casi vulgar, como a Nikolaos con su cicatriz. ¿Me habría dado Jean-Claude la capacidad de ver el verdadero aspecto de los maestros vampiros?

La presencia de Malcolm fue llenando la habitación como si fuera agua invisible, que me erizaba la piel y la dejaba helada. Me llegaba por las rodillas y seguía subiendo. Dándole novecientos años más, llegaría a rivalizar con Nikolaos. Aunque yo no estaría para comprobarlo.

Me levanté mientras él cruzaba la habitación. Llevaba un atuendo discreto: traje azul oscuro, camisa azul celeste y corbata de seda azul. La camisa clara hacía que sus ojos parecieran del azul de los huevos de petirrojo. Me sonrió con su cara angulosa, y no intentó nublarme la mente. A Malcolm se le daba muy bien resistir aquel impulso: toda su credibilidad radicaba en que no hacía trampas.

—Me alegro de verla, señorita Blake. —No me tendió la mano; era demasiado listo—. Bruce me ha dejado un mensaje muy confuso. ¿Algo relativo a los asesinatos de vampiros? —preguntó con voz profunda y tranquilizadora, como el sonido del mar.

—Le he dicho a Bruce que tengo pruebas de que su Iglesia está involucrada en los crímenes.

—¿Y las tiene?

—Sí. —Lo creía de verdad. Si se había reunido con Edward, tenía a mi asesino.

—Hummm, no miente. Y aun así, sé que no es cierto. —Su voz me envolvió, cálida y densa, poderosa.

—¡Trampa! —Sacudí la cabeza—. Ha usado sus poderes para sondearme la mente. Muy mal.

—Yo controlo mi Iglesia, señorita Blake —dijo encogiéndose de hombros y abriendo las manos—. Nadie de aquí cometería la acción de la que nos acusa.

—Anoche atacaron con porras una fiesta de *freaks*. Hubo heridos. —La última parte era una suposición.

—Una pequeña facción de nuestros seguidores sigue recurriendo a la violencia —dijo con el ceño fruncido—. Las fiestas de *freaks*, como usted las llama, son abominaciones, y hay que acabar con ellas, pero siempre por la vía legal. Es lo que les digo a mis seguidores.

—Pero ¿los castiga cuando lo desobedecen? —pregunté.

—No soy un policía ni un sacerdote que tenga que imponer castigos. No son niños; son dueños de sí mismos.

—Sí, claro.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Que es un maestro vampiro. Ninguno de ellos puede oponerse a su voluntad. Harán todo lo que quiera.

—No utilizo los poderes mentales con mi congregación.

Sacudí la cabeza. Su poder me subía por los brazos como una ola fría. Ni siquiera lo hacía a propósito; sólo rezumaba. ¿Se daba cuenta? ¿Podía ser accidental, realmente?

—Tuvo una reunión dos días antes del primer crimen.

—Tengo muchas reuniones. —Sonrió con cuidado de no enseñar los colmillos.

—Ya lo sé; está muy solicitado, pero seguro que se acuerda de esta. Contrató a un hombre para que matara vampiros. —Le observé la cara, pero era demasiado bueno. Hubo un destello en sus ojos, tal vez de inquietud; pero desapareció, y la seguridad regresó a su mirada azul y brillante.

—Señorita Blake, ¿por qué me está mirando a los ojos?

—Si no intenta hechizarme, no pasa nada —respondí encogiéndome de hombros.

—He intentado convencerla de ello varias veces, pero prefería la… seguridad. En cambio, ahora me mira directamente. ¿Por qué?

Se acercó a mí tan deprisa que lo vi borroso. Saqué la pistola, sin pensarlo. Es lo que tiene el instinto.

—Vaya —dijo.

Lo miré fijamente, dispuesta a encajarle una bala en el pecho si daba un paso más.

—Tiene al menos la primera marca, señorita Blake. La ha tocado un maestro vampiro. ¿Quién?

Solté aire en un largo suspiro. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Es una larga historia.

—La creo. —De repente estaba otra vez junto a la puerta, como si no se hubiera movido nunca. Tenía que reconocer que era bueno.

—Contrató a un hombre para que matara a los vampiros que van a las fiestas —dije.

—No —contestó.

Siempre me pone nerviosa que alguien se quede como si nada cuando lo estoy apuntando con una pistola.

—Pero contrató a un asesino.

—Supongo que no esperará que reconozca nada parecido, ¿verdad? —dijo encogiéndose de hombros con una sonrisa.

—Supongo que no. —Qué diablos, podía preguntárselo—. ¿Tienen alguna relación usted o su Iglesia con los asesinatos de vampiros?

Casi se echó a reír. No me extraña. Nadie en su sano juicio habría contestado que sí, pero a veces se pueden deducir cosas por la forma en que una persona niega algo. La mentira que se escoge puede ser casi tan reveladora como la verdad.

—No, señorita Blake.

—Contrató a un asesino. —Hice que sonara como una afirmación.

Se le desdibujó la sonrisa. Me miró fijamente, y su presencia me cosquilleó la piel como un enjambre.

—Señorita Blake, creo que ya va siendo hora de que se vaya.

—Un hombre ha intentado matarme hoy.

—No veo cómo puede ser culpa mía.

—Tenía dos marcas de mordiscos en el cuello. —De nuevo aquel

destello en los ojos. ¿Incomodidad? Puede—. Me estaba esperando a la entrada de su iglesia. Me he visto obligada a matarlo en los escalones. —Una pequeña mentira, pero no quería involucrar más a Ronnie.

Tenía el ceño fruncido, y un reguero de ira se propagó como el fuego por la habitación.

—No lo sabía, señorita Blake. Lo investigaré.

Bajé la pistola, pero no la guardé. Sólo se puede apuntar a alguien durante cierto tiempo. Si no tiene miedo, y si nadie va a atacar, queda bastante ridículo.

—No sea demasiado duro con Bruce. No reacciona muy bien ante la violencia.

Malcolm se enderezó, estirándose la americana. ¿Un gesto nervioso? Vaya, vaya. Había puesto el dedo en la llaga.

—Lo investigaré, señorita Blake. Si era miembro de nuestra iglesia, le debemos una humilde disculpa.

¿Qué podía decirle? ¿Gracias? No parecía apropiado.

—Sé que contrató a un asesino, y eso no es buena publicidad para su iglesia. Creo que está detrás de los crímenes. Puede que tenga las manos limpias, pero los asesinatos se cometieron con su aprobación.

—Por favor, váyase inmediatamente, señorita Blake —dijo abriendo la puerta.

—No se preocupe; ya me voy. —Crucé el umbral, aún con la pistola en la mano—. Pero eso no significa que se haya librado de mí.

—¿Sabe qué significa la marca de un maestro vampiro? —Me miraba furioso.

Lo pensé un momento y no supe qué contestar. La verdad.

—No.

—Ya lo descubrirá, señorita Blake. —Puso una sonrisa capaz de helar el corazón—. Si le resulta difícil de sobrellevar, recuerde que estamos aquí para ayudarla. —Me cerró la puerta en las narices. Con suavidad.

—¿Y eso qué significa? —le susurré a la puerta. No me contestó.

Guardé la pistola y vi una puertecita con el rótulo SALIDA. La iglesia estaba iluminada débilmente, puede que con velas. Los cantos de la congregación se elevaban en el aire de la noche. No

reconocí la letra, pero la música era la de «Como una ofrenda de la tarde». Capté una frase: «Viviremos eternamente, para no morir jamás».

Corrí al coche, esforzándome por no escuchar la canción. Había algo aterrador en aquellas voces que se elevaban hacia el cielo, adorando… ¿qué? ¿A sí mismas? ¿La eterna juventud? ¿La sangre? ¿Qué? Otra pregunta para la que no tenía respuesta.

Edward era el asesino. Lo que no sabía era si podría entregárselo a Nikolaos. ¿Podría entregar a otro ser humano a los monstruos, aunque fuera para salvar el pellejo? Otra pregunta sin respuesta. Diez días antes habría dicho que no, pero ya no estaba tan segura.

# TREINTA Y SEIS

No quería volver al piso; Edward se presentaría aquella noche. Tendría que decirle dónde dormía Nikolaos durante el día o me sacaría la información a la fuerza. Muchas complicaciones. Además, creía que era el asesino. Demasiadas.

Lo único que se me ocurría era evitarlo. No funcionaría eternamente, pero igual tenía una revelación y daba con la forma de salir del embrollo. Vale, muy traído por los pelos, pero la esperanza es lo último que se pierde.

Puede que Ronnie me hubiera dejado algún mensaje. Algo útil. Sabe Dios que necesitaba toda la ayuda posible. Detuve el coche en una gasolinera que tenía delante una cabina telefónica. El contestador me permitía escuchar los mensajes desde fuera de casa. Quizá pudiera evitar a Edward durante toda la noche si dormía en un hotel. Ay. Si hubiera tenido alguna prueba mínimamente sólida en aquel momento, habría llamado a la policía.

—¿Anita?, soy Willie —oí después del *clic* y el rebobinado del contestador—. Han cogido a Phillip. El tipo que iba contigo. ¡Lo están haciendo picadillo! Tienes que venir… —El mensaje se detenía de golpe, como si lo hubieran interrumpido.

Se me hizo un nudo en el estómago. Empezó a sonar el segundo mensaje.

—Ya sabes quién soy. ¿Has oído el mensaje de Willie? Ven a buscarlo, reanimadora. No hará falta que amenace a tu encantador amante, ¿verdad? —La risa de Nikolaos inundó el auricular, áspera y distante.

Un chasquido, y oí la voz de Edward. Estaba llamándome en aquel momento.

—Anita, dime dónde estás. Puedo ayudarte.

—Van a matar a Phillip —dije—. Además, te recuerdo que no estás de mi parte.

—Soy lo más parecido que tienes a un aliado.

—Pues que Dios me pille confesada. —Colgué bruscamente. Phillip había tratado de defenderme la noche anterior y estaba pagando por ello.

—¡Joder! —grité.

Un hombre que iba a poner gasolina se quedó mirándome.

—¿Qué pasa? —le pregunté casi gritando. Bajó la vista y se concentró en llenar el depósito.

Me senté al volante y me quedé parada unos minutos. Estaba tan furiosa que temblaba. Sentía la tensión en la mandíbula. Joder. ¡Joder! Estaba demasiado furiosa para conducir, y a Phillip no le serviría de nada que tuviera un accidente por el camino.

Probé a respirar profundamente, pero no conseguí gran cosa. Puse la llave en el contacto.

—No corras; no te puedes permitir que te pare la policía. Calma, Anita, calma. —De vez en cuando me da por hablar sola. Me doy unos consejos cojonudos. Y a veces hasta los sigo.

Metí la marcha y salí a la carretera; con cuidado. La rabia me subía por la espalda, y me atenazaba los hombros y el cuello. Aferré el volante con demasiada fuerza y descubrí que aún no se me habían curado del todo las manos. Sentía punzadas de dolor, pero no bastaba. No había suficiente dolor en el mundo para aplacar la ira.

Estaban jodiendo a Phillip por mi culpa. Igual que a Catherine y a Ronnie. Basta. Hasta aquí llegaba. Iba a buscar a Phillip y a salvarlo como fuera, y después llevaría todo el puto asunto a la policía. Sin pruebas, sí, sin nada que sustentara mi palabra, pero tenía que hacerme a un lado antes de que alguien más resultara herido.

La rabia casi bastaba para perder de vista el miedo que sentía. Si Nikolaos estaba torturando a Phillip por lo de la noche anterior, tampoco debía de estar muy contenta conmigo. Me disponía a bajar aquellas escaleras de noche, para llegar a la guarida del ama. Visto así, no parecía algo muy inteligente. La ira empezó a disolverse bajo una oleada de miedo frío y paralizante.

—¡No! —No iba a entrar asustada. Me aferré a la ira con todas mis fuerzas. Hacía mucho tiempo que no sentía nada tan parecido al odio. Ese sí que es un sentimiento que pone a cien.

El odio se basa casi siempre en el miedo, de un modo u otro. Sí. Me envolví en rabia, con unas gotitas de odio, y en el fondo de todo ello había un núcleo helado de terror puro y duro.

# TREINTA Y SIETE

El Circo de los Malditos está en un antiguo almacén. Tiene el nombre anunciado en el tejado con luces de colores, y hay unas figuras gigantescas de payasos que bailan alrededor de las palabras en una pantomima inmóvil. Si se observan los payasos detenidamente, resulta que tienen colmillos. Pero para verlo hay que fijarse mucho.

Los laterales del edificio estaban cubiertos con enormes carteles de lona plastificada, como en las antiguas barracas de feria. Uno mostraba a un hombre ahorcado: EL CONDE ALCOURT DESAFÍA A LA MUERTE. En otro dibujo, unos zombis salían a rastras de un cementerio: VEA A LOS MUERTOS LEVANTARSE DE LA TUMBA. Un dibujo muy malo representaba a un hombre a medio camino entre la forma humana y la lobuna: FABIÁN EL HOMBRE LOBO. Había otros anuncios y otras atracciones, pero ninguna parecía muy sana.

El Placeres Prohibidos está en la línea divisoria entre el entretenimiento y el sadismo. El Circo cruza la línea y cae por el precipicio.

Y allí me disponía a entrar. Qué alegría.

El ruido es como un golpe al entrar. Un estallido de sonidos de feria estridentes, el rumor de cientos de personas, los empujones de la multitud… Las luces chillonas destellan con cientos de colores distintos, y todos ellos hacen daño a los ojos, todos intentan llamar la atención o dar ganas de vomitar. Aunque puede que sólo fueran mis nervios.

El olor es una mezcla de algodón dulce, perritos, pestiños con canela, sorbetes, sudor y, por debajo de todo ello, un olor que pone los pelos de punta: la sangre huele como los centavos de cobre, y es un olor penetrante. La mayoría no lo identifica. Pero hay otro olor en el aire, aparte del de la sangre: el de la violencia. Ya, la violencia no huele. Pero allí siempre se nota… algo. Algo que hace pensar en

habitaciones cerradas durante años y telas podridas.

Hasta entonces sólo había ido allí por asuntos policiales. Lo que habría dado por estar rodeada de uniformes en aquel momento.

La multitud se separó como el agua hendida por un barco. Winter, el musculitos, avanzaba entre la gente, que se apartaba instintivamente de su camino. Yo también me habría apartado, pero no creía que se me fuera a presentar la oportunidad.

Winter llevaba el atuendo típico del forzudo, con un estampado de rayas de cebra, y buena parte del torso al descubierto. En sus piernas se apreciaba perfectamente hasta el menor movimiento de los tendones, como si los leotardos de rayas fueran una segunda piel. Cada uno de los bíceps, sin tensar, tenía un diámetro mayor que mis dos brazos. Se detuvo delante de mí, consciente de que me intimidaba con su altura.

—¿Toda tu familia es obscenamente alta, o sólo tú? —le pregunté.

Frunció el ceño y entrecerró los ojos. No lo había pillado. En fin.

—Sígueme —dijo. Sin más palabras, giró y volvió sobre sus pasos, atravesando de nuevo la multitud.

Supongo que tenía que seguirlo como una niña obediente. Mierda. Una gran carpa azul ocupaba una esquina del almacén. La gente hacía cola delante, con la entrada en la mano.

—Casi es la hora, amigos. Saquen sus entradas y pasen. Vean al ahorcado. El conde Alcourt será ejecutado ante sus ojos.

Me había detenido a escuchar. Winter no me esperó. Por suerte, su espalda ancha y blanca no se perdía en la multitud. Tuve que correr para alcanzarlo. Odio tener que hacer eso; me siento como una niña detrás de un adulto. Pero si tener que correr un poco era lo peor que iba a pasar aquella noche, la cosa no sería tan grave.

Había una noria de tamaño natural; la parte superior, resplandeciente, llegaba casi hasta el techo. Un hombre me tendió una pelota de béisbol.

—Prueba suerte, jovencita.

No le hice ni caso. Odio que me llamen jovencita. Miré los premios que se podían ganar: animales de peluche y muñecos horribles. Los peluches eran sobre todo de depredadores: panteras achuchables, osos del tamaño de un niño, serpientes con lunares y murciélagos gigantes de colmillos hirsutos.

Había un hombre calvo con maquillaje blanco de payaso que vendía entradas para el laberinto de espejos, y que miraba fijamente a los niños que entraban en la casa de cristal. Casi podía sentir el peso de sus ojos en las espaldas infantiles, como si quisiera memorizar todas las líneas de sus cuerpecitos. Por nada del mundo habría pasado junto a él para meterme en aquel río de cristal resplandeciente.

A continuación estaba el túnel de la risa; más payasos, gritos y corrientes de aire. La pasarela de metal que conducía a sus profundidades se doblaba y se retorcía. Un niño pequeño estuvo a punto de caerse, y su madre lo sujetó. ¿Por qué había padres que llevaban a sus hijos a aquel lugar aterrador?

También había una casa encantada; casi tenía gracia, pero a mí me parecía redundante: todo aquel maldito lugar era la casa del terror.

Winter se había detenido frente a una puerta que conducía a la zona del personal. Me miraba con el ceño fruncido y los enormes brazos cruzados frente a un pecho igualmente enorme. Los brazos no se le doblaban bien del todo, con aquel exceso de músculos, pero bien que lo intentaban.

Me abrió la puerta y entré. El hombre alto y calvo que había visto con Nikolaos la primera vez estaba de espaldas a la pared, en posición de firmes. Su rostro hermoso y estrecho, de ojos muy llamativos por la ausencia de pelo, me miraba como un maestro de primaria a una niña desobediente. Tendré que castigarla, señorita. Pero ¿qué había hecho para portarme mal?

—Regístrala —dijo—, y quítale las armas antes de bajar. —Tenía la voz grave, con un leve acento británico; afectada pero humana.

Winter asintió. ¿Para qué hablar si le bastaba con hacer gestos? Me levantó el chubasquero con sus manazas, cogió la pistola y me empujó un hombro para obligarme a dar la vuelta. También encontró la segunda pistola. ¿De verdad había pensado que me dejarían quedarme las armas? Sí, supongo que sí. Tonta de mí.

—Mira si lleva cuchillos en los brazos.

Mierda.

Winter me agarró las mangas como si fuera a arrancarlas.

—Un momento, por favor. Me quito la chaqueta y, si quieres, la registras también.

Winter me quitó los cuchillos de los brazos, y el calvo registró el chubasquero por si había armas ocultas. No encontró ninguna. Winter me palpó las piernas, pero fue descuidado: no descubrió el cuchillo del tobillo. Tenía un arma y no lo sabían. De puta madre.

Bajamos la interminable escalera y entramos en la sala del trono; estaba vacía.

—El ama nos espera con tu amigo —dijo el hombre. Supongo que notó mi inquietud.

Iba delante, igual que mientras bajábamos la escalera, y Winter cerraba la marcha. Igual pensaban que trataría de escapar. Sí, claro. ¿Adónde?

Se detuvieron frente a la mazmorra. ¿Por qué será que el detalle no me sorprendió? Ja. El calvo llamó a la puerta dos veces, ni muy fuerte ni muy flojo.

Hubo un silencio; después se oyó una risa clara y aguda en el interior. Se me puso la piel de gallina. No quería volver a ver a Nikolaos. No quería volver a estar en una mazmorra. Quería irme a casa.

Se abrió la puerta, y Valentine me invitó a pasar con un gesto.

—Adelante, adelante. —En aquella ocasión llevaba un antifaz plateado. Tenía un mechón de pelo caoba adherido a la parte superior, y estaba pringado de sangre.

El corazón me palpitaba en la garganta. ¿Estás vivo, Phillip? Me costó no preguntarlo en voz alta.

Valentine se apartó del umbral y esperó. Miré al calvo inescrutable, y me indicó con un gesto que lo precediera. ¿Qué podía hacer? Entré.

Lo que vi hizo que me parara en seco antes de empezar a bajar. No podía seguir avanzando. No podía. Aubrey estaba apoyado en la pared más alejada y me sonreía; todavía tenía el pelo dorado, pero su rostro era el de una bestia. Nikolaos estaba de pie, ataviada con un vestidito blanco que hacía que su piel pareciera de tiza, y su cabello, de algodón en rama. Tenía salpicaduras de sangre, como si hubieran sacudido una pluma con tinta roja junto a ella.

Me miró con sus ojos azul grisáceo. Volvió a reír, un sonido denso, puro y… perverso. No tenía otra palabra para describirlo:

perverso. Pasó una mano blanca salpicada de sangre por el pecho desnudo de Phillip, le rodeó un pezón con la yema del dedo y volvió a reír.

Estaba encadenado a la pared por las muñecas y los tobillos. La melena castaña le caía hacia delante y le ocultaba un ojo. Tenía su cuerpo musculoso cubierto de mordiscos, y la sangre le corría por la piel bronceada en finas líneas escarlata. Me miró con un ojo marrón; el otro seguía cubierto por el pelo. Era pura desesperación: sabía que lo habían llevado allí para matarlo y que no podía hacer nada. Pero yo sí que podía. Tenía que haber algo. ¡Dios, tenía que haber algo!

El hombre me tocó, y di un bote. Los vampiros se rieron; el hombre, no. Bajé los escalones para acercarme a Phillip, que evitaba mirarme.

Nikolaos le recorrió el muslo desnudo con los dedos. Él se puso tenso y apretó los puños.

—Nos lo hemos pasado muy bien con tu chico —dijo Nikolaos. Su voz era tan dulce como siempre. Parecía salida de *La novia niña*. Zorra.

—No es mi chico.

—Anita, no mientas. —Hizo un puchero—. No tiene gracia. —Se me acercó moviendo sus estrechas caderas al ritmo de alguna música interior. Alargó la mano; yo retrocedí y choqué contra Winter.

—Reanimadora, reanimadora —dijo—. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que no puedes resistir?

Dudo que quisiera que protestara, así que me quedé calladita.

Volvió a tender hacia mí una mano ensangrentada y delicada.

—Winter puede sostenerte, si quieres.

Quédate quieta o te inmovilizamos. Menuda elección. Me quedé quieta y vi cómo aquellos dedos pálidos avanzaban hacia mi cara. Me clavé las uñas en las palmas de las manos. No iba a apartarme de ella. No iba a moverme. Me tocó la frente con los dedos, y sentí el tacto frío y húmedo de la sangre. Bajó por la sien y la mejilla, y continuó hasta el labio inferior. Creo que dejé de respirar.

—Lámete los labios —dijo.

—No —contesté.

—Pero qué terca eres. ¿Jean-Claude te ha dado todo este valor?

—¿De qué coño hablas?

—No te hagas la tonta, Anita. —Se le oscurecieron los ojos y se le nubló la expresión—. No te pega nada. —La voz se le había vuelto adulta de repente, tan cálida que abrasaba—. Conozco tu secretito.

—No sé de qué me hablas —dije completamente en serio. No entendía por qué estaba tan furiosa.

—Si quieres, jugamos un rato más. —De repente estaba al lado de Phillip, y no la había visto moverse—. ¿Te he sorprendido, Anita? Aún soy la dueña de la ciudad. Tengo poderes que tu amo y tú nunca podríais soñar.

¿Mi amo? ¿Qué coño estaba diciendo? Yo no tenía amo.

Pasó las manos por el costado de Phillip. Le enjugó la sangre con una mano para mostrar la piel lisa e intacta. De pie delante de él, no le llegaba ni a la clavícula. Phillip había cerrado los ojos. Ella echó la cabeza atrás, y vi un destello de colmillos cuando separó los labios con un gruñido.

—No. —Avancé hacia ellos. Winter me puso las manos en los hombros y sacudió la cabeza lentamente. No podía interferir.

Le clavó los colmillos en el costado. Phillip tensó el cuerpo, arqueó el cuello y sacudió los brazos, tirando de las cadenas.

—¡Déjalo en paz! —Le di un codazo en el estómago a Winter, que gruñó y me clavó los dedos en los hombros hasta que sentí deseos de gritar. Me rodeó con los brazos y me apretó contra su pecho, inmovilizándome por completo.

Nikolaos apartó la cara de la piel de Phillip. La sangre le corría por la barbilla. Se lamió los labios con una lengua rosada y diminuta.

—Qué ironía —dijo, con una voz mucho más cascada de lo que el cuerpo llegaría a estar nunca—. Le encargué a Phillip que te sedujera, y fuiste tú quien lo sedujo a él.

—No somos amantes. —Me sentía ridícula apretada contra el pecho de Winter.

—Negarlo no os servirá de nada a ninguno de los dos.

—¿Y qué nos servirá? —pregunté.

Hizo un gesto, y Winter me soltó. Me puse fuera de su alcance, pero eso me acercó a Nikolaos, así que no supe si había salido ganando.

—Vamos a hablar de tu futuro, Anita. —Empezó a subir las escaleras—. Y del de tu amante.

Di por sentado que se refería a Phillip y no la corregí. El hombre sin nombre me indicó que la siguiera escaleras arriba. Aubrey se acercó a Phillip; iban a quedarse a solas. Inaceptable.

—Nikolaos, por favor.

No sé si fue por el *por favor* o por qué, pero se volvió.

—¿Sí? —dijo.

—¿Puedo pedirte dos cosas?

Me sonrió divertida; la diversión de un adulto con una niña que ha usado una palabra nueva. No me importaba qué pensara de mí mientras hiciera lo que yo quería.

—Por pedir… —dijo.

—Que cuando nos vayamos, todos los vampiros salgan de esta habitación. —Seguía mirándome y sonriendo; de momento, íbamos bien—. Y que me dejes hablar con Phillip a solas.

Su risa fue un sonido agudo y salvaje, como campanillas agitadas por una tormenta.

—Tienes agallas, mortal. Lo reconozco. Empiezo a entender qué ve Jean-Claude en ti.

Dejé pasar el comentario, porque me parecía que se me escapaba parte de su significado.

—¿Puedes concederme lo que pido, por favor?

—Llámame *ama* y lo tendrás.

Tragué saliva de manera audible en el súbito silencio.

—Por favor… ama. —Qué mayor. No me atraganté ni nada al pronunciar la palabra.

—Muy bien, reanimadora; muy, pero que muy bien. —Sin necesidad de que ella dijera nada, Valentine y Aubrey subieron los escalones y salieron por la puerta. No pusieron ningún pero, lo que ya era aterrador.

—Dejaré a Burchard en las escaleras. Es humano; si habláis en voz baja, no podrá oíros.

—¿Burchard? —pregunté.

—Sí, reanimadora, Burchard, mi siervo humano. —Me miró como si insinuara algo, pero mi expresión no pareció complacerla. Frunció el ceño y se volvió bruscamente con un balanceo de faldas blancas. Winter la siguió como un cachorrito obediente atiborrado

de esteroides.

Burchard, el otrora hombre sin nombre, ocupó su puesto frente a la puerta cerrada. Se quedó mirando al frente, y no a nosotros; aquella era toda la intimidad que íbamos a conseguir.

Me acerqué a Phillip, que seguía sin mirarme. Su espesa melena castaña nos separaba como una cortina.

—Phillip, ¿qué ha pasado?

—El Placeres Prohibidos. —Estaba afónico de gritar. Tuve que ponerme de puntillas y pegarme a él para oírlo—. Me han cogido allí.

—¿Y Robert no ha intentado detenerlos? —Por algún motivo, me parecía importante. Sólo lo había visto una vez, pero parte de mí estaba furiosa porque no había protegido a Phillip. Él se ocupaba de todo mientras Jean-Claude estaba fuera, y Phillip era una de las cosas de las que se tenía que ocupar.

—No es lo bastante fuerte.

Perdí el equilibrio y tuve que frenarme apoyando las manos en su pecho herido. Di un salto y aparté las manos, llenas de sangre.

Phillip cerró los ojos y se recostó en la pared. Tragó saliva con fuerza, y vi que tenía dos mordiscos nuevos en el cuello. Lo dejarían morir desangrado, si es que a alguien no se le iba la mano antes.

Bajó la cabeza y trató de mirarme, pero el pelo le había tapado los dos ojos. Me sequé la sangre en los vaqueros y volví a ponerme casi de puntillas a su lado. Le aparté el pelo de los ojos, pero volvió a caer. Empezaba a ponerme nerviosa. Lo peiné con los dedos hasta que el pelo le quedó apartado de la cara. Tenía el cabello más suave de lo que parecía, espeso y tibio por la calidez de su cuerpo.

—Hace unos meses —susurró con la voz quebrada— habría pagado por esto. —Casi sonreía.

Lo miré fijamente y comprendí que intentaba bromear. Dios mío. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Es hora de irse —dijo Burchard.

Miré los ojos marrones de Phillip y vi que la luz de las antorchas se reflejaba en ellos como en espejos negros.

—No te dejaré aquí, Phillip.

Posó los ojos en el hombre de las escaleras y otra vez en mí. El miedo lo hacía parecer más joven, desamparado.

—Hasta luego —dijo.

—Cuenta con ello —dije, apartándome de él.

—No es prudente hacerla esperar —dijo Burchard.

Probablemente tenía razón. Phillip y yo nos miramos un momento. El pulso le saltaba bajo la piel como si tratara de escapar. Me dolía la garganta y se me encogía el corazón. La luz de las antorchas pareció diluirse. Me volví y me dirigí a los escalones. Las cazadoras de vampiros frías como el acero no lloran. Al menos en público. Al menos si pueden evitarlo.

Burchard me sostuvo la puerta. Miré una vez más a Phillip y lo saludé con la mano, como una idiota. Me vio marcharme, con unos ojos que de repente eran demasiado grandes para la cara, como un niño que ve que sus padres salen de la habitación antes de que hayan desaparecido todos los monstruos.

Tuve que dejarlo allí; solo, desamparado. Que Dios se apiade de mí.

# TREINTA Y OCHO

Nikolaos estaba sentada en su silla de madera tallada y balanceaba los pies diminutos que no le llegaban al suelo. Adorable.

Aubrey estaba apoyado en la pared y se pasaba la lengua por los labios para apurar los últimos restos de sangre. Valentine estaba muy quieto detrás de él, mirándome fijamente.

Winter se quedó a mi lado. El carcelero.

Burchard se acercó a Nikolaos y apoyó una mano en el respaldo.

—Qué, reanimadora, ¿ya no bromeas? —preguntó Nikolaos. Seguía usando la versión adulta de su voz. Era como si tuviera dos y pudiera cambiarlas pulsando un botón.

Negué con la cabeza. No me sentía muy ocurrente.

—¿Se te han acabado las ganas de pelear? ¿Te rindes?

La miré, y la ira me sacudió como una ola de calor.

—¿Qué quieres, Nikolaos?

—Eso está mucho mejor. —El tono de su voz subía y bajaba, con una risita de niña al final de cada palabra. Puede que nunca volvieran a gustarme los niños.

—Jean-Claude debería estar cada vez más débil en su ataúd. Tendría que empezar a tener hambre, pero está fuerte y bien alimentado. ¿Cómo es posible?

No tenía ni la más remota idea, así que seguí callada. ¿Sería una pregunta retórica? No lo era.

—Contéstame, Aaa-niii-taaa. —Alargó mi nombre, como mordiendo cada sílaba.

—No lo sé.

—Claro que sí.

No lo sabía, pero no iba a creerme.

—¿Por qué estás torturando a Phillip?

—Tenía que darle una lección después de lo de anoche.

—¿Porque te plantó cara? —pregunté.

—Sí, porque me plantó cara. —Bajó de la silla y se acercó. Giró sobre sí misma, y el vestido blanco se infló a su alrededor. Llegó hasta mí dando saltitos, sonriente—. Y porque estaba furiosa contigo. Puede que si torturo a tu amante, evite torturarte a ti. Y puede que la muestra te sirva de incentivo para encontrar al asesino. —Tenía la carita vuelta hacia mí, y los ojos claros le brillaban de alegría. Se le daba muy bien.

Tragué saliva y pregunté lo que tenía que preguntar.

—¿Por qué estabas furiosa conmigo?

Inclinó la cabeza a un lado. Si no hubiera estado llena de salpicaduras de sangre, habría quedado monísima.

—¿Es posible que no lo sepas? —Se volvió hacia Burchard—. ¿Qué opinas, amigo mío? ¿Tan ignorante es?

—Creo que es posible —dijo irguiendo los hombros.

—Oh, Jean-Claude ha sido muy malo. ¡Ponerle la segunda marca a una mortal sin que ella lo sepa!

Me quedé paralizada. Recordé los ojos azules y ardientes en la escalera, y la voz de Jean-Claude en mi cabeza. Vale, sospechaba algo, pero seguía sin entender qué significaba.

—¿Qué es la segunda marca?

—¿Se lo explicamos, Burchard? —Preguntó relamiéndose como una gatita—. ¿Le decimos lo que sabemos?

—Si de verdad no lo sabe, tenemos que informarla, ama.

—Sí. —Regresó a la silla—. Burchard, dile cuántos años tienes.

—Seiscientos tres.

—Pero eres humano —dije mirándole el rostro terso y sacudiendo la cabeza—, no vampiro.

—Llevo la cuarta marca y viviré mientras mi ama me necesite.

—No, Jean-Claude no me haría eso.

—Yo lo estaba presionando mucho —dijo Nikolaos restándole importancia con un gesto—. Sabía que te había puesto la primera marca para curarte. Supongo que estaba desesperado por salvarse.

Recordé el eco de su voz en mi mente. «Perdóname. No tuve elección.» Maldito seas, siempre hay elección.

—He soñado con él todas las noches. ¿Qué significa eso?

—Que se está comunicando contigo, reanimadora. Con la tercera marca vendrá el contacto mental directo.

—No —dije, sacudiendo la cabeza.

—No, ¿qué, reanimadora? ¿No quieres la tercera marca, o no nos crees?

—No quiero ser la sierva de nadie.

—¿Has estado comiendo más que de costumbre? —preguntó.

La pregunta era tan extraña que me quedé mirándola un momento. Luego me acordé.

—Sí. ¿Es relevante?

—Está absorbiendo energía a través de ti, Anita —dijo Nikolaos con el ceño fruncido—. Se alimenta a través de tu cuerpo. Debería estar debilitándose, pero tú lo mantienes fuerte.

—No era mi intención.

—Te creo —dijo—. Anoche, cuando me di cuenta de lo que había hecho, me puse furiosa. De modo que cogí a tu amante.

—Por favor, créeme: no es mi amante.

—Entonces, ¿por qué se enfrentó a mi ira para salvarte? ¿Por amistad? ¿Por dignidad? No creo.

Vale, que creyera lo que quisiera. Teníamos que salir vivos de allí; aquel era el objetivo y no importaba nada más.

—¿Qué podemos hacer Phillip y yo para arreglarlo?

—Oh, cuánta educación. Me gusta. —Puso una mano en la cintura de Burchard, un gesto distante como el de acariciar a un perro—. ¿Le enseñamos lo que le espera?

A Burchard se le tensó el cuerpo como si lo hubiera recorrido una corriente eléctrica.

—Si mi ama lo desea…

—Lo deseo —dijo ella.

Burchard se arrodilló frente a ella; la cara le quedó a la altura del pecho de Nikolaos. Ella me miró por encima de la cabeza del siervo.

—En esto consiste la cuarta marca —dijo.

Se llevó las manos a los botones de perlas que decoraban el vestido. Separó la tela y mostró unos senos diminutos, de niña, a medio formar. Se pasó una uña por el izquierdo; la piel se abrió como la tierra bajo un arado, y la sangre se derramó en una línea roja por el pecho y el estómago.

No pude ver la cara de Burchard cuando se inclinó. La abrazó por la cintura y le hundió la cara en el pecho. Ella se tensó y arqueó la espalda. Unos tenues sonidos de succión rompieron el silencio de

la estancia.

Aparté la vista para mirar cualquier cosa excepto a ellos, como si los hubiera sorprendido follando y no pudiera marcharme. Valentine miraba hacia mí, y yo le devolví la mirada. Me saludó tocándose el ala de un sombrero imaginario y me mostró los colmillos. No le hice caso.

Burchard se había sentado junto a la silla, y estaba medio recostado en ella. Tenía la cara laxa y sofocada, y el pecho le subía y le bajaba en inspiraciones profundas. Se secó la sangre de la boca con una mano temblorosa. Nikolaos estaba muy quieta, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Igual resultaba que lo de follar no era una analogía tan bestia después de todo.

Nikolaos habló con los ojos cerrados y la voz más grave que de costumbre, sin mover la cabeza.

—Tu amigo Willie está otra vez en un ataúd. Se apiadó de Phillip, y hay que curarle esos instintos. —Levantó la cabeza bruscamente con un brillo en los ojos que era casi un resplandor, como si tuvieran luz propia—. ¿Hoy puedes verme la cicatriz?

Negué con la cabeza. Era una niña preciosa, sin defectos ni imperfecciones.

—Vuelves a estar perfecta. ¿Por qué?

—Porque invierto energía en ello. Es cuestión de concentrarse —dijo con una voz baja y cálida, igual de ominosa que el sonido de los truenos distantes.

Se me erizó el vello de la nuca. Iba a pasar algo malo.

—Jean-Claude tiene sus partidarios, Anita. Si lo matara, lo convertirían en un mártir. Pero si demuestro que es débil y no tiene poder, lo abandonarán y me obedecerán a mí… o no obedecerán a nadie.

Se puso en pie, con el vestido de nuevo abrochado hasta arriba. El pelo rubio algodonoso se movía como agitado por el viento, pero no había viento.

—Destruiré algo a lo que Jean-Claude ha otorgado su protección.

¿Con qué rapidez podría sacar el cuchillo de la pierna? Y ¿de qué me serviría?

—Le demostraré a todo el mundo que Jean-Claude es incapaz de proteger a los suyos, y que yo soy el ama de todos.

Puta egocéntrica. Winter me cogió del brazo antes de que pudiera hacer nada. Estaba demasiado ocupada vigilando a los vampiros para fijarme en los humanos.

—Adelante —dijo—. Matadlo.

Aubrey y Valentine se apartaron de la pared e hicieron una reverencia. De repente ya no estaban allí, como si hubieran desaparecido. Me volví hacia Nikolaos, que sonreía.

—Sí —dijo—, te he nublado la mente y no los has visto salir.

—¿Adónde han ido? —Tenía un nudo en el estómago. Creo que conocía la respuesta.

—Jean-Claude le otorgó su protección a Phillip; por tanto, debe morir.

—No.

—Oh, sí. —Nikolaos sonrió.

Un grito llegó por el pasillo. El grito de un hombre. El grito de Phillip.

—¡No! —Casi caí de rodillas; de no ser por la mano de Winter, habría llegado al suelo. Fingí desmayarme y me relajé mientras él me sostenía. Cuando me soltó, saqué el cuchillo de la funda del tobillo. Winter y yo estábamos cerca del pasillo, apartados de Nikolaos y su siervo humano. Quizá lo suficiente.

Winter la miraba como si esperara órdenes. Me levanté y le hundí el cuchillo en el vientre. La sangre empezó a brotar cuando retiré la hoja, y corrí hacia el pasillo.

Llegué a la puerta y noté la primera ráfaga de viento en la espalda. Abrí sin mirar atrás.

Phillip colgaba inerte de las cadenas. La sangre le caía por el pecho en una cascada roja brillante que salpicaba al llegar al suelo, como la lluvia. La luz de las antorchas se reflejaba en las vértebras húmedas. Lo habían degollado.

Me derrumbé contra la pared como si me hubieran dado un golpe. No podía respirar.

—Oh, Dios, Dios —susurraba alguien una y otra vez, y era yo. Bajé los escalones apoyándome contra la pared. No podía apartar los ojos del cadáver. No podía mirar nada más. No podía respirar. No podía llorar.

El reflejo de las antorchas en los ojos les daba la impresión de movimiento. Un grito me creció en las entrañas y me surgió por la

garganta.

—¡Phillip!

Aubrey se interpuso entre él y yo. Estaba cubierto de sangre.

—Estoy deseando hacer una visita a tu encantadora amiga Catherine.

Quise abalanzarme contra él chillando, pero me apoyé en la pared para disimular el cuchillo que llevaba en la mano. Mi objetivo había dejado de ser salir viva de allí: quería matar a Aubrey.

—Hijo de puta, cabrón hijo de puta. —La voz me sonó asombrosamente tranquila, sin asomo de emoción. No tenía miedo. No sentía nada.

Aubrey frunció el ceño bajo la máscara de sangre de Phillip.

—No tolero los insultos.

—Cabrón de mierda, hijo de la gran puta.

Se me acercó, como yo quería, y me puso una mano en el hombro. Le grité a la cara con todas mis fuerzas, y en el instante de vacilación que siguió le clavé el cuchillo entre las costillas. Era estrecho y afilado, y lo metí hasta la empuñadura. El cuerpo se le tensó contra mí. Tenía los ojos abiertos por la sorpresa. Abrió y cerró la boca sin emitir sonido, y cayó al suelo mientras intentaba agarrarse al aire con las manos.

Valentine apareció de repente, arrodillado junto al cadáver.

—¿Qué has hecho? —No veía el cuchillo; había quedado oculto por el cuerpo de Aubrey.

—Matarlo, cabronazo, igual que voy a matarte a ti.

Valentine se puso en pie, empezó a decir algo, y se desencadenó el infierno. La puerta saltó en pedazos contra la pared más alejada, y un tornado irrumpió en la mazmorra.

Valentine cayó de rodillas y bajó la cabeza hasta el suelo. Estaba haciendo una reverencia. Yo me apreté contra la pared. El viento se me clavaba en la cara y me alborotaba el pelo frente a los ojos.

El ruido se atenuó y, a duras penas, conseguí mirar hacia la entrada. Nikolaos flotaba sobre el peldaño superior. El pelo le crepitaba; parecía una telaraña. La piel se le había encogido sobre los huesos y le confería un aspecto cadavérico. Los ojos le relucían con un fuego azul clarísimo. Empezó a descender, flotando con las manos extendidas.

Podía verle las venas como si fueran neones azules por debajo de la piel. Eché a correr hacia la pared opuesta, hacia el túnel que habían usado los hombres rata.

El viento me aplastó contra la pared, y entré a rastras en el túnel. La entrada era grande y oscura; el aire fresco me acarició la cara, y algo me cogió por el tobillo.

Grité. La cosa en que se había convertido Nikolaos me arrastró hacia atrás, me estrelló contra la pared y me inmovilizó las muñecas con una garra. Sentí su cuerpo en las piernas, todo huesos bajo la ropa.

Tenía los labios contraídos y enseñaba colmillos y dientes. La cabeza, prácticamente una calavera, siseó:

—¡Vas a aprender a obedecerme!

Me gritó en la cara, y yo también grité. Un grito inarticulado, como el de un animal al caer en una trampa. El corazón me palpitaba en la garganta, y no podía respirar.

—¡Nooo!

—¡Mírame! —gritó la cosa.

La miré y caí en el fuego azul de sus ojos. El fuego se abrió paso por mi mente; dolor. Sus pensamientos me cortaban como cuchillos y se llevaban partes de mí. Su ira ardía y quemaba, hasta que creí que me arrancaba la piel de la cara. Sentí como si me hurgaran en el cráneo con garras, arañando el hueso.

Cuando recuperé la visión estaba encogida contra la pared, y ella se cernía sobre mí, sin tocarme: no le hacía falta. Yo estaba temblando, y tiritaba tanto que me castañeteaban los dientes. Tenía frío, mucho frío.

—Más tarde o más temprano, reanimadora, me llamarás *ama* y lo dirás sinceramente.

De repente estaba de rodillas junto a mí. Apretó su cuerpo delgado contra el mío, mientras me sujetaba contra el suelo por los hombros. No podía moverme.

—Voy a hundirte los colmillos en el cuello —me susurró la niñita guapa al oído—, y no puedes evitarlo.

Una de sus delicadas orejas me rozó los labios. Le clavé los dientes hasta notar el sabor de la sangre. Gritó y se apartó; le bajaba un reguero por un lado del cuello.

Unas garras punzantes como cuchillas me desgarraron el

cerebro; su dolor y su ira lo convertían en puré. Creo que volví a gritar, pero no oí nada. Al cabo de un rato dejé de oír por completo. Llegó la oscuridad, que se tragó a Nikolaos y me dejó sola, flotando en las tinieblas.

# TREINTA Y NUEVE

Desperté, cosa que, de por sí, ya fue una agradable sorpresa. Vi una luz eléctrica en el techo. Estaba viva y fuera de la mazmorra. Bueno era saberlo.

¿Por qué me resultaba sorprendente estar viva? Pasé los dedos por la tapicería áspera y nudosa del sofá en el que estaba tumbada. Encima había un cuadro: un paisaje fluvial con barcas, mulas, personas… Alguien se me acercó. Tenía una larga melena rubia, la mandíbula cuadrada y un rostro atractivo. No tan inhumanamente hermoso como me había resultado anteriormente, pero aun así atractivo. Supongo que hay que ser muy guapo para hacer *striptease*.

—Robert —grazné con voz ronca.

—Tenía miedo de que no despertaras antes del amanecer. —Se puso de rodillas junto a mí—. ¿Te duele mucho?

—¿Dónde…? —Carraspeé y recuperé el habla parcialmente—. ¿Dónde estoy?

—En el despacho de Jean-Claude, en el Placeres Prohibidos.

—¿Quién me ha traído?

—Nikolaos. Ha dicho: «Aquí tienes a la puta de tu amo». —Vi cómo tragaba saliva. Me recordó algo, pero no supe qué.

—¿Sabes lo que ha hecho Jean-Claude? —pregunté.

—Mi amo te puso la segunda marca —contestó Robert—. Cuando hablo contigo, hablo con él. —¿Lo decía en sentido figurado o literal? En realidad, prefería no saberlo—. ¿Cómo te encuentras?

Y había algo en su modo de preguntarlo que significaba que no debería encontrarme bien. Me dolía el cuello. Me lo toqué: sangre seca.

Cerré los ojos, pero no me sirvió de nada. Un sonido leve, muy parecido a un sollozo, se me escapó de la garganta. Tenía la imagen de Phillip grabada a fuego. La sangre que brotaba de su cuello, la

carne rosada desgarrada… Sacudí la cabeza y probé a respirar profunda y lentamente. No me sirvió de nada.

—Servicio —dije.

Robert me llevó. Entré, me arrodillé en el suelo frío y vomité hasta que me sentí vacía y no salía nada más que bilis. A continuación me acerqué al lavabo y me mojé la boca y la cara con agua fría. Me miré en el espejo; los ojos parecían negros, no marrones, y la piel tenía un aspecto enfermizo. Estaba hecha una mierda y me sentía peor aún.

Y en el lado derecho del cuello tenía el origen de todos mis males. No las marcas de Phillip, que se estaban cicatrizando, sino marcas de colmillos. Marcas pequeñas, diminutas. Nikolaos me había… contaminado, para demostrar que podía dañar a la sierva humana de Jean-Claude. Había demostrado lo dura que era, desde luego. Muy dura.

Phillip estaba muerto. Muerto. Podía pensarlo, pero ¿podría decirlo en voz alta? Decidí intentarlo.

—Phillip está muerto —le dije a mi imagen.

Hice un ovillo con la toalla de papel marrón y la metí en la papelera metálica. No bastó para ahogar mi rabia. Grité y empecé a darle patadas a la papelera, una y otra vez, hasta que cayó al suelo y se derramó el contenido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Robert asomándose por la puerta.

—¿A ti qué te parece? —grité.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó, vacilando en la entrada.

—¡Ni siquiera fuiste capaz de impedir que se llevaran a Phillip!

Se echó hacia atrás como si le hubiera pegado.

—Hice lo que pude.

—¡Pues no fue gran cosa! —Seguía gritando enloquecida. Caí de rodillas y sentí que la rabia me ahogaba y se me empezaba a derramar por los ojos—. ¡Vete!

—¿Estás segura? —preguntó dubitativo.

—¡Fuera de aquí!

Cerró la puerta al salir. Yo me senté en el suelo, acurrucada en posición fetal, lloré y grité. Cuando tuve el corazón tan vacío como el estómago, me sentí triste y vencida.

Nikolaos había matado a Phillip y me había mordido para demostrar lo poderosa que era. Seguro que pensaba que me estaba

cagando por las patas abajo. Y tenía razón, pero resulta que dedico la mayor parte de las horas de vigilia a enfrentarme a lo que me da miedo y destruirlo. Una maestra vampira de mil años era apuntar muy alto, pero una chica ha de tener ambiciones.

# CUARENTA

El local estaba oscuro y en silencio. Estaba sola, y ya debía de haber amanecido. Reinaba la tranquilidad, con ese silencio expectante que se adueña de los edificios cuando se va la gente. Como si, al marcharnos, el edificio adquiriera una vida propia de la que podría disfrutar si lo dejáramos en paz. Sacudí la cabeza e intenté concentrarme, sentir algo. Sólo quería irme a casa e intentar dormir. Y a ser posible, no soñar.

En la puerta había una nota adhesiva de color amarillo. Ponía: «Tus armas están detrás de la barra. El ama también las ha traído. Robert».

Me puse las pistolas y los cuchillos. Faltaba el que había usado con Winter y Aubrey. ¿Habría matado a Winter? Quizá. ¿Habría matado a Aubrey? Ojalá. Normalmente, sólo los maestros vampiros pueden sobrevivir a una herida en el corazón, pero nunca había hecho la prueba con un cadáver ambulante de quinientos años. Si le sacaban el cuchillo, quizá fuera bastante resistente para sobrevivir. Tenía que avisar a Catherine. ¿Y qué le diría? ¿«Sal de la ciudad: un vampiro va a ir a por ti»? Dudaba que me creyera. Mierda.

Salí a la luz mortecina del amanecer. La calle estaba vacía y se respiraba un agradable aire matutino. El calor no había tenido tiempo de instalarse; casi hacía fresco. ¿Dónde tendría el coche? Oí unos pasos.

—No te muevas —dijo una voz al instante—. Te estoy apuntando con una pistola.

—Buenos días, Edward. —Levanté las manos sin necesidad de que me lo pidiera.

—Buenos días, Anita. Quédate muy quieta, por favor. —Estaba justo detrás de mí, clavándome la pistola en la espalda. Me registró a conciencia, de los pies a la cabeza. Edward es minucioso; es uno de los motivos por los que sigue con vida. Se separó de mí—. Ya

puedes volverte.

Tenía la Firestar en el cinturón, y la Browning, sin empuñar, en la mano izquierda. No sé dónde había metido los cuchillos. Me dedicó su sonrisa jovial y encantadora, mientras me apuntaba al pecho sin ningún tipo de titubeo.

—Basta de jugar al escondite. ¿Dónde está esa tal Nikolaos? —me preguntó.

Respiré profundamente. Pensé en acusarlo de ser el asesino de vampiros, pero no parecía un buen momento. Quizá más tarde, cuando no me estuviera apuntando con una pistola.

—¿Puedo bajar los brazos? —pregunté. Asintió brevemente. Bajé los brazos muy despacio—. Quiero dejar clara una cosa, Edward. Voy a darte la información, pero no porque me des miedo, sino porque hay que acabar con ella. Y quiero entrar.

Se le ensanchó la sonrisa, y los ojos le brillaron de placer.

—¿Qué pasó anoche?

Aparté la vista hacia la acera y, a continuación, me enfrenté a sus ojos azules.

—Ordenó que mataran a Phillip —dije.

—Continúa. —Me observaba detenidamente.

—Me mordió. Creo que pretende convertirme en su sierva.

Se guardó la pistola en una funda de sobaco, se me acercó y me hizo girar la cabeza para ver mejor el mordisco.

—Tienes que limpiarte esto, pero te va a doler de cojones.

—Ya lo sé. ¿Puedes ayudarme?

—Claro. —Se le suavizó la sonrisa—. Y yo que venía dispuesto a sacarte la información por las malas… Vas y me pides que te ayude a echarte ácido en una herida.

—Agua bendita —puntualicé.

—Arderá igual.

Lo malo es que tenía razón.

# CUARENTA Y UNO

Estaba sentada con la espalda apoyada en la fresca loza de la bañera. Tenía la camiseta empapada y pegada al cuerpo. Edward estaba de rodillas a mi lado, con un frasco medio vacío de agua bendita en la mano. Íbamos por el tercer frasco, y sólo había vomitado una vez. Con un par.

Al principio me había apoyado en el borde del lavabo, pero no había durado mucho allí: pegué botes, gemí, aullé y llamé de todo a Edward. No me lo tuvo en cuenta.

—¿Qué tal estás? —preguntó. Tenía el gesto tan inexpresivo que era imposible saber si disfrutaba o no.

—Como si me hubieran clavado un cuchillo al rojo en el cuello —dije con una mirada asesina.

—¿Quieres parar y descansar un poco?

—No. —Respiré profundamente—. Quiero limpiarme esto, Edward. Hasta el final.

Sacudió la cabeza y casi sonrió.

—Ya sabes que esto se suele hacer a lo largo de varios días.

—Sí —dije.

—¿Pero tú lo quieres de golpe, en una sesión maratoniana? —Me miraba muy fijamente, como si la pregunta fuera más importante de lo que parecía.

Aparté la vista de aquellos ojos intensos. No me apetecía que nadie me mirase en aquel momento.

—No tengo más remedio. Necesito que esta herida esté limpia antes de que anochezca.

—Porque Nikolaos volverá a buscarte —dijo.

—Sí.

—Y si no te has purificado la primera herida, tendrá control sobre ti.

—Sí —dije con un suspiro profundo y tembloroso.

—Por mucho que limpiemos el mordisco, si es tan poderosa como dices, quizá sea capaz de llamarte.

—Es tan poderosa como digo y más. —Me froté las manos en los vaqueros—. ¿Temes que pueda volverme contra ti aunque limpiemos el mordisco? —Lo miré con la esperanza de interpretar su expresión.

—Ser cazador de vampiros entraña riesgos. —Seguía mirándome fijamente.

—Eso no significa que no —dije.

—Y tampoco significa que sí —repuso con una rápida sonrisa.

Genial. Edward tampoco estaba seguro.

—Echa un poco más, antes de que pierda el valor.

—Tú nunca pierdes el valor. —Amplió la sonrisa, y le brillaron los ojos—. Puede que pierdas la vida, pero no el valor. —Lo decía como un cumplido.

—Gracias.

Me puso una mano en el hombro y aparté la cara. El corazón me oprimió la garganta, hasta que no oí nada más que el pulso de la sangre en la cabeza. Quería huir, liarme a golpes contra algo, gritar, pero tenía que quedarme allí sentada y soportar aquello. Odio las situaciones de ese tipo. Cuando era pequeña siempre hacían falta dos personas como mínimo para ponerme una inyección: una manejaba la jeringuilla y la otra me sujetaba.

En aquel caso me sujetaba yo sola. Si Nikolaos volvía a morderme, probablemente podría obligarme a hacer todo lo que quisiera. Incluso matar. Lo había visto antes, con un vampiro que era un chiste comparado con el ama.

El agua me corrió por la piel y alcanzó la marca del mordisco como oro fundido, abrasándome todo el cuerpo. Se abría paso a través de la piel y los huesos; me estaba destrozando. Me estaba matando. Grité. No pude evitarlo. Demasiado dolor. No podía huir. Tenía que gritar.

Estaba tendida en el suelo, sintiendo su frío en la mejilla, respirando con jadeos breves y ansiosos.

—Respira más despacio, Anita. Estás hiperventilando. Respira de forma lenta y relajada o te desmayarás.

Abrí la boca y respiré profundamente; el aire me siseó y gimió en la garganta. Me estaba asfixiando. Tosí y me esforcé por respirar.

La cabeza me daba vueltas, y estaba algo mareada cuando conseguí llenarme los pulmones, pero no me había desmayado. Tropecientos puntos para mí.

Edward casi tuvo que tumbarse en el suelo para acercar la cara.

—¿Me oyes?

—Sí —acerté a decir.

—Vale. Voy a intentar poner la cruz sobre el mordisco. ¿Te parece bien o es demasiado pronto?

Si no habíamos purificado la herida con suficiente agua bendita, la cruz me quemaría y tendría una cicatriz más. Ya había sido valiente más allá del deber, y no podía más. Abrí la boca para decir que no, pero me traicionó el subconsciente.

—Venga —dije. Mierda, iba a ser valiente.

Me apartó el pelo del cuello. Me quedé tumbada en el suelo y apreté los puños, tratando de prepararme. Aunque no hay preparación que valga para recibir un hierro candente en el cuello. La cadena se deslizó con un susurro entre los dedos de Edward.

—¿Estás lista?

No.

—Hazlo de una vez, joder.

Lo hizo. Me apretó la cruz contra la piel: metal frío, nada de quemaduras, nada de humo ni de nuevas cicatrices, nada de dolor. Estaba limpia, al menos tanto como al principio.

Edward me puso el crucifijo frente a la cara. Me aferré a él y lo apreté hasta que me tembló la mano. No tardó mucho. Las lágrimas me afloraron a los ojos. No estaba llorando, de verdad. Estaba agotada.

—¿Puedes sentarte? —preguntó Edward.

Asentí; me obligué a incorporarme y me apoyé en la bañera.

—¿Puedes levantarte? —preguntó.

Lo pensé y decidí que no; no creía que pudiera. Estaba débil y temblorosa, y sentía náuseas.

—Sin ayuda, no.

Edward se arrodilló a mi lado, me pasó un brazo por las axilas y otro bajo las rodillas, y me levantó. Se puso en pie con un movimiento fluido, sin esfuerzo.

—Déjame en el suelo —dije.

—¿Qué? —preguntó, mirándome.

—No soy una cría. No quiero que me lleves en brazos.

—Vaaale —dijo con un suspiro. Me puso en pie y me soltó. Me tambaleé contra la pared y me deslicé hasta el suelo. Las lágrimas habían vuelto; mierda. Me quedé sentada en el suelo, llorando, demasiado débil para ir andando del baño a la cama. ¡Dios!

Edward se quedó de pie, mirándome con una expresión neutra e inescrutable como la de un gato.

—¡Odio sentirme indefensa! ¡Lo odio! —La voz me salió casi normal, sin rastros de llanto.

—Eres una de las personas menos indefensas que conozco —dijo Edward. Volvió a agacharse a mi lado, se pasó mi brazo derecho por los hombros, me sujetó por la muñeca y me rodeó la cintura con el otro brazo. La diferencia de altura hacía que resultara un poco incómodo, pero se las apañó para hacerme creer que llegaba andando hasta la cama.

Tenía un montón de pingüinos de peluche apoyados en la pared. Edward no los había sacado a relucir, y si él no los mencionaba, yo tampoco. ¿Quién sabe? Igual la Muerte dormía con un osito. Ya.

Las cortinas seguían cerradas, y la habitación, en su penumbra habitual.

—Descansa. Montaré guardia y me ocuparé de que ningún monstruo te haga nada.

Lo creí.

Llevó el sillón blanco al dormitorio y lo colocó contra la pared, cerca de la puerta. Se ajustó la funda de sobaco y dejó la pistola preparada. Antes de subir había sacado del coche una bolsa de deporte. La abrió y extrajo algo que parecía una metralleta en miniatura. No sabía demasiado de armas automáticas, y sólo se me ocurrió pensar en una Uzi.

—¿Qué tipo de arma es?

—Una Uzi pequeña.

Hala, lo había adivinado a la primera. Sacó el cargador y me enseñó cómo se llenaba, dónde estaba el seguro y toda la pesca, como si fuera un coche nuevo. Se sentó en el sillón con la metralleta en las rodillas.

—No dispares contra los vecinos, ¿vale? —conseguí decirle, aunque se me estaban cerrando los ojos.

—Lo intentaré. —Creo que sonrió.

Asentí.

—¿Eres el asesino de vampiros?

—Duérmete, Anita —dijo con una sonrisa radiante y cautivadora.

Cuando estaba al borde del sueño oí una voz suave y distante.

—¿Dónde se oculta Nikolaos durante el día? —me preguntó.

Abrí los ojos e intenté enfocar la vista. Seguía sentado en el sillón, inmóvil.

—Estoy agotada, Edward, no lela.

Su risa burbujeó a mí alrededor mientras me dormía.

# CUARENTA Y DOS

Jean-Claude estaba sentado en el trono de madera. Me sonrió y me tendió una mano de dedos largos.

—Ven —dijo.

Yo llevaba un vestido largo de encaje blanco. Nunca había tenido un sueño en el que llevara ropa como esa. Levanté la vista hacia Jean-Claude; lo había elegido él. El miedo me atenazó la garganta.

—Este sueño es mío —dije.

—Ven —dijo tendiéndome las dos manos.

Y fui hacia él. El vestido rozaba las piedras con un rumor continuo, y me ponía los nervios de punta. De repente, me encontré ante el vampiro. Levanté las manos hacia las suyas, lentamente. No debería. Era una pésima idea, pero no me podía contener.

Me cogió las manos y me arrodillé ante él. Me llevó las manos hasta el encaje que se le derramaba por la parte delantera de la camisa, me llenó las manos con él, apretó con fuerza y rasgó la camisa de un tirón.

Tenía un pecho terso y pálido, con algo de vello negro que formaba una línea en el centro. Se le espesaba en el estómago, increíblemente negro sobre la blancura del abdomen. La cicatriz de la quemadura, lisa y reluciente, estaba fuera de lugar en la perfección de su cuerpo.

Me cogió la barbilla con una mano y me levantó la cara hacia sí. Se llevó la otra mano al pecho, justo debajo del pezón derecho, e hizo brotar sangre de la pálida piel. Le corrió por el pecho formando una línea escarlata brillante. Intenté apartarme, pero sus dedos me apresaban la mandíbula como un cepo.

—¡No! —grité.

Lo golpeé con la mano izquierda. Me agarró la muñeca y la sujetó. Me apoyé en el suelo con la mano derecha y empujé con las

rodillas. Atrapada por la mandíbula y la muñeca, me sentía como una mariposa en un alfiler. Podía moverme, pero no escapar. Me senté en el suelo, de forma que tendría que estrangularme o bajarme al suelo. Me bajó.

Le di una patada con todas mis fuerzas y acerté en la rodilla. Los vampiros pueden sentir dolor. Me soltó la mandíbula tan repentinamente que caí hacia atrás. Me agarró por las muñecas y me obligó a arrodillarme, sujetándome por los costados con las piernas. Se sentó en la silla; con las rodillas controlaba la parte inferior de mi cuerpo, y sus manos eran como grilletes en mis muñecas.

Una risa aguda y musical llenó la habitación. Nikolaos estaba a un lado, observándonos. Su risa resonó por la estancia, cada vez más fuerte, como una música enloquecida.

Jean-Claude me cogió las dos muñecas con una mano, sin que pudiera oponerme, y me acarició la mejilla con la mano libre, recorriéndome la línea del cuello. Tensó los dedos al llegar a la nuca y empezó a apretar.

—No, por favor, Jean-Claude.

Me acercaba la cara más y más a la herida del pecho. Forcejeé, pero sus dedos parecían soldados a mi cabeza; formaban parte de mí.

—¡No!

La risa de Nikolaos se convirtió en palabras.

—En cuanto se raspa el barniz, todos somos muy parecidos.

—¡Jean-Claude! —grité.

Su voz sonó como el terciopelo, cálida y oscura, y me atravesó la mente.

—Sangre de mi sangre, carne de mi carne, dos mentes con un solo cuerpo, dos almas fundidas en una. —Durante un momento intenso pude verlo, sentirlo: la eternidad con Jean-Claude. Sus caricias… para siempre. Sus labios. Su sangre…

Parpadeé y descubrí que casi le rozaba la herida del pecho con los labios. Estaba tan cerca que podría lamerla.

—¡No, Jean-Claude! —grité—. ¡Jean-Claude! ¡Dios mío, ayúdame!

Oscuridad y una mano que me aferraba el hombro. Ni siquiera lo pensé; el instinto tomó el mando. Cogí la pistola de la cabecera

de la cama y la empuñé. Una mano me atrapó el brazo bajo la almohada, manteniendo la pistola apuntada a la pared, y un cuerpo se apretó contra el mío.

—Anita, Anita, soy Edward. ¡Mírame!

Parpadeé y vi a Edward, que me había inmovilizado los brazos y tenía la respiración acelerada. Miré la pistola y volví a mirar a Edward. Seguía sujetándome los brazos; no podía reprochárselo.

—¿Estás bien? —preguntó. Asentí—. Di algo, Anita.

—He tenido una pesadilla.

—Y tanto —dijo, sacudiendo la cabeza. Me soltó lentamente, y yo devolví la pistola a su funda—. ¿Quién es Jean-Claude? —preguntó.

—¿Por qué?

—Estabas gritando su nombre.

Me toqué la frente y la noté toda sudada. La ropa que me había puesto para dormir y la sábana estaban empapadas. Aquellas pesadillas empezaban a ponerme de los nervios.

—¿Qué hora es? —La habitación parecía demasiado oscura, como si se hubiera puesto el sol. Se me hizo un nudo en el estómago. Si oscurecía pronto, Catherine no tendría salvación.

—No te asustes; sólo está nublado. Todavía faltan cuatro horas para que anochezca.

Respiré profundamente, llegué al baño dando tumbos y me eché agua fría en la cara y el cuello. La imagen que me devolvió el espejo estaba pálida como un fantasma. Aquel sueño, ¿había sido cosa de Jean-Claude o de Nikolaos? Si había sido Nikolaos, ¿tendría control sobre mí? Otra pregunta para la que no tenía respuesta. Nunca tenía respuesta para nada.

Cuando regresé, Edward estaba sentado en el sillón blanco. Me observaba como si fuera un insecto interesantísimo que no hubiera visto hasta entonces. Pasé de él y llamé a Catherine al trabajo.

—Hola, Betty, soy Anita Blake. ¿Está Catherine?

—Buenas tardes, señorita Blake. Creía que sabía que la señorita Maison estará ausente de la ciudad del trece al veinte, por un juicio.

Catherine me lo había dicho, pero se me había olvidado. Por fin tenía un poco de suerte. Ya iba siendo hora.

—No me acordaba, Betty. Muchas gracias. Se lo agradezco más de lo que imagina.

—Me alegro de haber resultado de ayuda. La señorita Maison ha programado la primera prueba de los vestidos de las damas de honor para el día veintitrés. —Lo dijo como si aquello tuviera que hacerme sentir mejor. No era el caso.

—Lo recordaré. Adiós.

—Adiós, buenas tardes.

Colgué y llamé a Irving Griswold. Era periodista del *Saint Louis Post-Dispatch*. También era hombre lobo. Irving el hombre lobo. Sonaba bastante ridículo, pero ¿qué nombre podría sonar bien? Charles el hombre lobo, ni de coña. ¿Justin, Oliver, Wilbur, Brent…? No.

Irving contestó después de que sonara tres veces.

—Soy Anita Blake.

—Vaya, hola, ¿qué hay? —Sonaba receloso, como si sólo lo llamara para pedirle cosas.

—¿Conoces a algún hombre rata?

Guardó un silencio casi demasiado prolongado.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo al fin.

—No puedo decírtelo.

—Eso significa que quieres ayuda pero no sacaré nada a cambio.

—Más o menos —confesé después de suspirar.

—Entonces, ¿por qué iba a ayudarte?

—No te pongas plasta, Irving. Te he dado un montón de exclusivas. Te ganaste el primer artículo de portada gracias a mí, así que corta el rollo.

—¿No estás un poco quisquillosa?

—¿Conoces a algún hombre rata o no?

—Sí.

—Necesito enviarle un mensaje al rey.

—Veo que no te andas con chiquitas. —Emitió un silbido que sonó muy agudo a través del teléfono—. Podría concertarte una reunión con el hombre rata que conozco, pero no con su rey.

—Quiero que le transmitan un mensaje al rey. ¿Tienes un boli a mano?

—Siempre —dijo.

—Los vampiros no me cogieron, y no hice lo que querían.

Irving me lo leyó y se lo confirmé.

—¿Estás metida en algo con vampiros y hombres rata y no me

das la exclusiva?

—Esto no lo publicaría nadie, Irving. Es un asunto demasiado turbio.

—De acuerdo —dijo tras una pausa—. Lo intentaré. Esta noche te digo algo.

—Gracias, Irving.

—Ten cuidado, Blake. Me jodería un huevo perder a mi mejor fuente de primeras planas.

—Y a mí que la perdieras —dije.

Acababa de colgar cuando volvió a sonar el teléfono. Lo cogí sin pensarlo. El teléfono suena y una contesta; son años de práctica, y no hace lo suficiente que tengo contestador para haber perdido el hábito.

—¿Anita? Soy Bert.

—Hola, Bert. —Suspiré en silencio.

—Sé que estás trabajando en el caso de los vampiros, pero tengo una cosa que puede interesarte.

—Ya estoy metida hasta más allá de las cejas. De hecho, un poco más y puede que no vuelva a ver la luz del día. —Pensaréis que Bert me preguntaría si me había pasado algo o cómo me iba. Qué va; mi jefe no es de esos.

—Ha llamado Thomas Jensen.

—¿Ha llamado Jensen? —Me enderecé.

—Así es.

—¿Nos va a dejar hacerlo?

—No nos va a dejar; te va a dejar. Ha pedido expresamente que seas tú. He intentado convencerlo de que se puede ocupar otro, pero no hay manera. Y tiene que ser esta noche; tiene miedo de echarse atrás.

—Mierda —dije en voz baja.

—¿Lo llamo para cancelarlo, o puedes darle hora?

¿Por qué tenía que suceder todo a la vez? Una de tantas preguntas retóricas de la vida.

—Me reuniré con él en cuanto oscurezca del todo.

—Esta es mi chica. Sabía que no me dejarías colgado.

—No soy tu chica, Bert. ¿Cuánto te paga?

—Treinta mil dólares. Y ya ha llegado un adelanto de cinco mil por mensajero.

—Eres un cerdo.

—Sí, y no veas lo rentable que me resulta. —Colgó sin despedirse. El rey de la simpatía.

—¿Acabas de aceptar un encargo de levantar muertos esta noche? —me preguntó Edward mirándome.

—Más bien de ponerlos a descansar, pero sí.

—¿Te cuesta levantar muertos?

—¿Que si me cuesta? —pregunté.

—Si te consume energía, resistencia, fuerza… —Se encogió de hombros.

—A veces.

—¿Y este trabajo? ¿Te hará gastar energía?

—Sí —dije con una sonrisa.

—No puedes permitirte el lujo de consumirte, Anita —dijo, sacudiendo la cabeza.

—Tampoco consume tanto. —Respiré profundamente e intenté encontrar la forma de explicárselo a Edward—. Thomas Jensen perdió a su hija hace veinte años. Hace siete encargó que la levantaran como zombi.

—¿Y qué?

—Se había suicidado. Entonces nadie sabía por qué. Más adelante se descubrió que el señor Jensen había abusado sexualmente de ella, y eso era lo que la había empujado al suicidio.

—Y encargó que la levantaran —dijo Edward con una mueca—. No querrás decir que…

—No, no —negué, agitando las manos como si quisiera borrar una imagen repentina y vívida—. No es eso. Tenía remordimientos y la levantó para pedirle perdón.

—¿Y?

—Ella no quiso perdonarlo.

—No entiendo nada —dijo, sacudiendo la cabeza.

—La había levantado para hacer las paces, pero ella había muerto odiándolo, temiéndolo. La zombi se negó a perdonarlo, de modo que no la devolvió a la tierra. La retuvo a su lado mientras se le iban deteriorando la mente y el cuerpo, como una especie de castigo.

—Jooooder…

Abrí el armario y saqué la bolsa de deporte. Edward llevaba la

suya llena de armas; yo llevaba en la mía los trastos de reanimadora. A veces llevaba también el kit de cazar vampiros. En el fondo de la bolsa estaba la caja de cerillas que me había dado Zachary, y me la guardé en el bolsillo del pantalón. No creo que Edward me viera. Para que pille una pista, es necesario que se siente delante de él y se ponga a ladrar.

—Jensen ha accedido por fin a devolverla a la tierra si me encargo yo, y no puedo negarme —dije—. Es casi una leyenda entre los reanimadores. Lo más parecido que tenemos a una historia de fantasmas.

—¿Y por qué esta noche? Si ha esperado siete años, ¿por qué no unas cuantas noches más?

—Ha insistido —contesté mientras seguía metiendo cosas en la bolsa—. Le da miedo echarse atrás si tiene que esperar. Además, puede que yo no esté viva dentro de unas cuantas noches. Podría darle por no permitir que lo hiciera otra persona.

—No es tu problema. Tú no levantaste su zombi.

—No, pero soy reanimadora antes que cualquier otra cosa. Lo de matar vampiros es… un servicio suplementario. Soy reanimadora, y no es sólo un trabajo.

—No entiendo muy bien por qué, pero entiendo que tienes que hacerlo. —Seguía mirándome.

—Gracias.

—Tú misma. —Sonrió—. ¿Te importa que te acompañe, para asegurarme de que nadie acaba contigo mientras?

—¿Has visto alguna vez levantar un zombi? —Lo miré de reojo.

—No.

—No serás escrupuloso, ¿verdad? —Sonreí mientras lo decía.

Me miró fijamente; sus ojos azules se habían vuelto fríos de pronto. Se le había transformado la cara: no había nada, ninguna expresión, salvo aquella terrible frialdad, aquel vacío. En una ocasión, un leopardo me había mirado así desde detrás de los barrotes de su jaula, sin ninguna emoción que yo pudiera entender, con unos pensamientos tan ajenos como si procedieran de otro planeta. Un ser que podía matarme con eficacia, porque aquello era lo que haría si tuviera hambre o si lo molestara.

No me desmayé ni salí a toda leche de la habitación, pero me costó lo mío.

—Ya lo has dejado claro, Edward. Corta el rollo del asesino perfecto y vámonos.

Sus ojos no recuperaron la normalidad al instante, sino que tuvieron que ir adaptándose, como cuando el alba se abre paso por el cielo.

Esperaba que Edward no me mirara nunca en serio de aquel modo, porque uno de los dos moriría. Probablemente, yo.

# CUARENTA Y TRES

La oscuridad de la noche era casi absoluta. Unos nubarrones densos ocultaban el cielo; el viento, con olor a lluvia, susurraba a ras de suelo.

La lápida de Iris Jensen era de mármol blanco y liso. Tenía un ángel casi de tamaño natural, con las alas extendidas y los brazos abiertos en ademán acogedor. Todavía se podía leer, a la luz de la linterna, AMADA HIJA, TRISTEMENTE AÑORADA. El mismo hombre que había encargado el ángel, el que la añoraba tristemente, había abusado de ella. Se había suicidado para huir de él, y él la había obligado a regresar. Por eso estaba yo en la oscuridad, esperando a los Jensen; no por él, sino por ella. Aunque sabía que ya no quedaba nada de su mente, quería que Iris Jensen descansara en paz.

No era algo que pudiera explicarle a Edward, así que ni lo intenté. Un roble enorme montaba guardia sobre la tumba vacía. El viento soplaba entre las hojas, y las hacía agitarse y susurrar. Era un sonido demasiado seco, como si fueran hojas de otoño y no de verano. El aire era fresco y húmedo; teníamos la lluvia casi encima. Por una vez, no hacía un calor insoportable.

Había llevado un par de gallos, que cacareaban dentro de su jaula, junto a la tumba. Edward estaba apoyado en mi coche con las piernas cruzadas y los brazos relajados. Yo tenía la bolsa de deporte abierta en el suelo, a mi lado; la hoja del machete brillaba en el interior.

—¿Dónde está? —preguntó Edward.

—Ni idea —dije, negando con la cabeza. Hacía casi una hora que era noche cerrada. El terreno del cementerio estaba casi completamente pelado; sólo unos pocos árboles tachonaban las colinas. Ya deberíamos haber visto llegar las luces del coche por el camino de grava. ¿Dónde estaba Jensen? ¿Se habría echado atrás?

—Esto me da mala espina, Anita. —Edward se apartó del coche y se situó a mi lado.

A mí tampoco me hacía mucha gracia, pero…

—Vamos a esperar un cuarto de hora más. Si para entonces no ha llegado, nos largamos.

—Aquí no hay muchos lugares donde ponerse a cubierto —dijo Edward mirando alrededor.

—No creo que tengamos que preocuparnos por los francotiradores.

—Me dijiste que te habían disparado, ¿no?

Asentí. Tenía razón. Sentí un escalofrío. El viento abrió un hueco entre las nubes, y la luz de la luna nos bañó. En la distancia vimos brillar una pequeña construcción plateada.

—¿Qué es eso? —preguntó Edward.

—El cobertizo de mantenimiento —contesté—. ¿O crees que el césped se siega solo?

—No había pensado nunca en eso —dijo.

Las nubes volvieron a cubrir el cielo, y el cementerio quedó sumido en la oscuridad. Todos los contornos se desdibujaron; el mármol blanco parecía resplandecer con luz propia.

Me giré al oír el sonido de unas garras que arañaban el metal. Había un algul en el techo de mi coche. Estaba desnudo y parecía un ser humano que hubieran sumergido en pintura gris claro, casi metálica. Pero tenía los dientes, y las uñas de las manos y los pies, largos, negros y curvados, y un resplandor rojizo le iluminaba los ojos.

Edward se puso a mi lado, pistola en mano. Yo también había desenfundado. Cuando se tiene suficiente práctica, se hace sin pensar.

—¿Qué hace ese bicho ahí? —preguntó.

—Ni idea. —Agité la mano hacia él y grité—: ¡Largo!

Se agazapó sin dejar de mirarme fijamente. Los algules son cobardes; no atacan a los seres humanos sanos. Di dos pasos, blandiendo la pistola.

—¡Fuera, lárgate!

Los algules suelen echarse a correr ante las demostraciones de fuerza, pero aquel se quedó sentado. Retrocedí.

—Edward —dije en voz baja.

—¿Sí?

—No he percibido algules en este cementerio.

—¿Y qué? Se te ha pasado uno.

—No puede haber uno solo. Van en manadas, y es imposible no notar su presencia. Dejan una especie de hedor psíquico de maldad a su paso.

—Anita —dijo con voz suave, normal, pero no del todo. Seguí la dirección de su mirada y vi otros dos algules que se acercaban por detrás.

Estábamos casi espalda contra espalda y apuntábamos con las pistolas hacia fuera.

—Vi un ataque de algules al principio de esta semana. Habían matado a un hombre sano en un cementerio libre de algules.

—Me suena —dijo.

—Sí. Las balas no los matan.

—Ya lo sé. ¿A qué esperan? —preguntó.

—Estarán haciendo acopio de valor.

—Me esperan a mí —dijo una voz. Zachary, sonriente, salió de detrás de un árbol.

Creo que me quedé con la boca abierta, y puede que eso fuera lo que lo hizo sonreír. Fue entonces cuando lo supe: no mataba seres humanos para alimentar a su *gris-gris*, sino vampiros. Theresa lo había puteado y se había convertido en su siguiente víctima. Pero todavía quedaban varias incógnitas, y muy importantes.

Edward me miró y volvió a mirar a Zachary.

—¿Y este quién es? —preguntó.

—El asesino de vampiros, supongo —dije.

Zachary hizo una leve reverencia. Un algul se le apoyó en la pierna, y él le acarició la cabeza casi calva.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Acabo de deducirlo. Este año estoy un poco lenta.

—Imaginaba que lo descubrirías más tarde o más temprano —dijo con el ceño fruncido.

—Por eso destruiste la mente del zombi testigo. Para salvarte.

—Tuve suerte de que Nikolaos me encargara a mí su interrogatorio. —Sonrió al decirlo.

—Y tanto —dije—. ¿Cómo conseguiste que el de los mordiscos me disparara en la iglesia?

—Muy sencillo: le dije que lo había ordenado Nikolaos.

Así cualquiera.

—¿Cómo haces que los algules salgan de su cementerio? ¿Cómo es que te obedecen?

—Habrás oído la teoría de que cuando se entierra a un reanimador en un cementerio aparecen algules.

—Sí.

—Pues cuando regresé de la tumba, vinieron conmigo y eran míos. Míos.

Miré a las criaturas y vi que había más. Al menos veinte; una manada considerable.

—¿Quieres decir que ese es el origen de los algules? —Pregunté, agitando la cabeza—. No hay reanimadores suficientes en el mundo para explicar tanto algul.

—Ya lo he pensado —dijo—. Creo que cuantos más zombis se levantan en un cementerio, más probabilidades hay de que salgan algules.

—¿Como una especie de efecto acumulativo?

—Exacto. Estaba deseando hablar de ello con otro reanimador, pero comprenderás que me era imposible.

—Sí —dije—. Comprendo. No puedes hablar del asunto sin revelar qué eres y qué has hecho.

Edward disparó sin avisar. La bala acertó a Zachary en el pecho y lo hizo girar. Cayó boca abajo, y los algules se quedaron paralizados; pero un instante después, Zachary se incorporó sobre los codos y se puso en pie con ayuda de un solícito algul.

—Si nos pincháis, ¿acaso no sangramos? Si nos hacéis cosquillas, ¿acaso no reímos? Si nos pegáis un tiro, ¿acaso no morimos? Ah, pues ahora que lo pienso, no.

—Lo que faltaba, un graciosillo —bufé.

Edward volvió a disparar, pero Zachary desapareció detrás del árbol.

—Por si me dais en la cabeza —nos gritó desde allí—. No sé qué pasaría si me metierais una bala en el cerebro.

—Vamos a comprobarlo —dijo Edward.

—Adiós, Anita. No pienso quedarme a averiguarlo. —Se alejó rodeado por un grupo de algules. Iba agachado entre ellos, supongo que para protegerse de las balas, y no conseguí distinguirlo.

Otros dos algules rodearon el coche y se quedaron agazapados en el camino. Uno había sido una mujer, y todavía llevaba un vestido hecho harapos.

—Vamos a darles motivos para tener miedo —dijo Edward. Noté que se movía, y su pistola disparó dos veces. Un chillido agudo surcó la noche. El algul que estaba sobre mi coche bajó de un salto y se escondió, pero había más acercándose desde todos lados. Al menos nos quedaban quince compañeros de juegos.

Disparé y le acerté a uno. Cayó de lado y se revolcó por la grava emitiendo el mismo gemido agudo, lastimoso y animal, como un conejo herido.

—¿Hay algún lugar donde podamos refugiarnos? —me preguntó Edward.

—El cobertizo de mantenimiento —dije.

—¿Es de madera?

—Sí.

—No los detendrá.

—No, pero ya no estaremos al descubierto.

—De acuerdo. ¿Alguna recomendación, antes de que empecemos a movernos?

—No corras hasta que estemos muy cerca del cobertizo. Si corres, pensarán que tienes miedo y te perseguirán.

—¿Algo más?

—No fumas, ¿verdad?

—No; ¿por qué?

—El fuego los ahuyenta.

—Genial; van a comernos vivos por no ser fumadores.

Casi me eché a reír de lo indignado que parecía, pero había un algul agazapado a punto de saltar sobre mí, y tuve que pegarle un tiro entre los ojos. No era momento para risas.

—Vamos, despacio y con naturalidad —dije.

—Es una pena que la metralleta esté en el coche.

—Y que lo digas.

Edward disparó tres veces, y la noche se llenó de chillidos y gritos animales. Echamos a andar hacia el lejano cobertizo. Calculé que estaría a unos cuatrocientos metros; iba a ser todo un paseo.

Un algul se nos echó encima. Lo derribé y cayó en la hierba, pero era como tirar a patos de feria: nada de sangre, sólo agujeros.

Les dolía, pero ni de lejos lo suficiente.

Estaba andando prácticamente hacia atrás con una mano a la espalda para no perder a Edward. Eran demasiados. Ni yo me creía que pudiéramos llegar al cobertizo. Un gallo soltó un cacareo suave e inquisitivo. Se me ocurrió una idea.

Disparé contra un gallo. Cuando cayó, el otro sufrió un ataque de pánico y empezó a aletear contra la jaula de madera. Los algules se detuvieron; uno de ellos levantó la cara y olisqueó el aire.

Sangre fresca, colegas, a por ella. Carne fresca. Dos algules echaron a correr hacia los gallos. Los otros los siguieron y se apelotonaron al llegar, para romper la madera y llegar a los jugosos bocados del interior.

—No te pares, Edward; no corras, pero ve un poco más deprisa. Los gallos no los entretendrán eternamente.

Apretamos el paso. El sonido de garras, huesos partidos, salpicaduras de sangre y aullidos de algul era un avance muy poco halagüeño de lo que nos esperaba.

A medio camino, un aullido prolongado y hostil se elevó en la noche. Ningún perro podría aullar de esa forma. Miré atrás; los algules se acercaban corriendo a cuatro patas.

—¡Corre! —dije.

Corrimos.

Chocamos contra la puerta del cobertizo y descubrimos que estaba cerrada con candado. Edward se lo cargó de un tiro; no había tiempo para forzarlo. Los algules nos pisaban los talones y seguían aullando.

Entramos y cerramos la puerta, como si nos fuera a servir de algo. Había un tragaluz cerca del techo; de repente, la luz de la luna empezó a entrar por él. En una pared había una hilera de segadoras, algunas colgadas de ganchos. Tijeras de podar, desbrozadoras, palas, un trozo de manguera… Todo el cobertizo olía a gasolina y a trapos grasientos.

—No hay nada para bloquear la puerta, Anita —dijo Edward.

Tenía razón. Habíamos roto el candado. ¿Dónde están los objetos pesados cuando los necesitas?

—Pon una segadora.

—No los detendrá mucho tiempo.

—Algo es algo —dije. No se movió, así que empujé una segadora

contra la puerta.

—No pienso morir devorado —dijo. Puso un cargador nuevo en la pistola—. Si quieres te mataré primero, o puedes hacerlo tú misma.

Entonces recordé que me había guardado en el bolsillo la caja de cerillas que me había dado Zachary. ¡Cerillas, teníamos cerillas!

—Anita, ya casi están aquí. ¿Quieres hacerlo tú misma?

Saqué del bolsillo la caja de cerillas. Gracias, Dios mío.

—Ahórrate las balas, Edward. —Cogí una lata de gasolina.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

Los aullidos resonaban a nuestro alrededor; casi habían llegado.

—Prenderle fuego al cobertizo. —Impregné la puerta de gasolina. El olor era fuerte y se me metió en la garganta.

—¿Con nosotros dentro? —preguntó.

—Sí.

—Prefiero pegarme un tiro, si no te importa.

—No tengo intención de morir esta noche, Edward.

Una garra arañó la madera y la desgarró hasta atravesar la puerta. Encendí una cerilla y la arrojé contra la puerta empapada de gasolina, que se encendió con un estallido de llamas blancas y azules. El algul chilló, cubierto de fuego, y se apartó de la puerta destrozada.

El hedor a gasolina se mezcló con el de carne y pelo quemado. Tosí y me tapé la boca con la mano. El fuego estaba consumiendo la madera del cobertizo, extendiéndose hacia el techo. No necesitábamos más gasolina; aquello era una puta jaula de llamas, y nosotros estábamos dentro. No había imaginado que fuera a extenderse tan deprisa.

Edward estaba cerca de la pared trasera, con la mano en la boca.

—Tenías un plan para salir de aquí, ¿no? —dijo con voz ahogada.

Una garra atravesó la madera e intentó alcanzar a Edward, que se apartó. El algul empezó a abrirse paso haciendo muecas. Edward le encajó un disparo entre los ojos, y el algul desapareció de nuestra vista.

Cogí un rastrillo de la pared. Empezaba a llover ceniza. Si el humo no nos mataba antes, ya se encargaría el techo cuando se derrumbara.

—Quítate la camisa —dije.

Ni siquiera preguntó por qué. Pragmático hasta la médula. Se sacó la pistolera y la camisa rápidamente, me lanzó la prenda y se volvió a colocar las correas en el pecho desnudo.

Envolví las púas del rastrillo con la camisa y la empapé de gasolina. Le prendí fuego con la pared; ya no hacían falta las cerillas. La parte delantera del cobertizo nos arrojaba lenguas de fuego. Sentía pinchazos de quemaduras, como picaduras de avispa.

Edward lo había captado. Encontró un hacha y empezó a agrandar el agujero que había hecho el algul. Yo llevaba la antorcha improvisada y una lata de gasolina. Se me ocurrió que el calor podía incendiar la gasolina. No íbamos a asfixiarnos por el humo; volaríamos por los aires.

—¡Date prisa! —dije.

Edward se escurrió por la abertura y yo lo seguí; estuve a punto de quemarlo con la antorcha. No había un algul en cien metros a la redonda; no eran tan tontos como parecía. Corrimos, y la explosión me golpeó la espalda como una ráfaga huracanada. Rodé por la hierba, sin aire en los pulmones. Llovían fragmentos de madera ardiendo por todas partes. Me cubrí la cabeza y recé. Con mi suerte, me alcanzaría un clavo volante.

Se hizo el silencio, o se acabaron las explosiones. Levanté la cabeza con cautela. El cobertizo había desaparecido; no quedaba nada. A mi alrededor había trozos de madera ardiendo. Edward estaba tendido en el suelo, tan cerca de mí que casi podía tocarlo, y me miraba fijamente. ¿Tendría una expresión tan sorprendida como él? Probablemente.

La antorcha improvisada estaba incendiando la hierba. Edward se arrodilló y la levantó. Encontré la lata de gasolina intacta y me puse en pie. Edward me siguió con la antorcha. Los algules parecían haber huido; muy listos, pero por si acaso… Ni siquiera tuvimos que decir nada. Si algo teníamos en común, era la paranoia.

Nos acercamos al coche. La adrenalina se había desvanecido, y estaba más cansada que antes. El cuerpo humano produce una cantidad limitada de adrenalina; cuando se agota, empieza a abotargarse.

La jaula de los gallos había pasado a la historia; había fragmentos pequeños e irreconocibles esparcidos alrededor de la

tumba. No me acerqué a examinarlos. Me detuve para recoger la bolsa de deporte, que estaba intacta en el suelo. Edward se colocó delante de mí y tiró la antorcha al camino de grava. El viento susurraba entre los árboles.

—¡Anita! —gritó Edward.

Rodé por el suelo. Edward disparó, y algo cayó chillando en la hierba. Miré al algul mientras Edward lo llenaba de balas. Cuando el corazón me volvió a su sitio, me arrastré hacia la lata de gasolina y desenrosqué el tapón.

El algul chilló. Edward lo estaba acorralando con la antorcha encendida. Lo rocié de gasolina.

—Préndelo —dije arrodillándome.

Edward le aplicó la antorcha. El fuego siseó alrededor del algul, que empezó a chillar. La noche apestaba a carne y pelo quemados, y a gasolina.

Rodó una y otra vez tratando de apagar las llamas, pero no lo logró.

—Zachary, cariño —murmuré—, tú serás el siguiente. Créeme.

La camisa se había consumido, y Edward tiró el rastrillo al suelo.

—Vámonos de aquí —dijo.

No podía estar más de acuerdo. Abrí el coche, lancé la bolsa de deporte al asiento trasero y puse el motor en marcha. El algul estaba tendido en la hierba, inmóvil, ardiendo.

Edward estaba en el asiento del acompañante con la metralleta en el regazo. Por primera vez desde que lo conocía, parecía alterado, incluso asustado.

—¿Vas a dormir con esa metralleta? —le pregunté.

—¿Y tú? —Me miró—. ¿Vas a dormir con la pistola?

Un punto para Edward. Tomé las curvas cerradas del camino de acceso tan deprisa como me atreví. Mi Nova no estaba pensado para maniobras rápidas, y no me pareció muy buena idea tener un accidente en aquel cementerio justo entonces. Los faros iluminaban las lápidas, pero no había ningún movimiento. Ni un algul a la vista.

Me llené los pulmones y dejé escapar el aire. Habían intentado matarme dos veces en otros tantos días. Sinceramente, prefiero los tiros.

# CUARENTA Y CUATRO

Viajamos sin decir nada durante un buen rato. Fue Edward quien interrumpió la relativa calma del zumbido de las ruedas.

—Creo que no deberíamos volver a tu piso —dijo.

—Estoy de acuerdo.

—Puedes venir a mi hotel, a no ser que tengas otro lugar adonde prefieras ir.

¿Adónde podía ir? ¿A casa de Ronnie? No quería volver a ponerla en peligro. ¿Qué otras vidas podía arriesgar? Casi mejor ninguna, excepto la de Edward; él podía con ello, quizá hasta mejor que yo.

Las vibraciones del busca, que llevaba en el cinturón, se extendieron por todo mi abdomen. Odiaba llevarlo en modo silencioso; el puto trasto siempre me asustaba cuando se ponía en marcha.

—¿Qué coño te ha pasado? —Dijo Edward—. Has pegado un salto como si te hubieran mordido.

Apreté el botón del busca, para que se estuviera quieto y para ver quién había llamado. La pantalla se iluminó brevemente.

—Me han llamado al busca, y se ha puesto a vibrar.

—No vas a llamar al trabajo —dijo, mirándome. Hizo que sonara casi como una orden.

—No te pongas plasta, Edward, que no estoy para gaitas.

Lo oí suspirar, pero ¿qué podía decir? Estaba conduciendo yo. A menos que sacara la pistola y secuestrara el coche, tendría que ir adonde yo decidiera. Tomé la siguiente salida y encontré una cabina telefónica, junto a una tienda de esas que abren hasta las tantas. Estaba completamente iluminada y me hacía resultar un blanco fácil, pero después de los algules necesitaba luz.

Edward me observó bajar del coche con la cartera en la mano. No me acompañó para cubrirme. Pues bueno; tenía mi pistola. Si

quería hacer pucheros, allá él.

Llamé al trabajo. Respondió Craig, el secretario de noche.

—Reanimators, Inc., buenas noches.

—Hola, Craig, soy Anita. ¿Qué pasa?

—Ha llamado Irving Griswold. Quiere que le devuelvas la llamada inmediatamente o no hay reunión. Ha dicho que tú lo entenderás. ¿Lo entiendes?

—Sí. Gracias, Craig.

—Suenas fatal.

—Buenas noches, Craig. —Colgué el teléfono. Me sentía cansada y atontada, y me dolía la garganta. Quería quedarme hecha un ovillo en un lugar oscuro y tranquilo durante una semana…, pero llamé a Irving.

—Soy yo —dije.

—Pues ya era hora. ¿Sabes los quebraderos de cabeza que me ha costado organizar esto? Y casi te lo pierdes.

—Si no dejas de cotorrear, aún puedo perdérmelo. Dime dónde y cuándo. —Me lo dijo. Si nos dábamos prisa, podíamos llegar—. ¿Por qué todo el mundo se empeña en hacerlo todo esta noche? —añadí.

—Oye, si no quieres ir, tú misma.

—Está siendo una noche muy, muy larga, así que no me toques los cojones.

—¿Estás bien?

Qué pregunta mas estúpida.

—No del todo, pero sobreviviré.

—Si estás herida, intentaré aplazar la reunión, pero no puedo prometerte nada. Fue tu mensaje lo que lo convenció para verte.

Apoyé la frente en el metal de la cabina.

—Allí estaré, Irving.

—Yo no. —Parecía muy indignado—. Una de las condiciones ha sido que nada de periodistas ni de policía.

No tuve más remedio que sonreír. Pobre Irving; se perdía toda la fiesta. Por otro lado, aquella noche no lo habían atacado los algules y no había estado a punto de volar por los aires. Quizá debiera reservarme la compasión para mí.

—Gracias, Irving, te debo una.

—Unas cuantas —dijo—. Ten cuidado; no sé en qué te has

metido esta vez, pero parece gordo.

Saltaba a la vista que intentaba sonsacarme.

—Buenas noches, Irving. —Colgué antes de que pudiera hacerme más preguntas.

Marqué el número de Dolph. No sé por qué no podía esperar hasta la mañana, pero aquella noche había estado a punto de morir. Si moría, quería que alguien persiguiera a Zachary.

Dolph respondió al sexto timbrazo, con la voz pastosa por el sueño.

—¿Sí?

—Soy Anita Blake.

—¿Qué pasa? —De repente sonó casi alerta.

—Sé quién es el asesino.

—Dime.

Se lo dije. Tomó notas e hizo preguntas. La más importante llegó al final.

—¿Puedes demostrar algo de esto?

—Puedo demostrar que lleva un *gris-gris*. Puedo declarar que me hizo una confesión. Ha intentado matarme; eso sí que lo he presenciado personalmente.

—Va a costar vendérselo a un jurado o a un juez.

—Ya lo sé.

—Intentaré averiguar algo más.

—Casi tenemos un caso claro contra él, Dolph.

—Cierto, pero todo depende de que te mantengas viva para declarar.

—Sí, tendré cuidado.

—Ven mañana y haz una declaración oficial.

—Iré.

—Buen trabajo.

—Gracias —dije.

—Buenas noches, Anita.

—Buenas noches, Dolph.

Volví al coche.

—Tenemos una reunión con los hombres rata en tres cuartos de hora.

—¿Por qué es tan importante? —preguntó.

—Porque creo que pueden ayudarnos a entrar en la guarida de

Nikolaos. No conseguiríamos llegar hasta ella por la puerta principal. —Puse el coche en marcha y lo llevé a la carretera.

—¿A quién más has llamado? —preguntó.

De modo que sí que había estado vigilando.

—A la policía.

—¿Qué?

A Edward no le ha gustado nunca tratar con la poli. Qué cosas.

—Si Zachary consigue matarme, quiero que haya alguien que se encargue de él.

—Háblame de Nikolaos —dijo al cabo de unos instantes.

—Es un monstruo —dije encogiéndome de hombros—, una puta sádica de más de mil años.

—Me muero por conocerla.

—Pues mira por dónde, puede que mueras por conocerla.

—Ya hemos matado a otros maestros vampiros, Anita. Sólo es una más.

—No. Nikolaos tiene más de mil años. No creo que nada me haya dado tanto miedo en toda mi vida.

Se quedó en silencio, con un gesto inexpresivo.

—¿Qué piensas? —pregunté.

—Que me encantan los desafíos. —Sonrió, con una sonrisa enorme y hermosa. Mierda. La Muerte había vislumbrado un objetivo digno de él, la mayor presa de todas. No le tenía miedo, pero debería.

No hay muchos lugares abiertos a la una y media de la mañana, pero Denny's es uno de ellos. Se me hacía rara la idea de reunirme con los hombres rata delante de un café y unos bollos. ¿No deberíamos vernos en un callejón oscuro? No es que me quejara, de verdad. Sólo que me parecía… curioso.

Edward entró antes para asegurarse de que no fuera otra trampa. Si se sentaba a una mesa, el sitio era seguro; si volvía a salir, no. Sencillo. Aún no lo conocía nadie. Mientras no estuviera conmigo, podía ir adonde quisiera sin que nadie intentara matarlo. Hay que joderse. Empezaba a entrarme complejo de María Tifoidea.

Edward se sentó a una mesa. Todo iba bien. Me sumergí en la luz intensa y la comodidad artificial del restaurante. La camarera se

acercó. Tenía unas ojeras pronunciadas, muy bien disimuladas por una espesa capa de corrector, que las dejaba rosáceas. Más allá, un hombre se acercaba también, con la mano levantada y flexionando el dedo, como si quisiera pedir algo.

—Me están esperando —le dije a la camarera—. Gracias.

El restaurante solía estar tirando a vacío los lunes por la noche o, mejor dicho, los martes por la mañana. Había dos hombres sentados a una mesa, frente a la del que había hecho señas. Tenían una pinta normal, pero el aire de su alrededor parecía crepitar con una sensación de energía contenida. Cambiaformas. Habría apostado la vida, y puede que eso fuera justo lo que estaba haciendo.

Una pareja, hombre y mujer, estaba sentada en la esquina opuesta. Estaba segura de que también eran cambiaformas.

Edward ocupaba una mesa cerca de ellos, pero no demasiado cerca. También tenía experiencia como cazador de cambiaformas y sabía identificarlos.

Cuando pasé junto a la mesa, uno de los hombres levantó la vista. Me miró con unos ojos marrones muy oscuros, casi negros. Tenía las facciones cuadradas y era delgado, de constitución menuda; vi cómo se le movían los músculos de los brazos cuando juntó las manos bajo la barbilla para mirarme. Le devolví la mirada, pasé de largo y me acerqué a la mesa donde estaba sentado el rey de las ratas.

Era alto, al menos uno ochenta, de piel oscura, cabello corto, tupido y negro, y ojos marrones. Tenía la cara delgada y arrogante, con unos labios casi demasiado blandos para la expresión altanera con que me miró. Era un moreno atractivo, inconfundiblemente mexicano, y su desconfianza era palpable en el aire.

Me senté frente a él. Respiré profundamente para tranquilizarme y lo miré.

—He recibido tu mensaje. ¿Qué quieres? —preguntó con voz suave pero grave, sin rastro de acento.

—Quiero que nos lleves a mí y al menos a un hombre a los túneles que hay bajo el Circo de los Malditos.

—¿Por qué iba a hacer eso? —Había fruncido el ceño, y entre los ojos se le marcaron unas arrugas finas.

—¿Quieres liberar a los tuyos de la influencia del ama? —

Asintió sin dejar de fruncir el ceño. Lo estaba convenciendo—. Llévanos a la entrada de la mazmorra, y yo me ocuparé del resto.

—¿Por qué debería confiar en ti? —preguntó juntando las manos en la mesa.

—No soy cazarrecompensas. Nunca le he hecho nada a ningún cambiaformas.

—No podremos luchar a tu lado si te enfrentas a ella. Ni siquiera yo puedo. Tiene el poder de convocarme. No respondo, pero lo percibo. Puedo impedir que las ratas menores y los míos la ayuden contra ti, pero eso es todo.

—Basta con que nos lleves adentro. Nosotros nos encargamos del resto.

—¿Tan segura estás?

—Estoy dispuesta a jugarme la vida —afirmé.

Se llevó los dedos a los labios, con los codos apoyados en la mesa. La marca grabada a fuego seguía allí, aun en forma humana: una corona tosca de cuatro puntas.

—Os ayudaré a entrar —dijo.

—Gracias —dije sonriendo.

—Ahórrate las gracias hasta que logres salir viva —dijo mirándome fijamente.

—Trato hecho. —Le tendí la mano. Tras dudar un momento, me la estrechó.

—¿Quieres esperar unos días? —preguntó.

—No —dije—. Quiero entrar mañana.

—¿Estás segura? —preguntó, ladeando la cabeza.

—¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—Estás herida. ¿No sería mejor esperar a haberte curado?

Tenía unas cuantas magulladuras y me dolía el cuello, pero…

—¿Cómo lo sabes?

—Hueles como si esta noche te hubiera rondado la muerte.

Lo miré fijamente. Irving nunca hace gala de sus poderes sobrenaturales. No digo que no los tenga, pero se esfuerza mucho por parecer humano; aquel hombre, no.

—Gajes del oficio —dije con un suspiro.

Asintió.

—Te llamaremos para decirte la hora y el lugar.

Me levanté. Él siguió sentado. No parecía que hubiera nada más

que decir, de modo que me fui.

Al cabo de unos diez minutos, Edward se sentó a mi lado en el coche.

—Ahora, ¿qué? —preguntó.

—Dijiste no sé qué de tu hotel, ¿no? Voy a dormir mientras pueda.

—¿Y mañana?

—Salimos de la ciudad y me enseñas a usar la escopeta.

—¿Y después? —preguntó.

—Vamos a por Nikolaos —dije.

—Qué bien. —Soltó un suspiro tembloroso, casi una risa.

¿Qué bien?

—Me alegra ver que alguien disfruta con todo esto.

—Me encanta mi trabajo —dijo con una sonrisa.

No pude evitar sonreír. Lo cierto era que a mí también me encantaba el mío.

# CUARENTA Y CINCO

Durante el día aprendí a usar la escopeta, y por la noche fui a hacer espeleología con los hombres rata.

La cueva estaba a oscuras. Me sujeté el casco, como buscando protección de la negrura absoluta, pero no vi nada, salvo las caprichosas manchas blancas que se inventa la retina cuando no hay luz. Llevaba un casco con linterna, pero en aquel momento estaba apagada; los hombres rata habían insistido. Estaba rodeada de sonidos. Gritos, gemidos, crujir de huesos y un curioso chirrido como el de un cuchillo que se desclavara de la carne. Los hombres rata estaban cambiando de forma humana a animal. Sonaba como si les doliera mucho. Me habían hecho jurar que no encendería la luz hasta que me avisaran.

En mi vida había tenido tantas ganas de ver nada. No podía ser tan terrible. ¿O sí? Pero una promesa es una promesa. Sonaba como el elefante *Horton*: «Una persona siempre es una persona, por pequeña que sea». ¿Qué coño hacía en mitad de una cueva a oscuras, rodeada de hombres rata, citando al doctor Seuss y con intenciones de matar a una vampira de mil años? Vaya semana más rara estaba teniendo.

—Podéis encender —dijo Rafael, el rey de las ratas.

No me lo pensé dos veces. Mis ojos parecieron absorber la luz, impacientes por ver. Los hombres rata estaban en grupos pequeños en un túnel ancho y de techo plano. Eran diez; los había contado cuando tenían forma humana. En aquel momento, los siete hombres estaban cubiertos de pelo y llevaban vaqueros cortados; dos se habían puesto también camisetas holgadas. Las tres mujeres llevaban vestidos amplios, como de premamá; sus ojos centelleaban como botones negros. Y todos ellos eran peludos.

Edward se situó junto a mí. Miraba fijamente a los cambiaformas, con expresión distante e inescrutable. Le toqué el

brazo. Le había dicho a Rafael que no era cazarrecompensas, pero Edward sí lo era, en ocasiones. Esperaba no haberlos puesto en peligro.

—¿Estáis listos? —preguntó Rafael. Era el mismo hombre rata esbelto y negro que yo recordaba.

—Sí —dije. Edward asintió.

Los hombres rata, erguidos sobre dos patas en el suelo de piedra desgastado, se dispersaron.

—Yo creía que las cuevas eran lugares húmedos —dije, a nadie en particular.

—La caverna Cherokee es una cueva muerta —dijo un hombre rata menudo que llevaba camiseta.

—No te entiendo.

—Las cuevas vivas tienen agua, y sus formaciones rocosas están en proceso de cambio. Las cuevas secas donde ya no crecen estalactitas ni estalagmitas se llaman cuevas muertas.

—Mira tú —dije.

Separó los labios y mostró unos dientes enormes. Creo que era una sonrisa.

—Te he dicho más de lo que querías saber, ¿no?

—No hemos venido a hacer de guías turísticos, Louie —siseó Rafael—. Cerrad el pico los dos.

Louie se encogió de hombros y avanzó delante de mí. Era el hombre que estaba con Rafael en el restaurante, el de los ojos oscuros.

Una de las mujeres tenía el pelaje casi gris. Se llamaba Lillian y era médico. Llevaba una mochila llena de instrumental. Al parecer, daban por sentado que saldríamos heridos, pero al menos esperaban que saliéramos vivos. Menos da una piedra. Yo misma empezaba a dudarlo.

Al cabo de dos horas, el techo se hizo tan bajo que ya no pude avanzar erguida. Entonces descubrí por qué nos habían dado cascos a Edward y a mí: me había dado unos mil golpes en la cabeza. Si no la llevara protegida, habría quedado fuera de juego mucho antes de ver a Nikolaos.

Las ratas parecían tener la forma idónea para avanzar por el túnel; se deslizaban y aplanaban el cuerpo con una extraña elegancia. Edward y yo no podíamos imitarlas ni de lejos.

Edward maldijo en silencio a mis espaldas: los quince centímetros que me sacaba se las estaban haciendo pasar canutas. Si a mí me dolían los riñones, a él tenían que estar matándolo. Había zonas en las que el techo se elevaba y podíamos caminar erguidos. Empecé a esperarlas con ansiedad, como si fueran bolsas de aire para un buceador.

El tipo de oscuridad cambió. Luz… Había luz delante; no mucha, pero allí estaba, parpadeando al final del túnel como un espejismo.

Rafael se agazapó a nuestro lado. Edward se sentó en la roca seca, y me uní a él.

—Ahí tenéis la mazmorra. Esperaremos aquí hasta que empiece a oscurecer. Si no habéis salido, nos iremos. Cuando Nikolaos esté muerta, os ayudaremos si podemos.

Asentí, y la luz de mi casco se movió conmigo.

—Gracias por ayudarnos.

—Os he traído a la puerta del infierno —dijo sacudiendo la cabeza estrecha y ratuna—. No tenéis nada que agradecerme.

Miré a Edward. Seguía con aquel gesto distante e inescrutable; era imposible saber si lo que acababa de decir el hombre rata lo afectaba. Por su expresión, cualquiera diría que hablábamos de la lista de la compra.

Edward y yo nos arrodillamos frente a la abertura que daba a la mazmorra. La temblorosa luz de las antorchas era casi deslumbrante después de la oscuridad. Edward empuñaba la Uzi que llevaba colgada en bandolera; yo llevaba la escopeta… y mis dos pistolas y dos cuchillos, y una Derringer, regalo de Edward, en el bolsillo de la chaqueta.

—Tiene un retroceso de la leche —me había comentado Edward al entregármela—, pero si se la pones a alguien bajo la barbilla, le volarás la puta cabeza.

Bueno era saberlo.

Fuera era de día. No debería haber ni un vampiro despierto, pero Burchard estaría allí, y si nos veía, Nikolaos se enteraría. De algún modo, lo sabría. Se me puso la piel de gallina.

Entramos a rastras, dispuestos a montar una carnicería. La habitación estaba vacía. La adrenalina me bullía en las venas, me aceleraba la respiración y hacía que se me disparara el corazón. El lugar donde habían encadenado a Phillip estaba limpio. Lo habían

fregado a fondo.

Reprimí el impulso de tocar la pared donde había estado él.

—Anita. —Edward me llamó en voz baja desde la puerta. Corrí hacia él—. ¿Qué pasa? —me preguntó.

—Aquí fue donde mató a Phillip.

—Concéntrate en el trabajo. No quiero morir porque tengas la cabeza en otro lado.

Noté crecer la ira, pero me la tragué. Tenía razón.

Edward tanteó la puerta, y se abrió; si no había prisioneros, no había necesidad de cerrarla. Me situé a la izquierda, y él, a la derecha. El pasillo estaba vacío.

Me sudaban las manos en la escopeta. Edward encabezó la marcha por el lado derecho del pasillo, y lo seguí a la guarida del dragón, aunque no me sentía como un caballero. Se me habían acabado los corceles lustrosos, ¿o eran las armaduras lustrosas?

Lo que fuera. Allí estábamos. La cosa iba en serio. Me notaba el corazón en un puño.

# CUARENTA Y SEIS

El dragón no salió a comernos de inmediato. De hecho, el sitio estaba tranquilo. Por recurrir a un tópico, demasiado tranquilo.

—No es que me queje —le susurré a Edward acercándome a él —, pero ¿dónde está todo el mundo?

—Puede que mataras a Winter —dijo apoyando la espalda en la pared—. Eso sólo dejaría a Burchard. Y quizá esté haciendo algún recado.

—Demasiado fácil —dije, sacudiendo la cabeza.

—No te preocupes: ya se complicará. —Continuó andando por el pasillo y lo seguí. Tardé tres pasos en darme cuenta de que intentaba ser irónico.

El pasillo llevaba a una habitación enorme, parecida a la sala del trono de Nikolaos, pero sin silla. En cambio, había ataúdes. Cinco, distribuidos sobre unas plataformas elevadas, para evitar la corriente de aire del suelo. A la cabeza y al pie de cada ataúd había un candelabro alto de hierro, con velas encendidas.

La mayoría de los vampiros se esfuerza por ocultar el ataúd; Nikolaos, no.

—Arrogante —susurró Edward.

—Sí —murmuré. Todo el mundo habla en susurros cuando tiene ataúdes cerca, al menos al principio, como si estuviera en un velatorio y los muertos oyeran.

La estancia estaba impregnada de un olor rancio que ponía los pelos de punta. Se me metía en la garganta y parecía que tuviera sabor, levemente metálico. Era como el olor de las serpientes enjauladas. Bastaba con el olfato para darse cuenta de que en aquella habitación no había nada cálido y peludo, y aquello era quedarse corto. Era el olor de los vampiros.

El primer ataúd era de madera oscura y bien barnizada, con asas doradas. Era más ancho en la parte de los hombros y después se

estrechaba, siguiendo el contorno de un cuerpo humano. A veces, los ataúdes antiguos tenían aquella forma.

—Empezaremos por aquí —dije.

A Edward le pareció bien. Dejó la metralleta colgando de la correa y sacó la pistola.

—Yo te cubro —dijo.

Dejé la escopeta en el suelo frente al ataúd, cogí el borde de la tapa, murmuré una plegaria rápida y tiré hacia arriba. Dentro estaba Valentine, con la cara destrozada al descubierto. Seguía vestido de tahúr ribereño, pero en aquella ocasión iba de negro y llevaba una camisa escarlata con puntillas; los colores no combinaban bien con su pelo caoba. Tenía una mano doblada sobre el muslo, como si estuviera durmiendo tranquilamente. Un gesto muy humano. Edward se asomó al ataúd, apuntando al techo con la pistola.

—¿Este es el que rociaste con agua bendita? —Asentí—. Hiciste un trabajo cojonudo —concluyó Edward.

Valentine no se movía. Ni siquiera lo veía respirar. Me sequé las manos sudorosas en los vaqueros y le busqué el pulso en la muñeca. Nada. Tenía la piel fría al tacto. Ya estaba muerto. No sería un asesinato, y no me importaba qué estipularan las nuevas leyes: no se puede matar a un cadáver.

De repente noté un latido en la muñeca. Me eché atrás como si me hubiera quemado.

—¿Qué pasa? —preguntó Edward.

—Le he sentido el pulso.

—Pasa a veces.

Asentí. Sí, pasaba a veces. Si se esperaba el tiempo suficiente, el corazón latía y la sangre fluía, pero tan lentamente que resultaba doloroso presenciarlo. Empezaba a tener serias dudas sobre qué significaba estar muerto.

Pero de una cosa estaba segura: si caía la noche mientras estábamos allí, moriríamos o desearíamos haber muerto. Valentine había tomado parte en el asesinato de más de veinte personas y había estado a punto de matarme a mí. Cuando Nikolaos me retirara su protección, intentaría terminar el trabajo. Dado que habíamos ido a matar a Nikolaos, cabía esperar que me retirase su protección de inmediato. Así que, como se suele decir, era él o yo. Y

mejor que fuera él.

Me quité la mochila.

—¿Qué buscas? —preguntó Edward.

—La estaca y el martillo —dije sin levantar la vista.

—¿No vas a usar la escopeta?

—Claro, hombre —dije, mirándolo—. Y ya puestos, ¿por qué no contratamos una banda de música?

—Si quieres hacerlo sin ruido, hay otra manera —dijo con una leve sonrisa.

Tenía una estaca afilada en la mano, pero estaba dispuesta a escuchar. A la mayoría de los vampiros los he matado con estaca, pero sigue sin resultar fácil. Es un trabajo duro y sucio, aunque ya no me hace vomitar. Soy una profesional, a fin de cuentas.

Sacó de la mochila un estuche con jeringuillas, y un frasco de líquido grisáceo.

—Nitrato de plata —dijo.

Plata. El terror de los nomuertos. La némesis de los seres sobrenaturales. Pero en versión pulcra y moderna.

—¿Funciona? —pregunté.

—Funciona. —Llenó una jeringuilla y preguntó—: ¿Cuántos años tiene este?

—Algo más de cien —dije.

—Con dos debería bastar. —Clavó la aguja en la yugular de Valentine. Antes de que hubiera podido llenarla por segunda vez, el cuerpo se estremeció. Edward le inyectó en el cuello la segunda dosis, y el vampiro se arqueó contra las paredes del ataúd. Abría y cerraba la boca intentando respirar, como si se estuviera ahogando.

Edward llenó otra jeringuilla y me la tendió. Me quedé mirándola.

—No muerde —dijo.

La cogí cuidadosamente entre el pulgar y dos dedos de la mano derecha.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—No me hacen mucha gracia las agujas.

—¿Te dan miedo? —dijo sonriendo.

—No exactamente —contesté con una mueca.

El cuerpo de Valentine temblaba y se sacudía, y sus manos golpeaban las paredes de madera. Emitía un sonido tenue y

desesperado. No se le abrieron los ojos; iba a morir dormido.

Con una última sacudida, se derrumbó contra un lado del ataúd como un muñeco de trapo.

—No parece muy muerto —dije.

—No lo parecen nunca.

—Si se les clava una estaca en el corazón y se les corta la cabeza, se sabe que están muertos.

—Pero esto es distinto —contestó.

Aquello no me gustaba. Valentine estaba allí tumbado, con un aspecto muy saludable y casi humano. Quería ver carne putrefacta y huesos pulverizados. Quería tener constancia de su muerte.

—Ningún vampiro se ha levantado del ataúd después de un par de inyecciones de nitrato de plata.

Asentí, pero seguía sin estar convencida.

—Tú comprueba el otro lado. Vamos.

Le hice caso, pero no paraba de volver la vista hacia Valentine. Había tenido pesadillas con él durante años, y había estado a punto de acabar conmigo. Sencillamente, no parecía bastante muerto para mi gusto.

Abrí el primer ataúd que encontré, con una mano, sujetando cuidadosamente la jeringuilla. Algo me decía que una inyección de nitrato de plata tampoco me sentaría muy bien a mí. El ataúd estaba vacío. El relleno blanco de imitación de seda se había adaptado al cuerpo de su ocupante como un molde, pero el cuerpo no estaba allí.

Me estremecí y miré a mí alrededor, pero no vi nada. Levanté la cabeza lentamente, deseando que no hubiera nada flotando encima de mí. No. Gracias a Dios.

De repente me acordé de respirar. Debía de ser el ataúd de Theresa. Sí, sin duda. Lo dejé abierto y me dirigí al siguiente. Era un modelo más moderno, probablemente de imitación de madera, pero bonito y brillante. Dentro estaba el vampiro negro. No había llegado a enterarme de su nombre, y era un poco tarde para preguntárselo; sabía a qué iba cuando entré allí. No había ido sólo para defenderme, sino para liquidar vampiros mientras dormían indefensos. Que yo supiera, aquel vampiro no le había hecho daño a nadie. Entonces me eché a reír; era uno de los protegidos de Nikolaos. ¿De verdad creía que no había probado la sangre

humana? No. Le coloqué la jeringuilla en el cuello y tragué saliva. Odiaba las jeringuillas sin ningún motivo en concreto.

Le clavé la aguja y cerré los ojos mientras apretaba el émbolo. Podría haberle clavado una estaca en el corazón, pero ponerle una inyección me provocaba escalofríos.

—¡Anita! —gritó Edward.

Me volví y vi a Aubrey sentado en su ataúd. Había cogido a Edward por el cuello y lo estaba levantando lentamente.

La escopeta seguía junto al ataúd de Valentine. ¡Mierda! Saqué la 9 mm y le disparé a Aubrey en la frente. La bala le echó la cabeza hacia atrás, pero él se limitó a sonreír y siguió levantando a Edward con el brazo. Las piernas le colgaban en el aire.

Eché a correr hacia la escopeta.

Edward usaba las dos manos para impedir que lo estrangulara su peso. Bajó una para coger la metralleta, y Aubrey le agarró la muñeca.

Cogí la escopeta, di dos pasos hacia ellos y disparé desde un metro de distancia. La cabeza de Aubrey estalló, salpicando la pared de sangre y sesos. Edward alcanzó el suelo, pero las manos seguían sin soltarlo. Soltó un gemido entrecortado. La mano derecha del vampiro le apretó la garganta; los dedos le buscaban la tráquea.

Tuve que rodear a Edward para dispararle al vampiro en el pecho. El impacto se llevó el corazón y la mayor parte del lado izquierdo del tórax. El brazo izquierdo quedó colgado de unas cuantas hebras de tejido y hueso, y el cadáver cayó hacia atrás en el ataúd.

Edward cayó de rodillas; la respiración le salía sibilante y temblorosa.

—Mueve la cabeza si puedes respirar, Edward —dije, aunque no sé qué habría hecho si Aubrey le hubiera aplastado la tráquea. Quizá correr en busca de Lillian, la médico rata.

Edward movió la cabeza. Tenía la cara cubierta de manchas de un rojo amoratado, pero respiraba.

Me zumbaban los oídos a causa del estruendo que había hecho la escopeta entre las paredes de piedra. Al carajo la sorpresa. Al carajo el nitrato de plata. Metí otro par de cartuchos, fui hacia el ataúd de Valentine y le volé la cabeza. Ahora sí que estaba muerto como Dios manda.

—¿Cuántos años tenía esa cosa? —graznó Edward mientras se ponía en pie tambaleándose.

—Más de quinientos —dije.

—Joooder. —Tragó saliva, y pareció dolerle.

—Yo no intentaría clavarle una aguja a Nikolaos.

Consiguió echarme una mirada furiosa, todavía medio recostado en el ataúd de Aubrey.

Me volví hacia el quinto ataúd, el que habíamos dejado para el final sin necesidad de hablarlo. Estaba junto a la pared más alejada: un ataúd blanco y delicado, demasiado pequeño para un adulto. La luz de las velas se reflejaba en la madera labrada de la tapa.

Estuve tentada de abrirle un boquete con la escopeta, pero tenía que verla. Tenía que ver contra qué estaba disparando. El corazón iba a salírseme por la garganta; tenía el pecho encogido. Era el ama de los vampiros. Matar a un maestro vampiro, aun de día, era muy arriesgado; podían mantener atrapada a una persona con la mirada hasta que cayera la noche. Su mente. Su voz. Tanto poder… Y Nikolaos era la más poderosa que había visto en mi vida. Tenía el crucifijo bendecido. Todo iría bien. Aunque me habían arrebatado demasiadas cruces para que me sintiera completamente a salvo. En fin. Intenté levantar la tapa con una mano, pero era muy pesada y no tenía los goznes dispuestos de forma que pudiera abrirse fácilmente, como los ataúdes modernos.

—¿Puedes echarme una mano, Edward, o sigues intentando recordar cómo se respira?

Edward se me acercó, con la cara casi del color habitual. Cogió la tapa, y yo preparé la escopeta. Cuando la levantó, cayó un lado; no tenía bisagras.

—¡Mierda! —dije. El ataúd estaba vacío.

—¿Me buscabais? —Dijo una voz aguda y musical desde la puerta—. Arriba las manos. Se dice así, ¿no? Estáis perdidos.

—Ni os molestéis en tratar de alcanzar las armas —dijo Burchard.

Miré a Edward y vi que tenía la mano cerca de la metralleta, pero no lo suficiente. Su expresión era inescrutable, tranquila, normal. Como si estuviera de excursión. Yo estaba tan acojonada que sentía el sabor de la bilis en la garganta. Nos miramos y levantamos las manos.

—Girad despacio —dijo Burchard.

Le hicimos caso.

Nos estaba apuntando con una especie de subfusil. No soy tan fanática de las armas como Edward, así que no reconocí la marca ni el modelo, pero sabía que haría agujeros muy grandes. Además, por la espalda le asomaba la empuñadura de una espada. Una espada de verdad, nada menos.

Zachary estaba junto a él, con una pistola. La sostenía con las dos manos y los brazos rígidos. No parecía muy contento.

—Soltad las armas, por favor —dijo Burchard—, y poned las manos en la cabeza. —Sostenía el rifle como si hubiera nacido con él.

Obedecimos. Edward soltó la metralleta y yo dejé caer la escopeta. Teníamos muchas más armas.

Nikolaos estaba a un lado con una expresión fría de cólera.

—Tengo más años de los que podéis llegar a concebir —dijo con una voz que resonó por toda la habitación—. ¿Creíais que aún era prisionera de la luz del día? ¿Después de un milenio? —Entró en la habitación, con cuidado de no pasar por delante de Burchard y Zachary. Miró los restos de los vampiros, en los ataúdes, y sonrió; yo no había visto nunca nada tan perverso—. Pagarás por esto, reanimadora. Quítales el resto de las armas, Burchard; luego le haremos un regalo a la niñata.

Se colocaron frente a nosotros, pero no demasiado cerca.

—Contra la pared, reanimadora —dijo Burchard—. Zachary, si el hombre se mueve, pégale un tiro.

Burchard me empujó contra la pared y me registró a conciencia. No me obligó a abrir la boca ni a bajarme los pantalones, pero estuvo a punto. Encontró todo lo que llevaba, hasta la Derringer. Se guardó mi crucifijo en el bolsillo. ¿Y si me tatuase una cruz en el brazo…? No, seguramente no funcionaría.

Me pusieron junto a Zachary, y le llegó el turno a Edward. Miré a Zachary.

—¿Lo sabe? —pregunté.

—Cállate.

—No tiene ni idea, ¿verdad? —Sonreí.

Edward regresó y nos quedamos allí, desarmados y con las manos en la coronilla. No pintaba nada bien.

La adrenalina burbujeaba en mi interior como el champán, y el corazón amenazaba con salírseme por la boca. No me daban miedo las armas, de verdad. Me daba miedo Nikolaos. ¿Qué nos haría? ¿Qué me haría? No vi más solución que obligarlos a dispararme; tenía que ser mejor que cualquier cosa que Nikolaos tuviera en su mente estrecha y retorcida.

—Están desarmados, ama —dijo Burchard.

—Bien. ¿Sabes qué hacíamos mientras te cargabas a los míos?

No creí que esperara respuesta, de modo que no se la di.

—Estábamos preparando a un amigo tuyo, reanimadora.

Se me hizo un nudo en el estómago. Me acudió a la mente una imagen de Catherine, pero estaba fuera de la ciudad. Dios mío, Ronnie. ¿Tendrían a Ronnie?

Debió de notárseme en la cara, porque Nikolaos se echó a reír con una carcajada chillona y salvaje.

—De verdad, odio esa risa —dije.

—Silencio —dijo Burchard.

—Oh, Anita, ¡qué graciosa eres! Me encantará tenerte entre los míos. —Había empezado a hablar con voz aguda e infantil, pero al final era suficientemente grave para agarrotarme la columna—. Ven aquí, ¡ahora! —gritó con voz clara.

Oí un arrastrar de pies; Phillip entró en la estancia. La horrible herida de su cuello era una cicatriz gruesa y blanca. Recorrió la habitación con la mirada perdida, como si no la estuviera viendo.

—Virgen santa —susurré.

Lo habían levantado de entre los muertos.

# CUARENTA Y SIETE

Nikolaos danzó alrededor de Phillip. La falda de su vestido rosa pastel giraba acompañando su baile. El lazo grande y rosa que llevaba en el pelo se movía mientras ella daba vueltas con los brazos extendidos. Llevaba las delgadas piernas cubiertas con leotardos blancos. Los zapatos también eran blancos, con lazos rosa.

Se detuvo, riendo y sin aliento. Un rubor sano y sonrosado le cubría las mejillas, y le brillaban los ojos. ¿Cómo lo hacía?

—Parece muy vivo, ¿no? —Caminó a su alrededor y le rozó el brazo. Él se apartó, siguiendo con los ojos cada movimiento, asustado. La recordaba. Que Dios nos ampare. La recordaba.

—¿Quieres ver cómo lo hace tu amante? —preguntó.

Esperaba no haberla entendido. Me esforcé por mantener la cara inexpresiva. Debí de conseguirlo, porque se me acercó furiosa, con las manos en las caderas.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Quieres ver cómo se lo monta?

—¿Contigo? —pregunté. Tragué bilis, aunque igual debería haberle vomitado encima; así aprendería.

—O contigo. —Se acercó con las manos a la espalda—. Tú decides.

Casi me tocaba la cara con la suya. Tenía unos ojos tan condenadamente grandes e inocentes que parecía un sacrilegio.

—Ninguna de las dos opciones me hace demasiada gracia —dije.

—Lástima. —Regresó junto a Phillip. Estaba desnudo, y su cuerpo bronceado seguía siendo hermoso. ¿Qué eran unas cuantas cicatrices más?

—No sabías que ibas encontrarme aquí, así que ¿para qué has levantado a Phillip?

—Para que intentara matar a Aubrey. —Giró sobre sus zapatitos —. Los zombis de asesinados pueden ser muy divertidos cuando tratan de matar a sus asesinos. Se nos ocurrió darle una

oportunidad mientras Aubrey estaba dormido, aunque era capaz de moverse si lo molestaban. —Miró a Edward—. Pero eso ya lo sabéis.

—Queríais que Aubrey lo matara otra vez —dije.

—Ajá —asintió, moviendo la cabeza con vehemencia.

—Guarra —dije.

Burchard me encajó un culatazo en el estómago, y caí de rodillas. Intenté respirar, pero no sirvió de gran cosa.

Edward miraba fijamente a Zachary, que le apretaba el cañón de la pistola contra el pecho. No hace falta ser buen tirador a esa distancia; ni siquiera tener suerte. Basta con apretar el gatillo para matar a alguien. *Paf*.

—Puedo obligarte a hacer lo que se me antoje —dijo Nikolaos.

Una nueva oleada de adrenalina me recorrió el cuerpo. Era demasiado. Vomité en la esquina. Los nervios y el golpe en el estómago. Había estado nerviosa en otras ocasiones, pero el culatazo era una experiencia nueva.

—Vaya, vaya —dijo Nikolaos—. ¿Tanto te asusto?

—Sí —dije cuando por fin logré ponerme en pie. ¿Para qué negarlo?

—¡Oh, qué bien! —exclamó aplaudiendo. Su rostro cambió en un instante. La niñita había desaparecido, y ningún vestido de puntillas rosa habría conseguido que la viera. La cara de Nikolaos se había vuelto más afilada, extraña, y sus ojos eran grandes estanques en los que podía ahogarme—. Escúchame, Anita. Siente mi poder en tus venas.

Me quedé mirando al suelo, y el miedo era una sensación fría en la piel. Esperé a que algo tirara de mi alma, a que su poder me sometiera. No ocurrió nada.

Nikolaos frunció el ceño. La niña había vuelto.

—Te mordí, reanimadora. Deberías venir arrastrándote cuando te lo pido. ¿Qué has hecho?

Murmuré una breve plegaria de todo corazón.

—Agua bendita —respondí.

—Esta vez te mantendremos vigilada hasta el tercer mordisco —dijo con un gruñido—. Ocuparás el sitio de Theresa, y puede que entonces muestres más interés por descubrir quién está matando vampiros.

Reprimí con todas mis fuerzas el impulso de mirar a Zachary. No

porque no quisiera delatarlo; no me habría importado, pero estaba esperando el momento en que pudiera sacarle partido. La información podía servir para que mataran a Zachary, pero no nos quitaría de encima a Burchard ni a Nikolaos. Zachary era el menos peligroso de toda la habitación.

—No creo —dije.

—Oh, pero yo sí, reanimadora.

—Prefiero morir.

—Es que quiero que mueras, Anita —dijo abriendo los brazos—. Quiero que mueras.

—El sentimiento es mutuo.

Soltó una risita que me dio dentera. Si de verdad quería torturarme, le habría bastado con encerrarme en una habitación y reírse. Qué infierno.

—Vamos, niños y niñas, vamos a la mazmorra a jugar. —Nikolaos abrió la marcha, y Burchard nos indicó que la siguiéramos. Obedecimos. Zachary y él iban detrás, pistola en mano. Phillip se quedó indeciso en el centro de la habitación viéndonos marchar.

—Dile que nos siga, Zachary —dijo Nikolaos.

—Ven, Phillip, sígueme —ordenó Zachary.

Phillip se volvió y nos siguió, indeciso y con la vista desenfocada.

—Continúa —me dijo Burchard. Levantó un poco el fusil, y seguí adelante.

—Echándole miraditas a tu amante —dijo Nikolaos—; qué tierno.

La puerta de la mazmorra no estaba muy lejos. Si trataban de encadenarme, los atacaría y los obligaría a matarme. Aquello significaba que lo mejor era emprenderla con Zachary. Burchard podría herirme o dejarme inconsciente, cosa que no me convenía en absoluto.

Nikolaos nos guió escaleras abajo, al interior de la mazmorra. Vaya día para un desfile. Phillip iba detrás, pero ahora miraba a su alrededor y veía las cosas tal como eran. Se quedó inmóvil, contemplando el lugar donde Aubrey lo había matado. Extendió el brazo para tocar la pared y flexionó la mano, frotando los dedos contra la palma, como si sintiera algo. Se llevó una mano al cuello y encontró la cicatriz. Gritó. El grito reverberó en las paredes.

—Phillip —dije.

Burchard me mantuvo apartada de él. Phillip se quedó encogido en un rincón, con la cara oculta y los brazos alrededor de las rodillas. Emitía un sonido agudo y lastimero.

—¡Basta, basta! —Me acerqué a Phillip, y Burchard me contuvo poniéndome el subfusil en el pecho. Le grité en la cara—. ¡Mátame! ¡Mátame, cabrón! Será mejor que esto.

—Ya es suficiente —dijo Nikolaos. Avanzó hacia mí, y me aparté. Siguió andando, obligándome a retroceder hasta que choqué con la pared—. No quiero que te maten, Anita, pero quiero que sufras. Mataste a Winter de una puñalada; vamos a ver cómo eres de hábil. —Se apartó de mí—. Burchard, devuélvele los cuchillos.

Él no vaciló ni preguntó por qué. Sencillamente, se me acercó y me los entregó por la empuñadura. Yo tampoco pregunté nada. Los cogí.

Nikolaos estaba de repente junto a Edward, que empezó a apartarse.

—Mátalo si vuelve a moverse, Zachary.

Zachary se acercó a él empuñando la pistola.

—Arrodíllate, mortal —dijo Nikolaos.

Edward no obedeció. Me miró. Nikolaos le dio un puntapié en la corva, suficientemente fuerte para hacerlo gruñir. Cayó sobre una rodilla, y ella le cogió el brazo derecho y se lo inmovilizó en la espalda. Una mano diminuta le aferró la garganta.

—Si te mueves te rompo el cuello, humano. Siento tu pulso en la mano como una mariposa. —Rió, llenando la habitación de un horror pegajoso y sobrecogedor—. Burchard, enséñale a manejar un cuchillo.

Burchard se dirigió a la pared opuesta. La puerta quedaba encima de él, al final de los escalones. Dejó el subfusil en el suelo, desenfundó la espada y la colocó a su lado. Después sacó un cuchillo largo, de hoja casi triangular.

Hizo unos estiramientos para calentar, y yo me quedé mirándolo.

Sé usar un cuchillo. También sé lanzarlo con puntería; practico mucho. La mayoría de las personas les tienen miedo a los cuchillos. Si una se muestra dispuesta a abrirlas en canal, tienden a asustarse. Burchard no era como la mayoría. Se agachó un poco, con el

cuchillo en la mano derecha, sujeto firmemente pero no con demasiada fuerza.

—Lucha con Burchard, reanimadora, o este morirá. —Tiró con fuerza del brazo de Edward, pero él no gritó. Ya podía dislocarle el hombro, que Edward no gritaría.

Me guardé un cuchillo en la funda de la muñeca derecha. Luchar con un cuchillo en cada mano puede quedar muy vistoso, pero nunca se me ha dado bien. Le pasa a mucha gente. Además, Burchard tampoco tenía dos cuchillos.

—¿A muerte? —pregunté.

—No puedes matar a Burchard, Anita. No seas tonta. Sólo te cortará un poco. Te dejará probar su filo; nada grave. No quiero que pierdas demasiada sangre. —Hablaba con un rastro de risa, pero desapareció, y su voz recorrió la habitación como un viento flamígero—. Quiero verte sangrar.

Genial.

Burchard empezó a rodearme, y yo me mantuve de espaldas a la pared. Cuando me atacó, el cuchillo centelleó. No cedí terreno; esquivé su hoja y traté de apuñalarlo cuando se abalanzó contra mí. Mi cuchillo cortó el aire. Estaba fuera de mi alcance, mirándome fijamente. Tenía seiscientos años de práctica, más o menos. Yo no podía superar aquello. Ni de lejos.

Sonrió. Lo saludé con una leve inclinación de cabeza, y él me imitó. Una señal de respeto entre dos guerreros, quizá. O eso, o estaba jugando conmigo. ¿A que no adivináis qué me parecía más probable?

De repente tenía su cuchillo encima, y sentí un corte en el brazo. Golpeé hacia fuera y le di en el estómago, pero se lanzó hacia mí en lugar de retirarse. Al esquivar el cuchillo me aparté de la pared. Sonrió. Mierda, quería dejarme al descubierto. Su alcance era el doble que el mío.

Sentí en el brazo un dolor punzante e inmediato, pero una fina línea escarlata surcaba su estómago plano. Le sonreí. Entrecerró los ojos ligeramente. ¿El poderoso guerrero estaba inquieto? Ojalá.

Me aparté de él. Aquello era ridículo. Los dos íbamos a morir, trozo a trozo. Qué diablos. Ataqué. Lo pillé por sorpresa, y retrocedió. Me agazapé como él, y empezamos a girar por la habitación.

—Sé quién es el asesino —dije entonces.

Burchard arqueó las cejas.

—¿Cómo dices? —preguntó Nikolaos.

—Sé quién está matando vampiros.

Burchard me alcanzó de repente y me hizo un corte en la camiseta. No me dolió. Estaba jugando conmigo.

—¿Quién? —Dijo Nikolaos—. Dímelo o mato a este humano.

—Cómo no —dije.

—¡No! —gritó Zachary. Se volvió para dispararme, y la bala pasó silbando por encima de mi cabeza. Burchard y yo nos tiramos al suelo.

Edward gritó. Me incorporé a medias para correr hacia él. Tenía el brazo retorcido en un ángulo imposible, pero estaba vivo.

La pistola de Zachary disparó dos veces; Nikolaos se la quitó y la arrojó al suelo. Lo agarró, se lo apretó contra el cuerpo y lo mantuvo sujeto por la cintura. Nikolaos lanzó la cabeza hacia abajo. Zachary gritó.

Burchard estaba de rodillas contemplando el espectáculo. Le clavé el cuchillo en la espalda, con fuerza, hasta la empuñadura. La columna se le puso rígida, e intentó arrancarse la hoja con una mano. No esperé a ver si lo conseguía; saqué el otro cuchillo y se lo hundí en la garganta. La sangre me chorreó por la mano cuando lo saqué. Volví a apuñalarlo, y cayó lentamente hacia delante hasta dar con la cara en el suelo.

Nikolaos dejó caer a Zachary y se volvió, con la cara y el vestido rosa manchados de sangre. Tenía salpicaduras en los leotardos blancos. Zachary tenía el cuello desgarrado; estaba tendido en el suelo, intentando respirar, pero todavía vivo.

Nikolaos miró el cadáver de Burchard y gritó. Fue un aullido salvaje y doloroso, espectral, que resonó por toda la habitación. Corrió hacia mí con las manos extendidas. Le lancé el cuchillo y lo apartó de un manotazo. Me golpeó, y la fuerza de su cuerpo me arrojó al suelo con ella encima. Seguía gritando sin parar, y me sostenía la cabeza a un lado, pero no con ningún truco de control mental, sino por la fuerza.

—¡Nooo! —grité.

Sonó un disparo, y Nikolaos se sacudió, una vez, dos. Se incorporó y noté el viento. Empezaba a arreciar en la habitación

como el principio de una tormenta.

Edward estaba apoyado en la pared y empuñaba la pistola que había soltado Zachary. Nikolaos fue a por él, y Edward le vació el cargador en el cuerpo de apariencia frágil. Ella ni se inmutó.

Me incorporé y la observé acercarse a Edward, que le lanzó el arma vacía. De repente estaba encima de él, empujándolo contra el suelo.

La espada estaba allí al lado; era casi tan alta como yo. La desenvainé. Era pesada y difícil de manejar, y me cansaba el brazo. La levanté por encima de la cabeza, me apoyé la hoja en el hombro y eché a correr hacia Nikolaos, que hablaba de nuevo con la voz aguda y cantarina.

—Voy a hacerte mío, mortal. ¡Mío!

Edward gritó, y no pude ver por qué. Blandí la espada y dejé que el peso la hiciera caer hacia delante, como corresponde. Alcanzó a Nikolaos en el cuello, con un impacto viscoso. La hoja se detuvo al tocar hueso, y la saqué de un tirón. Al caer, la punta arañó el suelo.

Nikolaos se volvió hacia mí y empezó a ponerse en pie. Levanté la espada, acompañando el movimiento con todo el cuerpo, y le pegué un tajo. Se oyó un crujir de huesos, y fui a parar al suelo mientras Nikolaos caía de rodillas. La cabeza le colgaba aún de unos hilillos de carne y piel. Parpadeó e intentó levantarse.

Grité y levanté la espada con todas mis fuerzas. Le acerté en mitad del pecho, y acompañé el golpe con el peso de mi cuerpo, clavándola más. La sangre chorreaba. Inmovilicé a Nikolaos contra la pared; la hoja le salió por la espalda y rascó el muro mientras ella se deslizaba hacia abajo.

Caí de rodillas junto al cadáver. Sí, el cadáver. ¡Estaba muerta!

Miré a Edward. Tenía el cuello ensangrentado.

—Me ha mordido —dijo.

A mí me costaba respirar, pero era maravilloso. Estaba viva, y ella no. ¡Ella no, joder!

—No te preocupes, Edward, te ayudaré. Queda un montón de agua bendita. —Sonreí.

Él me miró durante un momento y se echó a reír, y yo con él. Todavía estábamos riendo cuando los hombres rata empezaron a entrar por el túnel. Rafael, el rey de las ratas, contempló la carnicería con sus ojos negros como botones.

—Está muerta —dijo.

—Ding, dong, la bruja está muerta —dije yo.

—La bruja vieja y malvada —medio cantó Edward, uniéndose a la tonada.

Nos echamos a reír otra vez, y Lillian, cubierta de pelo, se puso a curarnos las heridas. Empezó por Edward.

Zachary seguía tendido en el suelo. La herida de la garganta se le empezaba a cerrar, y la piel le estaba cicatrizando. Viviría, si aquello se podía considerar vida.

Me agaché para recoger el cuchillo y me acerqué a él. Las ratas me contemplaban, pero nadie interfirió. Me arrodillé junto a él y le rasgué la manga de la camisa, dejando al descubierto el *gris-gris*. Él seguía sin poder hablar, pero abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Recuerdas cuando traté de tocarlo con mi sangre? Me detuviste. Parecías asustado, y no entendí por qué. —Me senté junto a él y contemplé su curación—. Todos los *gris-gris* necesitan algo; en este caso, sangre de vampiro, y siempre hay algo que no se debe hacer nunca, o la magia se extingue. ¡Puf! —Levanté el brazo, del que chorreaba sangre para dar y vender—. Sangre humana, Zachary; ¿quieres un poco?

Consiguió articular algo parecido a una negación.

La sangre me goteaba por el codo, espesa, oscilando encima del brazo de Zachary. Intentó negar con la cabeza, no, no. La sangre le salpicó el brazo, pero no tocó el *gris-gris*. Se le relajó todo el cuerpo.

—Hoy no tengo paciencia, Zachary —dije. Le unté de sangre la cinta.

Los ojos le relampaguearon y se le quedaron en blanco. Hizo un ruido con la garganta, como si se asfixiara, y arañó el suelo con las manos. El pecho se le sacudía como si no pudiera respirar. Un suspiro escapó de su cuerpo, un largo estertor, y quedó inmóvil.

Le comprobé el pulso; nada. Corté el *gris-gris* con el cuchillo, hice una bola con él y me lo guardé en el bolsillo. Qué cosa más repelente.

Lillian se acercó para vendarme el brazo.

—Esto es provisional. Tendrán que darte puntos.

Asentí y me puse en pie.

—¿Adónde vas? —preguntó Edward.

—A buscar el resto de las armas. —En realidad iba a buscar a

Jean-Claude, pero no lo dije en voz alta: no creía que Edward fuera a entenderlo.

Dos hombres rata me acompañaron. Me pareció muy bien; podían ir conmigo, mientras no interfirieran. Phillip seguía agazapado en el rincón. Lo dejé allí.

Cuando di con las armas, me colgué la metralleta y mantuve la escopeta en las manos. Estaba preparada para lo que me echaran: acababa de matar a una vampira milenaria. Qué va, imposible. Ni yo acababa de creérmelo.

Los hombres rata y yo encontramos la celda de castigo. Había seis ataúdes, todos ellos con un crucifijo bendecido en la tapa y envueltos en cadenas de plata, para impedir que se abrieran. En el tercer ataúd estaba Willie, tan profundamente dormido que parecía que no fuera a despertar nunca. Lo dejé así, para que se despertara por la noche y se dedicara a sus asuntos. No era tan mal tipo y, para ser vampiro, era un encanto.

Todos los demás ataúdes estaban vacíos, excepto el último, que seguía cerrado. Solté las cadenas y dejé la cruz en el suelo. Jean-Claude me miró. Los ojos le relucían como una hoguera a medianoche, y sonreía. Recordé el primer sueño, cuando el ataúd se llenaba de sangre y él intentaba alcanzarme. Retrocedí, y se incorporó.

Los hombres rata se apartaron siseando.

—Todo va bien —dije—. Este está de nuestra parte, o algo así.

Salió del ataúd como si despertara de una buena siesta. Me sonrió y me tendió la mano.

—Sabía que lo conseguirías, *ma petite*.

—Hijo de puta arrogante. —Lo golpeé en el estómago con la culata de la escopeta, y se dobló lo suficiente para que le diera otro golpe en la mandíbula. Se echó hacia atrás—. ¡Sal de mi mente!

Se llevó la mano a la cara; cuando la apartó estaba ensangrentada.

—Las marcas son permanentes, Anita. No puedo retirarlas.

Apreté la escopeta hasta que me dolieron las manos, y se me volvió a abrir la herida del brazo. Me quedé pensativa. Durante un instante consideré la posibilidad de volarle aquella cara perfecta, pero me contuve. Seguro que ya lo lamentaría.

—¿Puedes mantenerte apartado de mis sueños, por lo menos? —

le pregunté.

—Sí, eso sí. Lo siento, *ma petite*.

—Métete el *ma petite* donde te quepa.

Se encogió de hombros. Su cabello negro tenía reflejos rojizos a la luz de las antorchas. Era sobrecogedor.

—Y déjate de trucos de feria, Jean-Claude.

—¿A qué te refieres?

—Sé que lo de la belleza sobrenatural es un engaño, así que deja de hacerlo.

—No estoy haciendo nada —dijo.

—¿Y eso qué significa?

—Cuando lo sepas, ven a verme y lo hablamos.

Estaba demasiado cansada para jugar a los acertijos.

—¿Quién te crees que eres para utilizar a la gente de este modo?

—El nuevo amo de la ciudad. —De pronto estaba junto a mí, y me rozaba la mejilla con los dedos—. Y tú me has puesto en el trono.

Me aparté de un salto.

—Mantente alejado de mí durante una temporada, Jean-Claude, o te prometo que…

—¿Me matarás? —Sonreía; se estaba riendo de mí.

No disparé. Y hay quien dice que no tengo sentido del humor.

Encontré una habitación con el suelo de tierra y varias tumbas superficiales. Phillip me dejó conducirlo a ella. Cuando estábamos contemplando la tierra recién removida, se volvió hacia mí.

—¿Anita?

—Calla —dije yo.

—Anita, ¿qué está pasando?

Empezaba a recordar. En unas horas estaría más vivo, hasta cierto punto. Casi podría ser el Phillip de siempre durante un día o dos.

—¿Anita? —insistió con voz aguda e incierta, como un niño pequeño con miedo a la oscuridad. Me cogió el brazo, y su mano era muy real. Seguía teniendo los ojos de aquel marrón perfecto—. ¿Qué está pasando?

Me puse de puntillas y lo besé en la mejilla. Tenía la piel tibia.

—Necesitas descansar, Phillip. Estás cansado.

—Cansado —repitió con un asentimiento.

Lo acompañé a la tierra blanda. Se tendió, pero se incorporó de inmediato e intentó aferrarme, con el miedo reflejado en la mirada.

—¡Aubrey! Me…

—Aubrey está muerto. Ya no volverá a hacerte daño.

—¿Muerto? —Se miró el cuerpo como si lo viera por primera vez—. Aubrey me mató.

—Sí, Phillip.

—Tengo miedo.

Lo abracé y le froté la espalda en círculos suaves e inútiles. Me agarraba como si no fuera a soltarme nunca.

—¡Anita!

—Tranquilo, tranquilo. Todo va bien. Todo va bien.

—Vas a devolverme a la tumba, ¿verdad? —Se apartó un poco para verme la cara.

—Sí —dije.

—No quiero morir.

—Ya estás muerto.

—¿Muerto? —Se miró las manos y las flexionó—. ¿Muerto? —Se tumbó en la tierra recién removida—. Ponme a descansar.

Lo hice.

Al final se le cerraron los ojos y se le relajó la cara, muerta. Se hundió en la tumba y desapareció.

Me dejé caer de rodillas junto a la tumba de Phillip y me eché a llorar.

# CUARENTA Y OCHO

Edward tenía el hombro dislocado y dos fracturas en el brazo, además de la mordedura de vampiro. A mí me pusieron catorce puntos. Los dos nos recuperamos. Trasladaron el cadáver de Phillip a un cementerio. Cada vez que voy a trabajar allí me acerco a saludarlo, aunque sé que está muerto y que le da igual. Las tumbas son para los vivos, no para los muertos. Nos dan algo en lo que concentrarnos, para que no tengamos que pensar en que un ser querido se está pudriendo bajo tierra. A los muertos no les importan las flores bonitas ni las estatuas de mármol.

Jean-Claude me envió una docena de rosas blancas inmaculadas de tallo largo. En la nota ponía: «Si has contestado a la pregunta sinceramente, ven a bailar conmigo».

Escribí «No» en el dorso de la tarjeta y la pasé por debajo de la puerta del Placeres Prohibidos durante el día. Me había sentido atraída por Jean-Claude. Puede que todavía me sintiera atraída. ¿Y qué? A él le parecía que aquello cambiaba las cosas; a mí, no. Me bastaba con visitar la tumba de Phillip para saberlo. Joder, tampoco me hacía falta. Sé quién y qué soy.

Soy la Ejecutora y no salgo con vampiros; los mato.



LAURELL K. HAMILTON nació en 1963 en Heber Springs (Arkansas), creció en un pequeño pueblo de Indiana y reside en las proximidades de San Luis (Misuri). Entre sus primeras lecturas recuerda una recopilación de relatos de Robert E. Howard, y siempre ha sentido especial predilección por los géneros fantástico y terrorífico.

Después de llegar al género con la novela *Nightseer* y algunos libros para franquicias, saltó a la fama tras la publicación de las primeras entregas dedicadas al personaje de Anita Blake, serie que la ha convertido en habitual de las listas de éxitos, incluido el codiciado primer puesto del *New York Times*. Como complemento a las novelas de Anita, ha empezado a publicar otra serie dedicada a Meredith Gentry, detective privada y princesa feérica, también de ambientación contemporánea con elementos fantásticos. Ambas series comparten una imaginería sexual cada vez más notoria, y no rehuyen contenidos que tradicionalmente se consideran ofensivos.

true